UN RELATO PARA TÍ

POR EMPEZAR DE ALGÚN MODO

Es ahora, en momentos de desánimo cuando mejor me va escribir. Quiero contar una historia. Una historia de seminarios, de caminos hacia el sacerdocio, de decepciones y también de Dios. Sobretodo, y a pesar de todo... de Dios.

Hay mucha, muchísima gente que adivina, anhela o siente su presencia. Mucha gente busca a Dios, pero... ¿lo buscan bien?

Dios es un concepto para la mayoría, y claro, un concepto es algo vacuo. Tú puedes decir Dios y decir una cosa distinta a la que decían los tiranos cuando a Él se referían. Bajo el concepto Dios todo cabe, desde el Dios de las guerras del Antiguo testamento: vengativo, cruel y insultantemente selectivo; hasta el Dios de Jesucristo: un Padre de misericordia que a todos ama y perdona en el optimismo imbatible de que un corazón puede siempre optar por el bien en pleno ejercicio de su libertad. Ambos conceptos son irreconciliables, pero ya ves tu, las dos posturas se apuntan el concepto como propio. ¡Vete a saber pues que dicen cuando dicen Dios! Por otra parte he asegurado que mucha gente lo busca pero... ¿cuántos buscan a un Dios personal? ¿cuantos en lugar de eso persiguen un concepto? Complicado el tema.

Quiero contar, digo, una historia de esas. Ya se que no esta de moda, al menos aparentemente, y que la religión, la católica, en España, suele estar representada actualmente por posturas más o menos conservadoras a las que tal vez les falte un punto de marketing para mantener un diálogo inteligente, abierto y sin complejos con el resto de formas de pensar. Eso tal vez fuera bueno revisarlo. En justicia debo añadir que el diálogo entre fe y razón no es algo extraño, antes al contrario, existe un enriquecimiento mutuo entre una fe razonada y una razón que acepta como constitutivo antropológico el hecho religioso. De cualquier modo, en este momento de nuestra historia, y tal vez como contraposición al diálogo fe y razón, existe también su contrario, dos monólogos sordos y excluyentes que deberían doler por igual a los creyentes que a los no creyentes. Monólogos beligerantes que no razonan, simplemente descalifican lo que debiera ser complementario y es observado como contrario.

En España la Iglesia ha tenido y tiene su papel, claro que convendremos que el papel de la iglesia ha variado mucho, muchísimo en muy pocos años. De la Iglesia postconciliar coincidente en el tiempo con el final del gobierno del general Franco estamos pasando a otra cosa. No es que renunciemos al Vaticano II, pero lo releemos, lo matizamos, lo reinterpretamos... ¿por qué? no sabemos... y no es un cambio solo en las formas, si así fuera yo aplaudiría hasta con las orejas el que de una vez por todas nos decidamos por formas de belleza y abominemos de muchas sandeces que hemos adoptado como modernas. La cosa es que el cambio es más ideológico que estético y por eso resulta interesante su análisis. Unos piensan que es un cambio lógico, otros lo califican de extraño considerando que se está produciendo de adelante hacía atrás, de la apuesta por el futuro a la seguridad del pasado. Quede claro que esto lo refiero sobretodo a la postura de la Iglesia en España, o mejor aún, a la Iglesia mallorquina que es la que yo conozco, y aún así con carencias.

Sinceramente creo que el cambio se ha producido o se está produciendo por miedo. No sabemos estar a la altura de los tiempos, y ante la inseguridad y el abandono de los templos, ante la descristianización masiva de la sociedad optamos por la certeza, de cualquier forma caduca, de un pasado que hemos magnificado cuando al menos en parte deberíamos contemplarlo críticamente, y tal vez, también en parte... condenarlo.

Porque hubo épocas de pecado eclesial, en las que fuimos parte de una locura colectiva que señalaba al no creyente, que traicionaba secretos de confesión y hallaba muchas veces en el sacerdote el cómplice necesario para una acusación que algunas veces acababa en pena de muerte, en la mayoría en la estigmatización de algunos y casi siempre en el sufrimiento de demasiados.

Junto a ese pecado eclesial existe, y es de necios negarlo, el equivalente laicista, el de una sociedad que dice defender la libertad y ataca una parte fundamental de la persona que es la capacidad de trascendencia. El ejercicio del mal es humano, nadie lo tiene en exclusiva, tampoco nadie posee la exclusiva del bien. Todos hemos de quitarnos complejos y orgullos, cuando la Inquisición quemaba brujas la justicia secular amputaba manos por robar naranjas. La historia, creyendo o renegando, con religión o sin ella... da penita.

La Iglesia, a lo largo de su historia conoce dos posturas bien definidas, la de persecutora, y por tanto de prostitución, y la martirial o de iglesia perseguida la cual la ha santificado. Actualmente yo creo que nos santificamos, no es que estemos sometidos a persecución que en general no lo estamos, pero se nos arrincona e ignora, se nos descalifica con demasiada gratuidad, se nos tacha de retrógrados o de rancios cuando exponemos una moral y una ética que creo sinceramente más humana que la propuesta por una tontísima aunque modernísima sociedad. Digo que nos santificamos porque nos ignoran, debemos tener cuidado porque con facilidad podemos añorar tiempos en los que nosotros perseguíamos, en los que la Iglesia tenía no solo poder religioso, sino un exceso de poder bien mundano y temporal. Tiempos de connivencia con el poderoso y de ignorancia o abandono del pobre y de la justicia. ¡Cuidado con añorar la prostitución renegando del martirio!

Mucho ha cambiado la Iglesia en España. En los últimos años del general Franco, tal vez también por miedo al futuro, en aquellos años incierto, muchas sacristías se convirtieron en conciliábulos donde se alentaba un orden nuevo en el que la Iglesia por cierto nada pintaba, el resultado lo demuestra. Era una Iglesia beligerantemente tonta, que intentaba modelar el futuro a su gusto sin intuir siquiera que el futuro es imprevisible, inescrutable. Así sucedió que de la Iglesia Nacional Católica, mala, surgió la Iglesia de los contestatarios, mala también. Y fue tanta su simpleza e inocencia, tanta su idiotez, que se creyeron parte actora en los cambios que al final sucedieron en España y que vinieron marcados por motivos nada eclesiales, sino obvios: económicos, relacionales con Europa y el mundo y otros muchos, entre los cuales la iglesia algo pintó, pero mas bien poco o muy poco, la verdad es que casi nada. La cosa era clara, la Iglesia española contribuyo en aquella época a dibujar un futuro sin Iglesia, ¡que necedad!, pero claro, parecía todo tan moderno... En Mallorca ese daño, ese futuro sin iglesia se hizo a conciencia, no había que santificar al pueblo sino popularizar la Iglesia. Así nos luce el pelo hoy, hemos querido popularizarnos tanto que al final lo de menos es la religión, lo de menos es el culto, lo de menos es la Iglesia. Lo importante es... NADA. Nos hemos relativizado tanto que a la hora de definirnos no sabemos ni como hacerlo.

Parte de esa historia de la Iglesia Española, o mejor mallorquina, la viví de niño y adolescente en primera persona, y como se verá a lo largo del relato crecí en muchos sentidos a la sombra de un campanario (bueno campanario no porque mi parroquia no lo tiene). En esa época casi todos aparecíamos de una u otra forma vinculados a una figura de autoridad o a un grupo del cual emanaba autoridad: sacerdote, maestro, militar, padre, madre, abuelo etc. en cuanto a figuras. Colegio, Iglesia, Ejército etc. en cuanto a grupo, y eso no era nada malo, es más creo que era positivo visto el resultado de la falta de autoridad actual. Una forma de autoridad la ejercía la Iglesia y no era cuestión baladí. Era algo serio, y sinceramente creía y creo que bueno, muy bueno.

Poco queda ahora de la autoridad social de la Iglesia española de aquellos momentos, en Mallorca nada de nada, si algo pervive es acaso en forma de recuerdos infantiles en los que ahora tenemos eso que se denomina “media edad”. En los ancianos de hoy que tenían media edad entonces, puede presentarse como un sentimiento de añoranza.

Para unos y otros será bueno revisar la contribución de la Iglesia a nuestras vidas y a la sociedad en general. Lo digo porque sometidos como estamos ahora a la descalificación continua de la Iglesia puede dar la sensación que el presente laicista resulta ser magnífico cuando en realidad es una miasma que al final amenaza con aniquilar a la persona.

Es cierto, y quiero dejarlo claro, que un mundo sin Dios es posible, una moral sin Dios también, pero visto lo visto ni el mundo sin Dios funciona mejor, ni la moral sin Dios resulta ser más humana, antes bien todo lo contrario, repito, la negación de Dios nos está llevando a la negación de la humanidad.

Una más, manifestarse ateo o creyente no supone inteligencia. Añado, muchas afirmaciones de este tipo responden a modas o al ámbito puramente sentimental. Necesitamos con urgencia personas de fe inteligente, e incluso ateos de negación inteligente de Dios. Nos sobran tontos en uno y otro bando.

Y por delante nos queda el futuro ¿qué decir? Pues no lo se, el futuro es incierto, pero siempre, siempre lo ha sido. Verdad es que actualmente la autoridad ha desaparecido del horizonte y entre las formas de autoridad extintas está la de la Iglesia que a su vez vertebraba muchos de los ideales humanos. La juventud, por lo menos aquí en Mallorca ha abandonado los ideales y se han embarcado en impulsos, fanatismos, sobretodo en avaricia desmedida, agravado todo ello sobremanera por la inmediatez de lo pretendido. Y francamente me desanima, me duele y me hace tomar conciencia que mi generación, la del 1961 y aledaños somos tal vez el último eslabón de algo que pudo ser y no cuajó, como esas flores fuera de tiempo que aunque bellas no llegan a dar fruto. Somos una generación estéril condenada a la crítica o a la mirada reflexiva, talmente viejos gruñones. Sin embargo reconozco por lo menos que todavía pensamos.

La añoranza de nada vale. Mi generación está a la vanguardia de divorcios, de fanatismos, de decepciones y de fracasos. Muchos, muchísimos ejercieron de idealistas en su juventud y en la madurez buscan la riqueza desmedida sin importarles siquiera lo que de ellos mismos han tenido que asesinar para llegar a tal transformación, ¡y parecían tan convencidos!. Y la Iglesia de su juventud... ¡les alimentó tanto los sentimientos y tan poco la razón!

“Un relato para ti” trasluce, o por lo menos lo pretende, esas singularidades de mi generación. Ingresé en un seminario, el Diocesano de Mallorca, alimentado por un

estilo de Iglesia que con todas sus contradicciones me entusiasmó en mi juventud y deseo que me acompañe hasta mi ancianidad. En el trascurso de los años descubrí en personas concretas la intolerancia más brutal y la encarnación de miedos ancestrales en quienes se presentaban como herederos de la ilusión y no eran sino trepas descarados. Mediocres en sentido estricto como repetiré hasta la saciedad. Pero... no avancemos tan rápido, no hay prisa... ¿verdad?.

Solo algunas aclaraciones iniciales, esta tal vez te parecerá ridícula y sin embargo la considero necesaria, básica, fundamental: creo en la Iglesia que es Una Santa Católica y Apostólica, y creo en ella radicalmente. Los personajes que irán apareciendo en el relato, y que han sido o son personas reales con las que me he encontrado pueden dividirse en dos grandes grupos: los que también creen aunque no lo sepan, y los que no creen aunque digan misa. En cualquier caso creo, con toda el alma, que Dios sí cree en todo aquel que opta por el bien y rechaza el mal.

Otra aclaración, esto que estás leyendo es una autobiografía. Pensarás que rondando los cincuenta es un poco precipitado dedicarse a tal menester. Te doy la razón a medias. Verás, la vejez nos llegará si un mal viento no se nos lleva antes, la vejez es la época de la vida en que las cosas se relativizan, es el tiempo de la paz, del apaciguamiento interior y claro, también del perdón. Es curioso entonces que la gente escriba sus experiencias cuando su corazón ya ha decidido borrar mucha información, cuando el daño que nos hicieron ha sido archivado para que no siga doliendo. No, opino que las cosas hay que escribirlas con algo de distancia, pero no demasiada. Escribir sobre tu juventud cuando ya eres un anciano me parece un esfuerzo de memoria excesivo, en cualquier caso me fatiga pensar que yo pueda llegar a escribir algo parecido a este relato dentro de treinta años. Ahora la memoria está todavía fresca y me veo con fuerzas, después... no se.

Una más: todos los nombres que aparecen en el relato son ficticios excepto aquellos referidos a personas que actuaron o actúan ejerciendo el bien. Cierto sin embargo que incluso así oculto algunos nombres. Los nombres de la mala gente son todos inventados. Claro, escribiendo con proximidad temporal soy consciente que a la práctica todos ellos son identificables fácilmente, quien me conoce sabe perfectamente quien es este o aquel personaje, más aún, cualquier sacerdote o religioso en Mallorca podrá identificar por contexto a la mayoría de ellos. Entonces ¿por qué usar de nombres ficticios? Pues digamos que por... prudencia legal.

Se me reprochará escribir con rabia y con ansias de venganza, soy consciente de ello y a medias doy la razón a los que así piensen, efectivamente, dejo fluir la rabia que sentí hace años como si fuera actual, y este escrito supone una especie de ajusticiamiento que fácilmente puede denominarse venganza, aunque el sentido de ambos términos es bien distinto.

No he escatimado exabruptos ni palabras malsonantes, lo he escrito con sentimiento, con el mismo que experimenté al vivir este o aquel capítulo de mi vida. Casi podría decirse del escrito aquello de “real como la vida misma”, asimismo soy consciente del lenguaje grosero que utilizo, me siento incapaz de contar realidades ásperas con palabras dulces, lo siento.

Me doy cuenta también de la cantidad de ironía que uso, es algo natural y si me conoces ya sabes que hecho mano de ella mucho, muchísimo en prácticamente todo lo que hago. No se de quien es la frase y no voy a buscarlo ahora, pero me quedo con ella y me identifico: “La ironía es el arma de los débiles cuando no pueden cambiar la realidad de los fuertes”.

RECUERDOS BUENOS...
OTROS NO TANTO

El ambiente era irrespirable, la tensión se podía mascar como cada año en el mismo lugar y en fecha similar, febrero. Eran los temidos ejercicios espirituales a mitad del curso, y todos los seminaristas asistíamos a ellos aunque en justicia cabía que reconocer que en la mayoría de los casos los soportábamos.

En el seminario formábamos un grupo variopinto que bien podía dividirse en dos, igual que los diez mandamientos que se encierran en dos: Los obedientes y los críticos, si preferís podéis pensar que los obedientes eran borregos... ¡de eso nada monada! La mayoría de los obedientes eran obedientes convencidos, o sea: ojos de la autoridad, oídos de los tiranos, voceros de tus secretos, espías en sentido estricto a los que no se puede calificar de malos porque su convicción era real, creían por aquel entonces que quienes tenían autoridad sobre nosotros miraban únicamente por nuestro bien. ¡Bendita inocencia!

Existía en el seminario un concepto algo abstracto al que temíamos más que a una vara verde "cedazo", suponía que los superiores decidían sobre tu futuro y tu vocación, y eso nos llenaba de angustia. Podías pasar o no por el cedazo o criba. Podían decir: sigue, y en ese caso todo continuaba igual más o menos. Pero también podían decirte: vete. Fue mi caso.

Aunque acabo de iniciar el relato supongo que no importa aclarar que yo era de los críticos, o sea de los que temíamos la palabra "vete", porque claro los obedientes no tenían esa angustia. Es igual, todo a su tiempo, los obedientes se han tenido que pasar la vida tragando sapos y culebras. Todos sufrimos, antes o después. La obediencia tonta da frutos de infelicidad. La postura crítica ante la vida tampoco da la felicidad, pero te hace ser tu mismo, y la diferencia entre una infelicidad y otra no es pequeña, el crítico tiende a pensar, el obediente tonto a anularse.

Aclaro por justicia que muchos de los entonces obedientes son a día de hoy tan críticos como yo... o más, aunque, claro está, más prudentes. ¡Proceso doloroso este del crecer!

Ingresé en el Seminario Diocesano con casi 28 años, era mayor en comparación con algunos compañeros, sobretodo con los que venían del Seminario Menor, con esos la diferencia de edad era de 10 años. Yo creía saber lo que quería. No suena demasiado actual, ya lo se, ni demasiado moderno, pero la verdad es que la temporada previa al ingreso recé mucho, muchísimo, consiguiendo una paz interior que jamás he vuelto a sentir con la misma intensidad. Era –creía yo, y lo sigo creyendo- la voz de Dios, eso que denominan llamada o vocación, y sí, no había duda la vocación estaba ahí. Tardía pero clara. Era la recuperación de la armonía primigenia, Dios en todo, en todos. Era la vida en paz interior conmigo mismo, con los demás, con los que no me comprendieron. Paz, solo eso, pero una paz preñada de amor hacia todo. Digo y repito que fue la época de armonía primigenia porque daba la sensación que todo se desarrollaba según el plan de Dios, un plan incontaminado al cual yo me añadí o al que Dios mismo me añadió, y yo me dejé llevar. Un edén en el que no se mordía ninguna manzana.

Septiembre es un mes de luces a las que te aferras con ansia, sabes que el verano toca a su fin y existe cierta añoranza de los días cada vez más largos de la primavera. Septiembre es un prologo casi depresivo del invierno. Sabes que los tonos amarillos de

las hojas darán paso a imágenes de muerte. Se respiran las primeras gotas que arrancan al asfalto el polvo veraniego, suponen esas primeras lluvias como un chapuzón que te devuelve al mundo real, a la rutina, después del paréntesis veraniego.

Ese día de septiembre nos habían convocado a una reunión para que los futuros seminaristas nos conociéramos, en un barrio periférico de Palma, a la caída de la tarde. Éramos once extraños.

El rector, persona de cálido verbo, nos habló con campechanía y familiaridad sin poder disimular su contento, el número de los que allí estábamos casi duplicaba la comunidad de estudiantes, y supongo que pensó que en algo debía haber influido su rectorado. Si no lo he dicho lo digo ahora, ya de entrada era un imbécil por pensar eso, las vocaciones vienen de Dios, pero ¡ojo! que la mayoría de mediocres piensan que las vocaciones se deben a su acierto, a su... lo que sea. Piensan que son artífices de vocaciones ¡hace falta ser bobo! Un buen ejemplo ayuda a suscitar vocaciones, eso es cierto, pero es que nuestros superiores no solo no dieron buen ejemplo, sino que lo dieron nefasto, contrario. Un ejemplo predicado y un pecado vivido.

Los reunidos aquella tarde estábamos descolocados. Claro, es que cada uno es hijo de su padre y de su madre, también de su historia, por eso las miradas de recelo también estaban presentes, no nos conocíamos de nada pero en definitiva con todos o casi todos nos tocaría compartir seis años de estudio y convivencia. Eran muchos años, lo sabíamos, y todos –creo yo- teníamos los mismos miedos, y también las mismas ganas de caernos bien. ¡Supervivencia tío, a eso se le llama supervivencia!

Se procedió a la oración y a mi me supo a rayos. No es que no quisiera rezar, eso lo hacía a menudo, pero me suponía una especie de exposición de mi interior ante gente que no conocía, era, claro está, ese tipo de plegarias en las que cada uno dice la suya. Pronto supe que casi todos nos sentíamos igual, ¡Que mal, por Dios! Creo que fue en ese momento en el que me puse en alerta y decidí no soltar prenda ante grupo tan aparentemente cordial como absolutamente desconocido. Además, cabe decirlo, era un grupo positivamente manipulado. Quiero decir con esto que nosotros, los once, no sabíamos nada, sin embargo el rector, el de palabra envolvente, sí sabía lo que pretendía. No era nada malo en principio, pero no me hizo gracia. Existían para mi dos tipos de oración, la personal: íntima; y la comunitaria: colectiva. En la segunda por norma la Iglesia no suele promover la exposición interior de sentimientos, la liturgia no la permite, y es que a pesar de todo la Iglesia es sabia. Sin embargo en grupos reducidos esa es una práctica frecuente, mezcla de psicología barata y juego de sentimientos, abominable por demás y muy, muy peligrosa. Las sectas juegan todas ellas ese juego, al principio no te enteras y te dejas llevar por la corriente que parece emanar del grupo ¡que coño, si el grupo está tan descolocado como tu! Entonces ¿de donde emana la corriente? Pues de quien va a ser... ¡De quien lo dirige! Ahí está el peligro, el que dirige aglutina y conduce el tema hacia donde quiere. Si el grupo es sano la intimidad, la personalidad individual quedará a salvo... pero si el grupo es peligroso antepondrás el grupo a tu persona, y en ese momento la has fastidiado. Repito ¡Que peligro!

En aquel momento no sé si atribuí la manipulación al rector o no, es algo a lo que no puedo responder, lo cierto sin embargo es que sentía la incomodidad de los demás en tanta o mayor medida que la mía propia. Hombre, ahora ya pasados los años no tengo dudas, el rector nos estaba manipulando. La cosa sin embargo podía parecer de

lo más normal, compartir experiencias, abrirse a los demás... todo eso de los grupos de autoayuda y similares. El problema real es que aquella primera tarde de septiembre, aquel primer encuentro ya marcaba precedente. Esa de hecho fue la forma de funcionar que viví hasta que me echaron. No me gustó la primera vez... aprendí a aborrecerla y a vacunarme contra ella en muy poco tiempo.

Al poco, después de la plegaria y en la misma tónica, una pregunta del simpático rector: Bien, ¿podrías decirnos como os ha llegado la llamada de Dios? Lo dijo sonriendo el tío, me cayó fatal, si la oración comunitaria ya me había parecido malilla, la pública expresión de la experiencia de fe casi me pareció un insulto. Las caras del resto del grupo reflejaron sorpresa parecida, especialmente por parte de aquellos que no procedíamos del Seminario Menor, de modo que sin pensármelo dos veces tomé la palabra y afectando la voz grité más que dije: A mi se me ha aparecido la Virgen de Fátima y señalándome con su dedito virginal me ha dicho: Tu serás cura. Lo dije además gesticulando, señalando al infinito. ¡Si es que yo venía del teatro!

La carcajada fue general y por primera vez en la piadosísima reunión el alivió se pudo respirar, si uno podía tomarse a broma aquella pregunta el problema de la incomodidad iba por buen camino. La risa, como digo, fue general, y a ella, quiero señalarlo se unió la del rector, el de palabra melosa, aunque con el tiempo descubrí que su capacidad histriónica superaba cualquier obstáculo de ese tipo. El tío reía sin ninguna gana, pero aparentemente se lo pasaba bomba. Lo cierto es que la respuesta relajó al grupo, y creo en verdad que fue como una especie de grito de alerta: ¡Ojo, no contéis lo que no queráis contar! No creas, sirvió de poco, los más avispados creo que tomaron nota, la mayoría no, y es que claro a cada uno se le enciende la alarma cuando se le enciende y en eso no siempre hay coincidencia. Además estaba el rector, no es necesario que diga que supo reconducir el tema. ¡Un prenda el tío!

NANAS DE INFANCIA.
EL COCO ES FEO

Nunca fui un niño vocacionado, cierto que como a casi todos en aquel tiempo me llamaba la atención todo lo relacionado con la Iglesia. Una parte de la liturgia me aburría, sobretodo el sermón del que no entendía nada, pero en cuanto aparecía el incienso y sonaba el órgano... la cosa cambiaba ¡que bonito! Y es que claro, si la cosa está bien preparada sale bien, y aunque no tengas ni idea de lo que se está haciendo ni del porque... la belleza subyuga, atrae y embriaga. La liturgia es antigua, lleva el peso de la historia y se ha purificado y embellecido a lo largo de los siglos. El tiempo ha ido ofreciendo lo mejor de cada época, el mejor arte, la mayor belleza a los ritos eclesiales. Por eso, aunque uno tenga dudas de fe, aunque se sitúe en el punto mismo de sentirse o no miembro de la Iglesia puede gozar a través de la armonía, el orden, la poesía y la música que enriquecen la liturgia. Claro después vinieron las guitarras en oposición al órgano, y las letras bien construidas dieron paso a los espirituales negros y al coñazo del Cumbayá, y claro aquello que había sido bello se volvió feo y encima tonto ¡Que cruz Señor!, y a eso se le llamó modernidad ¡Anda ya!, aquello fue una venta de saldo de productos de segunda o tercera mano, no valía un pimiento pero estaba tocado por la frase mágica "¡que moderno!" y ala a ver quien se atrevía a llevar la contraria.

Entre las cosas que me llamaban la atención, además de la belleza de la liturgia, estaba la singularidad del sacerdote como persona, y eso, eso sí que era un puntazo,

claro tuve la suerte de conocer a algunos muy interesantes y por otra parte en aquella época eran figuras referenciales. Viví tiempos de cambio, nací en el 1961 y las influencias del Concilio Vaticano II fueron calando lentamente en la sociedad que de niño conocí. Mi parroquia además era pionera, nido de rojos consideraban algunos, iglesia moderna apuntaban otros. Lo cierto es que antes que parroquia el local fue sala de fiestas y eso le confería a todo un aspecto especial, desde la ausencia de los típicos bancos que en ese caso eran sillas, hasta el anfiteatro que rodeaba el local, bastante cutre por cierto, pero curioso. Uno podía imaginar noches de farra y señoritas disolutas en el mismo lugar donde se celebraba la misa. Era todo bastante extraño.

Años después, derribada la antigua sala de fiestas, y construida una iglesia casi tan fea como el local anterior (o sin casi), surgieron en ella grupos, entre otros los Boy Scout. Mis padres nos apuntaron, y mi hermana y yo disfrutamos de lo lindo con excursiones mensuales y reuniones semanales. Los campamentos a final de curso eran todo un derroche de esfuerzo e imaginación por contentar, agradar, educar y no gastar. Es que no teníamos una perra. En aquellos días forjé algunas de las amistades de esas que conservas toda la vida. Y todo era simple, claro, directo.

En el grupo había un sacerdote, con el aprendí otra forma de liturgia, en contacto con la naturaleza, sentados en la tierra húmeda, cantando letras que sí nos decían alguna cosa aunque no fueran religiosas, eran experiencias profundas y claro, en aquel momento todos éramos católicos y apostólicos, con el curilla nos lo pasábamos en grande. Encajaba bien la broma y nosotros a cambio aceptábamos bien o muy bien el pertenecer a un grupo de Iglesia... y cada uno a lo suyo ayudando a que todo funcionara.

Quiero añadir aquí que la liturgia campestre, por llamarla de algún modo me gustaba de forma distinta a la liturgia del templo. Lo que no perdono es que la del templo se viera contaminada por las dichosas guitarras y por el Cumbayá, esas cosas tenían sentido entre tiendas de campaña, pero en el templo eran, son y serán ridículas hasta lo insoportable. Si llego a Papa de Roma creo que prohibiré las putas guitarras con sonsonetes simplones y letras lacrimógenas que solo conocen quien pulsa o mejor asesina las cuerdas. La gente mira al grupo de las guitarritas si su nieto toca entre ellas, si no ni caso tu, la de la guitarra toca y berrea, y la viejita del segundo banco que además es sorda continua con el rezo del rosario. Descaradamente la viejita es la que lo hace bien. ¡Que amordacen a la guitarrista coño, y que le aten las manos!

Recuerdo de esa época un campamento a Chamonix (Francia), fue toda una aventura, el cambio de tren en Port Bou ya bien entrada la noche, y la llegada a Chamonix a altas horas de la madrugada. Quiero contar que justo pasado Port Bou me quedé solo en el compartimento del tren, no había nadie más del grupo, y yo empecé e temerme lo peor, y ¿qué era lo peor?, pues casi nada, que apareciera el revisor y me pidiera un billete que yo no llevaba encima, porque entendámonos, el billete era de grupo. Claro, como siempre pasa sucedió lo temido y entro el revisor: el coco se me pone en marcha: 1) estamos en Francia; 2) no tengo ni puta idea de francés) 3) no llevo el billete encima; 4) a ver como coño se lo digo yo al gabacho... Resultado, el hombre me vio con cara de apuro y con sorna y un inequívoco acento andaluz me pregunta ¿vamo a ve muxaxo, el billete é coletivo o individuá? ¡Joder que alivio!.

El resultado de los trasbordos a horas intempestivas, la noche durmiendo a intervalos y todo ese rollo tuvo el final que cabía esperar, cuando llegamos a Chamonix nos quedamos dormidos y nos despertaron a gritos cuando el tren ya iniciaba de nuevo su marcha hacia quien sabe donde, con los ojos medio cerrados arrojamos por las ventanas el material del campamento que aterrizó en el andén ya maltrecho. Todos

bajamos pero al hacer el recuento de pertrechos vimos que la gran mayoría de material seguía en el tren que veíamos alejarse pii piii. Conclusión: poco dinero, apretarse el cinturón, ajo y agua. Daba igual, el campamento fue todo lo bien que cabía esperar, y con el paso del tiempo yo creo que lo magnificamos en el recuerdo. No fue para tanto, pero estuvo medianamente bien. Claro, es que en aquella época lo de ir a Francia era toda una aventura, y ¡que leche! No se alquilaban autocares ni nada por el estilo... todo a la brava, y venga cachondeo y venga compromiso y venga consignas y adelante. ¿Te acuerdas Joan Lluís? ¿ y tu Miquel?, ¿Andreu... te acuerdas?

Acampamos cerca de un río en el que se leía (para quien sabía francés) que la corriente podía subir súbitamente, y que por tanto era peligroso entrar en el cauce... Daba igual, el agua estaba tan fría que optamos por lavarnos estilo antiguo... y además poco.

Recuerdo una excursión a un glaciar, espectacular la cosa, al descenso, con los caminos cubiertos de hielo me resbalé e inicié patinaje libre por la ladera... menos mal de nuestros monitores que sin despegar los pies del inseguro camino me gritaban ¡No te preocupes! no me preocupé porque no me dio tiempo, pero si la cosa no acaba en una frenada casi fortuita el accidente estaba asegurado.

DE ISABEL Y FERNANDO EL ESPÍRITU IMPERA Y EL TRECE DE MAYO EN COVA DE IRIA

En el colegio siempre fui un desastre. He de decir que la culpa, si se puede hablar en esos términos, fue solo mía. Tuve suerte, el colegio era una maravilla para su tiempo y los maestros eran de esos que dejan huella de por vida, gente honesta y recta que a todos nos parecía lo más normal porque en casa la gran mayoría teníamos lo mismo, los padres eran gente honesta y recta. Y es que la sociedad ha cambiado mucho en poco tiempo, cuando yo era niño, que tampoco hace demasiado (o sí) la educación era cosa primordial. Yo, claro, era hijo de forasteros, nunca tuve problema, mis amigos del barrio eran mallorquines de pura cepa y muy pronto, sobre todo urgidos por mis padres, tanto mi hermana como yo hablábamos igual que los vecinos, ¡oye y sin tener el catalán C!

Es cierto que eso de la integración funciona como las mayonesas, es una cuestión de emulsión. Me explico, tu puedes añadir un poco de vinagre a la mayonesa, el vinagre emulsiona y queda integrado en la salsa. Lo que no se puede hacer es poner un exceso de vinagre porque entonces no solo no se mezcla sino que estropea todo lo que anteriormente aparecía cohesionado, es en ese punto cuando la gente exclama ¡Oh, se me ha cortado! Digo esto a cuento de la inmigración y la integración, o mejor, lo digo porque ante el problema de la inmigración repetimos machaconamente la palabra “integración” como si fuera un mantra mágico capaz de solventar la dificultad de la pluriculturalidad.

Ya, ya se lo que dicen las organizaciones humanitarias etc... lo primero que me echarán en cara es que la inmigración no es un problema, sino un fenómeno. Vale, yo lo escucho pero me da la risa floja porque un inmigrante es un fenómeno y es integrable pero a una barriada entera de inmigrantes no hay quien la integre... vamos a ver, espera que te lo cuento despacito. Yo soy hijo de forasteros, mis padres llegaron a Mallorca y vivieron desde el principio en un barrio de gente mallorquina en su práctica totalidad. Muy bien, mis padres, mi hermana y yo éramos en mi barrio un fenómeno de inmigración, éramos los “forasters”, pero como éramos los únicos nos integramos sin

problemas, en nuestro caso además a gusto, pero oye, es que además no quedaba otro remedio, te integrabas sí o sí.

Desde hace unos años hay en Palma barriadas enteras en las que resulta imposible encontrar un mallorquín o un español, traen su cultura muchas veces tribal y para nosotros completamente aliena, han formado guetos en parte por rechazo nuestro pero también, en parte, por conveniencia suya. Muchos tienen otra religión, y aunque nosotros hemos renunciado a esa cuestión porque somos la leche de modernos ellos no lo han hecho, son observantes, practicantes y... se lo toman muy en serio.

La cuestión es la siguiente, la convivencia es difícil, tanto que supone un verdadero problema, agua y aceite, emulsión imposible. entonces... ¿podemos ya hablar del problema de la inmigración sin ofender a nadie? O seguimos hablando de fenómeno. Quede claro que no es una cuestión de residentes buenos e inmigrantes malos, para nada. Pero negar la problemática actual es de necios o de ciegos.

La convivencia es difícil, nosotros hablamos de integrar y ellos no tienen ningún interés en integrarse, pero veamos esto despacito que tiene su miga y no se trata de echarles la culpa. Tal vez para que nos entendamos sea bueno un ejercicio de memoria: hace unas décadas mucha gente española emigraba. Mallorca no fue una excepción y destinos como Francia, Cuba, Argentina etc. fueron incorporados a nuestra cultura popular como lugares en los que había trabajo, lugares hasta los que había llegado el abuelo o la abuela en la aventura de procurarse un futuro mejor... ¿de acuerdo hasta ahí?, vale sigamos.

En esos destinos los mallorquines se agrupaban, se asociaban y muy pronto constituían la Casa de España o la Casa de Mallorca. Natural todo si se considera que la agrupación consuela el desamparo. En esas "casas" se podían encontrar unos pocos productos mallorquines, se hablaba el mallorquín y sobretodo... ¡se soñaba con el regreso!. ¿si? Bueno, pues si esa era la realidad, y lo era, la palabra "integración" era para los mallorquines en Argentina una solemne sandez, porque de todos nuestros abuelos no hubo ni uno que no intentara el regreso, porque mientras estuvieron allí soñaron siempre con volver aquí. Y cuando lo hicieron se zamparon unas "sopes" para celebrarlo y renunciaron para siempre jamás al churrasco. Esa fue nuestra integración, y ahora con los inmigrantes... ¿qué demonios pretendemos? Da la sensación que queremos presentarnos ante ellos como intercambiadores de cultura ¡Anda ya! Ni a ellos les interesa una puñeta nuestro "gató amb gelat" ni a nosotros su cous cous. ¡Un problema! No, me dicen los buenos ¡Un fenómeno! Vale, para ti la perra gorda.

La cuestión es que con la pluriculturalidad está desapareciendo una forma propia de ver el mundo, nuestra isla de la calma se está convirtiendo o se ha convertido ya en algo informe que tanto puede representar un barrio de París, como un poblado de Kenia, aderezado todo ello con pizza, hamburguesa o kebab según el gusto de cada uno. El problema, que no fenómeno, viene marcado sobretodo por la invasión de culturas más fuertes que la nuestra, seamos sinceros, en nuestra sociedad laica muy poca gente se adhiere al Islam... sin embargo. Sin embargo son multitud los que acuden a comer a los japoneses con su cinta sinfín dando vueltas al más puro estilo "comedero de pollos" en el que no puede ni debe en ningún momento faltar el pienso. Los Mallorquines no aceptaremos el burka, el turbante ni nada por el estilo, pero adoramos e imitamos la última tendencia de la moda americana aunque esa moda suponga que los chavales vayan por ahí enseñando medio culo como comentaré más adelante.

Los ecologistas nos advierten periódicamente de los peligros de soltar plantas o animales exóticos en nuestros ecosistemas. Dicen y no les falta razón (supongo) que la

tortuga de Florida acabará con nuestra tortuga de toda la vida... ¿si? En ese caso medioambiental podemos hablar de problema porque el bicho más fuerte domina al más débil, y en el caso de encontronazo de culturas... ¿por qué no se puede hablar de problema?

La cuestión sin embargo es clara. Cuando hablamos de inmigración siempre nos referimos a gente pobre que viene a buscarse las sopas, es con esa gente con la que ponemos en marcha la palabra "integración" como ya he comentado. Sin embargo ya en los años 60 o 70 había muchísima "inmigración turística" y en aquel momento ni ahora se habla para nada de integrar a los suecos o alemanes en nuestras costumbres. Será que a los pobres hay que integrarlos y a los ricos... ¿imitarlos? Pues eso.

Volviendo al cole, en el colegio no solo se enseñaba, también se educaba, y esa educación colegial era complementaria a la educación de casa que en general era mucha, mucha, mucha. No recuerdo que nos pegaran nunca, ni a mi ni a mi hermana, ni en casa ni en el colegio nuestros padres y profesores nos educaron sin usar jamás esos métodos, sin embargo parafraseando la conocida oración de antes de comulgar: "... pero una mirada tuya bastará para sanarme".

Todos nos educaban, nuestros padres, los vecinos, el colegio... todo y todos. ¿Y ahora? ¡Que lastimita! En eso creo que hemos perdido el sentido común y es una pena, porque en la vida se aceptan muchas cosas pero los maleducados están abocados al desprecio y al fracaso. ¡Que duro debe ser que la primera palabra de autoridad te la diga el jefe a cambio de un sueldo!

La cosa, como decía, es que no me gustaba estudiar. Me aburría hasta el infinito y no entendía la mayoría de las cosas que se nos explicaban. Creo que no me interesaba ninguna materia, la religión tampoco, y así en un examen escribí que la Virgen María murió asesinada. La sorpresa del maestro fue tanta que me preguntó que donde había oído yo semejante cosa, y yo, tranquilo y seguro respondí casi con chulería: me lo dijo mi madre... El maestro me miró, y comentó algo entre dientes ¡Oye, y con razón! La cosa es que cuando llegué a casa comenté el incidente y mi madre, supuesta transmisora de la burrada mariológica, se puso a reír hasta las lágrimas, casi sorbiendo el moco me contestó: ¡hijo, que burro eres¡. La cosa dio para tiempo de risas.

En los colegios de entonces se usaba uniforme, nada especial y sin embargo... ¡que importante! El uniforme, como después en la mili, nos igualaba en apariencia, lo cual suponía que a partir de ahí el mérito, la singularidad, el valor habría de buscarse en la forma de ser. El uniforme escolar es una buena cosa, ahora como nos dejamos llevar por las libertades individuales convertidas en algo sagrado hay que aceptar que uno vaya al colegio con cresta de colorines o con muñequeras de cuero y clavos, igualmente hay que tolerar medias rotas, labios o narices perforadas con metales, lentes de sol dentro del aula, deportivas y camisetas con algún que otro slogan ofensivo... todo, todo hay que aceptarlo porque forma parte de la sacrosanta libertad personal. Definitivamente somos bobos.

Como por aquel entonces no existía cabronería entre curas y maestros celebrábamos el mes de mayo, el mes de María. En el colegio, estatal había una pequeña capilla que durante ese mes se impregnaba de olor a rosas. Los sábados... ¡o sí, los sábados íbamos al colegio! Los sábados digo, rezábamos en la capilla, alumnos y maestros cantando "con flores a María que madre nuestra es". Después en el transcurrir de los años hemos decidido que lo de la religión debe formar parte solo de la intimidad personal, y que por tanto el colegio debe quedar al margen de ese singular personalismo casi exótico... y a mi me da la risa y me pregunto como demonios se puede explicar

historia, arte, literatura, o lo que te de la gana sin explicar religión. Nuestros pueblos, todos ellos han crecido y se han formado en torno al hecho religioso, creencia divina que ha fundamentado nuestra historia. Vale, ahora resulta que la religión es algo que hay que vivir en "privado". Bueno, aceptemos eso como mal menor, pero en esa misma línea permitid que muestre mi enojo cuando los no creyentes hacen gala de su ateísmo. Que yo vaya a misa sin hacer alarde vale, pero por la misma regla de tres cuando preguntan al presidente de gobierno actual en que consiste el socialismo en nuestros días debe evitar decir que consiste en una concepción laica de la realidad porque a mí su laicismo me importa tanto como a el mí fe. O sea que si se declara ateo que lo haga también en privado. Si uno no alardea el otro tampoco. Más todavía, me gustaría ver como se explica la historia de Mallorca sin Iglesia Dios ni fe. ¿La fundamentaremos en el tomate de ramillete?, ¿en la ensaimada tal vez?. ¿Seguiremos disimulando cuando al hablar de Ramón Llull debamos por narices referirnos a su intención de anunciar el Evangelio a los infieles? ¿Ocultaremos que los principales edificios de nuestra isla son iglesias? ¡Si es que tenemos un cuajo! Yo no quiero que nadie crea por obligación, pero me cabrea que la gente deje de creer por ignorancia, simplemente porque el ignorante nunca ha sido libre sino esclavo. No quiero que nadie sea matemático por obligación, pero el día que prohibamos o limitemos la enseñanza de la matemática en los colegios estaremos retrocediendo como sociedad, en lo colectivo y en lo individual.

Otra y termino, me da risa de la buena ver como en colegios e institutos hacemos dibujitos por Navidad, San Antonio, Cuaresma etc. Me declaro objetor. No me da la gana que cuando conviene usemos de lo religioso para dibujar una postal que los crios regalarán a la abuelita, ¡oye y una monada de postal, con su cuevecita de Belén el buey, la mula!... todo. Hasta la nausea que en Mallorca, en los ateísimos colegios se represente a la "Jaia Corema" con sus siete piernas que hay que ir cortando conforme uno se acerca a la Pascua. Con las representaciones del Demonio y San Antonio ya es que no me contengo y cuando veo que los alumnos representan en pintura o monigote al diablo o al santo suelo acudir a la dirección del centro y presento una queja escandalizada por el hecho que en la escuela laica se use y celebre semejante despliegue de "cosas de Iglesia". Somos tontos, ¡tontos del bote!

Espera que me viene otra, a ver si es la última que a este paso no me salgo del punto. Me he fijado que de un tiempo a esta parte las fechas que antes se señalaban como a.C (antes de Cristo) o d.C (después de Cristo) figuran ahora con el acrónimo ANE (Antes de Nuestra Era). Me parece oír la conversación profundísima de dos rebotados de los de mi generación:

- Pues sí hijo, ahora duermo de maravilla
- Y... ¿dices que fue por lo del ANE?
- Claro, es que ateíto como soy y trabajando en excavaciones imagina tu tener que usar todo el día el nombre de Cristo... ¡uy! ¡ya lo he vuelto a decir! Esta noche migraña segura.
- Si es que hablas con imprudencia

DEL DESTAPE AL PORNO SIN PUNTO MEDIO
DESCUBRIENDO EL SEMINARIO

La clases de Mariología del seminario me resultaban aburridas, yo creo que era más sencilla mi respuesta infantil "murió asesinada" que la complicada explicación

sobre la virginidad o la asunción. Pero entre esta y otras materias, muchas por cierto, íbamos pasando el primer curso de seminario.

El estudio marcaba el tiempo, era la actividad principal, sin embargo no era ni con mucho lo que más nos forjaba. La convivencia era la asignatura verdaderamente importante, y ya me resultaba curioso que se le diera tanta ínfula teniendo en cuenta que cuando acabas el seminario y te ordenan sacerdote estás más solo que la una... pero bueno, cabe pensar que todo respondía a una especie de compensación vital –Vivirás seis años en grupo y pasarás el resto de la vida solo- Crudillo el tema, suena casi a maldición bíblica. Bueno, y ahora la cosa está que ni te cuento, te ordenan curita y te dan cuatro parroquias. Tocan a cuarto de cura por parroquia ¡qué penita! Yo creo que el obispo debería preguntar a los fieles de las cuatro parroquias a las que destinarán al pardillo: Ustedes, hijos queridos, que van a preferir, ¿pechuga o trasero?

En el seminario la convivencia daba para mucho, y no solo para cosas serias. Allí después de la cena se salía a pasear, se miraba la tele, o se iba al cine... lo que quisieras tío, en cuanto no hicieras nada que trastocara el orden. O mejor dicho, mientras nadie se enterara de que podías hacer algo que trastocara el orden. ¡Oh querido, e ahí el quid de la cuestión! Pero claro los secretos duran poco en grupo, y así una noche decidimos ir a ver una película porno, sala infecta, olor a desodorante desinfectante... y poca, recuerdo muy poca gente. No creas, la película era un bodrio y al poco ya estábamos todos en la calle riéndonos como posesos por la cutrez del film que además en la puerta aparecía como subtitulado... Y que quieres que te diga, visto el diálogo no vimos un solo subtítulo, porque a ver ¿qué necesidad hay de subtitular gemidos? ¿Gimen igual francesas, americanos o españoles? ¡Claro tío! Supongo que por eso, por las risas y la cutrez vivida nos sorprendió tanto la reprimenda del superior.

Fue al día siguiente, en clase, y claro la materia no se de que iba pero la bronca fue monumental, desproporcionada, y casi vergonzante si no fuera por el hecho de que allí ninguno tenía sensación de haber hecho nada malo y sí, en cambio, haber pasado un rato de lo más divertido, y no con la peli... ¡Que va!, lo de las risas no tenia nada que ver con el sexo expuesto en la pantalla. Es que la situación era graciosa y punto. Pero... ahí estaba la bronca y creo que fue la primera. A mi me pilló con el pié cambiado y consideré al abroncador un estúpido, opinión que pasados los años sigo manteniendo ¿curioso no?, consiguió que a partir de entonces se le conociera mejor; el y también el rector vendían la imagen de ser casi nuestros colegas, compañeros mayores comprensivos y tolerantes... ¡Uy, que lejos de la verdad estaba todo eso! Pero claro, como en todo, tardas un tiempo en descubrirlo. Si es que éramos unos pardillos y nos lo creíamos todo o casi todo, y claro además ellos eran buenos vendedores del producto.

El superior, o sea el segundo de a bordo, no tenía la calidez verbal del rector, tampoco ni de lejos su capacidad intelectual. Una cosa es que el rector fuera malo que lo fue, y la otra que fuera tonto... No, tonto no era y en eso me refiero solo al rector, repito, el rector no era tonto. El superior, el segundón, ese hombre de eterna ceniza mediocre era y es cansino hasta la saciedad, con un tono de voz apto para hipnotizar gallinas o para realizar curas de sueño, ¡Que plasta el tío! Compensaba su falta de expresividad con una seriedad que pretendía ser profundización y no era ni es más que una máscara tras la que oculta complejos a montones. Nunca he conocido persona tan esclava de su imagen. ¡Barniz amigo, todo barniz! Y si a eso añadimos la poca agilidad mental ya comentada tenemos el retrato completo. Un mediocre pata negra. Y encima desconfiado... ¡Ay Señor! Sus prédicas resultaban y resultan inaguantables, y es que

suple la falta de ideas y la espontaneidad con larguísimas exposiciones, que, claro, en tono único monocorde e inalterable son casi de muerte. Da igual, si da alguna conferencia le aplauden igual, sobretodo los insomnes que acaban de ver superado su problema como por arte de magia. No hombre, en las misas no se le aplaude después de la homilía, pero tampoco se le apedrea... ¡algo es algo!

El primer año de seminario estuvo además marcado por una frase que llegamos a odiar "conservar y ser transmisores de la brasa" la dichosa brasa se refería a la experiencia de los seminaristas mayores, y venia a decir que nosotros debíamos cuidar, velar, y trasmitir cuanto ellos, en su infinita sabiduría nos legaban. ¡Anda ya! Menuda estupidez. Para brasa la que ellos nos dieron con lo de la tradición de grupillo perfecto y aires de santidad que apestaban en cuanto te acercabas. La cosa era clara, el seminario llevaba varios años bajo mínimos, formando comunidad de grupillo, y claro ahora éramos más. Los grupillos siempre apestan, pero claro, cuando te quieren vender la peste como virtud es que ya te cabreas. La cosa siguió más o menos igual durante el curso, ellos con su puñetera brasa y nosotros a lo nuestro sin interesarnos lo más mínimo ni su brasa ni su leña. Allá cada cual se las ventile. Y créeme si te digo que aquello lo que de verdad necesitaba era ventilación.

También el rector, el de cálido verbo, nos daba su versión de lo de la brasa, comentaba que tal como iban las cosas nuestro sacerdocio –si es que llegábamos- sería comparable a los braseros cubiertos de ceniza que conservan la pobreza esperanzada de unas brasas encendidas, oportunas por demás si alguien quiere iniciar con ellas un fuego nuevo (era de cálido verbo). Y venga brasa, por activa, pasiva y perifrástica. ¡Que brasa Señor!

Cierto sin embargo que en aquella época todavía no teníamos miedo, eso vino después, con nombres y apellidos que omitiré, primero porque todos los que vivimos esa época los sabemos al dedillo, y segundo porque no quiero darles pábulo ni siquiera considerándolos mediocres de categoría. Quede pues la cosa en que eran mediocres simples, eso sí, peligrosos, peligrosos para la Iglesia que les confió un papel para el que se necesitaba amor y no temor, autoridad moral y no autoritarismo déspota, diálogo y no sermones, tolerancia ante los más jóvenes y no intransigencia ni mucho menos colegueo, y sobretodo lo que necesitaban era un acuerdo urgente entre lo que predicaban con los labios y lo que sentían con el corazón, porque la verdad, en mi vida he visto mayor divorcio.

EL CUMBAYÁ Y L'ESTACA
¡QUE TIEMPOS!

Los fuegos de campamento daban para mucho, en ellos cantábamos. No se como ocurría, pero la cosa es que siempre había alguien que sabía tocar la guitarra, supongo que sería por aquella influencia hippie de los 60 o 70 que nos remontaba a realidades no conocidas pero intuidas de "amor y paz". La cosa, digo, es que siempre había guitarristas ¿qué cosas verdad?, bueno pues con las guitarras las canciones sonaban de lo más chulo, y además vivíamos tiempos de transición, y allí que nos tienes tu, cantando a voz en grito "L'Estaca" y "Al vent" entre un repertorio magnífico para la ocasión. Éramos jóvenes, niños, y aquello nos encantaba. En aquellos años la gente no salía tanto como ahora y normalmente los sitios en los que acampábamos parecían de nuestra propiedad. Recogíamos leña, sacábamos las eternas fiambreras de aluminio con tortilla de patatas o croquetas de las de verdad, cenábamos después de bendecir la mesa

con otro canto oportuno y... ¡Ala! A empezar el fuego de campamento, como si aquello no hiciera ya más de una hora que ardía. La verdad es que lo pasábamos muy bien.

Las ocasiones especiales las constituían las nuevas incorporaciones. Se hacían novatadas claro, pero tan suaves y simpáticas que normalmente el novato arrancaba en risas a la par que los demás. Entre las más clásicas estaba la de cazar mopis, bueno, nada especial, se le hacía creer al novato que existían tales bichos, que eran nocturnos y que había que ir a buscarlos al pié de un árbol frondoso. En cuanto el novato estaba en posición para el avistamiento del mopi un compañero de los antiguos le regaba la cara desde el árbol con el contenido de su cantimplora provocando con ello la carcajada general. Eran bromas inocentes, jamás vi ninguna de mal gusto, y la verdad es que con tan poca cosa nos divertíamos muchísimo. No había juegos de ordenador ni móviles ni nada por el estilo, pero ¡caramba! Aquello era una delicia.

El cura nos acompañaba en algunas ocasiones, no en todas. Mención aparte merecía la Promesa y los Pasos. Era el acto de prometer primero, y pasar después de un grupo a otro por razón de edad, dos actos distintos, fechas distintas, una solemnidad parecida. ¿Y que prometíamos? Bueno, pues en definitiva y para decirlo sin rodeos, prometíamos ser buenos, y la verdad sea dicha, malos no éramos. El reconocimiento a la promesa la constituía el fular, pañuelito al cuello de distinto color según al grupo al que se pertenecía y que de forma invariable estaba siempre ligado a una parroquia, ligado a la Iglesia.

Recuerdo especialmente unos pasos en la presa del embalse de Cúber. Allí que llegamos, un día gris y lluvioso, a primeras horas de la mañana, y allí que estaba el cura, los dos grupos, el de los pequeños y el de los mayores, y con toda solemnidad se iba pasando de uno a otro grupo a los elementos que correspondía, con saludito y todo, no creas, lo hacíamos muy en serio. Nos cambiaban la camisa, y aire, a continuar con la caminata. Allí aprendí a amar la naturaleza, la lengua, el sentido de grupo, y la fe. Dios estaba ahí, en los compañeros, en la naturaleza, en todo... en todo. Por cierto recuerdo que mi promesa la hice en la Comuna de Bunyola, es que me ha venido a la cabeza porque recogí una corteza de pino de tamaño descomunal y después le pegué unas letras de marquetería que yo mismo recorté para recordar la efeméride ¡que cutre! ¿verdad?. Bueno, para mí fue importante en aquel momento. Visto a distancia constituye un recuerdo agradable. Todo aquello nos hacía, nos forjaba lentamente para bien.

El primer año de seminario recogía también novatadas, dicho sea en justicia, de buen gusto. Normalmente consistían en hacer el muerto... ¿qué era eso? Pues nada, algo de lo más sencillo. Los veteranos, los de la puñetera brasa, invitaban al cine o a dar una vuelta a un nuevo. Los otros mientras tanto le desmantelaban el cuarto de arriba abajo y montaban un túmulo con incienso, velas y demás decoración mortuoria. Al regresar todos esperaban escondidos y cuando el pardillo entraba en su habitación se quedaba de piedra ante el espectáculo. Los demás aparecían en ese instante y venga risas. Al final, entre todos ayudaban a recolocar las pertenencias del pardillo en su lugar de origen y... a dormir. Al rector de azucarillo en los morros y al superior les debía parecer de buen gusto porque nunca dijeron nada. Y es que de verdad, la cosa no tenía malicia.

Además de las de buen gusto existió alguna que otra ya de gusto dudoso. Yo tuve suerte, era el mayor de aquel curso de primero y por lo que parece me eligieron como parte de la farsa. Consistía en una hipotética revisión medica... de cintura para abajo –claro está- . Como yo estaba conchabado me hicieron pasar el primero apremiándome a protestar a voz en grito por una supuesta ignominia o situación poco ortodoxa. Nada era real, evidente, pero los compañeros de la sala contigua escucharon

las quejas y se les heló el corazón. A mi no me hizo gracia, y no creo que a ninguno de los sufridores de primer curso. Pero eso sí, la brasa se había apuntado un punto con la aquiescencia del rector de cálido verbo que pareció disfrutar como un enano.

Los de la brasa se apuntaban otros tantos, especialmente referidos a la veteranía, y como resultaba evidente que la veteranía no nos importaba lo más mínimo optaron por meternos algo de miedo en el cuerpo en referencia a la dureza de los estudios.

Llegados a este punto quiero puntualizar que la práctica totalidad del claustro eran profesores excelentes. Exigentes en la justa medida y preparados, muy preparados. Esos eran la mayoría. Cierto que hubo alguna excepción pero sinceramente no creo que en comparación merezca más comentario.

Una única cuestión que con el tiempo resultó ser negativa era la relación directa entre dos instituciones que debieron gozar de mayor autonomía, una cosa era el seminario y otra el centro de estudios. A la práctica todo era una sola cosa con gran peso de la figura del rector y del superior del seminario que también formaban parte del claustro del centro de estudios. Eso no fue bueno.

He comentado que intentaron asustarnos con el coco de los estudios, yo ahí tenía el talón de Aquiles, he comentado que fui mal estudiante, y la perspectiva de un fracaso me preocupaba. Al final... como todo en la vida, en cuanto saludas de cara al coco ya no te da miedo, y eso hice, intentar seguir, y descubrí para mi asombro que ni de lejos era el más torpe. Cierto que no tenía hábito de estudio, sin embargo entendía muy bien complicados conceptos filosóficos, Sin problemas. Entre los de la brasa no todo eran lumbreras, ni de lejos tío. Incluso entre ellos había algún que otro tonto con el agravante de ser tontos con iniciativa, que ya es el colmo. Pero es que claro, el tonto, como es tonto no calcula los resultados de sus entusiasmos, y después... ¡Se meten cada leche!

TODAS HIEREN...
ESCUELA DE IRONÍA

Cuando tenía catorce años empecé a cojear, la cosa se atribuyó a una crecida, nada extraño excepto el hecho de que la cosa, lejos de mejorar empeoraba por semanas a ojos vista. Y bueno, pues que ya me tienes con la familia bien preocupada, y yo también no creas, porque la cosa parecía que se complicaba. Empezamos el calvario de ir de médicos, y venga radiografías y venga pruebas. Al final la cosa estaba clara, efectivamente era una crecida pero con resultado delicado, el cuello de la cabeza del fémur estaba agrietada. ¿Solución? Operar y meses de baja en cama, sin caminar ni apoyar para nada la pierna en el suelo.

La inmovilización comenzó casi de inmediato, recuerdo que a la salida de la consulta a la que habíamos acudido a pié con mi padre tomamos un taxi. El médico nos había asustado y había motivos para ello, el hueso podía fracturar en cualquier momento. Se acabaron las clases, añadiendo así mayor fracaso al fracaso que ya arrastraba, se acabaron las excursiones que tanto me gustaban, y empezó una introspección árida al principio, magnífica después, que me ha marcado para siempre.

Empecé a conocerme y a desarrollar un extraño sentido del humor en la adversidad. Sentido del humor que con el tiempo se va reconcentrando y en muchas ocasiones más que ácido es corrosivo, cuando sea viejo seré insoportable o divertidísimo.

La cama se hizo eterna, en total cuatro meses después de la operación en la que se me colocaron tres tornillos en el fémur. Bastante tiempo con muletas apoyando poco, y a eso el tiempo añadido antes de la operación... el total rondó un año.

Aprendí a mirar el mundo desde abajo, pero no para ver lo insignificante que era yo (teoría psicológica tonta), sino para reírme de lo que se veía, y es que la cosa tenía su gracia porque a mi no me dolía nada y me lo pasaba requetebién en mi “mundo interior” por las tardes echaban por la tele una serie de barcos, la línea Onedin, o algo así, y a mi el tema me gustaba. Como no había mandos a distancia resolvimos el tema con un palo y desde la cama yo apretaba el botón... claro que con algo de puntería, tampoco es que hubiera mucho para elegir, la primera, el UHF y punto, o sea que lo que dieran me iba bien.

Desarrollé no solo sentido del humor, sino también sentido del deber para con mi familia, sus cuidados fueron magníficos y años después tendría ocasión de comprobarlo nuevamente, si es que soy un pupas y parece que tenga imán para accidentes e infortunios. Desde luego lo del deber para con los míos me marco, mucho, muchísimo y muy bien.

Quien peor lo llevó siempre fue mi padre, y es que al hombre se le ponía cara de pepinillo en vinagre cuando me veía en cama, se derrumbaba y callaba, sobretodo callaba. Y allí que nos tienes en un cuadro de lo más pintoresco, animar a quien debía ser el animador. Bueno, tal vez por eso siempre he sido un poco payaso. Si es que todo enseña.

De la operación de cadera saqué una medio cojera, no me importa ni nunca me ha importado. Saqué un montón de cosas buenas, sobretodo a superarme y esa tal vez fue la mejor de todas. Con las muletas me defendí pronto, claro era joven, y con sentido del humor arreglé casi todo lo demás.

Cuando por fin pude volver a andar con más o menos normalidad reinicié las clases, me cambiaron de colegio pasándome a uno de pago... ¿resultado? El mismo, el mal estudiante era yo, los maestros eran buenos.

Pronto me dejaron volver a las excursiones pero claro, entre que en la cama había engordado bastante y el miedo a jorobarme la cadera... pues que andaba como una abuelita, y allí me tienes a los compañeros: ¡Venga tío que tú puedes! Y yo venga hacerlos reír mentándoles barbaridades. Bueno, siempre me esperaban, y a nadie le importó jamás llegar un poco antes o un poco después, la cosa era llegar juntos y eso lo hacíamos siempre.

Por la cosa de la gordura, que con el tiempo se iba acentuando, decidieron ponerme en manos de un endocrino, y yo obediente allá que fui. Me hicieron unas pruebas y ala, el folio con el régimen adecuado. ¡La Madre de Dios! ¡Que hambre!. Pero bueno, el hambre aguza el ingenio y a mi en general me aguzó el humor... el bueno y el malo porque recuerdo pillar algún que otro cabreo de no te menees, pero vaya, el bueno, el de reír también funcionaba.

En el Seminario nunca pasamos hambre, lo cierto es que la comida era buena y abundante aunque reconozco que la monja encargada de la cocina era bastante rácana, tenía a proeza y gran mérito hacer croquetas de huevo para treinta con uno o dos. En eso se pasaba un pelín. Otra fue cuando decidió cambiar el aceite de las freidoras por grasa, y no veas tu la pestuza de la cocina, por lo demás siempre limpia, pero apestando a fritura de taberna barata. Recuerdo que la grasa salía del bidón como una especie de cagarro blancuzco y de repente, al aspirar el aire el bidón metálico producía un sonido desagradable mientras se interrumpía el churritón. Aquello dio para risas y nuestros ínclitos superiores decidieron volver al aceite. Creo que a la monja no la convencieron pero... Roma Locuta...

Gloriosa fue también la temporada en que se decidió suprimir una serie de alimentos por considerarlos superfluos y poco acordes con la austeridad sacerdotal, los

productos que recuerdo eran: mejillones en lata, chocolate y cava. Y eso que el cava lo veíamos solo en los cumpleaños de los compañeros y además debo decir que nunca me ha gustado, o sea que a mi lo del cava me daba igual, lo del chocolate también por lo poco amigo del dulce que soy, ¡pero los mejillones! Total, que nos quedamos sin "militus galloprovincials" en escabeche, ¡que putada! (Nota: Sé que los mejillones de lata son del tipo militus galloprovincialis porque en cuanto gané mi primer sueldo me compre una reserva apreciable y era tanta mi admiración que me leí la letra pequeña de los ingredientes, el principal era lógicamente el mejillón gallego, pero en latín que suena más chulo. Como en la película "Lo que el Viento se Llevó" yo también puse a Dios por testigo, con una lagrimilla en los ojos, que nunca más volvería a pasar hambre... de mejillones)

La cosa de la austeridad alimentaria no tenía mayor importancia si no fuera porque en realidad de lo que se trataba era de tonterías con trasfondo. La idea de privarnos de esos alimentos no era directa de los superiores, procedía de un grupo de compañeros en busca de la perfección que para mayor gloria de Dios y santificación de sus almas nos impusieron a los demás con la aquiescencia de quienes mandaban. Repito: los que buscaban perfección nos impusieron su ascetismo, su perfección a los que no queríamos ser santos ni una leche. Mal santo es el que pasa por la vida exigiendo a los demás tonterías similares. ¿de verdad cree alguien que Dios nos pedirá cuentas de los mejillones que nos zampamos ¡venga ya!. Aquello fue, como tantas cosas una necedad, pero como casi todas las necedades... con su puntito. ¿Cuál era el punto? El de siempre, el del mando y ordeno por vuestro bien, yo se lo que os conviene y lo que no. El de mejillones fuera por aquello de la austeridad pero al mismo tiempo intentando trepar en la vida. El problema, ya lo he comentado anteriormente, era de coherencia.

EL GUSTO NO ES CRITERIO
LOS NECIOS MANDAN

Las consignas eran pocas pero machaconas, recuerdo especialmente una : "El gusto no es criterio" oye y que tanto el rector como el superior lo decían así como muy serios los tíos, en público y en privado, y venga repetir el lema, y era, claro, una brasa más que había que aceptar.

Al segundo año de seminario me mandaron a una parroquia turística de las cercanías de Palma. El rector de la susodicha necesitaba un animador para las misas dominicales, o sea, y para que nos entendamos, necesitaba un florero que cantara bien. Yo ya había hecho mis pinitos en el mundillo de la música, que es un mundillo como casi todos los mundillos, o sea "chungo" El hombre gustaba de la liturgia bien preparada, buena música, buenas casullas... todo estaba bien preparado menos sus homilías. La verdad es que no me extrañó, era un hombre no demasiado inteligente además de muy poco simpático. Al momento de comentar algo la Palabra de Dios se refugiaba en la doctrina segura y no añadía nada a lo que ya había leído.

Claro que ese es un mal extendido en la iglesia, hay mucho sacerdote con miedo, y ante la duda... ¡doctrina segura!, así nadie les puede hacer reproches por el simple hecho de no haber dicho nada. La doctrina está bien, son como una vías de tren de las que si te sales te la pegas, pero imagina tu un viaje en tren mirando desde el último vagón solo los raíles y las traviesas. Claro, al final acabas mareado y lo que es peor, el viaje se te ha hecho largo y no has disfrutado nada. Eso, digo, es lo que pasa con muchas de las homilías y discursos públicos y nada eclesiásticos que escucho, hablan de

los raíles, de la grava de la vía, de las traviesas cables y tornillos... ¡Que viaje más aburrido! Aunque claro, no dirás ninguna burrada. En definitiva se trata de refugiarse en la teología o en lo políticamente correcto para no hablar de la vida real ¡Que mal! Claro que también conocemos todos algunos casos en los que el curilla o el personaje público se olvida de las vías y de que va en tren... Ay, entonces se producen situaciones grotescas, ¡mal también! Oye, y en el caso de los curas ves que en cinco minutos te improvisan una paraliturgia que ríete tu de la historia de la iglesia ¡Patéticos! Son los llamados curillas Juan Palomo. No hay quien los entienda, solo se entienden ellos y yo creo que incluso el autoentendimiento les falla. He conocido algún caso que al momento de predicar se recuesta sobre el altar como si fuera una barra de bar... la cosa es que al final el realismo es tanto y tantas las sandeces que llega a soltar ese cafre que uno llega a creer que la postura de estar en un bar acaba por condicionar su discurso... ¡parece que esté borracho!

Venga no nos despistemos, te estaba contando del curilla que me quería para animar sus misas dominicales. Aquel hombre llevaba años quejándose que no le enviaban seminaristas para ayudarle. ¡No claro! No decía que su intención era tener a un monitor de canto. No. Lo que expuso, como todos, era la cosa del contacto con la juventud, del testimonio, de futuras vocaciones, ¡Anda que chulo! Oye, y que el tío mintió sin una arruga en la cejas ¡Que jeta!

La cosa es que yo rondaba los treinta años, que no es ser viejo, pero tampoco estás ya para demasiados colegueos con adolescentes, es igual, a mi me mandaron a aquella parroquia y como el gusto no era criterio allá que fui. Oh, no creas la cosa tenía su mérito, te lo cuento. Los viernes en el seminario se rezaban vísperas, oración a la que se invitaba a participar a grupos de jóvenes para que pudieran ver lo bien que lo hacíamos cuando rezábamos ¡Parecíamos los monos del zoológico! ¡Solo faltaba que al final de la oración nos echaran maní! Aquello era ridículo. La oración terminaba sobre las ocho de la tarde y a la misma hora yo debía estar en esa puñetera parroquia... ¿cómo lo hago? Pues como no hay solución mejor no hago nada, total que allá que voy, y llego con la lengua fuera, noche de esas de invierno con lluvia y todo, y me encuentro al párroco reunido ya con los chavalines, y yo que pienso "pues claro, es que he llegado tarde y ha empezado él". Sí me extrañó que no me hiciera pasar de inmediato al grupo, sino que me señalara una pista cubierta de básquet y en tono casi enigmático dijera, da una vuelta que yo ya te llamaré.

El paseo por la pista duró una media hora, al cabo de ese tiempo en el que maldije en arameo me oigo la voz del curilla ¡Francisco... ¿Francisco?... ya puedes venir!, lo dijo así, gritando hacia la oscuridad, y es que claro, la pista estaba a oscuras, a mí en media hora la vista ya se me había acostumbrado, a él no y por eso gritaba pero no me veía. Yo no tenia ninguna gana de seguir dando vueltas a la pista, aunque reconozco que aquello supuso un momento casi místico, en la oscuridad de aquel éter entre parroquial y deportivo me sonaban las voces del ínclito rector de panalillo bucal y el superior ceniza repitiendo hasta la saciedad ¡El gusto no es criterio! ¡el gusto no es criterio!... ¿lo has entendido Francisco?.... Ya, Ya, ¡que ya lo he entendido! y lo he entendido tanto que por eso estoy aquí haciendo el gilipollas dando vueltas a la pista después de haber llegado con la lengua fuera. ¡Que cruz!

Bueno venga, daba igual, ya tenía el grupo ante mí, y sus caras me parecieron de lo más aburridillas, así que me dispuse a contar cuatro cosas para entrar en materia, pero... ¡Que narices! A los cinco minutos o menos allí que estaba otra vez el curilla que

ni llamó para entrar ni nada y al que seguro no le había dado tiempo a dar ni una vuelta a la pista, (es una pena porque en tan poco tiempo no se le pudieron aparecer los fantasmas del gusto y el criterio que habían amenizado a la par que educado mi espera). Con la boca gansa pronunció la sentencia: “la reunión ha terminado, rezaremos un avemaría” ¡Ya te vale Perales! Pues nada, aquí se acaba, pero no, no se acabó, después de la maleducada interrupción una orden directa, el domingo a las 11 te espero para dirigir los cantos de la misa ¡Bieeen, al fin me entero de mi cometido!

A mi lo del gusto y el criterio... pues que no lo acababa de ver, tal vez la razón de mi incomprensión radicara en el hecho de ver con claridad que gusto y criterio se daban la manita cuando quienes los unían eran mis superiores del seminario. La cosa era clara, no es que gusto y criterio estuvieran peleados, la cosa era que ellos formulaban mal el lema ¿qué deberían haber dicho? Pues algo parecido a esto: Tu gusto no puede prevalecer sobre mi criterio. Hombre... ¡Así se hubiera entendido divinamente! ¡Si es que no sabían expresarse! Sea como fuere a mediados de febrero yendo hacia la parroquia paso por delante de la estación marítima de Porto Pi y... decido que no sigo, me doy la vuelta y a casa.

Claro, claro, el lunes llamó, no por la catequesis sino porque la misa del domingo no había sido tan lucida. Y allá que me llama el rector y venga gusto y criterio, y que se yo cuantas cosas más. Total, que con la obediencia que me distingue respondí: Di lo que quieras pero allí no vuelvo más, y si quieres un consejo no mandes a nadie, no necesita un seminarista, necesita un florero que cante. Y no volví, después de mi tampoco mandaron ya a nadie más ¿sería que me escuchó? No seas iluso que los tiros no iban por ahí. Es que los otros seminaristas ya hacía meses que tenían destino y no era cosa de hacer un mal papel retirando alguno. La imagen sobre todo ¡ah!, amigo, es que ¡La imagen sí era criterio! ¿no?

SARNA CON GUSTO NO PICA...
ESTUDIAR CON GUSTO APROVECHA

Acabado el tiempo de fracaso escolar, que en mi caso supuso la EGB y un año en la Escuela de Comercio con el gran mérito de un certificado de estudios casi regalado me embarqué en otra aventura. El estudio de la música. Estuvo bien y ahora os explico porque.

En casa tenemos ferretería desde que un día mi padre decidió cambiar la tienda de comestibles por ferretería y droguería. A mi el cambio ni fu ni fa. Jamás me ha gustado el comercio, y en cuanto a la ganancia tampoco me ha importado casi nada, en la vida solo he sido gorrón de tabaco en mi época de fumador, por lo demás es cierto que no apetezco más de lo que tengo aunque tenga poco. De cualquier modo en la ferretería estábamos toda la familia, padre, madre, mi hermana y un servidor. El tiempo, claro está, iba pasando y yo cada vez descubría más y más que aquello no era lo mío. Y eso que había cosas divertidas pero no, aquello no me gustaba.

Por otra parte y desde niño he tenido buena voz, y en el colegio, si había algo que me gustaba era la música. O sea que mi padre habló con uno de mis antiguos maestros sobre la posibilidad de iniciar estudios musicales. Bien, la cosa funcionó y cada tarde yo iba al conservatorio a estudiar canto, solfeo, algo de piano y un poquito de armonía... ¿sabéis lo que más me gustaba? ¡salir de la tienda! Claro, claro, la música

también me gustaba y como además la alternativa era quedar detrás del mostrador pues... ¡Miel sobre ojuelas!.

Iniciaba yo mis pinitos con el canto cuando me invitaron a participar en un coro. Oh!, yo creí que tocaba con un dedo en el cielo, iba a cantar y encima más tiempo ocupado fuera de la ferretería ¡Yupi! . El coro no era bueno, pero oye, allí nos lo pasábamos en grande, que si una cenita, que si un fin de semana en Biniaraix, ¡la cosa estaba muy bien! Además la mayoría éramos antiguos boy scout, sabíamos las mismas cosas y nos hacían gracia situaciones similares ¡Una juerga!. Dábamos conciertos y soñábamos que lo hacíamos bien. ¡Hombre, malos no éramos! Pero el repertorio se repetía muy a menudo... es igual, el repertorio era lo de menos, lo verdaderamente importante era pasarlo bien y echar unas risas. Por aquel tiempo te conocí a ti Carmen Naranjo, aunque tu siempre has sostenido que nos conocimos en una reunión de no se que leches... bueno, ¡para ti la perra gorda! Este libro está dedicado a ti, ya lo sabes, y a los que como tú entienden que la Amistad se escribe con mayúsculas por ser palabra sagrada.

La cosa es que los cursos de conservatorio iban adelante, oye, y que me estudiaba el solfeo casi con devoción. Recuerdo el Conservatorio en el viejo edificio de la Misericordia y la cosa daba de sí. Las aulas no se habían modificado en su antigua estructura y las clases de canto eran un gusto, techos altos y abovedados, una delicia porque la voz retumbaba que no veas, y uno podía creerse una especie de Gran Caruso cantando el “Lascia ch’io pianga”. La profesora, Doña Dolores Vercher, muy mayor, conocía bien la voz humana y no es que diera muchos consejos, pero eran bien acertados. Tenía su gracia porque la buena mujer sufría mucho dolor de espalda y las largas sesiones ante el piano ponían a prueba su resistencia. Por eso, de tanto en tanto, y creo sinceramente que lo hacía cuando no podía más, pedía a sus alumnos que le dieran un masaje en las cervicales. La recuerdo con ternura aunque los comentarios sobre la edad y los masajes para desatascar la osamenta fueran motivo de broma cariñosa entre los que acudíamos a sus clases.

Por aquel tiempo el régimen que me había impuesto el endocrino funcionaba de lo lindo, claro que el hambre que pasaba era mayúsculo, pero compensaba porque me veía mejor y mas guapete, y eso claro a los dieciocho tiene su aquel. La cosa es que claro, iba adelgazando poco a poco, lento sí, pero cada vez más chupado. Recuerdo que en una ocasión la profesora de canto se me quedó mirando fijamente por encima de los lentes y me dijo: -¿Oye, todavía estás a régimen?, yo que esperaba alguna observación sobre el canto farfullé más que respondí, ella asintió, como quien lo sabe todo y añadió: -Pues hijo, ¡Se te está poniendo cara de pito!, hecha la aguda observación, golpe de acorde al piano y a seguir vocalizando “semplice totorella vieni vieni” ¡Que tiempos!

Los exámenes en el conservatorio eran capítulo aparte. Se hacían ante tribunal y normalmente el único profesor que atendía al examinando era el que impartía la asignatura. Los otros... ¡pues a su bola! Y tu venga cantar y ellos venga hablar, bueno, en justicia habría que decir ellas puesto que el tribunal de canto de ese año estuvo compuesto por totalidad de género femenino ¡Viva la ley de paridad! La cosa es que acabé de cantar una pieza y una de las parlantes incontinentes me miró y añadió: -muy bien joven-. Oye, y yo que me la quedo mirando y añado: -Oiga, de verdad ¿se ha enterado?, es que por lo menos podrían callar por respeto-... ¡Ay madre! El silencio se palpaba, los alumnos que esperaban su turno de examen creo que agradecieron el comentario pero... pero ellas eran el tribunal y aquello era un examen ¡Si es que la prudencia nunca a sido mi fuerte! Bueno, la cuestión fue que no eran mala gente y puntuaron en justicia obviando mi comentario. ¡Salí contentísimo con mi sobresaliente y con mi atrevimiento! La imprudencia es algo que se aprende.

En el seminario los exámenes eran temidos, claro que no por todos igual, ¡Oye que en el grupo había tíos inteligentes de verdad y encima con hábito de estudio y todo! Es de justicia reconocer que la exigencia no era exagerada, pero claro, como todo en esta vida en eso también había excepciones. Recuerdo especialmente complicada la filosofía del lenguaje, ¡Que no me enteraba de nada coño! Y encima el libro era una traducción casi literal del alemán al castellano, editorial Herder ¡Te salían sarpullidos solo de abrirlo! Y allí venga conceptos y venga palabras unidas con guiones que querían significar que una sola palabra no bastaba para explicar un concepto a su vez indivisible ¡Que rollo! Total, que el profesor Mn. Jordi Gayà, buen hombre, nos dictó las preguntas del examen dos o tres días antes de la evaluación. No pasaba nada, allí todos éramos muy honestos... ¿no?. La cosa es que yo (que no era tan honesto y encima no creía poder aprobar) me dediqué a copiar literalmente del libro del que no entendía nada... Aprobado rascado, pero ¡Mira, que me la quité de encima!. Venga no seamos puretas, el profesor se dio cuenta a la primera frase que leyó de que aquello era un copiado literal ¡Si hasta me entretuve en escribir con caligrafía cuidada! No hombre, aquello no engañaba a nadie, pero supongo que el docente tampoco tenía muchas ganas de abrirme la mollera a los arcanos de la filosofía. Ahí quedó la cosa.

Otra asignatura a la que temíamos más que a una vara verde era ética. Es que claro, muchos profesores habían estudiado en Alemania, y eran eruditos. Después nos veían ante ellos, yo con mi graduado escolar de saldo, otros casi peor que yo, y debían pensar: ¡Vaya panorama! Lo de Ética me costó estudiar en verano, claro que para aquel entonces el maestro ya decidió un cambio de texto para los de septiembre, y eso facilitó en algo la cosa.

De cualquier modo la vida estudiantil era divertida. El latín y el griego los olimos (que no estudiamos) solo un semestre. Una religiosa del Sagrado Corazón, sor Margarita Colom, más buena que el pan nos dividió en tres grupos según el nivel de conocimiento previo de las materias. Aquello pronto quedó bautizado y los grupos se denominaron con acento franchute: "listés integrels" "demi tontés" y "tontés integrels", claro querida, yo era de los últimos y eso que el bautismo grupal se debía a mi ironía natural ¡Un gozo!

El griego suponía entre otras cosas aprender vocabulario, y eso nos divertía muchísimo porque aplicábamos nemotecnia para recordar palabras, pero oye, una nemotecnia graciosa. No se si lo sabéis, pero pan en griego es "artos", bien, a partir de ahí ¿cuál era le nemotecnia empleada? Pues la siguiente, un compañero preguntaba en voz alta ¿queréis pan? A lo que los demás respondíamos: No, que ya estamos "artos". La cosa funcionaba, aunque yo para mis adentros añadía: "¡yo lo que quiero son los mejillones en escabeche que nos ha prohibido el rector!". El examen sin problemas los "tontés integrels" un aprobado y va que chuta.

La introducción al Antiguo Testamento nos la dio un venerable Franciscano, el p. Garí. Hombre erudito en su época acusaba mal el paso del tiempo, sobretodo por una marcada pérdida de memoria. Las clases constaban de alumnos, seminaristas sobretodo, y alumnas, normalmente religiosas. La cosa es que el Antiguo testamento está lleno de chascarrillos sexuales, y nosotros que éramos de todo menos piadosos disfrutábamos de poner en aprietos al anciano profesor. Recuerdo con cariño la página en la que el rey David ya muy achacoso no conseguía entrar en calor, y en su lecho se acostó una mujer sunamita. El texto bíblico añade "pero no la conoció", era evidente a qué se refería, pero nosotros atacamos con preguntas: ¿estaba ciego? ¿es que eran familia y David no se acordaba? ¿es que...? la cosa es que el hombre a cada pregunta respondía mirando a las chicas y farfullando más que respondiendo añadía: ¡NO!, no es nada de eso que decís, pero ¡caramba ya lo podéis entender!. Claro, claro, nosotros con cara de santitos

añadíamos: Ya quisiéramos padre Garí, pero de verdad es que no lo entendemos. El tiempo jugó a favor del profesor y salimos de clase a la merienda muertos de risa, nosotros, ellas... y el profesor ¡De antología!

Del profesor Franciscano había otras muchas anécdotas. Con el tiempo descubrimos sus dolencias y no me apetece recrearme en ellas, la mayoría eran fruto de su enfermedad. Murió el hombre y seguro que San Francisco lo presentó ante Jesús con una sonrisa en los labios. Fue un hombre bueno. Lo recuerdo con mucha, muchísima ternura.

El rector de cálido verbo y el superior ceniza también impartían asignaturas. Las del morrito meloso eran un gozo para el oído y para el entendimiento, su forma de explicar era amena en extremo, conocía bien lo que explicaba y su facilidad de palabra hacía fluir conceptos e ideas que me alimentaron mucho en aquellos años, a mi y a todos, de verdad que el tío es bueno explicando.

Las del cenizas para dejarlas correr: pesado, más que pesado, pesadísimo, lento, repetitivo, poco agudo, pelma, insulso, soso, grisáceo, opaco, soporífero, altivo, aburrido, monocorde, plasta... ¿sigo? ¡joder, yo creo que ya os hacéis a la idea!, bueno, pues a la idea que tengáis añadir dos o tres adjetivos más y todavía quedareis cortos. Sus explicaciones eran tan mediocres como él ¡Que cruz señor!

En el seminario celebrábamos misa a diario, las semanas se las alternaban el colmenilla y el ceniza, las del colmenilla tenían por lo menos el atractivo de la homilía bien preparada, de la idea concreta y de la aplicación práctica. Las del ceniza eran eso, pura ceniza ¡Oye y que me han contado que ahora se dedica a dar conferencias por Cataluña! Lo comento porque da la sensación, y ya la daba entonces, que lo quieran promocionar... ¿puede llegar a Obispo? Pues vaya usted a saber. Mi amiga Carmen Naranjo acudió a una de esas sopor-conferencias y me reafirmó en la idea de que el tío no tiene ni idea. ¿Puede dar una conferencia sobre catequética alguien que casi no ha pisado parroquias normales de gente normal? Pues ya ves, parece que sí. Yo quiero que lo hagan Obispo, lo deseo con toda mi alma, por ejemplo, solo a modo de ejemplo de... ¿Singapur? Jajaj, no estaría nada mal. ¡Pobres singapurenses! ¿o se denominarán singapurinos? No se. Por saber casi tampoco se donde está Singapur.

MARCHÁBASE EL SOLDADO...

Lo que tampoco sabía era donde estaba el Ferral del Bernesga ¡Ay la ignorancia!, no creas, lo aclaré pronto, es de la provincia de León, y cerca de dicha ciudad. En El Ferral estaba el C.I.R. (Centro de Instrucción de Reclutas) donde me tocó en el sorteo de la mili. ¡Jo, me di una prisa en saber donde estaba! Que disgusto tu, y es que la cosa estaba en que mi padre había intentado que la hiciera como voluntario, pero el tiempo se nos fue de las manos y entré en sorteo.

Pues nada, día 28 de Agosto del 1982 me incorporé, en el puerto éramos un montón a punto de embarcar destino Barcelona, y allí que me tienes a un sargento dando voces para que formáramos y podernos contar. Subimos al barco, en camarote, no creas, y a mi me tocó con un matrimonio, me extrañó porque creía que nos podrían juntos a todos los reclutas, la verdad creo que fue un fallo del sistema, la cosa es que cuando entró la señora nos sentimos de lo más incómodos, ella, yo y su marido. Solución, pues a pasear por el barco durante todo el viaje ¡No pasa nada, el viaje era de día!.

En Barcelona fui a dormir a casa de mis tíos ¡Si es que lo de la mili era todo ello una aventura! Al día siguiente por la tarde al tren destino a León. Dieciséis horas de

tren, jo, y eso que a mi viajar en tren siempre me ha gustado, pero coño, eran muchas horas.

La cosa es que éramos un montonazo de reclutas con el mismo destino. Al principio todos con cara de haba, sin saber que decir ni que hacer, y además acojonados. Todos con nuestra historia, con nuestro carácter, con nuestras cosas y con nuestra juventud. La cosa es que antes de Zaragoza ya éramos la mar de amigos todos, ¡de toda la vida tu! Y una alegría y una cosa...

Sobre las siete de la mañana, después de una noche toledana en la que oyes pasar las campanas de los pasos a nivel con una cadencia ascendente en cuanto te acercas y descendente al alejarte, con una noche cuajada de cigarros y duermevelas llegamos a León. Allí nos esperaba un teniente, nos dijo que dentro de dos horas vendrían a recogernos en autocar, y que mientras tanto podíamos hacer lo que quisiéramos, nos recomendó la visita a la catedral. Yo fui, desde la estación se adivinaba el magnífico edificio. No creí que estuviera abierta pero me engañé. Entré y dejé que me inundara la luz de los vitrales, era como navegar en un mundo irisado y fantástico, sentí una gran paz, recé poco y mal pero recé, me paseé casi con temor, parecía que la magia de las luces podría romperse al moverte, la sensación era de estar solo, realmente recordándolo creo que efectivamente estaba solo y me parecía estar buceando en algo irreal, como un decorado detrás del cual descubrirías las bambalinas... no, aquello era bien real, era belleza pura, era paz interior, era y es... lenguaje de Dios.

A las nueve estaba en la estación nuevamente, allí los autocares nos condujeron hacia el Ferral... ¿qué decir? Pues que había mucha, muchísima gente. Reparto de ropa militar, revisión médica, guardar la ropa de civil, asignación de compañía de camareta, de litera, y a empezar ¡Era la mili muchacho!.

Es una penita que la hayan quitado, a los jóvenes adolescentes a los que doy clases les vendría muy bien que un cabo les marcara las normas, unas normas y principios a los que sus padres, por idiotez pura han renunciado. ¿Quién educa? Los padres quieren ser modernos y coleguean con los hijos, los maestros tememos las complicaciones que te puede causar un alumno bobo o sus irresponsables padres, además tememos también no estar a la altura de una educación tan moderna que asusta de tonta que es. Al final nos pasa como con lo de las guitarras en la iglesia, hemos querido que la escuela primaria pasara de ser algo serio a convertirse en una cosa divertida... ¡y la hemos trasformado en un club de esplai! En la secundaria el mal ya está hecho porque los maestros de primaria no hicieron bien su trabajo aunque celebraran el cumpleaños de todos los alumnos de la clase, con tarta, velitas y todo. Un suspenso mayúsculo a los padres que creen que matriculando al crío pueden declinar toda responsabilidad... ¿resultado? No tenemos adolescentes, tenemos erizos que te acerques por donde te acerques todo son espinas hirientes de mala educación. Allí me los tienes tu, con el pantalón bajado a medio culo, enseñando todo tipo de calzoncillo, con gorras de béisbol de medio lado dentro del aula, gritando a cada palabra, insultando sin ningún pudor, no respetando ninguna norma, exigiendo a grito pelado todo lo que les corresponde, ignorando cualquier corrección, deseando la expulsión... y encima nos han quitado la mili ¡Mierda y mil veces mierda!

Lo de la desaparición de las figuras de autoridad es un problema muy muy gordo, a nosotros nos mandaba todo quisqui, obedecíamos y punto, ni una objeción, nada, las cosas hay que hacerlas cuando hay que hacerlas, sin más argumento que la necesidad. Eso en la mili se aprendía muy bien:

- Oye, tú y tú a fregar la compañía

- A la orden mi sargento.

Y punto tío, y cuando digo punto quiero decir punto, ¡se acabó!. ¿Imagináis la misma situación hoy?

- Oye, tú y tú, a fregar la compañía
- ¿qué dices tío?, no me vaciles
- ¿cómo que no te vacile?, te acabo de dar un orden
- Ya tío, pero yo eso no lo hago
- No soy tío, soy el sargento, y cuando me hables lo haces en posición de firmes ¿lo has entendido?
- ¿pero de que vas tío? Vete a la mierda, joder con el imbécil, si quieres algo me abres un expediente y me mandas a casa...

¡Dios mío! El diálogo entre el recluta y el sargento podría ser de tragedia, de tragedia para el sargento claro porque los imbéciles son incombustibles. ¿de verdad queremos que estos erizos que alimentamos empujen nuestra silla de ruedas cuando seamos viejos? ¡Que miedo!

Lo peor de esa sinrazón es que la compañía quedaría sin fregar, y eso un día tras otro supondría un problema verdadero de salud e higiene.

Repito, las cosas hay que hacerlas urgidos por la necesidad, sin más argumento. Pero nos hemos acostumbrado a argumentarlo todo, al niño cuando es pequeño nunca le daremos un "no" porque dicen los pedagogos que un "no" sin argumentar es una cosa muy muy mala. Vale, por eso ya desde pequeños los acostumbramos a justificarles nuestras negativas:

- Mama ¿me compras eso?
- No hijo, no te irá bien, y además tienes mal la tripita
- Yo lo quiero
- Hijo, ¿te acuerdas de lo que dijo el médico? No puedes comerlo
- Pero es que yo lo quiero
- Si lo comes te hará pupita la tripa
- No, no me hará daño
- Sí hijo, el médico dijo que sí
- (en este punto el crio empieza a llorar)
- No llores, cuando te pongas bien la mamá te lo comprará
- ¡ya estoy bien!
- No hijito, no lo estas, el médico dijo que unas dos semanas
- ...

¿Seguimos? ¡Ya les vale a los pedagogos! La cosa es que con semejante argumentario, desde la más tierna infancia el crío se acostumbra a que la palabra "no" no existe si no es acompañada de una larga y compleja explicación, se acostumbra por tanto a discutir con sus padres por aquello de que los argumentos pueden ser rebatibles y eso aunque el crío sea pequeño lo entiende divinamente. Claro, el pedagogo actual dirá que en eso hemos ganado, en el diálogo entre padres e hijos... ¡No me creo nada pedagoguitos míos! El padre o la madre han de ser figuras de autoridad, que no autoritarias, pero con la suficiente fuerza moral y amorosa como para pronunciar un "no" sin tener que justificarlo como un imbécil ante.. ¡Un crío! ¡Vamos anda!.

Claro, ya se, ahora viene cuando me decís que no todos los padres ni los hijos son iguales ¡Ya lo sé! Pero hay grupos en los institutos, cada vez más numerosos, que parecen la conjura de los necios porque los necios son multitud ¡para echarse a llorar!.

Esos grupos forman legión, cada vez más. Resulta curioso además constatar que los jóvenes buscan la singularidad grupal, o lo que es lo mismo la identificación de grupillo, por eso no se conforman con integrarse en una muchedumbre de mediocres maleducados, ¡No!, además de eso buscan un punto añadido. Parecen decir: Sí, lo sé, soy maleducado y no me atengo a ninguna norma, no respeto a mis padres ni a los maestros ni a nadie y en eso me parezco a mis colegas. Y me parezco tanto que no estoy a gusto, necesito sentirme único, original, exclusivo.

A partir de ahí ese chaval se integrará en uno de los grupos que se ofertan entre los de su edad, puede ser gótico, skin, o lo que sea mientras sea grupillo... ¡claro coño, es que si somos muchos iguales igual ya no me distingo y quedo otra vez absorbido por el grupo!

Hubo un tiempo en el que todos queríamos ser como los mayores, un tiempo en que los conceptos generales nos agrupaban a todos y nos sentíamos a gusto cuando se nos incluía en la generalidad, así fuimos "niños" "estudiantes" "jóvenes" "soldados" "católicos" "españoles"... etc.

No majetes, ahora no, ahora, y siguiendo con la cultura de grupillo, la niña o el nene quieren ser góticos, que vete tu a saber que coño quiere decir gótico, y los padres les compran la ropa negra, el rimel que se aplican con un rodillo alrededor de los ojos, les pagan un montón de metales que les perforan la piel y la carne y les compran los CD's de música gótica. ¡Es que te cagas! Y allá van, que parecen el conde drácula después de un ataque de sífilis, más negros que el carbón y más feos que un pedo, pero eso sí ¡Son Góticos! ¡Dioooos! Y los padres mientras tanto... ¿qué hacen? ¿qué les dicen?, venga va, si hace doce años para no comprarle una chocolatina al crío había que hacer un master en pedagogía ahora para discutirles su identidad en la indumentaria habrá que cursar un doctorado. Si no dijimos "no" a la chocolatina no podemos hoy impedir que se perforen la nariz o la lengua para colgarse una anilla al más puro estilo "oso amaestrado".

Algunas otras chicas, que no van de góticas van de... "sexo explícito". Ya se que no suena bien, pero a ver como llamas tu a una criaja con una falda que no insinúa sino que enseña descaradamente, botas altas, camiseta súper ajustada de manga corta en pleno mes de enero y llena de coloretes que parece un kiosco, ¡Venga tíos digámoslo claro! Oye, y ya que estamos ¿quién les paga la ropita y los coloretes? Venga, todos a coro: ¡Los padres!. Más fuerte que no lo he oído bien ¡LOS PADRES! ¿los padres? ¡Ah sí, esos que no supieron negarle la chocolatina, ni el arillo en la nariz, ni los educaron, ni nada... Los mismos que a cada suspenso del hijo le compraban primero la bici, después el ordenador y un poco más tarde la moto! ¡Los que se cabreaban con el maestro a cada queja sobre su niño o niña e incluso insultaban al profesor y entre insulto e insulto amenazaban!... por cierto, a esos... ¿se les llama padres? Los imbéciles querréis decir. ¡Yo me borro!

No, no me llaméis sexista por lo del sexo explícito de las chicas que ahora voy a por ellos... ¿de que van ellos? No sé... es una estética de barrio periférico marginal con comercio carnal masculino... ¿No?, a ver, si un crío lleva pantalón vaquero con medio culo fuera o el culo entero, camiseta de manga cortita en invierno y bien ajustadita, gorra de béisbol hasta para dormir... ¿a que se parece? Pues eso majetes. Y los padres

tan contentos tu, que cuando les llamas para dar una queja de su niño se te encabritan y te riñen ellos a ti ¡Venga, dejemos el tema que me altera la bilirrubina! De cualquier modo ¿qué pasaría si yo fuera al instituto con sotana? Pues yo os lo contaré, que me comerían a insultos diciéndome toda clase de lindezas y acusándome de provocador. Y es cierto, sería una provocación, pero ni mayor ni menor que la de ellos y ellas. No podemos hacer pública exposición de nuestra fe porque los no creyentes se cabrean, pero podemos ir vestidos de psudoreligión gótica, prostituta, barragana o chapero, y eso no ha de ofender a nadie porque están en su derecho ¡Vaya mierda de camello que en oriente me han vendido!

Venga, volvamos a la mili que es de lo que andábamos hablando. En la mili todos vestíamos igual, todos con el mismo corte de pelo, todos con un número ¿y? Pues nada que el que destacaba era porque como persona sobresalía del resto para bien o para mal, pero no era necesario andar con disfraces de grupillo, todos iguales en aspecto, todos diferentes en el interior y que Dios reparta suerte.

Y es que ahora vivimos la cultura del escaparate, una forma perversa en la que da la sensación que todo es adquirible. No es necesario "ser" sino "parecer". Es una forma que hemos trabajado a conciencia. Yo puedo no ser rico, pero si me compro este o aquel modelo de coche pareceré rico y eso es lo que importa.

Yo compro mi imagen, puede ser esta o aquella, con una u otra tramoya dependiendo del objetivo deseado. A partir de ahí... ¿para que esforzarse? ¿no es todo materia de comercio?

La imagen nos tiene sometidos, la cultura del escaparate nos ha esclavizado porque nos hemos olvidado de ser nosotros mismos y deseamos con toda el ansia de nuestro corazón ser como creemos que los demás nos quieren ¡tenemos tanto miedo a no ser aceptados! Y por otra parte... ¡queda tan poca gente para aceptar o despreciar con un mínimo de criterio! ¡Ay la vida!

Otra de la mili era que la hacíamos al servicio de España... ¿qué pasa? ¿qué nos da la risa? ¿por qué? Ah, ya, es que ahora eso no existe ni se lleva, ya, ya lo se, ahora no puedo decir que me siento español porque los más se cabrean, tampoco puedo decir que soy catalán porque los otros más también se cabrean, no intento decir que soy balear porque el concepto no existe y a todos se les queda cara de considerarme imbécil, y no puedo decir que soy mallorquín porque los unos "más" y los otros "más" se cabrean también. ¿qué soy? Ni idea amigo, así no se cabrea nadie. Pero vaya, que no tiene ni puta gracia que la gente no pueda agruparse en ideales amplios porque está mal visto y en cambio se nos imponga, cada vez con más crudeza la culturilla de grupillo chiquitín.

Que no puedo decir que me siento español porque eso no mola y tenga yo que aguantar la cultura separatista o independentista de cuatro señores que la proclaman como si fuera palabra de Dios ¡Verba Domini!. Que no puedo decir que soy católico porque es cosa de muchos y no interesa, pero que si digo que soy menonita la gente con cara de haba alucinada me preguntarán que qué tal está el Sr. Menón ¡Ya te vale!

Mira, en eso como curas hemos ganado, como somos tan pocos la gente te empieza a aceptar, no por amor a la Iglesia ni a Cristo sino por considerarnos animalitos en peligro de extinción... ¡Como el oso panda vamos!

La cosa es que digo que cuando no nos homogeneizamos en lo fundamental nos queremos distinguir en lo particular, y lo particular normalmente es ridículo y tonto, pero oye, elevado a categoría de universal ¡Anda que no! Intenta tu reírte de una bandera, la que te de la gana, ¡Joder, si parece que el mundo se pone de acuerdo para

matarte a insultos o algo peor! Ay pena penita pena. Pues eso amigos, de ahí surge la identificación de grupillo: que si góticos, que si Latins Kings, que si pandillas urbanas... ¿y la mili? ¡La quitaron coño! ¡Pues a la mierda!

La estancia en León, duró unos cuarenta día, me apunté voluntario a la banda de música, me asignaron una gaita y me libré de la mayor parte de la instrucción, buena cosa.

Un domingo por la tarde fui con algunos compañeros a “la Mejillonera” local leonés en el que servían fundamentalmente eso, mejillones y cerveza... ¿sería que ya entonces intuía como una especie de premonición la abstinencia mejillonera del seminario?. Como siempre que íbamos ahí nos pusimos tibios. Al regreso, ya en el autocar conectaron la radio de la que solo llegamos a escuchar media noticia ”...por tanto se recomienda a la población que se abstenga del consumo de mejillones por estar mal depurados” ¡Joder! Y nosotros llevábamos la tripa llena. Bueno... llena estuvo poco tiempo porque hubo expulsión masiva de materia por la parte superior y la inferior ¡Ay que malitos!, al final agua con limón y varios días un poco pochos, nada grave.

Acabado el tiempo de instrucción nos destinaban nuevamente, me tocó en Valladolid, Academia de Caballería. El edificio era precioso, una joya. Está situado frente a un parque enorme llamado el Campo Grande, y efectivamente era grande, pasear por él era una delicia.

Por lo demás recuerdo Valladolid como una ciudad que en tiempos debió ser preciosa pero herida en las entrañas por un crecimiento que no respetó el casco antiguo. Era una pena porque adivinabas callejas sugerentes que no existían, y veías edificios nuevos y horrorosos en barrios donde jamás se debieron ubicar.

Capítulo aparte merecía el Museo de Arte Policromado, verdaderamente fantástico, Juan de Juni, Gregorio Fernández y Berruguete competían en belleza y transportaban el alma a otros tiempos en los que la religión no entendía de guitarras imbéciles, y sí en cambio de armonía. Es siempre la misma historia, el arte es lenguaje universal que mueve los sentidos, provoca la admiración y te abre al misterio de la contemplación. Cuando el arte desaparece muere algo de la persona, la capacidad de asombro, el dejarte llevar, la belleza en sí misma. Todo ello está en el interior de la persona y cuando aflora ante una obra de arte te sientes más humano, se libera algo de ti. Claro, yo nunca seré capaz de esculpir nada, pero eso no me invalida para apreciar esa parte, que también es mía por humana... sublime y profundamente antropológica, la belleza nos puede acercar a Dios. Por cierto, la imbecilidad ¡Jamás!... Las guitarras creo que tampoco.

En Valladolid los día se hacían largos, la monotonía y la rutina se abrieron espacio entre la novedad del principio, daba igual, allí de lo que se trataba era de pasar el tiempo hasta que llegara la licencia, eso era al menos lo que pensábamos. Lo cierto sin embargo es que como en todo se aprende algo. Con Raúl, un compañero asturiano de cerebro y corazón cosmopolita, decidimos que una buena forma de pasar el tiempo era ir a la misa que los domingos se celebraba en el cuartel. Ninguno de los dos acudíamos con demasiada fe, sin embargo aquello dio sus frutos. Entablamos amistad con el pater, persona afable y dispuesta al diálogo, con los problemas de soledad de todo célibe o soltero, sobretodo un hombre bueno y en justicia debo reconocer que bastante inteligente. Mi compañero Raúl, hoy magnífico filólogo, era un mediano guitarrista y yo menos que mediano flautista pero bueno, los domingos amenizábamos la eucaristía y

todos tan contentos. Por cierto ¡Que pocos soldados iban a misa ya por aquel entonces! ¿sería porque tocábamos flauta y guitarra?. En mi defensa debo alegar que en el cuartel no había órgano.

Era armero por designación de mis superiores y me presenté voluntario para barbero, la segunda ocupación me reportaba algunas propinas que religiosamente fundíamos en vinos a la hora del paseo. ¡Éramos jóvenes! Una delicia.

Una última reflexión sobre la mili ¡No se confundían los roles! Sabías desde el primer día que un cabo te podía arrestar, sabías muy bien lo que era la autoridad y la obediencia, y como la cosa estaba clara desde el primer día ¡No había problemas coño! Los problemas en el seminario vinieron por la confusión de papeles: que si ahora el superior es tu amigo, que te vas a confesar con él y te dice que olvides quien es el porque estás ante Jesús, que si después colegueaban, y al final mandaban ¡Que puta mierda! ¡Aclárate tú si puedes! Ay mielecilla y cenizas, que mal lo hicisteis.

Acabo. En la sociedad pasa lo mismo que en aquel seminario, los roles no están claros y la gente, ante ese vacío de autoridad se cree con derecho a discutirle al guardia que te ha puesto la multa, al médico que prescribe un tratamiento con el que tu no estas de acuerdo aunque no tengas ni puta idea de medicina, al guardia civil que te hace señas para que pares, al maestro que te llama la atención sobre el comportamiento de tus hijos... a todos. En definitiva la perdida de autoridad nos ha traído la ausencia de roles, o.... ¿será al revés?, ¿la perdida de roles ha creado la crisis de autoridad?. Igual da, eso al final puede pasar una factura muy cara.

TIEMPO DE VINO Y ROSAS
UN SEMINARIO POCO LEGAL

Al final del primer curso de seminario decidimos hacer un viaje juntos. Nos pusimos de acuerdo en huir del calor y apuntamos hacia el Pirineo. El colmenillas azucarosas se enteró, y con su melifluosidad habitual (faceta amigo) nos ofreció hacer una gestión para poder hospedarnos en el antiguo seminario de verano en Vilaller, cerca de Pont de Suer. La gestión del panalillo (versión colega) fue acertada y allá que vamos. Coches, barco, y... carretera. Al final de la tarde llegamos a destino y allí nos esperaban dos sacerdotes que pretendieron marcarnos horarios ¡Bendita inocencia! Al final llamada al morrillos de azúcar (vertiente rector) y aclaración total del objetivo del viaje ¡Vacaciones coño! O sea que ni horarios ni leches. Poníamos un fondo, y en cuanto se acababa a añadir toca, lo típico vamos. De aquella salida creo que todos guardamos un buen recuerdo, era el tiempo de vino y rosas... ya vendría el de hieles y espinas. Te visitamos Carmen Naranjo, y yo la mar de ufano de poder tener allí a una Amiga, nos recibiste como siempre, sonrisa de oreja a oreja y con el regalo de hacer sentir bien al que llega. Tu casa es como un albergue en el que el principal menú es el amor, lo he comprobado muchas veces, son muchos los años que utilizo tu casa como refugio, unas veces (pocas) no estás bien, otras (las más) te encuentro estupenda, lo inmutable es tu cortesía y generosidad, tu dulzura y servicialidad, eso no tiene precio. ¡Gracias Amiga!

Durante el verano, aparte de los viajes, que en nuestro caso solo se efectuaron en primer curso y además durante pocos días, nuestros magníficos e incomparables superiores nos apremiaban a trabajar, es bueno –decían- que toméis contacto con el mundo laboral, y nos ponían de ejemplo a no se quien de los de la brasa que había trabajado de albañil. ¡A mi me lo iban a contar! Al salir del cole, cuando era niño, el

viaje era inmutable, del pupitre al mostrador ¡Y ni explotación infantil ni leches tío! Aquello era tirar del carro. Es que hoy tenemos la piel muy fina.

Si hoy te pillan trabajando y no tienes edad laboral se le puede caer el pelo a quien sea que te haya “contratado”. Está bien porque eso evita situaciones de explotación infantil que nacieron sobretodo en la industrialización del s. XIX que sometió por igual a niños y mayores, hombres que mujeres. Curioso ¿verdad? Cuando la Iglesia propone su ética y su moral se la califica de retrógrada, sin embargo muchas, muchísimas veces esa propuesta suele ser una reacción a una situación insostenible. La explotación laboral del XIX no tuvo nada que ver con la Iglesia sino con una sociedad industrializada que incluso veía la fe como algo del pasado al no ser ni científica ni técnica. La religión propuso su moral y denunció no solo la explotación infantil sino también toda la explotación laboral, ver sino la encíclica de León XIII “Rerum Novarum”. Resultó que lo religioso no solo no era antiguo, sino que se situaba en la vanguardia de lo que posteriormente serían derechos del trabajador. Esos derechos serían rápidamente representados por sindicatos que abominaron y maldijeron de la Iglesia. ¡que cosas ¿verdad?! ¡Popule meus quid fecit tibi? Aut in quo contristavi te? Responde mihi?!

Pero espera que estábamos con lo de la explotación infantil. Hoy en eso tenemos la piel muy sensible. Solo quiero añadir que no todo trabajo infantil es explotación, añado que es bueno que ya desde niños acostumbremos a las personitas a trabajar algo para que sepan lo que supone ganarse las sopas. Me da mucha risa ver a padres del tipo “capitalista capullo” que pagan a sus niños por haberse hecho la cama, o a otros que cuando el chaval aprueba los exámenes lo agasajan. Hay que tener cuidado porque cuando uno aprueba es porque ha hecho lo que toca y nada más que eso. ¡Que aprobar no es un mérito leche!, es simplemente... lo que toca. Y en cuanto a lo de hacerse la cama... hay que ser idiota para pagar por algo así. Claro después el crío aprende pronto y rápidamente asimila que si no hay ganancia no hay que dar palo al agua, y ya de paso le anulamos la capacidad de gratuidad. He conocido algún caso de abuelo que pagaba el beso del nieto ¡Bonito el tema...¿verdad?!

Hoy no queremos explotar a los niños y por eso les hacemos la vida muy fácil, tanto que incluso les toleramos los suspensos, el desaprovechamiento sistemático del tiempo de estudio. Es lo de siempre, la ausencia de autoridad lleva implícita la desaparición de las normas. Es cierto que les facilitamos el presente, tanto que no hay quien exija nada pero... ¿y el futuro? ¿qué pasará cuando ese crío deba incorporarse al mercado laboral? ¿cómo se ganará la vida? ¿aguantará el ritmo del trabajo, la responsabilidad, el esfuerzo?, más aún... ¿aguantará la convivencia en pareja? ¿soportará el llanto de su hijo a las tantas de la madrugada? ¡A ver si va a ser por eso por lo que se separan tanto!

Creo sinceramente que hay que empezar a lanzar alguna consigna del tipo: “el que se esfuerza pues bueno, y el que no... ¡a la puta calle!... Claro que me dicen que después habrá que pagarle algún subsidio. En eso no andamos bien ¿por qué he de pagar una ayuda a un tío que se rió en mis narices el tiempo de estudio, o sea, durante años? ¿por qué he de ayudarle después de haber puesto todos los medios para que se formara y él sin ningún escrúpulo lo mandara todo al traste por pura gandulería e indolencia? ¡Que le ayuden sus padres coño, que bien que le consintieron aquella actitud!

Creo sin embargo, y esto lo afirmo con fuerza, que resulta falaz creer que existe un tiempo limitado por la edad para dedicarlo al estudio, desaprovechado el cual... ya todo es un desastre. Antes al contrario, toda la vida puede ser enriquecida en la

constancia de las experiencias acumuladas entre la cuales, claro está, puede figurar también una formación continua. Existe un tiempo lógico de estudio, lógico por edad y por estar liberado de otras obligaciones, pero eso no cierra la puerta a una constancia en la humanización a través del conocimiento que es muy bueno que dure toda la vida. En mi caso fui un mal estudiante durante mi etapa escolar, eso no me invalidó para intentarlo de nuevo más adelante. Animo a quien fracasó a reintentar la aventura del saber. El conocimiento nos hace más personas, la ignorancia nos deshumaniza.

Total que, retomando el tema laboral, a mi la reflexión sobre el trabajo como que me estaba de más. Pero reconozco que en eso tenían razón ¡Si no eran tan malos! Total que yo expuse que no pensaba ir a trabajar a otro sitio que no fuera la ferretería familiar, así se acordó y así fue, y fue por tanto... ¡Un rollo!.

El segundo curso no tuvo al principio demasiadas novedades excepto la incorporación de los nuevos, no era un curso tan numeroso como el nuestro pero no estaba mal ¡Lástima que llegaran tan pocos! Y... hablando de pocos, yo creo, dicho sea sin demasiada acritud, que muchos no llegaron porque el acompañamiento fue malo. Malo porque la Iglesia es sabia y en cuestión de seminarios existe una clara distribución de funciones que no deben solaparse. Debe haber Rector y superior, de eso teníamos. También debía haber director espiritual y de eso ... ¡NO TENÍAMOS! Te preguntarás sobre la importancia o no del tema, puedo responderte diciendo que la causa de mi expulsión en boca del cenizas fue: “negatividad interior que te hace impermeable al proceso de formación del seminario”. Hombre, como frase no está mal cenicillas mío, el problema es que tu no eras director espiritual y por tanto si la negatividad era interior tú no deberías haberla conocido a menos que.. ¡claro coño, a menos que tú solaparas la función de director espiritual! Que pelma, señor.

Esa dinámica de seminario “ilegal” fue fruto de una época asfixiante, heredera sin duda de lo que podemos denominar “veracidades sentimentales diocesanas” las cuales, elevadas a categorías absolutas, impregnaban abundantemente la Iglesia mallorquina desde la década de los setenta, es decir desde los orígenes mismos del pontificado del Obispo Bou y casi hasta su muerte.

Por “veracidad sentimental diocesana” entiendo, expongo y denuncio que durante todo el pontificado de Bou se dio demasiada importancia a la manifestación de sentimientos, de tal forma que estos, aunque volubles en el tiempo o las circunstancias, y nada objetivos por cierto, ocuparon un lugar preeminente y absolutamente sobredimensionado. Bien se ha ido comprobando que esos sentimientos no hicieron avanzar ni un milímetro a la Iglesia en Mallorca, antes bien, viendo como estamos en la actualidad habrá que aceptar como incuestionable un continuo retroceso, un proceso de secularización constante cada vez más preocupante... ¡A ver como arreglamos esto con sentimientos! Aquello fue de locos, el imperio de la sinrazón. Mantener aquella línea de iglesia en la actualidad me parece ya un insulto a la razón, aunque por extraño que resulte se siga promoviendo a muchos niveles la pervivencia de tamaño esperpento.

Resulta curioso constatar de aquella época la reiteración de la palabra “libertad”. Esa expresión lo impregnaba todo, la vida política, la social, familiar, y claro está... la religiosa. El Obispo Rafael Álvarez fue el último obispo del franquismo en Mallorca, tuvo que afrontar secularizaciones masivas de sus sacerdotes, cambios profundos en la forma de pensar del clero, trasformaciones sociales que nada tenían que ver con la

formación que recibió. A él lo habían formado para dar respuesta a una realidad que poco a poco desaparecía y por tanto lentamente lo invalidaba.

Con el pontificado de Bou la palabra “libertad” pronunciada dentro de la Iglesia mallorquina suponía ya un marchamo de calidad, una etiqueta que te concedía el privilegio de estar situado en la parte de los nuevos vencedores. En aquella época se forjaron los triunfantes del nuevo régimen episcopal, régimen que por cierto duró casi tanto como el del General Franco. ¡Que largo todo Dios mío!.

Los nuevos figurantes, los del “compañero sacerdote y comunidad de base” se encaramaron entonces al carro del poder. Fáctico algunos, otros al carro del poder ideológico que los consagraba como curas “buenos” frente a aquella sociedad cambiante y sin embargo y a pesar de todo... ¡cristiana!. Lo hicieron con eso de la honestidad de sentimientos, la exposición tan utópica como necia de una iglesia de izquierda marxista idealista, la popularización de la religión... en fin, con toda la tramoya, con su camisita y su canesú y como si no les quedara más remedio, como diciéndose a sí mismo y a los demás “sí, es verdad, me subo al poder, pero es para mejor servir”. La cosa es que claro, al ser un pontificado tan largo bien se puede admitir que hubo vencedores y vencidos, o mejor dicho, gente que triunfó vitalmente y otra a la que jorobaron toda la vida, porque oye treinta y pico de años dan para fastidiar mucho al que no piensa como el que manda. Los proscritos lo han sido durante demasiado tiempo. Los triunfadores también, aunque por esas cosas que tiene la vida y que siempre nos sorprenden asistimos atónitos a la pervivencia del poder en figuras que antes eran de la línea de Bou de forma incondicional y que sin embargo ahora se han acomodado sin problemas al nuevo pontificado... ¡como se adaptan los canallas!

En el seminario todo se solapaba, entre el Dulcinea del Toboso y el cenizas se repartieron a los seminaristas y cada tanto debíamos ir a comentarles nuestras cuitas y desasosiegos, y claro, ejercían de directores espirituales, confesores, maestros, superiores... todo en uno, ¡Joder, parecían los robots esos que anuncian en televisión, que lo hacen todo! La cosa sin embargo es que recordaban una fábula de Esopo, en esa fábula que comento un pato alardeaba ante un caballo que bebía en la orilla: Te compadezco –decía el pato- yo se nadar, volar y correr, en cambio tu solo correr, el caballo respondió, es cierto, pero ni vuelas como el águila, ni nadas como los peces ni corres como yo. Pues eso era lo que teníamos, dos patos, el uno dulcísimo, el otro ceniciento, pero patos. ¡Cuá Cuá!

Aclaro para que no quede duda que ese tipo de seminario no era legal, lo he dicho y lo repito. La Iglesia no quiere eso ahora ni lo quería entonces. La existencia de ese tipo de funcionamiento respondía como ya he comentado a la fiebre de los años 70 y al ya más que agotado pontificado del Obispo Bou quien sin embargo seguía creyendo que la verdad se encuentra “un poco más abajo” y claro, rascando o excavando nos metió en un pozo del que dudo muchísimo que podamos salir en décadas. El final de ese seminario ilegal no fue causado por las muchas quejas que se le exponían al Obispo Bou, sordo por demás a ellas, ni siquiera por el alarmante descenso de vocaciones o el abandono de seminaristas en número excesivo. El final vino por ley, por visita Ad Limina del Nuncio Papal quien con su autoridad puso punto y final a una etapa de sinrazón de la que deberíamos avergonzarnos. Roma locuta, causa finita. ¡Pues gracias a Dios que “locutó”! pero... ¡que tarde!

Una persona puede hacer bien de superior o rector (no era el caso) y no servir para orientar (que sí era el caso); puede saber mandar y no servir para escuchar; puede

ejercer la autoridad y olvidar la misericordia. La cosa es que entre el colmenillas y el cenizas formaban el tándem Juan Palomo.

Al principio se les veía unidos, dos estilos, dos personalidades, pero a una. Con el tiempo se fueron poniendo de manifiesto discrepancias entre ambos, ¡Celos tío, a eso se le llaman celos! Claro, enterado, a eso se le llaman celos, pero ¿de quien contra quien?, pues de quien va a ser, del Cenizas (mediocre pata negra) contra el Colmenilla (malo pero inteligente). Ay... ¡El segundón nos salió como criada respondona!, en aquel tiempo no nos enteramos de demasiado, sí que veíamos al morrillos dulces ausentarse cada vez más del seminario, pasaba muchas horas fuera, sobretodo en la Delegación de Juventud con un antiguo miembro de la brasa que jugaba, juega y seguirá jugando a psicólogo del tres al cuarto. ¡Sacerdote modélico! Gritaban los carboníferos, ¡Imbécil! Pensábamos y seguimos pensando los más. Oye, no creas que lo de la psicología tiene su anzuelo y la cosa es que ese estilo sigue funcionando a según que niveles de iglesia mallorquina. Los pseudo psicólogos parece que tienen su público, claro que, como decía el famoso torero Rafael Guerra "Guerrita": Hay gente pa to.

EL "MOIX MORT"
O EL GATO MUERTO

Durante el curso de segundo nos ofrecieron la posibilidad de hacer voluntariado en un albergue de transeúntes. Varios nos apuntamos, a mi me apetecía la idea de conocer el submundo, la marginación, la pobreza y el dolor humano. La experiencia fue positiva, años después como comentaré me gané las sopas... o las medias sopas, mitad blancas en nómina, mitad negras en sobre, trabajando en ese mismo albergue.

La apariencia del seminario era la de siempre si exceptuamos las cada vez más habituales huidas del rector al refugio de delegación de juventud, que uno no sabía si iba al psicoanálisis o qué. De cualquier modo algo nos olíamos. Fue en esa época en la que un compañero de mi curso del que tampoco escribiré el nombre para no causarle problemas definió la situación como: "Una casa en la que hay un gato muerto, el gato se ha escondido para morir y no sabemos donde está, pero aquí algo huele mal".

La definición corrió de boca en boca, y a varios de nosotros nos pareció acertada, la cosa del gato muerto tenía su gracia, y pronto formamos algo muy poco concreto que derivó en llamarse "es moix mort" en referencia al felino finado de la comparación. Efectivamente, algo olía mal, muy mal.

Y EN EL ALTAR DE FORMICA
UN CRISTO DE PLEXIGLAS

El voluntariado en el albergue me gustaba, y eso que coincidió con el gobierno de la institución de un famoso sacerdote al que le gusta más la polémica que una buena cena. De los usuarios aprendí algunas cosas, del sacerdote... a intentar no ser como él bajo ningún concepto, de la situación aprendí que cualquiera puede llegar a ser un marginado.

Odio la poética de la marginación. Como en casi todas las situaciones humanas duras hay algunos sacerdotes con tendencia a la poetización. Pasaba en ese albergue, pero también en la prisión, en el maltrato de género etc. ¡Que manía con poetizar! La cosa digo, es que en esas situaciones no hacen falta poetas, sino buenos gestores.

Después, si la gestión es buena que venga el poeta y diga la suya, pero por favor, si hemos de trabajar en marginación trabajemos, y que de la poesía se ocupen otros.

Claro que la cosa no es tan simple, si tienes a tu cargo, o simplemente trabajas en una institución tipo Cáritas o algo por el estilo, puedes caer en el peligro de intentar buscar armonía y belleza en el absurdo, cuando eso sucede suele ser por supervivencia, es que la pobreza descoloca y si no vas con cuidado te impregna, no en la falta de dinero, pero sí en calarte el alma con esquemas que son sectarios, propios de ese mundo y nada más, microvisiones útiles solo para funcionar en ese circuito. Son situaciones humanas muy delicadas para el trabajador que desarrolla ahí su labor. Ante esos peligros uno puede fácilmente resbalar por dos pendientes, la primera sería la de impermeabilizar el alma ante el sufrimiento ajeno, no es buena. La segunda sentir tanto el dolor del otro que lo intentas armonizar en tu cosmos para devolvérselo un poco menos caótico. Mal también. El curro verdadero ha de pasar por sentir el dolor y ayudar al afectado a salir, no en mostrarle el cosmos en el caos, o para que se me entienda, no en mostrarle el orden en su desorden.

Los poetas ofrecen una mirada nueva de la realidad. Los curillas poetas buscan la armonia en el desastre de la fealdad de la pobreza. Y allí venga cuadritos con manos abiertas, venga colorines de la época en la que la Iglesia de Mallorca se peruanizó a base de misioneros que hicieron mucha poesía de los pobres, y venga estética cutre-espiritual en casi todo lo que la iglesia mallorquina tocaba. ¡Joder, si era lo de las guitarras a nivel cósmico!

Venga, no nos enfademos, pero... ¿de verdad no os habéis fijado nunca en la estética de la iglesia mallorquina pseudo moderna misional? ¡Que grima!, y es que claro, con lo del Concilio se nos fue la olla, y guardamos ricos ornamentos para usar otros más feos que un pecado, claro, es lo de siempre ¡La Modernidad! Ay Dios... Solo nos faltaba la embarrada de Miquel Barceló en La Seu ¡Que espanto!, y eso que al morrillos azucarosos parece que le encanta. ¡Para gustos colores! A mi no me gusta absolutamente nada, y lo de los vitrales... Si parece que te asomas no al mar mediterráneo, sino a las catacumbas. Venga gris, venga oscuridad... ¡Que coño recogimiento, eso a lo que invita es a salir por patas! Ojo, advierto que soy daltónico por la gracia de Dios y no distingo más que tres colores, o sea que lo que acabo de decir, si no os gusta meterlo en un saco y al mar. ¡Olé ahí!

¿En que momento se nos fue la cabeza en cuestión de belleza?, no tengo ni idea, y no creo que fuera de un día para otro, fue un proceso lento, como esas enfermedades que demuestran su malignidad en la lenta progresión. Quitamos los púlpitos, en su mayoría obras magníficas, porque claro, en el altar colocamos un cachivache llamado micrófono que en tiempos era grande como una alcachofa, todo gris, pie de fundición que aquello pesaba un huevo, y la alcachofa inmensa agujereadita para que la voz del parlante pudiera extenderse por la nave del templo... ¿resultado? Hombre, visto desde hoy la megafonía es una delicia, sobretodo para no afectar demasiado la voz en las prédicas, pero lo de quitar los púlpitos sigue siendo una sinrazón. Uno a veces piensa que en algún momento es una suerte no tener dinero, eso evita la tentación de iniciativas no siempre afortunadas. ¡Pero ay! Muchas, muchísimas veces sí hemos tenido dinero, y al frente del gasto se ha puesto un imbécil con iniciativa. Lo he comentado antes, un tonto con iniciativa es mucho peor que un tonto a secas. El tonto a secas no hace nada y punto, el tonto con iniciativa hace y promueve desastres ¡Y tantos!.

Total que fuera púlpitos, fuera gregoriano porque es antiguo, fuera órganos porque antes de la plaga de las guitarras ya habían inventado los órganos electrónicos que por cierto... ¡sonaban a pedo! Fuera incienso, fuera ornamentos artísticos... ¡Viva lo

moderno! Y allí que me llegan casullas de tela de saco, estolas tejidas en Perú con más pececitos bordados que los que caben en el mar, cálices de cerámica también de colorines, órganos pedorros, y estética clero-moderna-mallorquina. ¡Fue de vómito! Si hasta en alguna iglesia antigua y bellísima de Palma pusieron fluorescentes en las columnas góticas ¡Ya te cagas! ¿qué no?, el año pasado todavía estaban, ahora no sé. Parecía la cocina de un restaurante cutre. ¡Que moderno!

- ¡Pater, una de calamares y dos de morcilla!
- ¡Marchandoooo!
- Y dos chupitos de vino de misa que estamos secos

¿Sabéis cual fue el problema real? Pues que despistamos a la gente ¡Y tanto!, la religión es en gran parte estética, belleza, rito... y nosotros que sabemos mucho nos habíamos pasado casi veinte siglos embarcados en tener lo mejor de cada época, lo mejor de la música, de la pintura, escultura etc. Y de golpe nos apuntamos a coleccionar lo más feo de entre lo feo por aquello de la "opción por la pobreza". Y claro, la gente va y se despista, pero no porque se hayan perdido ellos ¡No majos! Pasó que nosotros nos metimos debajo del camino, movimos el firme y le hicimos dar un giro tan grande que al llegar a la curva, creada por nosotros, la mayoría se salían y caían, y nosotros unos cabreos y unas cosas, gritando más que diciendo ¡No sois modernos! No si al final quedaron los modernos que andaban bien de amortiguadores y que son los maduretes de ahora, pero ojo que detrás de estos modernos no viene nadie, jo, si es que se cayeron todos y una vez fuera decidieron que no se estaba tan mal, sobretodo si la alternativa era soportar el Cumbayá y otras chorradas.

- ¿Querido, no vamos a misa?
- No reina, ahora que tu madre nos ha regalado la Santa Cena hecha con caracolillos de mar mejor jugamos a las cartas en casa, es más bonito, por cierto, podrías hacerle una funda de ganchillo.
- Eso, y los domingos la destapamos y rezamos un padre nuestro
- Muy bien reina, pero para descongestionar lo rezaremos domingo sí domingo no.
- ¿Y no cantaremos nada?
- ¿Qué es que quieres que me de un infarto? ¡Cojones con los cantos!

Que coño, si hasta fuimos capaces de poner altares que más parecían mostradores de verdulería que mesas sagradas, y guardamos bellísimos manteles para poner otros más modernos ¡Y vengan pececitos! Si por lo menos hubiéramos admitido variedad en el horror podríamos haber bordado alguno con pollos asados o cochinillos segovianos, o una sobrasada para hacer patria, pero no, ¡Vengan pececitos! Y al que no le guste el pescado que se joda.

Y las iglesias tu, ¡que cosa! Aquello no eran iglesias, eran garajes, y algunos además muy pequeños, y claro es que Palma había crecido mucho, era mucha la inmigración peninsular (mis padres entre ellos) y había que hacer iglesias, pero coño ¡Que iglesias! Los inmigrantes venían de sus pueblos, con sus parroquias antiguas, joyas del arte, y los metíamos en esa especie de cajones para que allí dieran culto a Dios, ¡Venga ya! Si valía más el comedor de formica de su casa que toda la decoración del garaje eclesial. Les dimos el cambiazo, y en lugar de arte les dimos harte, pero harte de hartar. ¡Y encima para colmo de males en las cocheras divinas sonaban guitarras!

De repente todo fue feo, no se como pasó pero matamos la magia del Misterio ¡snif snif!

- Venga, no llores y modernízate...
- ¡A cagar!.

OPCIÓN POR LA POBREZA
LO CUTRE TRIUNFA

En algún punto anterior he comentado lo de los mejillones y una búsqueda de santidad a través de las privaciones y he dicho también, irónicamente, que eso fue una tontería. Quiero aclarar que ciertamente creo en un estilo de vida que se apee de la locura colectiva que supone una sociedad que solo cifra los éxitos en las ganancias económicas. Dicho esto casi a modo de profesión de fe, deseo añadir que la opción por la pobreza tal como nos la presentaron a nosotros me parece una solemne sandez, fácilmente confundible por cierto con la opción por lo cutre o la desidia total. Me explico...

Hay algunas expresiones que nadie dice y sin embargo están en la cabeza de todos, a ver qué te parece esta: “viste peor que un cura”. O esta otra: “aunque no lleve hábito se nota a la legua que es monja”.

Te cuento. No creo que el sacerdote o la religiosa, deban ir mejor vestidos que la media. Lo que tampoco acepto es que seamos los que vestimos peor. Eso como todo fue reflejo de una época en la que lo que se llevaba era ser uno más en medio del mundo y por “uno más” entendimos siempre “uno más de los de abajo”.

La opción por lo cutre que ya he definido tuvo además algunas consecuencias que todavía no he comentado pero que pueden resultar interesantes. Entre ellas la pérdida de espacios propios de la iglesia para mudarnos a espacios propios del mundo, espacios mundanos.

En Palma, como en tantos lugares, las monjas se dividieron entre modernas y antiguas, las modernas abandonaban el convento y se fueron a vivir a pisitos de protección oficial, las antiguas seguían en su claustro. Las modernas creyeron que así servirían mejor a la gente porque se mundanizaban... las antiguas siguieron rezando por la gente, que para eso eran antiguas oye, por cierto... ¿quién lo hizo bien?

Al cabo de pocos años lo de los pisos conventillo cutre se ha ido diluyendo al mismo ritmo al que han ido desapareciendo sus “habitantas”. Y los claustros no es que estén para echar cohetes pero vamos... que algo mejor que las modernas sí que están.

Y llegados aquí uno se pregunta ¿por qué fracasaron los pisitos?. La respuesta es evidente, fracasaron porque presentaban un perfil de monja tan mundana que lo de ser monja era lo de menos. Porque eran tan modernas que no había diferencia entre ser monja o no serlo, y entonces... si no hay diferencia... ¿para que quiere nadie hacerse monja?

Mi amiga Carmen Tejera tiene una sobrina en el monasterio Burgalés de Lerma. Ya se que lo de las Clarisas de ese convento es todo un fenómeno nacional, pero oye, no me dirás tu que no da que pensar que la clausura tenga esa cantidad de vocaciones, y las mundanas ni una, pero es que ni una.

Es la consecuencia de la mundanización. Hoy la Iglesia va un poco con la marcha atrás puesta y alguna gente de la progresía de los setenta la acusan del cambio de orientación. Defienden los mundanos que la iglesia debe seguir en la misma dirección que llevaba en décadas pasadas... bien, la cuestión es... ¿hasta cuando?. Porque oye hace cuarenta años que llevamos la misma y las consecuencias de la mundanización nos han salido muy caras. A los que creen que la Iglesia da marcha atrás no me queda más remedio que darles la razón, en el prólogo he hablado de un cambio

de dirección de adelante hacia atrás, es decir un retroceso. La cuestión es la siguiente, hace años que vamos descendiendo y como ya he dicho en Mallorca este descenso se ha convertido en caída libre y sin frenos. Por una de esas cosas que no sabes muy bien como suceden nos encontramos al borde del precipicio y... decidimos dar marcha atrás. ¡Oye y que los modernos se cabrean!, y yo alucino... ¿qué quieren que hagamos? Estamos retrocediendo sí... ¡Pero coño, es que delante hay un barranco!

Quede entonces claro que antes de criticar el cambio de sentido será bueno analizar las consecuencias de continuar hacia delante. Pero claro eso los modernos lo llevan mal. Oye, que pillan unos enfados de aquí te espero por el mero hecho de que te atrevas a cantar el Pater Noster en latín en lugar de asesinarlo a fuerza de guitarras, te acusan de preconciliar con una violencia y una beligerancia que asusta... ¡y se dicen demócratas!.

Yo, a estas alturas ya no se lo que es preconciliar o postconciliar, lo único que sé es que con la modernidad de los setenta, con concilio o sin él, estamos en la agonía. Y que por algo que se llama sentido común o instinto de supervivencia será bueno, lógico y necesario probar otro tipo de modernidades, joder, es que a lo otro se le llama suicidio modernillos míos.

Añado además que el discurso sobre el Concilio Vaticano II está ya muy, pero que muy pasado. Los modernos afirman que jamás se puso en marcha en su totalidad, los clásicos o antiguos denuncian que se puso "demasiado" en marcha... total que los dos dicen lo mismo en sentido contrario, da la sensación que ambas tendencias disfrutan de lo lindo acusándose. La cosa es que pienso que en caso de haber "culpable" habrá que señalar también a un mundo cada vez más secularizado, menos humano y... más tonto.

Por cierto, y con esta acabo, los modernos de los setenta son la viva imagen de lo "demodé" solo les falta el pantalón pata elefante, la guitarra el hombro con el signo del hippie y algún que otro canuto de amor y paz, sonrisilla tonta incluida. ¡Venga, que estáis más caducados que un yogur en el desierto!. Por aquello del placer por lo antiguo, que parece que os pone, os animo a la coherencia absoluta. ¡Abominad de los ordenadores y regresar a la Hispano Olivetti!; olvidad las modernas fotocopiadoras y fabricad con glicerina y azúcar imprentas vietnamitas; renegad de vuestros móviles y marchad por ahí buscando cabinas de teléfonos; al sacerdote llamadle "compañero", y si os apetece y os lo toleran llamad también "camarada" a vuestro jefe; colgad nuevamente la foto de Franco que tanto vertebró vuestra energía, y sobretodo, comprad los DVD de "Cuéntame" y disfrutad. ¡Ala chatos, a hacer puñetas y que os aproveche la añoranza! Yo voy a ver si puedo seguir vivo cambiando el porro por incienso y la casulla de indio peruano por algo más digno aunque sea preconciliar. ¡Ya te vale!

DESCENDIÓ A LOS INFIERNOS.
DEL SEMINARIO FAMILIAR AL... ¡OBJETIVO!

En el seminario la modernización llegó a mitad de mi tercer curso, se incorporó un segundo superior del seminario, o sea que ya eran dos, y con el rector tres. No lo entendíamos muy bien, pero oye, que allí estaba, recién llegado de Roma, con sus estudios y su todo ¡una cosa!

La cuestión es que fue un hombre bueno, muy escrupuloso y con el pecadillo de confundir a los tontos con los santos. Eso como todo se lo perdono y la verdad es que tenía poco que perdonar, es buena persona, es y fue honesto, vivió su paso por el seminario como un drama personal porque de tonto no tenía un pelo, y sufrió en silencio lo que todos sufríamos. No se a ti, pero eso a mí me merece mucho, muchísimo respeto.

A este tercero no pienso ponerle mote, lo aprecio en la distancia del tiempo que hace que no lo veo, pero le reconozco su capacidad.

Al final los misterios se resuelven, y la incorporación del segundo superior quedó justificada por la marcha del que hasta entonces había sido el rector. O sea, para que te aclares, el panalillo se iba.

- ¿Se quería ir?
- No reina, le ganó la batalla el Cenizillas
- ¡Jo, pues se iría contento!
- Y tanto... ¡Una de mala leche!

La mala leche del Cálido Verbo fue pronto conocida por todos, del panal de su boquita salieron sapos y culebras nada caramelizados. A quien quisiera escuchar le contaba la misma historia... ¡Que pelmazo! Y al final la exposición quedaba resumida en dos partes. A) que bueno soy yo. B) que malo es él.

Hombre, en algo el panalillo tenía razón, el cenizas era malo, pero malo de solemnidad, era una maldad nacida del complejo que te impulsa a aparentar que sabes más de lo que en realidad dominas. El Cenizas, (lo escribiré con mayúscula no sea que se pique) el Cenizas digo, pronto nos dio su versión de lo que sería el seminario:

- A partir de ahora, - dijo - lo que ha sido un seminario familiar será un seminario objetivo.

La frase sonaba bien y yo me alegré... ¡fui imbécil!, pensé que tras la afirmación por fin se acabaría el rollito colegueo, el jugar a psicólogo, y sobretodo el acompañamiento espiritual. Repito ¡fui imbécil! Aquello empeoró a ojos vista. En realidad no es que nada se rompiera más o que fuera un desastre manifiesto, no, de hecho el panalillo meloso hacía tiempo que se había quedado sin ideas y abandonado el barco, o sea que en realidad cualquier cosa debía mejorar la situación. Pero empeoró, mucho, mucho. ¿cómo?... ahora te lo cuento reina.

El Cenizas, por definición es un ente que tiene a gala complicar lo sencillo, ejerce su poder sobre lo minúsculo mientras se puede desarrollar un cataclismo sobre su cabeza sin que se de por aludido. En realidad es que con los problemas importantes no se atreve porque lleno de complejos como está podría ponerse de manifiesto su ineficacia. A modo de ejemplo:

-Problema real: El seminario no funciona
- Solución Cenicienta: cambiaremos a la cocinera

Los problemas serios necesitan soluciones serias, pero las soluciones serias necesitan de inteligencia en su gestión, y eso el Cenizas sabe como se pronuncia pero no como se usa. Bien, vayamos despacio.

El paso del seminario familiar al seminario objetivo tuvo su arranque en la nueva distribución de roles, el Cenizas se ocupaba de casi todos los seminaristas antiguos, o sea nosotros, mientras que el otro, el hombre bueno se quedaba con los recién incorporados. Eso como todo obedecía a algo ¿a qué?, te lo cuento.

He comentado que la situación de aquella institución no pasaba por su mejor momento, te he contado también como una aguda comparación dio nombre a algo poco concreto que dio en llamarse el gato muerto. Pero claro, eso no se entiende muy bién, es muy abstracto, vale, continuemos. “Es moix mort” fué el proceso de un concepto abstracto a un grupillo real de seminaristas que yo creo que veíamos la situación con algo más de capacidad crítica. Ese grupo no cuajó ni se forjó por voluntad propia, que quede claro, se formo y mantuvo solo porque el Cenizas metía la gamba a cada poco y eso daba pie a la mirada afilada de los que conformábamos el grupo. O sea, y aclarando, “es moix mort” era un grupo crítico ¿cuántos éramos? Pocos, es que tampoco éramos muchos seminaristas, pero vaya, en porcentaje el grupo era importante, seríamos ocho o nueve, es decir casi el 25 o el 30 por ciento del seminario ¡Era una barbaridad en términos de comparativa!.

Nunca supimos a ciencia cierta quienes éramos, había compañeros críticos que jamás se sintieron del grupo, otros que eran del grupo y justificaban algunas decisiones del rector. Aquello era muy informe, muy caótico... ¡Pero era!

En ese grupo no entraron los cursos de primero y segundo. Muy menguados en número y con el acompañamiento del hombre bueno no sintieron jamás la necesidad. Por eso el Cenizas los hizo a un lado y quiso ocuparse él de los mayores, y entre ellos estábamos nosotros, los del Gato Muerto.

¿Sabía el Cenizas de la existencia del grupo?, va, te contesto con otra pregunta ¿crees que un colectivo humano pequeño, obligado a convivir seis años puede mantener en secreto a un grupo de disconformes sin que se sepa? ¡Claro que lo sabía!

Pronto puso la proa sobre el grupo de disconformes, a ciencia cierta no sabía quienes formaban el grupo en su totalidad ¡coño si no lo sabíamos ni nosotros!, pero intuía al menos a los que el consideraba cabecillas, y sobretodo identifico de inmediato “al cabecilla” o sea yo Xisco Novella, por aquel entonces 30 años, hijo de Francisco y Ofelia, natural de Palma. ¡Bien identificado!

¡Que lo pongan en mi necrológica, Xisco Novella padre fundador del Moix Mort! ¡A ver que dirá el Obispo en mi misa funeral!

- Queridos hermanos, celebramos esta misa funeral por el p. Fundador del Felino Finado.
- ¡Moix mort! (gritará alguien ya viejito desde el público)
- Felino Finado hijos queridos, digamos que es más... eclesialmente correcto.

La dinámica de contarle al rector cualquier tipo de problema continuaba vigente, más que nunca. Muchos compañeros frecuentaban esas entrevistas, tendrían sus cosas... o tal vez iban porque... ¡no tenían sus cosas en su sitio! Yo prefería ir solo cuando el Rector Ceniza me llamaba. Claro, las entrevistas me ponían nervioso, no me gustaba aquel hombre y menos aún sentirme psicoanalizado sin permiso. Yo, digo, me ponía nervioso ¡Pero coño, era una balsa de aceite comparado con él!. Sí, se ponía muy, muy nervioso, no sabía como iniciar el tema que le preocupaba, reconozco que lo intentó de todas las formas posibles, en plan papaíto, en plan coleguilla, rector, sacerdote... ¡Y aquello no funcionaba, que angustia!

LA ZARZUELA, LOS NIÑOS Y... TONI FERRER

El regreso de la Mili también produce angustia, te has pasado más de un año rodeado de gente, no has estado solo en ningún momento, siempre había con quien hablar, con quien reír o echar unos vinillos. De pronto te licencian, te subes al tren y los pierdes de vista, a la mayoría para toda la vida, es verdad, los primeros días de civil los vives con angustia.

A mi regreso me reincorporé a la coral y al conservatorio. Por aquel entonces la anciana profesora de canto, ya jubilada, había sido sustituida por otra más joven, mezzosoprano, de voz excepcional y gran actuante. Digo lo de actuante porque más adelante me tendré que referir a ella, es decir a "Edu" ya os explicaré también la historia del mote, que este no es de cosecha propia.

En la coral la cosa no funcionaba, yo sinceramente pienso que el problema estaba en el director, hombre bueno pero con pereza para aprender nuevos repertorios, hacía años que cantábamos lo mismo. Cuando no se aprenden cosas nuevas se entra en un dinámica fea. El director quería perfección en el repertorio de siempre, como el instrumento era el que era (o sea nosotros) tampoco podíamos hacer mucho más de lo que ya llevábamos años haciendo. Conclusión: nervios, cabreos y... disolución del coro ¡Una penita!

Por aquellas mismas fechas se formó el Coro del Teatro Principal, hubo unas pruebas de admisión, y allí que nos presentamos todos, y claro, llevábamos años cantando, o sea que a todos nos admitieron ¡Una Fiesta!.

La encargada vocal del Coro era la Mezzosoprano "Edu". Escuchó atentamente a todos y cada uno en nuestra vocalización, y de inmediato mostró interés por mi voz. Me está feo decirlo pero yo tenía por aquel entonces una voz bonita. No era una gran voz, no soy idiota, nunca me lo he creído y tampoco entonces, pero vaya comparado con la media destacaba... Pero oye que ya sabes que soy daltónico gordo y calvo... joer, ¡déjame alguna cosa buena!.

En el conservatorio Edu me daba las clases de canto y ciertamente mejoré gracias a ella, la técnica era buena, sabía hacerse comprender por los alumnos y con su gran voz los ejemplos resultaban clarísimos. Daba mucha importancia a la dicción, fue una buena profesora, y acostumbrados como estábamos a la anciana predecesora el cambio nos resultó magnífico. Pronto me ofrecieron un papel solista en el coro del Teatro y así debuté de Capitán Alberto en la zarzuela Molinos de Viento. La profesora Edu nos entusiasmaba, persona de gran e imponente personalidad era tratada de Ud. por casi todos. ¡Es que era mucha señora!

En el Teatro conocí gentes variopintas ¡era el mundo de la farándula!, un mundo mágico, reconozco que crea adicción.

Antes del estreno de Molinos de Viento se multiplicaron los ensayos, la repetición de escenas hasta la saciedad. Vimos montar los decorados, llegó un grupo de artistas, gente del espectáculo con mucho mundo. Y el coro se había convertido en una gran familia de amigos, todo parecía ir sobre ruedas.

Tú, Carmen Naranjo, encendiste la primera alarma, la Mezzosoprano Edu te gustaba como cantante, pero tú nunca has mirado a la gente por sus habilidades ni apariencias, miras el interior, y supiste muy pronto que aquello no llevaba a un buen final. Dejaste el Teatro y algún tiempo después nos diste el peor de los disgustos: Te fuiste de Mallorca. ¡Ay pena! Recuerdo como en el puerto nos congregamos los amigos para despedirte, aquello parecía el fin del mundo, la canción se hizo realidad: "Algo se muere en el alma cuando un amigo se va..."

Sigo hablando de ti Carmen. No se exactamente cuando fue, pero más o menos por aquel entonces, es decir, antes de tu marcha, me reincorporé contigo a un grupo de

Boy Scout, era en una pequeña, diminuta parroquia de al lado de la cárcel, La Resurrección. Era de esas parroquias garaje, horrible bajo todo punto estético. El rector de esa iglesia, Toni Ferrer no me cayó bien al principio, sus formas eran autoritarias, su mirada miope dificultaba la lectura de la expresión de sus ojos y tenía un carácter raro. Verdaderamente no me cayó bien.

Allí éramos cuatro los monitores que nos ocupábamos de los críos contándote a ti. El recuerdo de esa época me resulta buenísimo, de hecho me supuso revivir una etapa que yo creía superada. Se repitieron los fuegos nocturnos, excursiones, reuniones actividades y sobretodo los campamentos. Cala Murta me recuerda esa época que me marcó. Mil veces hemos comentado la salida nocturna hacia el faro de Formentor en una noche que ofreció un cielo cuajado de estrellas, fue mágico. El regreso por el camino antiguo ya no fue tan misterioso aunque igualmente divertido, sobretodo cuando nos perdimos y tu recomendabas a los niños coger piedras, unas piedras como las demás pero que a ti te parecieron especiales. Nosotros nos preguntábamos como demonios volver al camino, tu en la parte trasera del grupo y aparentemente ajena a la hora que había plantado ya un tórrido sol para el que no íbamos preparados repetías empecinadamente el consejo: Niños ¡Coged piedras! Bueno, cada loco con su tema y allí estábamos todos un pelín de la cabeza ¡Bendita locura! Bienaventurados los que enseñan a los niños a crecer sanos porque ellos poseerán la paz interior.

Toni Ferrer, el cura de la Resurrección ya no me caía tan mal, poco a poco fui descubriendo que seguía siendo más raro que un cactus, pero... había algo más, era honesto, una honestidad que no se preocupaba en disimular defectos, y otra cosa más, aquel hombre tenía sentido del humor. Bajo las siete corazas con las que se protegía tenía un humor irónico, capaz de reírse de su propia sombra y ni te cuento de la de los demás ¡Un derroche!. La cosa fue que entre los Scout, los grupos de confirmación y clases de solfeo que impartí me fui introduciendo en aquella fea, feísima parroquia. En aquella humana, entrañable comunidad, y el cura, aquel hombre que no me cayó bien al principio acabó siendo un amigo, o mejor con mayúsculas Un Amigo.

Era psicólogo, yo que nunca he creído demasiado en ellos le hacía bromas constantes que encajó siempre de buen grado, él tampoco creía en la psicología, y mucho menos en la que él había estudiado. Sea como fuere era profesor titular de psicología del Seminario, creo que nunca fue a impartir clases, no le interesaba para nada explicar algo en lo que no creía, y creo que por fastidiar tampoco quiso nunca renunciar al nombramiento. Claro, claro había un profesor suplente, alguien que sí creía en la psicología y en sus propios conocimientos, un trepa vaya... ¿sabes quien era ese segundón? Si lo has adivinado premio ¡El Cenizas! Oye y que se le veía tan ufano.

En el coro del Teatro seguían los ensayos, preparábamos El Anillo de Hierro y a mi me asignaron el papel del barítono, Conde William Belfort. Era una obra más compleja que la primera, exigió más esfuerzo, más horas e igual ganancial. No nos pagaban ni un duro pero intentaron compensar esa cuestión con algunas cenas y saraos.

A mi, supongo que como paga adicional me hicieron una entrevista en el periódico, ¡a doble página oye!, y ahora que la he releído, al cabo de más de veinte años, me asombra ver que mis respuestas estaban orientadas sobretodo a lo poco que me importaba la música, el canto, ni el triunfo. En la entrevista sí aparecía por el contrario un interés hacia la religión ¡Que cosas!

La relación maestra-alumno con Edu la mezzosoprano se intensificó, las vacaciones de Semana Santa vino a pasarlas con mi familia en una casa de campo en Sa Pobla, con sus dos hijas, y entre ellas, mis padres, mi hermana y su marido... ¡aquella

casa parecía un cuartel!. La relación se intensificó demasiado, Edu no es mala persona pero es muy absorbente y con el tiempo fuimos descubriendo que jamás distinguió el límite entre lo relacional (público) y lo personal (privado), por ello resultaba frecuente que una vez iniciada la amistad con ella derivara en algo excesivamente continuado y tremendamente agotador. Claro, por aquel entonces ya no la llamábamos de Ud, sinó por su nombre.

He explicado que el mundo de la farándula está lleno de personajes curiosos, de uno de esos personajes, Armando García, entrañable y buen amigo, nació el mote de "Edu". La historia era que al principio llamábamos a la mezzosoprano de Ud. Posteriormente de tú, por tanto al usar la tercera persona se la trataba de ella. Pero al ser ella tan absorbente nos empezó a parecer agobiante por lo que mi amigo hizo derivar la palabra en Edu. La cosa por pasos fue de la forma que sigue:

- Al principio fue la Señora
- Después Ud.
- Posteriormente ella
- Un poco más tarde eeellua
- Más adelante todavía (y ya pronunciado con temor a la asfixia) Eeeeduuuu.

Mi amigo Armando, con gran capacidad teatral, representaba la trasformación nominal, y al final, para representar el agobio creciente que aquella señora nos causaba, llevaba sus manos al cuello, como queriéndose liberar de la presión de la camisa al tiempo que repetía frenéticamente " Eeeeeedduuuuu". El apodo nos hizo mucha gracia, la señora ya no nos hacia tanta, la relación se fue enfriando de forma clara.

El enfriamiento tuvo sus consecuencias, yo dejé de ir a sus clases, ella dejó el conservatorio y en su lugar impartió la asignatura una conocida soprano mallorquina, buena voz, mejor persona, educadísima y agradable en extremo Francisca Cuart. Me decanté por la nueva profesora y de inmediato dejé de tener papeles en el Coro del Teatro Principal. ¿lo sentí? ... ¡que va! Para nada, yo ya estaba harto de aquello, harto de Edu, harto del teatro. Y la farándula, que me enganchó al principio me resultó insoportable pocos años después. Jamás he vuelto a ver ni una ópera ni una zarzuela, tampoco música coral, me remueve las entrañas y no compensa el placer musical a los malos recuerdos que me evoca. Eso sí, aprendí a actuar un poquillo y sin duda mejoré mis conocimiento de música. Esa fue la paga y aseguro que me doy por bien satisfecho con ella. "... me dijiste estás cumplío, no me tienes que dar ná..."

YO ME SINCERO, TU TE SINCERAS, EL SE SINCERA...
¡EL BAILE DE LOS GILIPOLLAS!

Con quien tuve que actuar muchas veces fue con el Cenizas. Noté que las llamadas a entrevistas con él se intensificaban ¿qué auguraba eso? Nada bueno. La cosa es que he comentado que el pobre no sabía como afrontar el tema que le preocupaba. El Cenizas no controlaba la vida del seminario, y ante la falta de autoridad moral y humana optó por un autoritarismo cada vez más despótico. El ambiente se enrarecía cada vez más, a ojos vista vaya. Las homilías, igual de pesadas que siempre tenían ahora el añadido amargo de la amenaza velada, de declaración de intenciones torvas, de sinrazón. Todo ello además amparándose en la lectura del Evangelio que nada tenía que ver ni con el Cenizas ni con su sermón. También las reuniones de los viernes estaban impregnadas de tensión.

¡Ay, los viernes!... los viernes, por si no te lo he contado nos reuníamos antes de vísperas en el comedor del seminario. Aparentemente distendido el rector exponía sus inquietudes y proyectos inmediatos... ¡Ay Dios! Como él nunca estuvo en el coro del Teatro no sabía actuar y su aparente tranquilidad y distensión pronto lo abandonaban para mostrar a un hombre que luchaba consigo mismo, contra su propia inutilidad. Los seminaristas por nuestra parte nos fuimos especializando en aprender a ponerlo nervioso. Puedes pensar que eso no estaba bien o que por lo menos no era muy cristiano... lo acepto con matices. Por la misma razón convendremos que tampoco es honesto, cristiano, ni maduro intentar aguantarte en el poder al precio que sea sembrando el desasosiego de tu impotencia sobre quienes no tienen más remedio que soportarte.

Nosotros pecábamos... ¡él más! La cosa es que la situación se iba encabronando y el seminario "objetivo" se iba convirtiendo en un seminario abominable donde el único objetivo era acabar cuanto antes y perder de vista todo aquello.

La hora de las comidas era otra cosa digna de comentar... ¿dónde se sentaba el rector Cenizas? Pues habitualmente cambiaba de mesa ¿la razón? Si se sentaba siempre en la misma nadie quería sentarse en ella. Era una mesa maldita en la que reinaba el silencio, los nervios, y claro... ¡al final la comida te sentaba mal!. Al principio de su rectorado El Cenizas llegaba al comedor con poca puntualidad de manera que se sentaba donde había sitio, pero con la situación en continua tensión y sabiendo el vacío al que se le sometía llegaba un pelín antes, lo justo para tomar asiento en alguna mesa con gente. La verdad es que en esos momentos agradecías sobremanera tener la mesa llena antes de la llegada del interfecto, por lo menos la comida sin él era más normalilla.

A esas alturas no estaba demasiado claro que el Cenizas tuviera una oposición total, pero sí que la oposición no era solo del Gato muerto, para ser sinceros casi nadie lo tragaba ¡a excepción de los pelotas, no te olvides!, no, no me olvido, pero mezquinos los hay en todas partes, nada extraño que también en el seminario hubiera algunos bastante tontos que buscaran medrar a la sombra del rector. No les voy a conceder ni un lugar en el relato, no lo merecen. ¡Bobos!

Muy de moda estaba por aquel entonces el método de Revisión de Vida, lo estaba en muchas Parroquias y pronto lo estuvo también en el Seminario. Claro que había algunas diferencias: En los grupos de las parroquias tu te adherías libremente al grupo; en el seminario estabas obligado.

En las parroquias el sacerdote orientaba; en el seminario el sacerdote era el rector Cenizas y mandaba. ¡Una nadería, diferencias sutiles!... ¡Ya!.

El método, si mal no recuerdo, consistía primeramente en plantear temas que se prestaran a la reflexión cristiana, posteriormente se miraba si se podía incidir positivamente sobre el tema planteado y se rezaba algo. Así también lo hacíamos en el seminario con la pequeñísima diferencia que nadie se atrevía a plantear temas que supusieran la desaprobación del Cenizas. ¡Aquello parecía una reunión de monjitas jubiladas! ¡Un gozo! ¡Y una bondad en todos los rostros!... ¡Que cosa!

Yo no sé como fue, porque de verdad que yo intentaba parecer interesado en lo que se debatía, participaba activamente y me mostraba tan cauteloso como el resto. La cosa es que en una de las entrevistas rector-seminarista el Cenizas me plantea abiertamente:

- He notado que no te implicas en la revisión de vida... porque no planteas el problema que de verdad te angustia

Yo respondí:

- Es que el que me angustia eres tu, pero no puedo sacar el tema porque tu estas presente.
- Es todo, puedes irte.

Ya, venga, ahora decirme que no fui prudente, que había que tener más mano izquierda y todo eso. Yo os contestaré que a esas alturas la cosa daba poco más de sí. No por mi, sino porque el Cenizas empezaba a mostrar signos de fatiga incluso en su angustia, y claro como nosotros éramos sus subordinados tampoco el se atrevía a afrontar el tema en la revisión de vida ¡Mundo de apariencias! ¡Vanidad de vanidades!

Poco a poco la vigilancia en torno al Gato Muerto se fue haciendo más descarada, recuerdo que en mi habitación entraban compañeros, normalmente hablábamos de la situación. En una ocasión, y no recuerdo si hubo algún motivo especial éramos unos cinco, el Cenizas entró sin llamar y allí que nos quedamos todos con cara de pasmo. Sí amiga, en aquellos momentos ya había miedo. ¡Y lo que te rondaré morena! Y... ¿cómo se enteró el rector Cenizas de que estábamos allí en aquel momento? ¡Oh!... te respondo: los pelotas y los soplones son imprevisibles, como son idiotas siempre sorprenden.

La delegación de juventud organizó una especie de cursillo para animadores de pastoral, fue en Santa Lucía, Mancor. El cursillo estaba repleto del rollito pseudo-psicológico ¡Mira que fueron pelmas! Fuimos varios seminaristas, el padre del mote "gato muerto" y un servidor seguro que estábamos, abría otros supongo pero no lo recuerdo. Y allí que me tienes tú unas dinámicas de lo más moderno, muy pensadas, muy reflexionadas, muy elaboradas, muy todo... ¿de que sirvieron esas dinámicas? A mi para ponerme de los nervios, y eso que todo era buen rollito, amigos, creyentes, simpáticos todos ¡Una monada!

En un momento dado me tapan los ojos con una venda, que vete a saber tu el tiempo que hacía que no cambiaban la venda, que aquello para pillar garrapatas era terreno propicio. Bueno venga sigo contando. Pues que me ponen la venda y claro no veo nada, en eso el director de aquel cotarro, pseudo-psicólogo él, y sacerdote recién estrenado en su sacerdocio y en su locura, me pregunta al oído: ¿quieres conocer la verdad?.

Claro la pregunta se las trae, porque a ver, yo hay verdades que prefiero no conocer o que me importan un pimiento, por ejemplo el número de sapitos que habitan la sierra de Tramuntana o cuantos mejillones se salvaron durante nuestro ayuno mejillonero seminarístico. En fin que allí de lo que se trataba era de colaborar y respondí un sí, pero un sí preventivo, casi condicional... pero como lo había pronunciado me tomaron de los brazos para evitar un morrazo, me colocan estratégicamente y.... me quitan la venda de los ojos ante un espejo, con lo cual vi mi imagen reflejada en el mismo momento en que soy capaz de poner cara de gilipollas mayúsculo. ¡Jodeeer! O sea, a ver si lo entiendo psudo-psicólogo mío, ¿yo soy la verdad? Que mal, que mal.

Oye, pues me pareció mal, pero aquello tenía su éxito, la gente venga abrazos y venga amistad por un tubo, y venga derroche de sentimientos. ¡Ay los sentimientos!

La religión no debe abundar en los sentimientos. Claro, claro, los sentimientos forman parte del hecho religioso, pero además de eso debe haber inteligencia, sensatez, y un poco de freno, no sea que cuando estamos tan sentimentales nos de por fabricar hijos con quien se ponga a tiro...

- ¡Es que éramos tan amigos!
- ¿Y de cuanto dices que estás?
- A ver... el encuentro de jóvenes fue en Marzo... por tanto yo calculo...

En materia religiosa, y sobretodo los curitas, hemos de tener un cuidado exquisito en eso de los sentimientos, claro, es que te puedes llevar un disgusto, pero es que además cuando te diriges a auditorios jóvenes el cuidado ha de ser todavía mayor.

Resulta fácil iniciar dinámicas sentimentales, normalmente no son útiles para casi nada, y por supuesto son postizas y peligrosas. Conozco algún caso (y más de uno) en el que la presión del grupo ha sido nefasta, y ¡Ojo! El grupo era dirigido por un curilla. En el caso que quiero contarte el grupo se llevaba muy bien, óptimamente ¡que majos todos! Y allí venga sentimiento y venga explicar interioridad. Era un grupo de unas diez personas y uno de los miembros, imbuido por el sentimiento grupal confiesa su homosexualidad, claro... ¿no había que contarlo todo? ¿no era de sentimientos? ¿no se primaba la verdad sobre cualquier otra cosa? ¡Ay Dios!... La conclusión fue que a la semana siguiente todo el barrio lo sabía y a la siguiente se deshizo el grupo.

Pero claro, es difícil negarte a participar cuando estás en ellos, los ves a todos con aquellas caritas de santitos, con aquella forma de hablar que parece una caricia, con aquel amor por todo y por todos, que parecen todos transportados al paraíso de Alicia en el país de las maravillas.

La cosa digo, fue que aquel chaval lo pasó mal, depresión incluida... y todo ¿porqué? Pues porque a alguien se le ocurrió que había que ser muy sinceros, muy auténticos y muy valientes, y se le olvido decir a aquel imbécil: mejor que dejéis el cerebro en casa porque así sufriréis menos. Y claro que todos nos comprometíamos a guardar secreto de lo que se hablaba en el grupo, pero desengañémonos, eso lo único que hace es crear un ambiente morboso que es el preludio de confesiones personales.

En aquel momento no es que la homosexualidad estuviera demasiado estigmatizada, pero vamos ¡que los armarios estaban cerrados!.

Pues mira, yo creía que todo eso ya estaba de capa caída, lo de los grupillos de sinceridad inconsciente y sus malditos promotores. Pero resulta que no. ¡Que va! Se sigue haciendo y además se incluyen gestos de amor: caricias etc. ¿qué pienso de eso? Pues que mas valiera que el cura se fuera de putas, pagara, se quedara tranquilo y no reflejara sus frustraciones en grupos de jóvenes ¡Y menos en nombre de Dios! Definitivamente la mili y el teatro eran más fáciles de controlar que toda esta chusma de pseudos que nos invaden ¡Son la conjura de los necios!

EL HIMNO DEL SEMINARIO: “VAMOS A CONTAR MENTIRAS TRA LA LA” Y AHORA QUERIDO, ME SINCERO EN SERIO.

El Cenizas era psicólogo, ya lo he dicho. Bueno en honor a la verdad creo que no lo es sino que estudió algo, es igual, de cualquier forma no voy a llamarlo para preguntar. La cosa es que creía en la psicología y claro, lo intentó conmigo también por ese flanco. Me habló de que seguramente mi padre era muy dominante y que por eso yo

me rebotaba contra la autoridad jjajjja. Perdona que me ría Ceniciento, y ya de paso permíteme mi opinión sincera ahora que no me llegas. Ahora Cenizas te lo cuento... ¡sinceramente!

Mi padre fue durante toda su vida un hombre magnífico, ¿tenía sus cosas? Claro, faltaría más, pero muchas menos que tú por cierto. Trabajador incansable atento siempre con los demás y con los propios, más sensible de lo que demostraba, agradecido en extremo, recto en el proceder reclamaba a los demás reciprocidad en eso. Jamás controló nuestra vida personal (de Ofelia mi hermana y mía) porque siempre confió en nosotros que pienso que le correspondimos en justicia, los únicos disgustos se los di yo: La operación de cadera, un accidente del que hablaré más adelante y... mi entrada en el seminario. Por lo demás ningún disgusto digno de reseñar. Con mi madre formaron siempre una pareja de buenos esposos y buenos padres, preocupados por nosotros nos anteponían como interés máximo fuera cual fuera la situación. En mis tiempos de adolescencia (enfermedad pasajera) tuvimos nuestras cosillas porque yo era más terco que una mula, y él también caramba, por eso a veces chocábamos. Reconozco que con mi padre era difícil enfadarse más allá de lo que duraba la discusión, a él los enfados se le pasaban pronto y sabía aceptar las cosas tal como venían, y eso no solo en lo positivo, aceptó de igual manera la llegada de la vejez que es la enfermedad más universal y finalmente... la muerte. El recuerdo que nos ha dejado ha sido el de una persona que pasó por la vida haciendo el bien y dejando buen sabor de boca en todos los que lo conocieron. ¿Me vas tu a decir quien fue mi padre ensoberbecido imbécil?. Y otra, mi padre tenía un gran sentido del humor que para colmo era contagioso lo cual nos proporcionó más de un apretón de tripas en la ferretería para aguantarnos la risa. Recuerdo a una anciana señora que pidió un producto para limpiar la formica, lástima que la señora no atinó demasiado y la conversación derivó por otros derroteros:

- Don Francisco ¿tiene algo para limpiar la mesa de fornicar?
- ¡Pues si que estamos bien señora!
- ¿perdón?
- Nada nada, ¿lo quiere en spray o en líquido?
- En líquido estará bien...

O aquel otro que entró y solicitó perchas adhesivas confundiendo palabrejas
- ¿Tiene perchas agresivas?
- Sí, pero ¿no le dan miedo?

La solicitud de mi padre en nuestra infancia y juventud fueron recompensadas por una vejez y una muerte acompañada con amor, yo creo que se llevó las manos llenas de un amor total, por parte de mi madre, de mi hermana, de mi cuñado Pep, de mi sobrina Nuria... de todos. Cierto que trabajó hasta que pudo, pocos meses antes de morir. Mi hermana era la que subía a la escalera cuando a él ya no le era posible, y también la que cobraba porque se liaba en las vueltas, pero él disfrutaba dando consejos y charlando con los clientes y amigos. Fue todo eso y mucho más que no voy a contar porque pertenece a la historia de mi familia y por tanto a mi intimidad compartida. Pero oye que el Cenizas sabía más que yo y quería encontrar la razón psicológica por la que yo me rebotaba contra la autoridad. ¡Que no Ceniciento, que no me rebelo contra la autoridad sino contra los bobos, por eso me rebelé, me rebelo y rebelaré siempre contra ti!.

Oye, y el tío erre que erre, que si no era por mi padre sería por algo, porque aquel rebote no era normal... vamos a ver querido ¿qué rebote? Considerar que no sabías ni sabes ejercer la autoridad es la verbalización de tu incapacidad, nada más, ni rebote ni leches. Si a mi me llaman calvo o gordo, no es que se me reboten, es que me describen, y yo durante el tiempo que estuve en el seminario no hice otra cosa que abrir mucho los ojos y ver lo mal que lo hacías, oye ¡que ni hecho aposta te hubiera ido peor! ¡Que fracaso! Yo creo que voy a ponerme a escribir un librillo recordando a mi padre, te lo enviaré y en la dedicatoria podrá leerse: Al rector Cenizas para que aprenda a ser un hombre bueno, pasando de la estupidez a la socialización y cariño de la gente ¡Jo, te vendría de puta madre! Si hombre, naturalmente te lo regalaré ¡Gentileza de un pringao!.

Oye que la cosa no acabó aquí, con el tiempo, ya lo contaré, el obispo Bou también me mando al psiquiatra. ¡Que manía! Venga, psicólogos y psiquiatras serios, ¡No os lo toméis a mal que con vosotros no va nada! Con quien va es con los que, pobres como son de ideas, y miopes en relación humana necesitan de vuestro consejo elevándolo a categoría sacral para aceptar o rechazar. De verdad creéis que un psicólogo verá más en dos sesiones que un tío que está viviendo contigo durante años ¡Amos anda!

Total, que con el rollo psicológico el Cenizas tampoco consiguió llegar a los entresijos de mi alma, ¿lo pretendió? Yo creo que sí, pero no lo consiguió, apuntándose así un nuevo fracaso. ¡Que lastimita de tío! Y que lástima también para mi. Mi interioridad quedaba a salvo porque desde el primer día de seminario aprendí a galvanizarme contra la manipulación, la lástima responde a que con cada nuevo fracaso del Cenizas mis posibilidades de ser expulsado aumentaban de forma brutal.

ARMONÍA DIVINA VERSUS INDIVIDUALIDAD MUNDANA

Del coro del Teatro principal no me expulsaron, me fui, ya he comentado que con lo que allí aprendí me doy por bien satisfecho y añado que mereció la pena. La inquietud musical continuaba y me ofrecieron formar parte de un Coro de Cámara, el Studium, yo por aquel entonces estaba en el último curso del Conservatorio, seguía trabajando en la ferretería y por tanto la oferta tenía de apetitoso lo mismo que las veces anteriores. Añado que con el tiempo me fui haciendo algo más responsable y no solía escaquearme tanto del trabajo. Al cerrar la tienda me iba al Casal Balaguer a ensayar y después una cenita con los amigos del nuevo coro ¡Una maravilla!

La gente de los coros es sensible a excepción de los idiotas, porque claro los idiotas tienen el alma de baquelita y no se emocionan por nada, la música es sobre todo trasmisión de belleza. Solo quien tiene el alma sensible puede ser buen músico, si es un cazurro será como un CD, reproducirá sonidos, pero no transmitirá nada ¡No podemos dar lo que no tenemos!.

El director del coro de cámara, Carles Ponsetí, era y es un hombre sensible, muy buen músico, y mejor persona, ingredientes que hacen que el coro que dirige se sitúe, en mi opinión, al borde mismo de la perfección más sublime. El sentido del humor lo adorna, persona de risa espontánea, no histriónica como la del mielecillas, muy humano y muy amigo, en definitiva un hombre cabal, un músico completo.

Al poco de ingresar empezamos a ensayar el Concierto Sacro Beatus Vir de Monteverdi. ¡Dios, que maravilla! Me asignaron el tenor solista y lo ensayé con fruición. La pieza musical tenía algo mágico. Creo que fue la primera vez que la música

me trasportaba más allá de la lógica, creo que en aquellos momentos fui consciente, por primera vez en mi vida, que de verdad creía en Dios.

Era el Dios de la belleza sin igual, el Dios de la armonía que nosotros nos empeñamos en romper, el Dios de lo humano que se expresa en notas y letras escritas por hombres y que sin embargo expresan una parte de Su ser. Era El Amor Puro. Y yo fui consciente en aquel momento de que estaba bebiendo un agua cristalina que manaba de una fuente ignota, indescriptible en su magnificencia, desconocida hasta entonces pero a partir de entonces anhelada... ¡oye, y sin ayuda psicológica!

Los coros en general tienen de positivo la unión de individualidades para formar una bella singularidad común. Yo pondría ese tipo de música como obligatoria en la educación. Por cierto... ¿Os habéis fijado en lo poco que canta la gente?. Claro, es que la música necesita del conjunto, de la unión, del grupo. He comentado antes que vivimos un tiempo de individualismos casi rabiosos. ¡Que poca importancia tiene lo común! La gente (bueno mejor dicho los idiotas) sienten más que piensan: si yo estoy bien todo funciona. En el refranero encontramos abundancia de citas referidas a ese tema, la cosa es que hoy por hoy el asunto empieza a ser delicado o preocupante. Cuando he criticado la educación de los jóvenes lo he hecho desde la mirada colectiva. Un sistema educativo que no funciona hipoteca nuestro futuro de una forma alarmante. ¿qué pasará el día que nadie quiera estudiar? Pues que la sociedad entrará en recesión cultural.

La cosa es que aquí vamos todos un poquito o un mucho de Juan Palomo, el adolescente no mira más allá de su propia comodidad, el adulto que debía ser ejemplo para el joven hace exactamente lo mismo que el. ¿No será que hemos conseguido fabricar una sociedad de adolescentes? Personalmente opino que sí. Lo joven vende, es atractivo y los ídolos de nuestros chavales son deportistas o cantantes de moda. ¿Algún filosofo de moda entre los jóvenes? ¿algún escritor? ¿algún investigador?, venga gritad conmigo ¡NOOOO! Los críos quieren ser como los deportistas de élite pero sin la exigencia y disciplina que el deporte lleva implícita. Otras y otros como los cantantes de moda o pedorros de programas del corazón. ¡Eso sí son modelos para ellos!

Salen a la palestra y se despellejan vivos, venga sangre y venga morbo ¡Que asco!, la cosa es que algunas de mis alumnas sueñan con ser modelos, y la mayoría ni sueñan porque su perpetuo letargo no permite la escenificación onírica ¡Y yo hablándoles de Abraham, Isaac y Jacob!... ¡Si es que tengo un cuajo!

Lo individual va ganando terreno en todo, claro, hemos suprimido lo general o social. Es por eso por lo que mucha gente se apunta a pseudoreligiones que en nada contribuyen a mejorar el mundo, pero les ofrecen una gran paz interior... ¿y para que sirve eso? No seamos ilusos, no sirve para nada porque al primer problema que te plantea la vida la paz interior se va al carajo y te ahogas en situaciones tan humanas como la enfermedad, el dolor, la vejez o la muerte. La religión ha de dar respuestas a la búsqueda de paz interior, pero a la vez ha de crear la ansiedad justa para trabajar por el bien común, es decir, y ya en términos religiosos, para hacer del mundo el Reino de Dios. Tu no puedes sentirte en paz interior cuando tu vecino no educa a sus hijos y los muy bestias se pasean en moto a toda leche a las cuatro de la mañana por debajo de tu ventana. Pero claro ¿quién les dice algo? Nadie reina, nadie les dice nada ¿por qué? Pues porque nos hemos creído tanto lo individual que nadie se cree con derecho a llamar la atención a nadie. Por otra parte si dices algo ya sabes que te llamarán de todo menos guapo.

¿Quién tiene hoy autoridad? ¡Buuu que miedo nos da la palabra!. Los políticos no, porque si no son de tu partido los pondrás a parir en cualquier situación aunque hayan tomado una determinación buena recta y justa. Para reconocer la valía de un político no hace falta que tenga razón, sino que sea de tu partido ¡Vaya cagarruta!.

¿La Familia? Tampoco porque el adolescente erizo se rebela una y otra vez contra sus progenitores que desde que nació han procurado que el crío no los moleste, por eso después del cole al que los padres no prestan la más mínima atención los apuntan a cursillos de guitarra, ordenador, inglés, karate, equitación... ¿sabeis porque? Pues porque cuanto menos tiempo esté el chaval en casa menos molesta ¡Bravo padres gilipollas!

¿La Iglesia? Tampoco, no nos hacen ni puto caso y además me da la sensación que hemos renunciado a nuestro papel profético de anunciar y denunciar. Estoy hasta los mismísimos de escuchar homilías que no dicen nada, de palabras huecas, de verdades dogmáticas sin aplicación concreta, de escuchar discursos que parecen escritos por Mario Moreno Cantinflas, hablan mucho... no dicen nada.

Y cuando la Iglesia dice se la ataca, claro que a veces yo mismo lo hago porque no todo lo que dice tiene consistencia y muchas veces la reflexión que he hecho sobre las filias y fobias hacía los políticos podrían muy bien aplicarse a la iglesia porque... Vamos a ver: ¿Se muestra la iglesia coherente en su mensaje gobierne quien gobierne? En España no, más allá no sé. Mal, eh, muy mal.

¡Ay!, tengo añoranza del barrio de mi infancia, la gente tomaba el fresco a la caída de la tarde hasta hace pocos años. Salían a la calle y se formaban corros en los que los comentarios abundaban. Lo personal se convertía en grupal, allí se hablaba de todo, también se criticaba mucho porque somos humanos, pero aquello hacía pueblo, era social, era humano. Los sucesos del barrio se comentaban provocando muchas veces la hilaridad común. Por eso la gente cantaba, porque a nadie le importaba cantar junto al vecino conocido y casi de la familia, porque la calle era la prolongación de la casa que se compartía con los demás. A nadie le gusta cantar ante desconocidos por temor al ridículo, y nuestras calles, nuestros barrios se han convertido en desiertos de individualidades, en conglomerado de desconocidos. He comentado que actualmente la gente canta poco, claro, estando las cosas como estan... ¿quién se atreve a cantar?

Poco a poco todo cambió, la calle hoy es el lugar por el que es preciso pasar para llegar a tu reino personal, es decir a tu piso, a tu santuario sacrosanto en el que puedes hacer lo que te de la gana porque tienes todo el derecho del mundo. ¡Pues nos hemos perdido los social! ¿y que? ¿a quien le importa? No nos engañemos, no le importa a nadie.

Resulta complicado conocer a los vecinos de la finca, sabes que viven ahí porque te los cruzas en el ascensor y cuando la puerta se cierra se destapa el desasosiego y la tensión ¿de que hablar durante treinta segundos si yo a este no lo conozco de nada? Pues nada, al final hablamos del tiempo.

- Parece que hoy hace bueno
- Sí, ¿a que piso va?
- Al tercero

Joder, llevan veinte años viviendo en la misma finca ¿no es hora ya de aprenderse de una puta vez el piso del vecino?

Abomino de cualquier vivencia religiosa que no contemple el "nosotros" es decir lo comunitario. Si una religión no está orientada al común es mejor dejarla estar porque al final será o una secta o un individualismo dirigido por algún iluminado gurú gilipollas.

Tú no tienes derecho a decir: La droga para mí no es un problema porque no tengo hijos drogadictos. No puedes afirmar que el hambre no es cosa tuya porque comes cada día, y por supuesto no puedes creer que el mundo es una maravilla porque acaban de subirte el sueldo a costa de bajárselo a tu compañero. No, orientamos lo religioso al "nosotros" o nada tiene sentido. La cerrazón sobre mi propio mundo me convierte en egoísta, me empobrece humanamente, socialmente me mata.

En el seminario resultaba atractiva la convivencia hasta que esta se convirtió en un infierno. Los inicios vinieron marcados por la pérdida de intimidad, eso daba temor, pero a la vez resulta una experiencia interesante, a mi me recordó otra vez la mili, todo el día con gente, otra vez a vivir en público preparándonos para vivir públicamente durante toda la vida.

Las convivencias prolongadas necesitan sustentarse en ideales. En la mili era la Patria, en el matrimonio la familia, en el seminario Dios. Dios era el ideal, la meta hacia la cual cada persona camina en su vida por trazados distintos a los del vecino pero con una convergencia de destino final. Como quiera que Dios es inabarcable e incomprensible pero creemos que nos ama, se encarnó en Jesús de Nazaret el Cristo para ver si así podíamos, de una puñetera vez, comprender un poco más de su esencia Divina, un poco más de El. Se humanizó para que lo pudiéramos entender. Cristo habló con palabra humana para que nos pudiéramos enterar de algo que de otra forma era imposible y ya de paso simplificó en mucho anteriores conceptualizaciones teológicas. Por cierto, nos dejó comer cerdo y sus derivados... ¡Que delicia! ¡Gracias Jesús!

En el seminario también buscábamos, como toda comunidad humana, entender el ideal. ¿Cómo lo hacíamos? Pues usando de las formas y normas de la Iglesia que admito son las más cómodas y mejor construidas. De cualquier forma no las seguíamos exactamente, ya he comentado la falta de directores espirituales y confesores. Otra cosa en la que nos apartábamos y mucho era en la devoción a María. En los dos primeros años de seminario existió una burla manifiesta, alentada por el Mielecillas y el Cenizas en lo referido a la Virgen María. Resulta difícil creer que en un seminario se hiciera cachondeo manifiesto de la Madre de Dios, pero así era. ¿La razón? La desconozco, sin embargo puedo expresar mi opinión y experiencia: Los sermones más difíciles son para mí los mariológicos ¿porqué? Seguramente porque nos han acostumbrado y nos hemos acomodado a un tipo de pensamiento racional. Hablar de María es para mi mucho más difícil que hablarle a María. Rezar el rosario no me cuesta nada, me gusta, me ayuda, me alienta. Hablar de la razón lógica de porque lo hago se me hace complicadísimo. Creo yo, es una teoría, que en el seminario nos querían inculcar una fe totalmente racional, que desde luego se pegaba tortazos con los jueguecitos pseudo psicológicos que he comentado, pero claro, una cosa era la psicología y sus "divertidísimos" entresijos y la otra el estudio sistemático de las materias. La Mariología es para mi el intento de verbalización de una experiencia profunda de amor materno ¡Que difícil convertirlo en lógica racional!. Por eso creo yo el Mielecillas y el Cenizas infravaloraban hasta la burla el culto mariano. ¡Mal, muy mal!

Resultó pues curioso que con el tiempo, siendo ya el Cenizas Rector del Seminario se consagrara el curso a la Virgen de Lluc ¡Que se aclaren coño, o sí o no!

¿O sería que alguien les tiró de las orejas? Ni idea, no tengo ni idea de lo que pasó pero pasó tal como lo he escrito.

No era esa la única burla. Los comentarios despectivos hacia los religiosos eran constantes, se les tenía (no se ahora) como sacerdotes de segunda o desechos de tienta, oye como si allí todos fuéramos carne de solomillo. ¡Que imbéciles! Hubo un caso sonado. Un seminarista bastante anterior a mi curso (aunque creo que tenemos la misma edad) no encajaba en el patrón que nuestros geniales superiores habían trazado para el incomparable seminario diocesano. Era y es un tipo excelente, magnífico estudioso, hombre de oración y gran sentido del humor... ¿por qué no encajaba?, creo sinceramente porque nada tenía que ver con la estupidez de los de la brasa, con los custodios de no se que historias, con el culto idolátrico a los superiores... total que esas fueron razones suficientes para que le dieran primero largas y posteriormente lo "orientaran" hacia la vida religiosa. Todo estaría muy bien si no fuera porque el día que finalmente se ordenó sacerdote como religioso el Mielecillas comentara en grupillo "¡Y lo contento que estoy de habérmelo quitado de encima!" ¡Sí sí, ahora quejaros de la falta de vocaciones! ¡Estúpidos! La verdad es que el "perjudicado" por los prejuicios rectorales disfruta ahora más que un santo, se le ve feliz y contento y ante la Virgen de Lluc puede alabar a Dios cada día. ¡Enhorabuena amigo! ¡De la que te libraste!. Y tu mielecillas y Cenizas... ¿no sentís ni un punto de vergüenza cuando lo veis? ¡Yo me crujiría!.

EL DIOS DEL SILENCIO... Y DE LA OSCURIDAD

No siempre nos libramos de las cosas, hay situaciones que no eliges y te vienen, para bien o para mal. Estábamos a punto de estrenar el concierto de Monteverdi, los ensayos como siempre se repetían hasta la saciedad para conseguir la máxima perfección. A mi, ya he comentado que la pieza me supuso un antes y un después, no es necesario comentar que deseaba con toda mi alma cantar aquel concierto, el estreno sería en los primeros días de Marzo. Día 23 de febrero sobre la 1'30 de la madrugada, después de escuchar un concierto de órgano tuve un accidente, me dormí al volante y arranqué de cuajo una farola de la autopista. Es claro que no llevaba puesto el cinturón por lo que el golpe contra el volante me lo llevé de lleno en el pecho y en un ojo. El golpe en el pecho tuvo efecto inmediato... ¡No podía respirar!, ¿tuve miedo? No, no lo tuve... sin embargo sí tuve la certeza de que aquel instante era el último de mi vida, en gesto casi automático me santigüé descubriendo con mirada extraña mi mano derecha llena de sangre, no podía pronunciar palabra porque no era posible respirar, o sea que mentalmente recé y me relajé esperando el final: ¡Padre nuestro...! de golpe la respiración es posible, aspiro con avaricia el aire que antes me había sido negado, soy consciente de un gran silencio a mi alrededor, el motor se ha parado, no se escucha nada, me da la sensación de que algo extraño sucede en mi vista, cierro alternativamente un ojo, después el otro y... al cerrar el izquierdo no veo nada absolutamente, pienso: acabo de perder un ojo pero estoy vivo, también pienso en el concierto que pocos días después debía cantar "beatus vir qui timet Dominum" como puedo salgo del coche, la autopista está desierta pero al poco aparece un coche del que bajan dos jóvenes, me ayudan a sentarme nuevamente, uno de ellos va a buscar ayuda ¿y el movil? ¡Coño, que no había móviles! Escucho la sirena, veo a los ángeles de la guarda en sus eternos uniformes de Guardia Civil, y me trasladan a Son Dureta, al llegar al hospital veo que no puedo tenerme en pié, rotura de tobillo, fuga de líquido sinovial de la rodilla, perforación de córnea.

Lo que más me dolió fue la extracción del líquido de la rodilla, por lo demás lo que más me preocupó fue el hecho de tener que dar a mi familia el tremendo disgusto. La pregunta me sonó a rutina, pero a rutina eficaz: ¿alguien a quien podamos llamar? Di el número de mi hermana y cuñado, me meten en el quirófano después de pasarme por el TAC e inician la operación de salvamento del ojo derecho, una astilla del cristal de los lentes de dos centímetros está incrustada en el ojo. Perdida del sentido del tiempo. Al final de un lapso temporal que no se me hizo ni corto ni largo la doctora encendió una linterna y preguntó si veía la luz... Yo veía una luz en un mar de sangre, pero el punto lumínico estaba ahí y cuantas veces preguntó si estaba encendida o apagada contesté correctamente, ella pronunció palabras de esperanza ¡Quizás no haya ido tan mal después de todo!.

A la salida del quirófano ya estaba mi cuñado, ¡pobre, que trago! Yo le comenté que sólo era un ojo. Me llevaron a la habitación, me administraron un calmante y a dormir un sueño cuajado de preocupación ¿lo sabían ya mis padres? ¿cómo reaccionarían? ¿podría volver a ver con ese ojo? ... ¡Cuantas preguntas Dios mío, y que desasosiego!

El llanto de mi madre me despertó junto a sus caricias. Las mujeres son más fuertes que los hombres, lloran pero están ahí, como María al pié de la cruz. Saben sobreponerse y luchar, nosotros nos derrumbamos y sucumbimos. No hubo apenas conversación, recuerdo haberle dicho: “me he dormido” y poco más. Interrumpiendo el angustioso momento entró una eficacísima enfermera, me retira la gasa del ojo, yo protesto ¡me lo acaban de tapar! Ella me tranquiliza: ya lo sé pero hay que limpiarlo. Noto el chorro de agua sobre el ojo y el tacto de una gasa sobre el párpado, escucho también su palabra: “¡abre los ojos!”, tengo miedo pero obedezco, el ojo bueno está tapado y sin embargo ¡Veo!, veo su silueta, muy borrosa pero real. Por primera vez lloro. No podré cantar el concierto, pero... ¡acabo de regresar al mundo de los vivos! “Beatus, beatus vir qui timet Dominum”. Bienaventurado el hombre que teme al Señor. No se si fue la pieza que me sabía al dedillo, o el reciente descubrimiento de Dios a través de la música, pero el llanto fue mi mejor medicina contra la angustia. No quedaría tuerto.

En el hospital iban justos de plazas ¡Con lo grade que es!, en la habitación éramos cuatro. La verdad es que al ser casi todos enfermos de la vista no sentíamos dolor, aunque sí mucho, muchísimo... miedo. A mi izquierda había un joven padre que para el primer cumpleaños de su hijo usó y tal vez abusó de la pirotecnia hasta que una pequeña esquirla lo dejó sin un ojo. A mi derecha un hombre mayor que al cabo de infinitos años de ceguera total le habían devuelto la vista y al ver a su mujer ya muy anciana exclamó sin poder contener ni el júbilo ni las lágrimas ¡Que guapa eres!... ese día en la habitación creo que lloramos todos. “Beatus vir qui timet dóminum”.

El director del coro vino a verme en cuanto supo del accidente, esa visita como todas las posteriores estaban en la línea de su humanidad. No era la visita del director a un solista del que te ves obligado a prescindir, era la visita del amigo, del hombre compasivo que siente el dolor ajeno como propio, ¡Dios mío! Gracias Carles, ¡Amigo!.

Después de la operación y de los día preceptivos que se me hicieron eternos vinieron las sesiones de rayo láser, había que fijar la retina en torno a la herida. Y allí se demostraron más amigos ¡Gracias a todos!.

Entre ellos una monjita mayor... lo que le pedí a ella jamás lo había pedido a nadie, pero al formular la petición sentí una gran paz: Sor maría, por favor ¡rece por mí!.

Yo seguía con los ojos tapados, los dos para evitar el movimiento del globo dañado. Los oídos se convirtieron en mis ojos. Llegó una voz: ¿Cómo estás? En esas

dos palabras distinguí claramente a Francisca Cuart, la soprano mallorquina profesora del conservatorio, nuevamente lágrimas. ¡Dios, cuanto agradecemos el cariño de los demás cuando somos débiles!

El tiempo lo supera casi todo, pasaron los cuarenta días en Son Dureta que a mi se me hicieron eternos como los cuarenta años del pueblo judío en el desierto, al final, con muletas, con el tobillo vendado y unos conos en los ojos para obligarme a mirar de frente y no mover los globos me mandaron a casa.

La misma sensación que al volver de la mili, en la habitación éramos cuatro, en casa estaba mucho tiempo solo. La cuestión es que ese tiempo lo dediqué a pensar... ¿qué hacer para ser feliz? ¡Que pregunta oye!

Aseguro que en ese tiempo no pensé en nada vocacional, era cierto que la música me había abierto a la percepción, e incluso a una especie de certeza de Dios, pero de ahí a pensar en el sacerdocio o algo parecido mediaba un abismo.

Resulta evidente que no pude cantar el concierto, sin embargo lo escuché una y otra vez, hasta la saciedad, no ya para aprenderlo, sino para recrearme, para divertirme o tal vez para lo contrario, para convertirme.

Es mucha la gente que opina que lo contrario a diversión es aburrimiento, no es cierto, lo contrario a diversión es conversión. La diversión hace que salgas de ti mismo para entrar en realidades ajenas que distraen. Una película es una diversión, tu sales de tu interior y te plantas ante una situación ajena para solazarte. La conversión no es, o no debe ser solo un término religioso. La conversión supone el viaje hacia el interior arrastrando en ese viaje la realidad que te rodea, tus amigos, tus actividades... todo lo llevas hacia el interior, en movimiento convergente, a partir de ahí hablamos de conversión como antónimo a diversión. En este sentido sí puede decirse que yo, en aquellos momentos me convertí.

La experiencia de enfermedad siempre enriquece, nos hace más humanos y solidarios con los males ajenos, entendemos mejor la vida cuando hemos sufrido y de paso nos hacemos, si aprendemos la lección, mejores personas.

No se yo si el tiempo de ojos tapados contribuyó en algo a reforzar las amistades, creo honestamente que sí. Mi regreso al coro no fue solo el regreso a la música, fue mucho más. Supuso abundar en amistades ya sabidas, ya conocidas, pero ahora experimentadas desde el dolor. Eso me hizo más agradecido y creo que también más irónico. Alguien escribió que la ironía es el arma de los débiles cuando no pueden cambiar la realidad, lo he dicho al principio del libro porque la frase me impactó y me sigue impactando, a mi la ironía me ha acompañado toda la vida, soy irónico por naturaleza, seguramente porque en muchas situaciones me siento débil y la realidad se muestra obstinadamente implacable.

Las salidas con el grupo excursionista del coro fueron muchas y divertidas, las anécdotas también. Éramos gente de la música y la música es buena si nos hace buenos, y es una estupidez solemne si solo vale para proporcionarnos placer. La música es para ser compartida: alguien la escribió trasmitiendo a través de ella una parte de su ser, de su sensibilidad, y en el caso de la música religiosa, también de su fe. Nosotros no podemos solo recibirla y guardarla, hemos de entender el mensaje de quien la escribió y, cada uno a su manera, intentar trasmitir por nuestros propios medios aquello que el músico transmitió a través del pentagrama. Transmitió belleza, intentémoslo; armonía... ¿por qué no probar a transmitir armonía vital?; sensibilidad, pues mostrémonos

sensibles. Repito, si de mi dependiera la música coral sería asignatura obligatoria. A ver si de una vez despertamos la ilusión de un mundo más humano y por ende más divino.

Permíteme aquí mi rechazo de plano a los avaros de sabiduría, odio con toda mi alma a quien descubre belleza, armonía o fe y se la guarda para sí ¡que imbéciles! Piensan acaso que les cabrá en el ataúd para llevarla al otro barrio. No solo existe la avaricia económica, hay muchos tipos del mismo pecado y la avaricia de sabiduría es una de las más nefastas: "yo se mucho pero me lo guardo" es el prototipo de frase que podría firmarse con la rúbrica del necio.

¿CREES EN LOS SUEÑOS?

Por aquellas fecha mi padre estaba embarcado en su ilusión particular, tenía ganas de reformar la ferretería, modernizarla. Claro yo estaba en el punto de mira para ser el animador del presente, el heredero comercial del futuro... todo hubiera discurrido por esos caminos de no ser por un sueño... ¿crees en los sueños?.

En mi caso si me hubieran hecho la pregunta antes de haberlo tenido creo que lo hubiera negado. Siempre me había sentido atraído por lo sagrado, por lo mágico o por lo misterioso. Había experimentado muchas, muchísimas veces juegos adolescentes algo peligrosos como la ouija, la psicofonías y todo eso, pero creer en los sueños...

Sería cerca de Navidad, o tal vez en enero, estaba en Sa Pobla, durmiendo la siesta. En el sueño yo aparecía caminando agobiado por una vía de tren, a los lados de la vía las paredes de roca se elevaban, el sol era muy fuerte, yo, con un cubo en la mano iba recogiendo algo de la vía... ¡agobio! Siguiendo por los raíles descubro a mi izquierda un pequeño pero acogedor pinar y una casita que bien podría ser de estación, entro y me sorprendo al ver que todos eran jóvenes con sotanas, me siento acogido de inmediato y alguien me pregunta ¿quieres ser sacerdote? Y yo contesté... sí. Al momento sentí una gran paz

A este sueño lo siguió otro. Yo iba por una ciudad desconocida en la furgoneta de la ferretería, quería salir de la ciudad pero no me era posible. Veo un grupo de jóvenes y les pregunto, ellos suben a la furgoneta con la excusa de acompañarme a la salida, en lugar de eso me van enseñando la ciudad por la que yo no siento el menor interés. Al llegar a una especie de plaza mayor me piden que baje de la furgoneta y contemple la belleza de la plaza, yo lo hago, en ese momento me roban la cartera y huyen corriendo, yo los persigo, doblan una esquina y los voy perdiendo de vista... antes de que el último también de el giro le grito preguntando ¿tenéis algo que ver con lo de antes? El se para en seco, se gira, me mira y me sonríe con amabilidad, después contesta... claro hombre, ¡todo!. Me despierto.

El despertar no estuvo acompañado del desasosiego propio de la segunda parte del sueño, sino impregnado de la paz que sentí tras afirmar que quería ser sacerdote ¡que cosas! Lo cierto es que tuve la sensación de que aquel sueño era especial, o mejor, muy especial, y me está muy mal decirlo pero en algún momento tuve y mantengo la certeza de que había algo divino en él. Guarde el secreto del sueño durante un tiempo, yo necesitaba entenderlo... no lo conseguí.

Durante semanas le estuve dando vueltas al tema ¿qué quería decir el sueño? Estaba seguro que quería decir algo, y algo importante ya lo había descubierto yo al contestar positivamente a la pregunta sobre un posible sacerdocio. En aquel momento

fui consciente por primera vez que eso era lo que deseaba, el resto del sueño lo he ido entendiendo con los años, en aquel momento estaba bloqueado.

Con el cura de la pequeña parroquia vecina a la prisión había entablado desde hacía tiempo amistad sincera, era extraña la semana que no compartíamos alguna cena y ciertamente por aquel entonces yo ya era desde hacía años de misa semanal. Fue en una de esas cenas en las que el tema vino bien cuando le expuse el contenido del sueño:

- Tu eres psicólogo, ¿entiendes algo?
- Deja estar lo de psicólogo, pero sí, entiendo que reprimes tu religiosidad.
- ¿Porque me sentí bien cuando dije que quería ser sacerdote?
- Porque es lo que deseas ¿no?
- Sí... supongo, pero... ¿y lo del robo de la cartera?
- Jajjaj, eso... ¿estas dispuesto a perder las seguridades que tienes ahora?
- Sí, creo que eso no me importa, lo que me asustan son los estudios
- Bah!, por eso no te preocupes el clero está lleno de imbéciles y han llegado al sacerdocio, tu no eres ni con mucho más tonto que ellos.

La conversación continuó durante un buen rato, y yo que cada vez estaba más seguro que la explicación de mi amigo era buena. Sobretodo era cierto que de forma muy extraña yo había verbalizado, por primera vez en mi vida las ganas de ser sacerdote... ¡En un sueño!.

DEL INSOMNIO... CASI A LA CALLE

La falta de sueño en aquellos días de seminario empezaron a preocuparme, yo siempre he tenido buen dormir, y sin embargo... aquello no funcionaba, por aquella época no era yo al único al que Morfeo mandaba a hacer puñetas, muchos tomábamos pastillas de Valeriana que al orinar desprendían un pestazo increíble, no noté mejoría, yo seguía con ansiedad y varios seminaristas, después de alguna visita psicológica seria tomaban ya ansiolíticos, otros empezaron con problemas de migraña, yo entre ellos, toda forma de ansiedad estaba presente entre los seminaristas ¡Que horror! Oye y que el de la farmacia vecina nos miraba con cordialidad y simpatía ¡lo que le hicimos ganar con los ansiolíticos!.

- Que... ¿otra cajita de Valeriana?
- Mejor póngame media docena
- Por cierto ¿sois muchos en el seminario?
- ¿cómo sabe que estoy en el seminario?

Mirada enternecida y respuesta:

- Pues por los ansiolíticos hijo, ¿por qué va a ser?

¿Los tomaba también el Cenizas? Esa era la gran pregunta y creo que no ya que cada día acumulaba el mal carácter y la mala cara del día anterior. El curso tocaba a su fin, era el final de tercero, de mi tercero, del tercero de los once. Mi relación con el Cenizas no había mejorado, antes al contrario, pero... ¿era solo yo el que tenía problemas con él?, no, claro, él sumaba cada vez más y más oposición, pero nada monada, el era más chulo que un ocho y quería llevar adelante su proyecto... ¿Su proyecto? ¿Qué proyecto? ... ¡y yo que se!, el no tenía ningún proyecto, lo único que

tenía eran ganas de mandar y de demostrar al orbe entero que era mejor rector que el destituido Colmenilla. ¡Complicado el tema!... ¿Verdad?

Los corrillos aumentaban de día en día, al entrar en la biblioteca, en la capilla, en el comedor, todos nos mirábamos y nos entendíamos sin palabras, era el silenció que amaga la palabra o mejor el grito de angustia, si hubiéramos podido expresarlo yo creo que se nos hubiera oído desde el palacio episcopal donde el Obispo Bou no parecía escuchar nada. ¡Claro es que tenía un oído sordo!... ¿solo uno?

Me consta que por aquella época el Obispo Bou ya había recibido algunas críticas sobre el rector del Seminario, ¿respuesta del Bou?: “El Cenizas tiene toda mi confianza y continuará en el cargo”. Si no fuera por temor a caer en el tópico diría que el Obispo Bou más que valenciano parecía mañico. ¡Sostenella y no enmendalla! Ese debería haber sido su lema episcopal... ¿cómo debe sonar eso en latín?

El verano llegó como siempre liberándonos del caos en el que estábamos sumidos en aquel desagradable seminario, yo me fui para la ferretería como cada año ¡poca ilusión oyes! Y allí entre tornillos y clavos fui pasando los meses. Con el cura amigo de la parroquia carcelaria hablábamos a menudo de la situación: del rector, del descontento, de los pocos imbéciles contentos... un poco de todo. Siempre mostró preocupación y me advirtió seriamente que me abstuviera de hacer ningún comentario con nadie, especialmente con los compañeros. Bah! Aquella era una advertencia inútil y tardía, todo el día estábamos juntos durante demasiados meses, yo nunca he sido prudente, a aquellas alturas ya casi todos sabíamos como pensaba el vecino, y de los únicos que no sabíamos como pensaban era de los pelotas que disimulando su opción por el poder callaban mucho, escuchaban más y contaban demasiado.

Antes de la llegada del verano un grupillo de pelotas había acudido corporativamente al Cenizas a presentarle sus quejas contra mi: que si yo decía, que si me reía, que si me burlaba, que no obedecía... ¡yo que se! Y claro, se ganaron el respeto de tan grisáceo personaje con su confesión ¡que majos! ¿verdad?. Esos gilipollas eran los que después se llenaban la boca hablando de la necesidad de ser sinceros, honestos y... hombres. ¡Ay Dios!, perdonad que me ría estúpidos ¿con que boca de sapo podíais vosotros pronunciar esas palabras? Especialmente ¿cómo podíais pronunciar la última? ¡que trepas fuisteis y que poca razón os ha dado el tiempo! Bobos eunucoides.

Un buen día durante las vacaciones el Cenizas me llamó, extraño ¿verdad?, me citó en su casa y allí que acudí yo con mal presentimiento, Ay! Ay! Ay!, aquello no pintaba nada bien.

Me recibió con esa sonrisa que pretendía ser afable y con el tono de voz característico de los mediocres, me hizo pasar a su despachito, me siento y me suelta que a partir de ese momento es necesario iniciar una interrupción de estudios, probablemente solo de un año puesto que: “eres impermeable al proceso de formación del seminario y yo quiero que seas un sacerdote como los demás”.

No es necesario aclarar que la expresión “interrupción de estudios” en el ámbito del seminario era un eufemismo como una casa, aquello quería decir simplemente “vete” . Interrupción de estudios significa no estudiar, pero no por eso dejar de convivir en el seminario. No, aquello era una carta de despido con el añadido patético del “probablemente solo por un año”... ¡Que mal, tío!

La conversación se desarrolló más o menos en estos términos:

- Bien, supongo que te das cuenta que tu proceso de formación no va bien, llevas puesto todo el día un impermeable, por eso no dejas que el proceso de formación te aproveche.
- No te entiendo
- Tienes una negatividad interior que te hace impermeable al proceso de formación del seminario
- Oye, y si es interior ¿en que lo notas tu?
- Sería muy complejo explicarlo, es por tu forma de estar...

Bien, ¿para que vamos a seguir escribiendo aquella conversación? Fue la típica en la que un superior ya ha tomado una determinación y no va a permitir argumentos que la pongan en duda. Yo no veía aquello nada claro, era verdad que él no me gustaba, pero oye que hay muchas cosas que no me gustan y las acepto y otras muchas que me gustan y no las hago. La razón verdadera era su convicción indiscutible de que yo lideraba el grupo de oposición creciente en el seminario ¿se equivocaba? ¡Sin ninguna duda! Yo no lideraba nada, en todo caso acepto que yo catalizaba una situación en suspensión insostenible. No, no creas que eso es un matiz, liderar un grupo de oposición supone una cierta apología en contra del rector para ganar adeptos... ¿pasaba eso? ¡Claramente No! Lo cierto es que cada vez había más gente rebotada, mas gente con nervios y ansiedad, lo cierto es que nadie quería sentarse a la mesa con él y que odiaban las entrevistas del pseudo psicólogo y pseudo colega, cada vez menos colega por cierto.

La verdad era que se encontraba con la caña del timón del seminario en la mano y no tenía ni puta idea de hacia donde llevar la barca, la verdad era que muchos de los que a aquellas alturas no lo tragaban jamás fueron amigos míos, simplemente convivientes ¡La verdad es que su rectorado marcaba ruina! ¡Un desastre!.

Ante esa situación supongo que “mi héroe” se planteó que hacer, y decidió equivocadamente que extirpando al que él creía el cabecilla los problemas se resolverían. Como comentaré más adelante el tiempo se encargó de poner las cosas en su sitio y lejos de resolver ningún problema estos se agudizaron.

A la salida de la entrevista yo estaba hecho polvo, regresé a casa pero no comenté nada de la cuestión que me preocupaba. Al cerrar la tienda me encontré con Toni Ferrer y me sinceré. El hombre se puso nervioso y en un primer momento también me regaño por lo que el creía que había sido falta de prudencia. Tenía razón, yo prudente no lo he sido en la vida, pero el problema no era ese. Al poco se tranquilizó y pensó que la única salida era ir a hablar con el superior, el hombre bueno que se ocupaba de los cursos bajos. Me dio de paso una serie de consejos que yo creo que estaban un poco pasados pero los acepté, no estaba yo en situación de tomar iniciativas porque estaba fatal.

Al día siguiente llamé al hombre bueno y concertamos entrevista, él estaba en Lluc, en retiro espiritual o algún cursillo, no recuerdo. Puse una excusa en la tienda para no preocupar a la familia y partí.

Le expuse la situación rogándole que me dieran otra oportunidad puesto que en casa, lejos del seminario, mal podría enmendar mi “negatividad interior”. Él escuchó y creo sinceramente que me compadeció. Supongo, pero esto podría ser ya ciencia ficción, que habló con el Cenizas y más o menos consiguió una prorroga.

El inicio del cuarto curso vino amenazando tormenta desde el principio. En los dos años anteriores yo había sido el maestro de capilla, vaya, para que nos entendamos, yo soy músico, cantante, y sabía enseñar nuevo repertorio, en el seminario cantábamos a diario y nos compenetrábamos bien, aquello sonaba más que digno. Había compañeros con facilidad para las guitarras ¡Horror! No tío, allí sonaban bien porque no eran rascadores sino buenos guitarristas. También estaba Pep Amengual que le daba al órgano pedorro que teníamos, la cosa es que aquello funcionaba. Las nuevas piezas me las traía yo de Barcelona y alguna tuvo tanto éxito que no resulta difícil escucharla en alguna iglesia todavía hoy, aquella música la aprendimos en el seminario.

Oye, que aparte de las que sonaban bien también estaban las chungas, que allí se cantaba un "Santo" bautizado como "El Santo del Oeste" que era como para tener diarrea veinte días de horroroso que es y que empecinadamente se sigue cantando por ahí, en muchas parroquias, que no se como no han hecho un decreto ley prohibiéndolo ¡que grima! Es de ese tipo de canto hiper ritmado que si lo quieren seguir las devotas personas que acuden a misa se les parte el espinazo. ¡Horroroso!

A mí el cargo de docente musical me gustaba, no me suponía esfuerzo y compensaba mucho la belleza de los cantos que obteníamos entre todos. Sin temor a ser inmodesto puedo afirmar que en ese tiempo en el seminario se cantaba muy bien.

También entre semana se me encomendó la tarea de enseñar rudimentos de solfeo a quien libremente se apuntara ¡Pues vale!, un poquito de canto, algo de solfeo, todo daba buenos frutos de calidad musical.

Pero he dicho que el inicio del cuarto curso vino marcando tormenta, efectivamente, de maestro de capilla nada, de enseñar solfeo... tampoco. Eso sí, me dieron otro cargo: El de ir a buscar los periódicos al kiosco... ¡ya te vale!

Supongo que el miedo era compartido, yo tenía miedo a la expulsión aunque fuera dulcificada por el término "interrupción de estudios", y el Cenizas tenía pánico a que yo siguiera manejando no se que hilos a la sombra para complicarle las cosas.

La destitución musical no fue lo único. He comentado que a mi no me gustaba hablar con él y que por ese motivo no solía acudir a entrevistas más que cuando él me llamaba, también eso cambió, la condición para esa especie de prorroga fue la de entrevista semanal. De cualquier modo jamás acepté la forma, por demás impuesta y el día pactado jamás me dirigí a él diciéndole que tenía interés en hablar, sino con un lacónico : "hoy toca". ¡No le hacía ni puta gracia! A mi tampoco. Si un sentimiento puede definir aquella temporada ese es MIEDO.

El miedo siempre es un mal acompañante, en la infancia tenemos miedos irracionales, miedo al coco. Cuando crecemos sentimos miedo como mecanismo de defensa ante eventuales peligros. Mi peligro en aquel momento tenía como causante al rector Cenizas pero a él nunca le tuve temor, sí rabia que es cosa bien distinta y también perfectamente identificable. Entonces... ¿de que tenia miedo? Pues simplemente de haber dado un paso en falso cuando decidí ingresar en el seminario, cuando aposté por dejar la vida de negocios para aventurarme en una búsqueda de servicio a los demás a través del sacerdocio. En una palabra miedo a haberme equivocado. Y sin embargo ante ese miedo identificado y lógico sentía fuerza para seguir adelante a pesar de todo ¿cómo? Eso ya no lo tenía tan claro. Conste que no es que yo quisiera ser sacerdote fuera como fuera, es que sentía, y sigo sintiéndolo hoy, que estoy hecho para servir, para entregarme, y claro, que un imbécil te diga lo de la negatividad interior... pues que te suena como a chino. El seminario no da la vocación, la vocación la regala Dios a

quien quiere tomar el regalo aceptando una vida poco de moda, algo árida, pero sin duda excitante, una vida que será una experiencia divina.

El seminario debe velar para que la persona vocacionada aprenda a distinguir la voz de Dios en su vida y distinguirla de otras voces. Claro que hay distinciones y distinciones. Cuando tienes que distinguir entre la voz de Dios y el pecado no suele haber duda. Distingues la voz claramente aunque a veces la acallemos con facilidad para embarcarnos en el proyecto del Contrario. El problema surge cuando de lo que se trata es de identificar la voz divina distinguiéndola de la de aquellos que dicen hablar en nombre de Dios, en ese momento te puedes encontrar ante una duda seria. Partamos de un principio: Dios no grita ni se impone, solo habla al corazón y jamás coarta tu libertad, de modo que es una voz fácilmente silenciable y en muchas ocasiones eso causa inseguridad:

- ¿de verdad esa es la voz de Dios? ¡no se! Bah! Seguramente son imaginaciones mías.

Por el contrario la voz de los que dicen hablar en nombre de Dios es una voz muchas veces demasiado fuerte e impositiva. ¡Cierto! Esa voz no crea confusión, es clara por lo potente, diamantina en cuanto a intención, pero... ¿es la voz de Dios? Pues mira, desde el momento en que es clara e impositiva cabe pensar que no pertenece a Dios sino al hombre, y muchas veces al pecado del hombre.

Cuando un sacerdote quiere hablar en nombre de Dios necesita rectitud de corazón y honestidad personal, a de ser libre, poco influenciable por los poderosos, muy misericordioso con los débiles, lo más liberado posible de las pasiones que no son solo sexuales, las tentaciones del poder el prestigio o la riqueza son las peores, esas tentaciones no hablan en susurros, ¡gritan que se las pelan! El sacerdote que quiera hablar en nombre de Dios tiene la obligación de proponer, invitar, susurrar, sugerir. Gritar en nombre de Dios es propio de necios, no de creyentes. ¡Como gritabas Cenizas! ¡Que seguro estabas!

Cuando un rector de seminario o superior religioso quiere hablar en nombre de Dios el cuidado ha de ser aún mayor porque de por medio suele estar implícita o explícitamente el término “obediencia”. Pienso yo que lo más adecuado sería que los formadores religiosos ayudaran al formando a distinguir por él mismo la experiencia de la escucha en lugar de hacer de voceros, porque claro en eso como en todo la repetición del mensaje de boca en boca se desfigura rápidamente y al final o no te enteras de nada o más valiera que no te enteraras porque lo que te llega es una tontería. La dirección espiritual es solo válida cuando el “maestro” limpia los oídos del alumno para que pueda escuchar, y es una solemne tontería cuando es él quien te chilla al oído creando de paso dependencia que es la antítesis de la religión.

El Cenizas era de los que chillaban con voz enharinada y sin volumen, su ceño fruncido en las entrevistas parecía dibujar algo de profundización, de reflexión meditada... Nada de eso era cierto, si el Cenizas frunce el ceño es porque tiene un problema que no sabe resolver... ¡Por cierto, últimamente va todo el día con el ceño fruncido! ¡Que cosas!.

El Cenizas decía hablar en nombre de Dios, pero... ¿qué Dios tiene el Cenizas? Por lo que a mí me alcanza la memoria siempre ha estado ligado al poder, cuando le

ofrecieron llevar una mediana parroquia en las afueras de Palma acabado ya su rectorado en el seminario se negó en redondo porque para entonces el gusto ya sí era criterio, jamás ha contactado con la realidad de la calle, jamás le he visto el más mínimo gesto de misericordia... repito ¿qué Dios tiene el Cenizas? En las tentaciones del poder y del prestigio ha levantado su altar y con tal ahínco adora al becerro de oro que no han podido vientos ni mareas arrancarle jamás un ápice de su poder ¡Que fuerte es! ¡que miserable!

Por eso el Cenizas daba y da miedo. No por ser quien es, que vamos, siendo un mediocre no asusta a nadie, da miedo porque adora ídolos muy poderosos, porque el poder es su dios y el prestigio lo ha esclavizado perpetuamente a su servicio. El prestigio tiene en el Cenizas a su más fiel lacayo.

Un hombre tan cercano siempre al poder acaba infundiendo miedo, una palabra suya resulta influyente, su opinión puede ser escuchada por quien te puede perjudicar, sus juicios o prejuicios acaban llegando a alguien más poderoso que él y te pueden amargar la vida.

¡DEJADME VOLAR!

Hay cosas que te amargan la vida y otras que la alegran, y no siempre vienen separadas, muchas veces gusto y disgusto vienen en un mismo acontecimiento, en una misma situación vital. Los meses fueron corriendo desde que con el acompañamiento del Toni Ferrer decidí que el próximo curso me incorporaría al seminario, quedaba sin embargo un árido camino marcado sobretodo por la necesidad de comunicar esas intenciones a mi familia. Siempre hemos sido una familia que ha creído en Dios, nunca muy devotos a excepción de mi madre que con el tiempo se va convirtiendo en rezadora profesional jjaj. Mi madre siempre ha mantenido encendida la llama de la fe en casa... como casi todas las madres. Sin embargo una cosa era ser creyente y otra muy distinta que un hijo tuyo quiera llegar al sacerdocio. Yo prometo que intenté soltarlo en más de una ocasión, pero por una u otra cosa no encontraba el momento oportuno. El primero de Mayo es festivo, por ese motivo fui con mis padres a la casa de Sa Pobla, para aquel entonces yo ya estaba en un hervidero, había que decirlo... pero ¿cómo? La ocasión me vino al día siguiente cuando nos dirigíamos a Palma. He comentado que mi padre planteaba hacer reformas en la tienda y ese día insistió en el coche, ahí vi yo la oportunidad:

- Francisco, te veo frío en el tema de la reforma
- Ya papá, es que he de deciros algo
- Pues dilo
- Mejor os lo digo al medio día en la mesa

Claro a partir de ahí el viaje en silencio, mi madre esperando que anunciara no se que desgracia, y mi padre... pues que intentaba disimular su ansiedad. ¡Un poema aquel viaje!.

Llegados a Palma desayunamos rapidito y a la ferretería, allí me encontraría con mi hermana a la que también habría que decir algo... pero primero a mis padres.

Con impaciencia esperaron la hora pactada, y en cuanto nos sentamos a la mesa mi padre me preguntó sobre el misterio y yo, claro... lo dije.

Al hombre pareció que le sacaban el alma por las narices y mi madre empezó a llorar ¿por qué? No se, la cosa es que aquello se puso entre extraño y lacrimógeno.

Hombre yo me había liberado de algo que no quería guardar como un secreto, sin embargo ahora había que dar tiempo a que ellos pudieran digerir la noticia.

La cuestión es que esa opción no la habían contemplado jamás, de ahí la sorpresa. Cierto que yo abundaba muchísimo la parroquia vecina a la cárcel, cierto que con el sacerdote Toni Ferrer mantenía una amistad cordial, verdad también que desde pequeños nos habían educado en la fe... pero no era algo previsto y de buenas a primeras puedo decir sin temor a equivocarme que la propuesta les sentó fatal.

Las lágrimas de mi madre continuaron un tiempo, y allí se inició una especie de reflexión vital. Hacía algún tiempo yo había tenido una novia o medio novia, la cosa no cuajó, ahora mi madre se reprochaba no haberme animado a seguir con el cortejo. Mi padre por su parte alargó los silencios, estaba taciturno, meditabundo... simplemente no estaba bien. Por las mañanas, sobre las seis o seis y media solía llamarme para bajar a la ferretería a destapar género, repasar facturas etc. Me levanté como siempre, y allí estaba él, igual que el día en que les di la noticia ... callado. Al llegar al recibidor, ya para salir, el hombre se derrumbó y con lágrimas me preguntó:

- Francisco... ¿por qué me haces esto?
- Papá, tu has hecho de tu vida lo que has querido, fuiste a la guerra (eso sin querer), viniste a Mallorca, te casaste, tuviste dos hijos, montaste un negocio... ¿alguna vez preguntaste a tus padres si era eso lo que ellos querían de ti? ... Ahora es mi turno, es mi vida, me toca a mi.

El hombre calló un rato más, lloró, y a partir de aquel momento volvió a ser el de siempre... ¿lo había aceptado? Pienso que sí.

Con mi hermana tampoco fue sencillo, ella y mi cuñado vinieron a verme un sábado por la tarde, se sumaban a la opinión que al cabo de poco tiempo sería también general entre mis amigos: ¡Te vas de la olla! ¡eso no es para ti!, ¡que panorama! ¿verdad?. Nada, el tiempo todo lo pone en su sitio y todos acabaron aceptándolo.

Mis amigos... buf! Pues oye, que también dijeron la suya, el director del coro de cámara tampoco lo entendió y sin embargo desde el primer momento me reconoció la madurez suficiente como para tomar decisiones... solo una pregunta:

- Xisco, si un día descubres que no es lo tuyo... ¿serás capaz de dejarlo?
- Sin duda Carles, si veo que no es lo mío lo dejaré
- Siempre te apreciaré
- Y yo a ti, amigo, ¡Amigo!.

De los miembros del coro más de uno había sido seminarista en la década de los 70 y con cariño me advirtieron que el mundo de la iglesia es complicado, acepté sus consejos aunque no imaginaba en aquellos momentos que pudiera llegar a ser mucho más complicado de lo que ellos decían. Ellos habían vivido su seminario. Ahora a mi me tocaría vivir el mío.

De entre mis amistades también hubo quien no lo entendió en absoluto, y desde aquel día la relación se fue enfriando... a mi me hacía gracia porque pensaba:

- ¡Joder, aún no soy cura y ya me atacan los anticlericales! Jajjajaj

Claro, es que de mi generación y un poco mayores hay gente muy vacunada

contra la Iglesia, y es un problema. Seguro que en los inicios su anticlericalismo tuvo motivos fundamentados, con toda posibilidad una mala experiencia los marcó. La pregunta que yo me hacía y me hago es ¿cuánto tiempo puede una persona odiar a una institución porque en un momento de su vida la experiencia fuera negativa? La respuesta me llegó clara ¡Toda una vida! Lo cierto era que esos mismos llevan una vida de bondad, de misericordia, de amor, y en el caso de los músicos de búsqueda de belleza... Algo no encaja porque salvo el hecho de no sentir simpatía alguna por la Iglesia su comportamiento cotidiano era del todo cristiano ¿qué sucedió?... Yo también lo descubriría más adelante. Tuve motivos más que sobrados para abandonar la Iglesia lleno de resentimiento, y sin embargo siempre fui capaz, por gracia de Dios, de distinguir claramente a la Iglesia de una parte y a los idiotas de otra. Cierto es sin embargo que uno a veces se pregunta como una institución puede aglutinar a tanto mezquino y sobrevivir en la historia, la respuesta es que por cada imbécil hay por lo menos varios sensatos. Los necios destacan por su pecado que contrasta con el Evangelio, por eso llaman la atención. Los coherentes son asumidos como lo normal, por eso son no gritan, no imponen, dudan mucho, rezan y compadecen. Como todo en la vida la mirada positiva o negativa depende del lugar en el que detengas la lupa.

Y... ¡CUARTO!
A LA PUTA CALLE

Fuera del modo que fuera inicié el cuarto curso que como digo venía teñido de tonos oscuros, gama de grises demasiado marcados. Asumí mi destitución de maestro de capilla, acepté el cargo de buscaperiódicos y acepté igualmente las entrevistas con el Cenizas como un mal necesario.

Los comentarios con los compañeros continuaban ¿podíamos hacer otra cosa? Ciertamente no, y reconozco que para aquel entonces la oposición al rector era ya casi unánime. En la portería del seminario había un póster en el que aparecía un grupo de gatitos, alguien colocó un lazo negro sobre uno de ellos significando así la existencia del “gato muerto” El Cenizas lo vio y de inmediato mandó cambiarlo, el compañero que había colocado el lacito rebusco hasta encontrar otro póster de contenido cuaresmal en el que podía leerse “Señor, vamos mal todavía” Torpe como era el Cenizas no se dio cuenta que el segundo era peor que el primero.

¿Se podría haber salvado aquel seminario? Honestamente pienso que sí, aunque para ello era necesario liberarse de prejuicios y no tener miedo. Lo de los prejuicios se lo perdono al Cenizas porque para aquel entonces los míos contra él ya eran muy marcados y pienso que lo seguirán siendo toda la vida, lo de los miedos.... simplemente no lo entiendo. El rector gozaba de un poder casi omnímodo, el Obispo Bou lo mantenía en su cargo a pesar de que ya en aquel momento las quejas que le llegaban eran muchas, cabezón como era yo creo que se reafirmaba en su opción de mantener al Cenizas, repito, su lema espiscopal debió ser: ¡Sostenella y no enmendalla!.

Quiero aclarar aquí que yo fui una víctima del Cenizas, una víctima, no la víctima. La víctima real fue un grupo importante de seminaristas bien vocacionados, válidos bajo cualquier punto de vista, gente que hubieran sido magníficos sacerdotes y por culpa de un mal acompañamiento no llegaron. ¡Cuánto daño, y que barato le ha salido!

En las entrevistas algo estaba cambiando, aparte del fastidio yo acudía a ellas cada vez más tranquilo... ¿por qué? Pues porque a esas alturas de juego ya no había nada que me sorprendiera, la mezquindad siempre era la misma, y los intentos del

Cenizas de intentar marcar líneas de conciencia o actuación en los demás ya habían dejado de existir para mi desde hacía mucho tiempo. Lo vi tal cual era, no tal como quería y se quiere mostrar, vi la poca talla personal, el arrivismo a la autoridad, el deseo de poder, el ansia por controlar. Nada de eso me hablaba de Dios, el Cenizas no me hablaba del proyecto de Dios sino de su proyecto, conclusión: El cenizas apareció como uno de esos perrillos que ladran mucho mientras no les plantas cara y salen huyendo al primer gesto de amenaza. Decididamente yo no me ponía ya nervioso, cosa que el jamás podrá afirmar sin mentir. Lo gané con la sola presencia, manteniéndome firme, no dejándome manipular, a aquellas alturas yo ya le había ganado la batalla y seguramente había perdido ya la posibilidad de mi sacerdocio en la diócesis.

Como la situación era la que era me decidí a buscar otro camino por si las cosas se complicaban más. Al Centro de estudios acudía un joven novicio de la “Congregación”. ¿Me atraía la Congregación? ¡para nada!, sin embargo entre la oferta posible era lo más parecido al sacerdote diocesano, por eso descarté otras órdenes religiosas en las que de ningún modo me veía. La vocación al sacerdocio me sorprendió, la vocación de religioso no existió jamás.

La conversación con aquel joven, en la pizzería Il Grotto de Palma me permitió albergar alguna esperanza:

- Xisco, si te decides prometo ayudarte, y no es necesario decirte que me alegraré.

¿Fue cierta esa alegría llegado el momento? Pudo anticiparte que no, de ningún modo, y lo de la ayuda... ¡Que chiste más malo!, pero eso lo contaré más adelante, seguimos sin prisa ¿verdad?.

Resulta evidente que el acompañamiento de Toni Ferrer se hizo en aquellos momentos indispensable ¿me aconsejaba algo? Ciertamente no, lo que hacía era compadecerme, y eso en el sentido más profundo del término, es decir padecía junto a mi la sinrazón en la que había entrado el seminario. Claro, le comenté la posibilidad de la Congregación, me miró con aquellos ojos miopes que dejaban traslucir poco, pero por la cara de haba que puso supe inmediatamente que aquella opción no le era agradable, ¿por qué?

- No sabes donde te vas a meter Xisco, aquello será peor que el seminario
- ¿De verdad crees que puede haber algo peor?
- Sin duda, allí lo pasarás fatal
- ¿y que hago?
- -No lo se coño, pero intenta aguantar un poco más
- Vale, vale.

Pues nada, a partir de aquel momento el único verbo a conjugar era el verbo “aguantar” y además en primera, segunda, y tercera persona, del singular y del plural, allí aguantábamos todos, solo eso. Supongo que por una especie de selección de la memoria no recuerdo demasiado aquellos últimos meses, sí la tensión, el miedo, el agobio o como decíamos en la mili ante situaciones tensas “la asfixia”. Por lo demás las anécdotas se me han borrado del disco duro, y la verdad es que pienso que anécdotas había ya bien pocas. Todo era una rutina desencajada, todos éramos sombras de lo que

debíamos haber sido, allí ya no había un grupo de jóvenes sino un grupo de asustados, la pregunta es ¿todos?, No, todos no, los pelotas no tenían miedo, sin embargo es de justicia reconocer que incluso para ellos la situación era difícil ya que al ser minoría tenían que vivir la misma dinámica que el resto que éramos multitud.

El febrero se acercaba y con su llegada el temor se acrecentó ¿por qué? Pues porque en ese mes, en el santuario de Santa Lucía en Mancor del Valle solíamos tener los ejercicios de mitad del curso, y en esos ejercicios se practicaba el temido cedazo, es decir la purga, la selección, la separación entre ovejas y cabras. A unos les dejarían continuar en aquel infierno, a otros se les mandaba de vuelta a casa después de haber invertido en el proyecto tres, cuatro, o tal vez cinco años. A algunos más desafortunados no les negaban las órdenes hasta que estaban a punto de recibirlas, les daban largas, ponían excusas... Aquello podía convertirse en un infierno sin final.

Total, que allí que vamos, subimos a Santa Lucía el seminario al completo y la sensación era la de cada año: aquello era una jaula. Verdaderamente fue tanta la angustia que nos crearon en aquellos años y especialmente en aquellos ejercicios que por mi parte puedo afirmar que jamás he vuelto a ir de ejercicios espirituales y jamás he vuelto a Santa Lucía, incluso puedo añadir que tardé años en poder volver a confesarme, ¿por qué? Pues porque aquello era una encerrona, y así lo sentíamos todos, o yo por lo menos lo viví así. La tensión tenía momentos culminantes como por ejemplo el día penitencial, allí estábamos en la capilla sentados en círculo, el rector en una habitación esperando a los que se confesarían. Digo "a los que se confesarían" y no digo "a los que se quisieran confesar" porque allí, querer querer... no quería casi nadie. Los confesores eran: el Rector Cenizas, el hombre bueno, y el predicador de los ejercicios.

No es que hubiera consigna clara de tener que confesarse con ganas o sin ellas, sin embargo la dinámica estaba pensada para hacer toda la presión posible hasta que todos o casi hubiéramos pasado por aquel sacramento que debería haber sido una liberación y era en realidad motivo de desasosiego y angustia.

Las guitarras repetían machaconamente cancioncillas penitenciales que se iniciaban una y otra vez ¡putas guitarras repito!. Al ser un grupo relativamente pequeño y estar sentados en círculo todos sabíamos quien había ido a confesarse y quien no, y allí no se decía nada pero vaya, la música no se detenía hasta que aparecían los sacerdotes quienes por su parte también llevaban la cuenta, de modo que la espera era eterna. El tiempo se detenía teñido de ansiedad. Yo pensé hacer lo mismo que en años anteriores, es decir, esperar con el alma forrada de baquelita a que nuestros ínclitos superiores decidieran salir de las habitaciones confesionario. Pero ese año no podía... ¿quién se atreve a no hacer lo que quieren cuando sabes que en esos días o en esa acción se decide tu futuro? ¿quién se atreve a plantarse y decir basta? ¿quién podía en aquel momento denunciar aquella situación absurda que prostituía de modo bestial un sacramento para convertirlo en una herramienta de temor?... Tal vez los años anteriores yo lo había hecho, como no me sentía libre no iba a confesarme y punto, pero... ese año.

Fue una decisión rápida, las guitarras ya sonaban desde hacía demasiado sin que nadie se levantara y muchos ojos estaban clavados en mi. Me levanté. Podía elegir entre el Cenizas, el hombre bueno, o el predicador. Elegí al Cenizas ¿por qué? Pues porque era él quien decidía y no tenía sentido huir a aquellas alturas.

En cuanto entré en la habitación noté su tensión, era la tensión de un maldito de Dios que sabía perfectamente que aquello tenía de sacramento lo que yo de astronauta, alguien que reconocía la bajeza moral que suponía obligarte a la confesión como en tiempos de Torquemada, alguien muy pobre de humanidad y más asustado que yo. En

su mirada pude ver odio y temor a un tiempo, su voz me llegó como en un escenario irreal:

- Xisco, olvida que soy el rector del seminario, ahora estás ante Jesucristo para confesar tus pecados.
- Mis pecados son los que tu ya conoces, no creo que haga falta enumerarlos, sobretodo me acuso de no ser permeable al proceso de formación del seminario, es decir a tu proceso.

Silencio, silencio tenso, con mi confesión le estaba plantando de morros aquella pantomima sacramental, aquella asquerosa manipulación, aquel horror.

A partir de ahí farfulló más que habló, noté temblor en sus manos al absolverme... ¿absolverme? No, aquello no permitía la absolución, era un pecado contra su mezquindad, una denuncia de su incapacidad, un grito ante la imposición. Aquello fue mi final.

“PUIX PATRONA VOS SOU DE POLLENÇA”...

Al principio de aquel maldito cuarto curso me habían destinado a un pueblo del Norte de la isla, Pollença. Allí, como excepción a tanto desasosiego encontré un rector humano Llorenç Sastre. Me acogió con alegría y me encomendó catequesis y lo que quisiera hacer. Muy pronto me sentí a gusto con él y se positivamente que él conmigo. A mi siempre me ha gustado la cocina y me salió espontáneamente hacer lo mismo que hacía en casa los fines de semana, es decir cocinar, aquel hombre estaba encantado. La catequesis funcionaba bien y eran bastantes los jóvenes que acudían. Muy pronto con algunos catequistas decidimos ir a dormir al santuario del pueblo, al Puig de Maria, cenar y reír ¡Buena falta me hacía!

En el santuario nos reuníamos entre siete a diez personas, siempre los mismos o casi, las cenas eran una juerga, comida, vino y pasarlo bien. A la subida era normal que los que ya habían llegado quisieran gastar bromas a los que subían, por eso se montaban pequeños numeritos para asustar al último que llegara. Buen conocedor de la dinámica yo esperaba a cada curva del camino que obligatoriamente había que subir a pié, alguna especie de novatada. Con la linterna iba iluminando cada curva... ¿estarán aquí?... pues no, pues ala a continuar. De repente me llega un ruido en unas matas no lejanas, me acerco haciéndome el valiente: ¡Ya os he visto... podéis salir! Y efectivamente salieron dos cabritillas que tras mirar fijamente la linterna se lanzaron monte abajo, cuando lo conté sirvió de risas una temporada.

Desde que llegué al pueblo tuve por costumbre hacer honor al nombre a una de las curvas de la carretera, la curva en cuestión era conocida como “la salve”, supuse yo, y creo no equivocarme, que el nombre le venía de la costumbre de los mayores de rezar una salve en aquella curva, puesto que desde ella se ve el santuario. Es curioso, cada vez que voy a Pollença sigo con la misma costumbre, veo el santuario y... : Salve Regina, mater miricordiae, Pater noster, una decena del rosario, gloria Patris y a seguir...

El santuario estaba custodiado en aquel tiempo por un matrimonio brasileño, acogedores, buena gente. De verdad que de esa época solo me han quedado dos cosas y por este orden de importancia, la acogida del rector de Pollença, Llorenç Sastre, y las cenas del santuario.

Como bien se puede suponer al día siguiente de mi “sincera confesión” en Santa Lucía el Cenizas me mando llamar: acudí y me expuso que desde aquel mismo momento se iniciaba la interrupción de estudios. La cosa no quedó ahí sino que me dio algunos piadosísimos consejos:

- A partir de ahora me llamarás cada quince días para concertar entrevista
- No puedes seguir viviendo en el seminario
- Puedes quedarte a comer aquí pero inmediatamente después te irás
- No esperes a hacer la comedia de despedirte de tus amigos
- Todo esto lo hago por tu bien

Ok Ok, Cenicillas, no solo me voy, sino que además lo hago como un apestado, lo de no despedirme de los amigos me sentó fatal, y no porque yo pensara montar ningún numerito pero... ¡Joder! Que fuerte el tema ¿no? Pero ¡Ah!... era por mi bien.

Oye, seamos sinceros, yo creo que aunque involuntariamente el Cenizas en eso tuvo razón, paso tiempo, mucho tiempo... pero por voluntad de Dios aquello fue mi salvación. ¡Gracias Cenizas!

La comida era en silencio, cosa extrañísima que en otras circunstancias hubiera dado para risas, pero yo en aquel momento estaba para todo menos para reír. La fortuna quiso que en la musiquilla de fondo sonara una conocida canción medieval que el año anterior yo había enseñado en versión coral a mis compañeros de seminario. Claro, el Cenizas no se enteró de que iba el tema ¡orejillas corcheras!, pero a algunos compañeros que ya sospechaban el final de aquella historia se les escapó una lágrima. Recuerdo al organista Pep Amengual quien con una mirada me lo dijo todo, sentí solidaridad y percibí una cierta envidia, con solo los ojos pareció decir: “tu te sientes mal porque te echan, nosotros nos sentimos fatal porque nos quedamos” ¡Que horror Dios mío!

Al poco empezó la prédica de la tarde a la que ya no asistí, hacía mi maleta, dicen que algunos estaban más pendientes de mis pasos en el piso superior que de la reflexión del predicador... ¡es que se valen cojones coño! Allí había que seguir hablando del tema pactado y si por “casualidad” expulsamos a un seminarista de cuarto ¡No pasa nada! Lo más normal oye... ¡Pero que gilipollas fuiste Cenizas de mi alma! Lo siento de verdad por el predicador que seguro hizo esfuerzos para no mandar a cagar toda aquella pantomima.

Y de Santa Lucía... ¿hacia donde?. Con el coche cargado con la maleta me dirigí a la parroquia donde estaba asignado, al llegar a “ La Salve” hice lo que siempre.. rezar. Poco después, en la rectoría me sentí en la obligación de explicar la situación y ya de paso pedir un favor:

- Me han expulsado Llorenç, en teoría por un año... ¿puedo seguir viviendo aquí?

La respuesta del aquel sacerdote amigo me consoló:

- Mira, no se que pasa en el seminario ni que criterio emplean, yo hacía ti no tengo más que motivos para sentirme agradecido, quédate el tiempo que quieras, por mi no hay problema, ya hablaré con el Cenizas.

Quedé a dormir profundamente desasosegado, de cualquier modo al día siguiente debía ir al seminario a recoger mis cosas y dejar la habitación vacía, así lo hice, vacié el cuarto, sobretodo libros, algún mueble, y unas pocas fotografías regalo de un compañero de los tiempos de la primera coral. Las recogí todas a excepción de una en la que aparecía un cactus lleno de espinas, decidí dejarla, el último año y medio en aquella casa había sido un campo de espinas ¡Bien estaba allí!.

Como pude bajé todos los pertrechos solo desde el segundo piso del seminario hasta la furgoneta de la ferretería aparcada en la calle. Aún quedaba lo peor por hacer... ¡decirlo en casa!.

Era Domingo, el día en que de haber ido todo bien hubiera llegado a Sa Pobla, llegué después de haber descargado todo en la rectoría que sería mi casa durante el próximo año. Mis padres no sospechaban nada porque jamás les comenté el infierno en el que vivía desde hacía un tiempo. A la hora de la comida les di la noticia mintiendo algo:

- Me han impuesto una interrupción de estudios de un año, a mí y a otros dos compañeros.
- ¿Y eso? ¿qué ha pasado?
- No se lo que ha pasado, ya iré a hablar con el obispo y miraremos de resolver la situación, mientras tanto me quedaré a vivir en la parroquia.

Quedaron preocupados y mi padre pensó de inmediato ir a hablar con el Obispo Bou ¡Bendita inocencia!... yo por mi parte también quería hablar con él ¿esperaba algo de la entrevista?... francamente muy poco, sin embargo pedí cita y acudí después de haber escrito una carta y haberla llevado en mano hasta su buzón a las tantas de la noche.

En la carta intenté explicar la situación tal como yo la había vivido ¿sirvió de algo? Claramente NO, el obispo además de sordo y cabezón parecía miope, no supo leer el texto ni el contexto. Así que la entrevista se desarrolló según el canon que yo conocía bien por lo que me habían informado y toda su perorata puede resumirse en lo de siempre: Tengo mi total confianza en el Cenizas, sus decisiones las hago mías y por tanto lo que puedes hacer es rezar mucho y aprovechar este tiempo de interrupción... ¡Ya!... aprovecharlo ¿cómo?

Con el consejo de mi amigo el cura Toni Ferrer inicié voluntariado en una institución de la lucha contra la drogadicción, Proyecto Hombre. En principio mis tareas consistían en repasar la prensa del día archivando las noticias que directa o indirectamente tuvieran que ver con el tema, la búsqueda iba desde la crónica de sucesos a decisiones judiciales. Como responsable de ese departamento había una religiosa de media edad, muy exigente consigo misma y con los demás. Enseguida empaticé con ella, no había confusión de rol ¡Bieeeen!. Es del todo evidente que muy pronto hice mis amistades dentro del grupo de voluntarios y trabajadores que dedicaban no sólo el horario laboral, sino una gran parte de su corazón a ayudar de forma muy exigente y por tanto efectiva a aquellos que se habían sumido en el infierno de las drogas.

Seguía viviendo en la rectoría de Pollença, cada día, antes de bajar a Palma me hacía una caminata hasta el santuario, rezaba y después de ducharme y desayunar emprendía el nuevo día. ¿fue un tiempo aprovechado? Efectivamente, puedo afirmar que fue aprovechado ¡Y tanto!.

EN VÍA MUERTA

La situación de interrupción de estudios continuaba preocupándome y mucho, era cierto que no me aburría, verdad que el voluntariado me encantaba, sin embargo el camino hacia el sacerdocio no progresaba.

Las órdenes del Cenizas eran contactar con él cada quince días. Prometo que yo lo llamé rigurosamente respetando estos tiempos, sin embargo me daba la sensación de que su interés por verme disminuía claramente. Con suerte llegábamos a concretar una cita cada mes y medio o dos meses a pesar de mi insistencia. ¡No había forma! Todo iba ralentizándose y empecé a sospechar muy seriamente que aquello era una dinámica estudiada y premeditada en la que el Cenizas pretendía mi cansancio y posteriormente el abandono de la vocación sacerdotal.

Así lo comenté al párroco que me acogía en la rectoría el cual coincidió en mi análisis. Más de una vez fue él quien intentó concertar mis citas con el Cenizas, obvio decir que el resultado era el mismo ¡Esperar!... ya, bueno, pero ¿esperar a que?

La poca o nula revisión por parte del Cenizas de aquel mal llamado proceso de interrupción de estudios creo que respondía fundamentalmente a dos cosas: La primera es que le resultaba muy difícil concretar en que no funcionaba yo. Claro, el problema se había convertido en cuestión de simpatía o antipatía y para nada se podía llevar eso al terreno de la discusión sin temor al ridículo. Lo cierto sin embargo es que todo hubiera resultado más sencillo, imaginemos una conversación honesta, ficticia por supuesto:

- Pues no te quiero en el seminario porque no me caes bien
- Ya, tu a mi tampoco, pero yo no estoy aquí para gustarte sino para aprender a servir a le Iglesia
- Cierto, pero yo represento a la Iglesia y tu no te adaptas a lo que yo digo, por tanto ¡No me sirves!
- Rey mío, es que lo que dices son sandeces que no te las crees ni tu
- Ves ahora encima me insultas ¡A la calle!
- Adiós con el corazooooón que con el aaaalma no puedooooo.

Venga seamos sinceros, todo hubiera sido más sencillo de este modo, pero claro el Cenizas era pseudo psicólogo, ¿cómo podía reconocer que lo suyo conmigo no era más que impotencia a la hora de manipular? ¿cómo reconocer que no había argumentos lógicos? ¿cómo reconocer su fracaso?

Bueno, pero esa era la primera cuestión y he dicho que había por lo menos dos, la segunda, y es grave, es que la situación no mejoró con mi marcha o expulsión, llámalo como quieras, sino que siguió empeorando. La cosa estaba clara, la cabeza de turco no había valido para acallar las críticas. Si lo que se pretendía era asustar debo reconocer que en mis compañeros y en mí mismo lo logró durante un tiempo. Sin embargo, pasado el susto inicial todo volvió a su cauce con el problema añadido de tener a una especie de "mártir" de su nefasta gestión. Por lo que me contaban mis compañeros los comentarios de descontento aumentaban, la tensión –ya de por sí muy alta- subió todavía más. Las reuniones servían para que la mayoría de seminaristas mostraran ya abierta animadversión hacia el Cenizas: ¡Pobre Cenizas, seguro que lo pasó mal! La cosa es que si no vales para una cosa ¿por qué no la dejas estar? La respuesta creo que es la siguiente: el Cenizas es un trepa descarado, el cargo de rector

del seminario resulta importante en una diócesis, abandonar el barco suponía aceptar su invalidez para el cargo y por consiguiente la imposibilidad de seguir escalando. ¡No creas reina, lo tenía chungo! Pero bueno, a mi la historia del Cenizas solo me importa en cuanto me afectó, si quiere contarla ya encontrará papel higiénico suficiente para redactar sus memorias. ¡Claro que en la celulosa escribir resulta difícil! ¡Al final se la redactaré yo cuando él sea viejecito!:

- A ver Cenizas, repite para que pueda escribirlo
- Xisco Novella ¡Maaaaaaalo!
- Vale pero no abras tanto la boca en lo de "malo" porque se te puede caer la dentadura y con el tamaño que gastas podría fracturarte un pié. ¡Ya te vale!.

Con el Toni Ferrer seguíamos viéndonos muy a menudo, el hombre empezaba a manifestar problemas de salud, hacía años una hepatitis le dañó bastante el hígado, al principio se asustó y reguló su régimen alimentario, con el tiempo todo se relativiza y no puede decirse que fuera cuidadoso en su dieta. Yo tampoco, pero disfrutábamos muchísimo de cenar juntos y comentar una situación a la que él tampoco veía solución. Se enfadaba muchísimo cuando yo le comentaba la desidia del Cenizas respecto mí. ¿Qué hacer?, pues hombre, conociendo como conocíamos la opinión del Obispo Bou... cabía hacer bien poca cosa.

Tal vez por ese motivo me decidí a plantearle de nuevo la posibilidad de entrar en la Congregación, el hombre puso mala cara, calló pensativo y:

- Sabes Xisco, la idea no me gusta nada, sin embargo admito que debes buscar una salida, de otro modo nunca llegarás al sacerdocio, Cenizas no te dejará.
- Entonces ¿te parece bien?
- Digamos que me parece lo menos malo... ¡que no es lo mismo! En ese convento lo vas a pasar fatal.
- ¿Te parece que peor de lo que ya lo he pasado en el seminario?
- Te voy a decir lo que me parece, me parece que no sabes que terreno estás pisando, creo que no te has enterado de cómo funciona la diócesis, me parece también que no te has clericalizado, lo cual me alegra, pero tienes mucho peligro porque no calculas las consecuencias de tu inadaptación
- ¡Venga ya!
- Pasarán años Xisco, jamás podrás borrar la historia que estás viviendo, llegarás a los sesenta o a los setenta y el clero todavía se referirá a ti como "aquel al que echaron del seminario".
- ¿Sabes que? Pues que me importa una mierda
- Ya, por eso me preocupa. No sabes el terreno que pisas.
- ¿Pedimos otra de vino?
- ¡Venga!

También comenté el tema con el rector de Pollença, el hombre, muy experimentado, también frunció el ceño:

- ¿estas seguro?
- No, no lo estoy... pero ¿qué otra cosa puedo hacer?
- Ya... sinceramente creo que ninguna, si crees que en la Congregación tienes alguna posibilidad... ¡prueba!.

No puede decirse que ninguno de los dos me animara, con el tiempo descubrí que lo único que hicieron fue ser honestos, nada más. La rectoría donde me encontraba viviendo desde febrero era acogedora, el rector hombre pulcro y muy amante de las plantas la mantenía confortable y cálida, era una delicia de casa, y él era una delicia de persona.

Y DE LA SARTEN
SALTÉ A LAS BRASAS

La primera sensación que tuve al entrar en el convento de la Congregación fue una profunda nausea provocada por el intensísimo olor a gato, había dos por lo menos. Al no estar castrados y no tener la más mínima posibilidad de salir de aquel espacio impregnaban con sus marcas cuanto tocaban, verdaderamente apestaba.

El prepósito de la casa, el p. López era un hombre de media edad, me acogió con simpatía y de inmediato inició lo que pretendía ser un colegueo ¡ALARMA! ¡Dios, otra vez no por favor!.

La cosa es que mi primer contacto con la Congregación fue de pura supervivencia, yo creo sinceramente que ellos lo entendieron solo a medias, o simplemente no lo entendieron, cuando digo “ellos” me refiero a los cuatro miembros que formaban la comunidad: el p. Aureolis, el p. Géstor, el p. López y el joven Dubitas, “Dubi para los amigos”.

Dubi era el que estudiaba conmigo en el centro de estudios y con el que establecí el primer contacto. El p. Aureolis era el mayor, en aquel momento rondaría los 63, el p. Géstor más o menos de la misma edad, y el p. López suponía el puente ente los veteranos y el joven Dubi.

Yo venía de una comunidad bastante mayor, en el momento de mi expulsión rondaríamos los veinte y pico, una comunidad pequeña no me apetecía demasiado.

Muy pronto descubrí que la pequeña comunidad estaba afectada de males muy humanos que ya iré desgranando.

Las comunidades religiosas pueden ser grandes o pequeñas y eso no debe afectar lo fundamental, es decir la fraternidad arraigada en el Evangelio. En las grandes surgen grupos que se forman en la gran colectividad total. Nada extraño, todos tenemos capacidad empática con algunos, pero no con todos. Por eso se forman grupos, no es nada malo ni nada anormal, es humano.

En las comunidades pequeñas eso también puede suceder ¿te extrañas?, te diré que del mismo modo que en las grandes. Todos funcionamos por simpatías y antipatías. Los problemas surgen cuando en vez de buscar lo que nos une acentuamos lo que nos separa, eso no es cristiano aunque siga siendo humano, que sin duda lo es.

Ese era el mal principal de la pequeña comunidad a la que yo acababa de incorporarme.

Otro de los males que aquejaban aquella casa era la muerte de la ilusión. Se percibía con solo traspasar el umbral que allí nadie apostaba por lo comunitario. Las habitaciones se habían convertido en reinos de taifas. Más o menos bien acondicionadas, cómodas en lo posible y la del p. Géstor escandalosamente enorme fruto de la anexión de habitaciones vecinas a su peculiar apartamento. El resultado era que las habitaciones eran más o menos pasables en detrimento de los espacios

comunitarios que eran de pena. Cabe aquí destacar que las habitaciones eran consideradas propiedad particular, es decir, si había que hacer obra o cualquier reforma el usuario corría con los gastos sin que la comunidad en nada se implicase... ¿resultado? Aquello era un bloque de apartamentos metidos en una casa grande que a nadie le importaba lo más mínimo.

Las paredes hacía años que reclamaban a gritos una pasada de pintura y las bombillas del claustro bajo unas antediluvianas pantallas de metal esmaltado aparecían llenas de polvo, óxido y suciedad. Las goteras eran abundantísimas y solo existía algún tipo de preocupación por ellas en el momento en que el agua llegaba a alguna habitación personal, si no era sí ¡Pues como si nada monada! ¡Hermoso el tema ¿verdad?!.

La iglesia del convento, espacio comunitario por antonomasia era lo más parecido a un túnel que te puedas imaginar, los desconchones de pintura colgando del techo, el retablo inmensamente polvoriento, la luz pobre y con pantallas de aluminio y bombillas de luz blanca que le daban el aspecto de un taller de herrería. La sacristía lúgubre, pobrísima en iluminación, decrépita en cuanto a conservación y además como todo... sucia.

El comedor del convento merece comentario propio, estaba y está pensado para ser incómodo, no existía una mesa central en la que se comparten las cosas, la conversación y la vida. Existían y perviven unas incomodísimas mesas de mármol con pié de fundición a las que se había añadido entre el hierro y la piedra unos cajoncillos para las servilletas que apestaban a rancio. El resultado del añadido de los cajones suponía que el plato te quedaba prácticamente a la altura del pecho con lo cual para comer tenías que levantar muchísimo los brazos.

La liturgia de la comida era espectacular, el cocinero contratado, hombre bueno, sacaba la cazuela o la sopera y la dejaba sobre una de las mesas vacías, en las otras nos sentábamos de dos en dos, pero con mi entrada al iniciar un número impar me senté solo casi siempre ¡Laus Deo!. Sacaban digo la comida sobre una mesa vacía, el superior era el primero en servirse por estricto orden. Posteriormente uno tras otro nos levantábamos para servirnos. También la botella de vino aparecía sobre esa mesa solitaria, por tanto si quieres servirte... ¡Levántate!, y lo mismo sucedía con los postres y el café... Resultado: pues que aquello era incomodísimo, ahora me levanto, ahora me siento... Me recordaba la cancioncilla del corro "agáchate y vuélvete a agachar...". A todo ello quiero añadir que las mesas aparecían rodeando el espacio del comedor por lo que salvo con tu compañero de mesa resultaba dificilísimo mantener una conversación con alguien de la mesa de al lado, jo, si es que estábamos todos mirando hacia el centro, vacío por cierto.

Pensarás que con tanto sentarse y levantarse las comidas se hacían largas...¡de eso nada monada! Se comía a velocidad de vértigo, rápido rápido, talmente como si tuvieran que entrar los rojos con Bayo al frente a robarnos la comida. Pensándolo creo que la razón de tanta velocidad respondía al sentimiento común de incomodidad al estar juntos, daba la sensación y con el tiempo descubrí que era una sensación cierta, que nadie soportaba a nadie en aquella casa. ¡Que horror!

El convento tenía la planta baja y dos alturas, en la primera estaban las habitaciones, la segunda era toda ella un almacén de trastos viejos y suciedad, mucha suciedad. Por cierto la lavadora también estaba en el segundo piso y las cuerdas del tendal con calzoncillos colgando acababan de rematar la fealdad que impregnaba todo el espacio.

El claustro lleno de ortigas aparecía sombrío por la altura de los edificios colindantes. Todo era feo... aunque no hubiera guitarras.

La comunidad amparaba una sola actividad aparte de las misas y era la musical. Había un coro ¡Bieeen!. Claro, me apunté y a cantar. El grupo tenía su sede en el colegio anexo antiguamente regentado por la propia institución religiosa y posteriormente alquilado a una cooperativa de maestros. El director era mejor músico que persona, sin embargo debo reconocer que en aquellos años consiguió venderme gato por liebre con una aparentada simpatía, honesta creí al principio, absolutamente fingida poco tiempo después por el motivo que más adelante comentaré. Y nada más monada, allí no había nada más.

Era como esos cementerios antiguos cubiertos de musgo, no puedes ni siquiera leer los nombres de las lápidas porque también están cubiertas de moho, lo ves, inspiran algo que no es precisamente paz y cuando te quieres dar cuenta agradeces poder salir cuando quieras de ellos.

Si aquella comunidad no me gustaba ¿por qué no la dejaba? Pues porque en este caso yo no podía salir. Para seguir estudiando necesitaba una institución que me avalara, no podía realizar los estudios por mi mismo matriculándome de por libre. Eso lo podían hacer los seglares, pero no yo... si es que con el Obispo Bou y el Cenizas... ¡Vaya tandem!. Por eso era necesario estar en algún instituto religioso, en alguna orden religiosa o en lo que me diera la gana, pero había que estar.

Y estar estaba, vaya si estaba, me asignaron una diminuta habitación que constaba de dos espacios, nada más entrar te dabas de morros con la cama en un habitáculo sin ventilación, junto a la cama, sin ningún tipo de separación había un lavabo y un plato de ducha, el termo quedaba sobre los pies de la cama de modo que no sabias si habías estrado a un baño cutre con una cama en medio o a un dormitorio más cutre todavía con plato de ducha junto a la cama, el armario pegado al lavabo. La estética era horrorosa. Por esa habitación sin ventilación se accedía a la segunda estancia, y si la de la cama era pequeña, la segunda era diminuta. Esta segunda tenía una ventana hacia el claustro con lo que desde allí podías ver como crecían las ortigas.

La distribución de toda la casa era muy parecida, todas las habitaciones tenían una sala sin ventana, más oscura que boca de lobo, y una segunda iluminada pero diminuta... allí fallaba algo, pero ¿qué? Con el tiempo descubrí la razón. En origen las habitaciones miraban a la calle, todas constaban de una gran sala con ventana y alcoba anexa... entonces ¿porqué ahora estaban del revés? La razón fue que a algún piadosísimo padre de tiempo antiguo se le ocurrió que no era moralmente aceptable que las habitaciones de los padres miraran hacia la calle, calle por cierto llena de prostitución desde tiempos inmemoriales. Por ello, a fin de evitar la tentación se giraron literalmente las habitaciones y se las hizo mirar al claustro. Lo cierto es que las paredes maestras no podían moverse ni tocarse, el resultado fue el que he descrito, el pasillo discurría por lo que antes eran habitaciones, y las habitaciones ocupaban lo que anteriormente había sido pasillo, esa era la razón por la que las habitaciones con ventana eran tan pequeñas, eran porciones antiguas de pasillo.

El resultado es que en aquella casa no había forma humana de encontrar un rincón en el que el alma encontrara reposo ¡Dios, que feo era todo! ¡Y que sucio!.

Poco tiempo antes de mi ingreso en aquel mausoleo se había arreglado el órgano de la iglesia, no lo había hecho la comunidad porque a estas alturas no importa decirte que la comunidad hacía años que no hacía nada de nada. No, el órgano lo arregló la gente del coro. Con el arreglo del órgano se pinto un pequeño pasillo de trazado irregular por el que se accedía al instrumento y... pues que quieres, que yo me pasaba

horas en aquel trozo de pasillo porque allí por lo menos la paredes eran blancas. ¡Que desasosiego Señor!.

Mi ingreso en la Congregación no sirvió para iniciar los estudios en septiembre, no. Era cierto que yo ya no era seminarista, que no dependía del Rector Cenizas, y tampoco del Obispo Bou... entonces ¿por qué no iniciar el curso en su comienzo? Vale, te explico las razones:

Yo no dependía del obispo, pero el centro de estudios era diocesano y el obispo se opuso a que me matricularan. Ordenó, de acuerdo con el Cenizas que si la interrupción impuesta era de un año no pudiera yo reemprender la vida estudiantil hasta el febrero próximo jodiendome así dos cursos sin que eso les importara lo más mínimo.

Además estaba el cabreo del Cenizas ¿cabreo porque? Pues porque oye, con la entrada en la Congregación yo había encontrado lo que él mismo denominó “el agujero del gato” para escapar de su autoridad.

Existían además otros peligros: Un grupo de seminaristas, entre 5 y 8 me llamaron para encontrarnos en La Colombo una conocida cafetería de Palma ya desaparecida, acudí y me expusieron que no aguantaban más y estaban dispuestos a ingresar también ellos en el Oratorio abandonando el seminario si yo veía que aquello tenía viabilidad.

Fui imbécil, les dije que no hicieran nada de eso, sobretodo la razón de mi negativa era el miedo ¿cómo actuará el Cenizas si esto se lleva a cabo?. Les dije que lo olvidaran y les expuse que me harían y se harían un gran favor si olvidaban ese tema. Vista la situación olvidaron el tema, regresaron al seminario y la mayoría de ellos lo abandonó al cabo de poco, alguno con los estudios ya acabados. Repito fui imbécil, no venían a plantear un “golpe de estado” venían pidiendo auxilio y yo en aquel momento no lo comprendí. ¡Una pena!.

EL IMPERIO DE LA SINRAZÓN
IDIOTAS CON PODER

Como quiera que no era posible estudiar continué con el voluntariado en Proyecto Hombre. Ya no solo leía diarios y los recortaba sino que además de eso me pidieron si podía ir a dormir a uno de los pisos de acogida que tenía la institución. Los pisos de acogida estaban pensados para drogadictos en fase de acogida sin familia o con familia tan harta de sus desmanes que se habían desentendido por completo del proceso del hijo. Por supuesto dije que sí, no solo por ganas de ayudar, que siempre las tuve, sino además ... ¡porque me aburría muchísimo!. Los pisos de acogida me gustaban, había un par de cosas magníficas: Limpieza, orden, conversación asegurada, cena compartida, y habitación digna. ¡Jo, como para decir que no!

Ya que hablamos de las cenas te contaré que en el convento no se cenaba, es decir no en comunidad... ¡Cada cual se las ventile!. Es evidente, si no se soportaban entre ellos la cena era concebida como un estorbo. Allí aprendí un principio absolutamente idiota que el p. Aureolis, idiota también, elevaba a categoría sacral: “prime capientis” “el primero lo pilla” Se refería aquel principio a que el primero que aparecía por la cocina tenía derecho a zamparse las sobras del medio día si es que las había. La despensa del convento era miserable, excepto queso y manzanas allí había bien poca cosa, o sea que el “prime capientis” era la conclusión del horror. Claro, no es necesario comentarlo, cada cual se las ventilaba, el p. Géstor con su neverita en el

cuarto apartamento, el p. López por el mundo, y el joven Dubi sin saber a donde ir, cantando también en el coro acababa como yo mismo en una pizzería en la que nos dejábamos un pastón cada mes.

Los horarios del convento eran los siguientes, a las ocho de la mañana nos encontrábamos en la capilla del primer piso, un espacio medio cutre tirando a cutre salchichero, con suelo forrado de plástico imitación parquet. Durante media hora meditación en silencio... bueno, lo del silencio dejémoslo estar porque el p. López, que siempre aparecía el último en la capilla, se sentaba y de inmediato se dormía, yo creo que de hecho entre la cama y la silla de la capilla había la breve interrupción de vestirse y dormir nuevamente, sus ronquidos eran una vergüenza para una comunidad que ya que rezaba poco por lo menos podrían haber procurado rezar bien. A las ocho y media desayuno en una cocina infecta a la hora justa en la que las cucarachas, abundantísimas, se batían en retirada, todos desayunábamos de pié por dos motivos: en la cocina no había sillas para todos, y además de lo que se trataba era de salir cuanto antes.

A la una había misa y a la una y media se comía en la forma ya descrita. Lo de las misas también era de antología, ¿puede decirse una misa en 12 minutos? Te aseguro que sí reina, y el p. Géstor tenía ese triste record. Después de la comida visita al Santísimo que duraba unos dos minutos, y nada más, si te tocaba misa a las seis de la tarde bueno, y si no, pues nada hasta el día siguiente.

Al poco de entrar al p. López le entró el ansia de ejercer de formador mío. Puso manos a la obra y con la autoridad de su cargo me responsabilizó de asistir a las reuniones arciprestales de la parroquia vecina. ¿fui? ¡No, claro! Primero porque el arciprestado era de concepto y contenido diocesano y yo a esas alturas ya había decidido no formar parte de una diócesis que me había expulsado cuando yo era solo un proyecto sacerdotal. La segunda cosa o motivo era dejar claro al p. López que no iba a conseguir él como imbécil, lo que no había conseguido el rector Cenizas como mediocre... Le sentó mal ¡Pobre! Presentó su dimisión y creo que desde aquel día me juró animadversión eterna. ¿me preocupó? Para nada, además el sentimiento siempre fue y es todavía hoy, recíproco. ¡Gilipollas!

La dimisión del p. López de su cargo de superior tuvo la consecuencia de convocar elecciones. ¡Que cosa!, empezamos el día con una misa para pedir la inspiración del Espíritu Santo ¡Nada menos reina! ¿te extraña que me ría?... espera que te lo cuento despacio.

Como ya te he contado la comunidad estaba formada por cuatro miembros, aparte de mi que era un advenedizo. De los cuatro tres eran sacerdotes, los Pp. Aureolis, Géstor y López. López era el que dimitía, la votación estaba entre dos, Aureolis o Géstor. El p. Géstor, hombre medianamente inteligente pero excesivamente visceral se había ganado la enemistad de todos excepto la del joven Dubitas. De este modo solo podía salir elegido Aureolis... ¿Y para eso molestábamos al Espíritu Santo? ¡Menuda comedia!. Después de comer se procedió a la elección en la que yo no podía ni participar ni estar presente. ¿Resultado? El nuevo prepósito o superior era el p. Aureolis.

La elección de Aureolis como jefecillo de la casa tenía su aquel. Aureolis es un hombre muy cobarde, rematadamente vago, torpe, mezquino, avaro, y con ese punto que tienen los idiotas que pretende ser gracioso y resulta profundamente desagradable. Pues nada reina, aquel era nuestro máximo representante de la Congregación ¡La madre del cordero!.

El p. Aureolis se tomó muy en serio su papel, que por cierto le encantaba, por esa razón cada mañana realizaba un exhaustivo estudio del periódico rellenando cuanto crucigrama o entretenimiento viniera editado. Si alguien llamaba por teléfono preguntando por él jamás contestaba antes del tercer grito del cocinero el cual ¡Pobre hombre! Ejercía además de telefonista y portero. La situación era algo parecido a esto:

RIIIIIIIIIIN RIIIIIIIIIIIN

- ¿Diga?... Sí..., un momentito...
- ¿¿¿¿¿¿Padre Aureolis???????
- ¡¡¡¡¡¡¡¡PADRE AUREOLIS!!!!!!!!
- ¿¿¿¿¡¡¡¡¡PADRE AUREOLIIIIIIIIIIIIIIIIIIIIIS!!!!!????

Momento interminablemente largo, muuuuy largo, al final respuesta en forma de gruñidito

- ¿ñsiiii?

Va, no importa explicarte que el p. Aureolis tenía un teléfono pegadito a su habitación, sobra también decirte que no lo cogía por estar en la meditabunda y profundísima acción de resolver un crucigrama ¿¡ Pero porque coño no contestaba a la primera si estaba sentado al lado de la ventana joder !?

Si tenía misa a la una aparecía a la prudentísima hora de la una menos dos minutos, con lo cual había que abrirle la iglesia, prepararle las formas y todo lo propio de la liturgia, si nadie le abría la iglesia la abría él mismo con gran esfuerzo un minuto antes de la misa jorobando así al personal que esperaba en la calle, ¡Oye y eso aunque lloviera a cántaros!. ¡Que caso!

A la una y media comida, visitita al Santísimo y ¡A dormir! ¡que guay! Oye, por cierto... dormir ¿hasta que hora? Huuuum... bueno..., pongamos.... ¿sobre las seis?.

La gandulería es un problema que se acentúa con su ejercicio, el que es gandul ha cultivado la pereza durante años, hasta que la pereza lo esclaviza. Un gandul es un estorbo, pero un sacerdote gandul es casi una blasfemia. El sacerdote tiene obligación de entregarse a los demás, el celibato tiene sentido si facilita la donación, y cuando el célibe se convierte en un solterón lleno de rarezas ya podemos afirmar que falla algo y algo muy gordo. Conozco algunos sacerdotes gandules y el p. Aureolis no fue el único con el que conviví. El gandul intenta siempre justificarse y si además es idiota, que ese era el caso, te puedes llevar un mordisco en la yugular en cualquier momento ¿por qué? Pues porque tu acción aunque sea pequeña o sin importancia pone más de manifiesto su inutilidad, claro, eso los molesta profundamente. Al final los gandules solo se sienten bien rodeados de los de su calaña, "primus inter pares" ... eso "el primero entre iguales".

En aquella casa esta máxima latina gozaba de mucho predicamento, es una cita buena en sentido original, pero profundamente peligrosa cuando las comunidades optan por la mezquindad como estilo propio. En ese caso el primus inter pares viene a significar algo parecido a: "no hagas nada que nos incomode, nada que nos saque de nuestro sopor, ninguna cosa que suponga cambio alguno porque.... ¡ganduleando se esta tan bien!". ¡Ay Dios!

Bueno, pues como había que ser igual al resto yo me sentía fatal, claro que en eso reconozco que no era el único. El tiempo iba pasando y al joven Dubi le entraron dudas ante su próxima ordenación, no lo veía claro, no estaba seguro. Verdaderamente yo entendía a Dubi, si ser sacerdote implicaba convertirme en un vegetal crucigramero a mi tampoco me hacía ilusión. Tal vez por ese motivo, por esa solidaridad tácita procuré su conversación. Al final, viendo que las dudas proseguían la genial comunidad le dio todo su apoyo y puso todos los medios a su alcance, es decir, lo mandaron a casa durante unos meses a ver si entre gente normal se aclaraba. Sí, se aclaró, aunque sospecho que solo a medias. Pero vaya ¡Suerte compañero!

El p. López había sido activo conventualmente hablando antes de mi ingreso... (según cuentan, que eso para mí siempre fue un acto de fe) lo cierto es que por lo que yo vi en la comunidad no pegaba palo al agua y sí en cambio se desvivía y trabajaba mucho en una pequeña parroquia alejada del convento. Nunca me he entendido con él, es un hombre extraño, le reconozco su valía en cuanto a dedicación parroquial. ¡Con harto dolor claro, porque reconocer valía en un tonto me cuesta!

¿Y el p. Géstor? Bufff, no se que decirte, es una de esas personas que ha conseguido pasar por mi vida dejando un sabor agridulce. Nunca se presentó como un coleguilla ¡Bieen!. Fue el único de aquella casa que se preocupó algo de mi proceso vocacional y humano, también el de ideas más claras en cuanto a relación con la diócesis. El único en quien pude confiar y me aconsejó con prudencia. Poco a poco se gano mi aprecio y en alguna ocasión tuve oportunidad de verbalizar mi agradecimiento hacia él... y sin embargo. Sin embargo a punto yo de embarcarme en nuevas aventuras, en el momento que mejor pudiera haberme ayudado a mí y a la Congregación no solo me dio la espalda, sino que clavó puñales envenenados... pero ¿seguimos sin prisa, verdad? Pues te lo contaré un poco más adelante.

El tiempo en la Congregación fue pasando y llegó febrero, fecha en la que ya me podía incorporar al centro de estudios diocesano según el mandato del rector Cenizas y el Obispo Bou. ¿Fue un inicio normal? Bueno... normal en parte. Muchas asignaturas habían quedado colgadas y era necesaria su recuperación, no siempre era posible hacerlo en el ciclo normal de estudios, no quedó más remedio que hacerlas con la tutoría de un profesor para mi solo. Eso tiene bueno y tiene malo, como todo en la vida.

Lo cierto es que me reincorporé, el miedo estaba dentro del cuerpo y sabía que tarde o temprano me tocaría asistir a clases de psicología religiosa con el rector Cenizas, ¡No me hacía ni puñetera gracia! Pero oye, que le vamos a hacer.

De febrero a Junio discurrió el curso casi con normalidad, sí que es cierto que me sorprendió la actitud benevolente de algunos profesores, era una benevolencia extraña que yo no acababa de entender, no es que no exigieran, es que notaba yo una empatía que parecía simplemente rara. Paso tiempo, años, hasta que un día un profesor con el que mucho después entablé amistad me comentó la situación del centro de estudios en mi reingreso.

Las directrices del director de dicho centro habían sido más o menos las siguientes: "En febrero se incorporará Xisco Novella, si es posible no le facilitéis los estudios, y ante la duda mejor un suspenso" ¡Gracias Colmenilla" sí, Colmenilla, porque el Colmenilla, azucarillo o Cálido Verbo era el director del centro de estudios en aquella época. En su época de rectorado se enfadó y mucho con el Cenizas por los celos entre ambos, eso ya lo he comentado, pero por encima de sus divergencias los unía la convicción, casi de inspiración divina de impedirme la llegada al ministerio sacerdotal,

si no era por la parte de exclusión del seminario que fuera por la dificultad de los estudios, fuera como fuera yo no debía llegar. La pregunta es ¿por qué? Lo siento, han pasado muchos años y no encuentro respuesta. Los imbéciles siempre sorprenden, son imprevisibles, y aunque divergentes son capaces de agruparse en manada para formar legión, casi todos los carroñeros hacen lo mismo.

Y LA TERNURA SURGIÓ
AUNQUE EL PORQUERIZO CHILLARA

He comentado que la iglesia sobrevive en la historia porque por cada necio hay varios sensatos. Los sensatos fueron la gran mayoría de los profesores del centro de estudios, no se si contradijeron al porquerizo, o sea al colmenilla, de palabra, pero sí ciertamente de obra. Por eso notaba yo aquella exigencia animosa, aquel interés en que me esforzara, y también, es de justicia reconocerlo, aquella misericordia humana y cristiana de quien se pone de parte del débil, y el débil a pesar del carácter, a pesar de la imprudencia o inoportunidad, el débil repito... ¡Era yo!. Gracias maestros, amigos, sacerdotes. ¡Gracias!.

Del todo curioso resultó el examen de psicología religiosa con el Cenizas. Fue un examen oral que yo llevaba muy mal preparado, la asignatura no me interesaba demasiado, el docente no me interesaba nada si exceptuamos mi animadversión hacia él lógicamente recíproca. El examen supuso para él peor trago que para mi, por eso, aunque no diera ni una en el clavo me aprobó con algo de nota, concluí en mi entendimiento que lo que no deseaba bajo ningún concepto era volver a verme en septiembre. ¡Ni yo a él joer!

Manuel Bauçà Ochogavia, un profesor veterano de los que había estudiado en Alemania, era el encargado de impartir la asignatura de síntesis teológica, era en definitiva una especie de reválida de todo lo estudiado durante seis años, el temario asustaba, setenta y pico de materias.

El examen de síntesis te preparaba para otro posterior en el que te convalidaban los estudios con una licenciatura civil, cuando llegaba aquel todos estábamos de los nervios. Era también un examen oral. Al entrar en el aula el profesor me esperaba de pie, rodeando la clase sobre pupitres vacíos estaban los esquemas de las materias, lógicamente los folios estaban boca abajo de manera que el alumno debía girar uno de los folios y con la ayuda de la fortuna y sus conocimientos desarrollar el tema elegido al azar. Todos los alumnos solíamos preparar por lo menos el cincuenta por ciento del temario, simplemente porque todo era excesivo, por tanto probábamos suerte aunque también lógicamente había quien se había preparado mejor. Al entrar en el aula el profesor me sorprendió con una mirada cómplice y:

- Ya ves Xisco, aquí vueltas hacia abajo están las materias del examen, se trata de elegir una hoja, girarla y... desarrollar el tema.
- Sí, gracias lo he entendido
- Bien, pues yo ahora voy al baño y tú no salgas de la clase hasta que yo vuelva... ¿lo has... entendido?
- Perfectamente... ¡Gracias!

Era evidente, aquel hombre bueno estaba al corriente de toda la situación tanto del seminario como del centro de estudios. Simplemente no quería suspenderme porque eso complicaría el examen de licenciatura. En cuanto salió del aula fui girando folios

hasta encontrar un tema que yo podía desarrollar más o menos bien. Me fijé bien en el lugar donde estaba colocado, lo dejé en la posición original y esperé. A los pocos minutos regresó, antes de entrar llamó quedamente a la puerta, nuevamente mirada cómplice:

- ¿Te ha dado tiempo?
- Sí, gracias
- Bien, elige un folio al... "azar"

Bien puede suponerse que la nota fue buena, él mejor que la nota. Hace años que partió hacia el Padre, rezo por ti Manuel, por ti y por todos los que me ayudaron, fueron muchos, fuisteis muchos. Decididamente la Iglesia contiene santidad.

SOLO LE FALTABA SORBERSE LOS MOCOS
AUREOLIS I "EL GILIPOLLAS" EN EL PODER

En la Congregación el mandato del p. Aureolis era la continuación de la agonía que desde hacía años vivía aquella casa, he comentado y repito que se les había muerto la ilusión, o para decirlo más exactamente la habían asesinado.

¿Cuándo y como se puede matar la Ilusión? Antes de responder permíteme decirte que pienso que santidad e ilusión hablando en términos religiosos son casi sinónimos o complementarios. La santidad debe procurarnos la ilusión por hacer del mundo un lugar más humano y por tanto más divino. Claro, dirás que el mundo es muy grande y por tanto cuando decimos "el mundo" es lo mismo que no decir nada. Te doy la razón, el concepto es tan amplio que nos desborda y por si mismo queda invalidado, sigamos sin embargo hablando de ilusión.

La ilusión por mejorar las cosas nos remite hacia el Ideal máximo, es decir hacia la santidad. Pero estábamos de acuerdo en que el concepto "mundo" es demasiado amplio y debe de ser asumible, habrá que empequeñecerlo para hacerlo viable. Si yo quiero cambiar el mundo con ilusión o santidad fracasaré, no soy un gran mandatario ni alguien poderoso... no, yo no puedo cambiar ilusionando ni santificando "al mundo".

Sin embargo, si la meta que me propongo es posible me ilusionará, y con la fuerza de esa ilusión mejoraré algo que yo conozco y amo, eso ayuda, contribuye a la santificación general. Si cada cristiano se tomara en serio la tarea de mejorar su entorno el cambio, incluso global, sería imaginable. Un poco de levadura hace fermentar la masa, un poco de sal mejora el guiso, un poco de ilusión mejora el entorno. Muchos cristianos pueden aglutinar muchas ilusiones posibles, que puestas en común en el camino del Evangelio cambian el mundo, semillas de esperanza que llegan a dar fruto. ¡Si tuviéramos un poco más de fe en Dios y en nuestra capacidad de hacer el bien...!

La pregunta ha quedado sin contestar ¿cómo se mata la ilusión?, supongo que existen muchas maneras, uno de los caminos para ese asesinato consiste en la búsqueda del bien personal, de la comodidad y satisfacción egoísta. La mirada del propio ombligo nos invalida en cuanto hace desaparecer el concepto "nosotros" cambiándolo por el concepto "yo". Es cierto que la persona es un ser social, aunque sea solo dentro de la familia la persona está o debe estar abierta al otro o a los otros. Tanto es así que me atrevo a afirmar que solo a base del ejercicio continuado de la imbecilidad la persona social llega a convertirse en un idiota egoísta. La Iglesia muchas veces pierde el norte en este punto, y cuando digo iglesia me digo a mi mismo ¿recordáis el cántico "Pueblo de Reyes"? La letra es eclesial, colectiva, amplia y hermanadora de todos con todos en

pos del Evangelio: “Pueblo de Reyes, Asamblea Santa, Pueblo Sacerdotal...” El sujeto de la canción es el pueblo y la asamblea... Compáralo con este otro canto: “...Señor, me has mirado a los ojos, sonriendo has dicho mi nombre, en la arena he dejado mi barca, junto a ti buscaré otro mar...” Claro en este segundo canto el protagonista no es la iglesia sino “Yo”. En ese cambio de mentalidad aparece el origen de la muerte de la ilusión. Pasamos de lo colectivo, de la Iglesia, al “yo personal” y es siempre lo mismo...: si yo estoy bien todo funciona ¡Anda ya!.

El egoísmo soporta mal las iniciativas dirigidas a la comunidad, piensa siempre que el coste de lo social podría haberse aprovechado en proporcionar beneficio personal. Por eso la convivencia con un idiota egoísta solo es posible cuando tu te has convertido en alguien tan mezquino como él. Solo cuando asesinas tu parte social puedes convivir con un egoísta consintiéndole su gilipollez, o porque no decirlo claro... ¡Su pecado!. Si no estás dispuesto a asesinar tu parte social habrá que ir pensando en como neutralizar la idiotez del egoísta, porque no lo dudes, si tú no lo vences a él, él te aniquilará a ti, él o ellos matarán tu ilusión. El Mal es real, y su fuerza tremenda.

En el caso de la Congregación de Palma el Mal, aunque repito, no en exclusiva, era o estaba representado por Aureolis. Esa constatación era clara, tanto como el hecho de que yo no podía salir de ahí. Bueno, si no puedes uhír del mal habrá que enfrentarse a él, ¿no?... o sea que había que actuar... ¿cómo? Pues de la forma y manera que más pudiera tocar las narices, es que yo creo que fastidiar a los imbéciles es un acto de justicia casi divina: lo primero que hice fue pedir un cambio de cuarto, el zulo que me habían asignado no tenía compostura, por mucho que yo me esforzara continuaría pareciendo un baño con cama, o una ducha con armario de formica. Cerca de mi cuarto había uno mejor, pedí ese.

Al solicitarlo el p. Aureolis, paladín de los bobos y capitán de los ineptos se puso nervioso, el cuarto que yo solicitaba llevaba el rimbombante nombre de “cuarto del obispo” porque tal vez hacía cien o doscientos años un obispo dignó tirarse un pedo en aquel habitáculo ¡Vaya Ud. a saber!.

El nombre y su rimbombancia contrastaban con el contenido de la habitación, montada con el mal gusto que distingue aquella vetusta casa o mejor “mausoleo”. Los muebles llenos de polvo desde hacía generaciones, la peste a gato omnipresente en aquel convento, las paredes de color oscuro por el paso de los años, y todo, todo cerrado a cal y canto pero... ¡Era la única habitación que conservaba su estructura original, o sea miraba a la calle!. Daba la sensación que al reformar la estructura del convento desgraciándolo para los siglos, los piadosísimos, bobísimos y mojigatos padres que lo habitaban debieron pensar que un obispo jamás se entretendría a mirar señoritas de vida disoluta por la ventana de su eminentísimo cuarto. ¡Hace falta ser imbéciles!

Aferrándose al pasado glorioso del cuarto el p. Aureolis se negó, el p. López también se opuso y el casi cura Dubi no dijo nada, ni en esa, ni en ninguna otra reunión a la que yo tuviera acceso, era como si los mininos meones de la casa se le hubieran comido la lengüita, ¡tan rubito el! ¡Ay Dubi, que poco ayudaste coño!

La única excepción a la imbecilidad o al silencio bobo la constituyó el p. Géstor. Creo que pilló a Aureolis en unos de sus muchos momentos de oscilación entre la idiotez y la bobería (únicos estados que conoce) y donde había dicho ¡No! Dijo ¡Sí!... ¡Si es que el animalito tenía una constancia!. Dijo sí porque Gestor le levantó la voz, y eso... ya se sabe asusta a los niños y a los idiotas.

En cuanto conseguí el cuarto lo pinté, unté las vigas de madera vista mas secas que un arenque, saqué del cuarto una especie de otomana incomodísima con su colchoneta repleta de nidos de ratas y meados de gato ¡curiosa mezcla!, distribuí los pocos muebles que me quedé si no con mucho gusto sí al menos con criterio práctico, puse cortinas, una jarapa por alfombra, y sobretodo ¡ABRÍ LAS VENTANAS! Joder, por lo menos ya había un rincón donde el alma encontraba descanso. Además de eso compré dos sofás cómodos y por primera vez experimenté el mismo pecado que mis convivientes ¡Que se hunda el convento que yo aquí estoy de rechupete!.

Claro, al poco me entraron remordimientos y decidí pintar uno de los cuatro pasillos, compré la pintura pagándola yo y sin pedir nada a cambio, instalé nueva iluminación en el pasillo, pinté también la escalera que bajaba al claustro, colgué unas antiguas láminas... ¿de que sirvió? Buffff. Pues sirvió para que el p. López cabreadísimo me acusara de haber pintado solo el trozo de convento que conducía a mi habitación ¡Ole tus huevos gilipollas!. Cuando se me pasó el cabreo por la reacción del energúmeno López pinté también un baño, cambié las cortinas y el termo, quedó pasable. Con todo ese ajetreo los padres ameba empezaron a ponerse un poquito de los nervios jajaj, era por lo que he comentado antes, el egoísta tolera muy mal los trabajos en beneficio de todos, y a pesar de la imbecilidad del p. López lo cierto es que había uno de los cuatro pasillos pintados, que por cierto conducía a las habitaciones de todos y además a la capilla.

Otro que se puso en plan chuleta fue Aureolis... ¿por qué?, te cuento, la cosa fue por la nueva iluminación del pasillo, es decir dos faroles comprados por mí con dos bombillas de 60 W. Consideró que aquel gasto era excesivo, el gasto de luz se entiende porque de lo otro no pagó ni un duro. Ay, era verdad, el pasillo contrastaba con la única bombilla de 25 W. Que había en los otros... en cuanto al gasto... ¿te lo cuento despacito? El p. Géstor tenía nevera, televisión, termo, estufa etc... y como él la mayoría, el gasto de electricidad lo pagaba la comunidad o sea que no podíamos poner dos bombillas en el pasillo de todos, pero podíamos derrochar electricidad en los cuartos ¡hay que joderse!

Otro de los gastos que la comunidad controlaba poco y mal era el teléfono, el p. López mantenía larguísimas conversaciones, que muchas veces llegaban y pasaban la hora de duración ¿quién lo pagaba? La comunidad ¡Joder! Yo no podía negarme a ese pago, pero decidí contratar una línea personal y por tanto me instalé un teléfono en mi cuarto, lo pagaba yo, nadie más... ¡oye y les sentó mal!, sobretodo a Aureolis que entre crucigrama y crucigrama tenía el sano pasatiempo de espiar conversaciones ajenas desde el supletorio de al lado de su cuarto. Pues mira, la instalación del teléfono en el cuarto fue mi forma personal de borrarme del despilfarro comunitario, un síntoma más del egoísmo más absurdo. Daba la sensación de existir en aquella casa una máxima vital: La comunidad es buena si puedo servirme de ella, y mala si la he de servir. Oye que nunca lo dijeron así, pero así lo vivían exactamente, y en nombre de Dios ¡ya te vale!.

¿Sabes que es lo que más atacaba de los nervios al p. Aureolis? Que se abrieran las ventanas. Te explico, el pasillo de las habitaciones daba a la calle, una calle del casco antiguo, es decir muy estrecha y poco iluminada. Las ventanas tenían los cristales matizados por lo que nada se veía de la otra parte y además por no ser trasparentes tampoco dejaban pasar demasiada luz, pero es que además las persianas estaban cerradas... resumiendo, tres elementos: persiana cerrada, calle estrecha, cristal opaco ¿resultado? La casa a oscuras de modo que a las doce del mediodía había que encender la luz. Un buen día se me ocurrió abrir las persianas, fue un poema, los goznes

rechistaron tras años de permanecer en inmovilidad absoluta y... ¡se hizo la luz! No mucha pero luz, así quedó de manifiesto el color mugriento de las paredes con todos sus desconchones, pero se veía sin necesidad de encender las luces, repasé con un paño los cristales que, asustados por la novedad, mostraban infinidad de telillas de araña en todos y cada uno de sus rincones, al final miré el pasillo con otros ojos, era cierto que necesitaba una pasada de pintura pero oye, ¡aquello no parecía lo mismo!, volví a mi cuarto a inspirarme en el material que necesitaba... No habían pasado dos minutos y oigo como las ventanas se cierran con estrépito y la voz entre aflautada y gangosa del p. Aureolis maldiciendo en Arameo, quejándose porque las ventanas estaban abiertas, pero oye ¡unas voces! Salí de la habitación y le dije que estaban mejor abiertas había mas luz, el contestó regañándome que así los vecinos podían vernos... ¿vernos?, a ver Aureolis, los cristales son mates, esto no es un baño ni una casa de putas, es un pasillo, lo más que pueden ver los vecinos es una silueta pasando ¿de que tienes miedo Aureolis? ¿qué quieres que no se vea?... Discutir estaba de más, acabó de cerrar las ventanas con la advertencia de que nunca más volviera a abrirlas, yo obedecí y añadí para mis adentros: no las abriré y tampoco pintaré el pasillo.

En la sala de comunidad y en la del teléfono sí me dejaron actuar: lo primero una limpieza, después pintura, cambio de iluminación y redistribución de algunos muebles. Pedí permiso para cambiar las mecedoras impregnadas de orines de gato por cómodos sofás: denegado. Ok. ¡que majos verdad!

De cualquier modo mi cruzada particular contra la indolencia estaba ya en marcha y a quien logré ilusionar fue al director del coro, ya ves, tú puedes pensar que dicho personaje era eso, un músico y punto ¡que va! El director del coro era la sombra que todo lo cubría, el alcahuete que de todo se enteraba, el confidente de mil secretos que manejaba con la astucia de un zorro viejo. Personaje extraño de difícil definición al que sin embargo no encaja para nada el término “buena persona” ni el de “honesto”. En la Congregación parecía ser el custodio de secretos bien guardados que no tenía inconveniente en largar a la mínima si con ello creía ganar algo a cambio. Hombre hábil pero no bueno, inteligente en propio beneficio, marrullero en lo conveniente, irascible en la divergencia, famoso de medio pelo, buen organizador y muchas mas cosas que no apuntan hacia el bien ni del todo hacia el mal, todo él es un arcano que parece situarse por encima de ambos. Mirado de cerca se advertía sin embargo que era el único que había sabido conservar algo de la ilusión y dignidad que la comunidad hacía años que había perdido. Cierto también sin embargo que la conserva era en vinagre, lástima, si hubiera sido en almíbar aquella casa aún hubiera tenido un punto de amarre aunque fuera en alguien que en sentido estricto no pertenecía a la misma.

El director, digo, se ilusionó y empezó a darle vueltas a la cabeza pensando qué se podría hacer por mejorar aquella casa mortuoria y hacerla pasar de apart-hotel egoísta a convento comunitario. ¡Complicadillo el tema!

FRENTE A LOS MISERABLES
LA COBRADÍA ES BLASFEMIA

Otro que le daba vueltas a la cabeza era el joven y cobarde Dubitas, se acercaba la fecha de su ordenación, y se iniciaron los preparativos para el evento. Bueno,

preparar preparar se preparó poco, porque a ver ¿qué podía hacer Aureolis? Pues mira reina tras milenios de inactividad su cuerpecito no soportaba nada, o sea que de Aureolis nos olvidamos. Bien, el p. Géstor tampoco, todavía estaba en edad laboral y no pensaba ocuparse de nada directamente. El p. López sí contribuyó, pero tocando las narices sobre su idea de sacerdocio al pobre Dubitas que acabó de los nervios y salía a llantína diaria ¡Ay López, que bobo eres! Y tú Dubi... ¡Deja ya de gemir como una damisela despechada!. Los que de verdad prepararon algo fueron los del coro, ensayaron los cantos que a Dubi le gustaban y... oye... ¿se preparó algo más? Lo siento no me acuerdo, es decir... creo que ese fue todo el preparativo. Lo cierto es que Dubi era un buen estudiante y no recuerdo si antes o después de su ordenación le ofrecieron la posibilidad de ir a estudiar a Roma, el chavalín obediente hizo la propuesta a la magnífica comunidad, por aquel entonces yo ya asistía a las reuniones sin derecho a voto. La propuesta era interesante, un joven sacerdote de la Congregación estudiando en Roma, posibilidad de dar clases a su regreso, un prestigio cierto para la comunidad... todo apuntaba bien pero... ¡Votaron NO! ¿por qué?

- Pues oye porque si aquí todos somos mezquinos... ¿porque tiene que destacar este?
- Hombre pero la propuesta está muy bien
- Ya, y encima tendremos que seguir diciendo misas, con las ganas que tenemos de quitarnos alguna de encima
- Pero en el futuro será bueno que alguien de la casa tenga más estudios
- Hemos dicho que no, que se quede y diga misas como todos.

Puedes pensar que esta conversación es ficticia, tienes razón, es ficticia en cuanto a las palabras usadas, pero fidelísima en cuanto a los argumentos que expusieron aquel rebaño de miserables. La cosa es que Dubi, por cobarde, tampoco quería hacer nada sin permiso, o sea que la propuesta se fue a la basura ¡Genial imbéciles míos! Por cierto Dubi, ahora que te cuento cosas, ni la hombría ni la fe se demuestran en la obediencia a los idiotas sino al Evangelio que habla de Talentos y esas cosas, te lo digo por si te pilla otra corriente de aire como aquella que no te constipe. ¡Pardillo fuiste por Dios!

Y a todas estas yo ya me encontraba en el último año de estudios, esa parte no había sido especialmente problemática por la humanidad del claustro de profesores como ya he comentado. Quedaba eso sí el examen serio, el que te permitía la licenciatura civil. El encargado de prepararme era el profesor de síntesis, o sea y para que no te líes, era Manuel Bauçà, el mismo buen hombre que me facilitó el examen saliendo de clase y dándome tiempo a elegir un tema. Lo cierto es que de buenas a primeras yo pensé también en examinarme, cuando vi el volumen de los textos me asusté y cuando empecé a resumirlos para retenerlos me empecé a poner de los nervios. ¿Podía yo en aquellas circunstancias preparar aquel examen? Claramente no, yo no me encontraba bien, piensa que lo que aquí cuento en pocas páginas fueron años de mi vida, años en los que la situación era desesperada y desesperanzada, años oscuros y ningún horizonte prometedor. Si el seminario había tenido luces y sombras la Congregación era toda ella una tiniebla absoluta y yo no tenía demasiadas salidas. No, claramente yo no podía concentrarme en una prueba francamente difícil. Además el asunto era claro, ese examen no era requisito necesario para la ordenación, y a mi en aquel entonces lo que de verdad empezaba a preocuparme era el tema de cómo llegar al sacerdocio sin

sucumbir en el camino. ¡Complicado el tema! ¡Pasaron años hasta tener la paz necesaria para superar con éxito ese examen!

SOLIDARIZATÉ CON LOS TRABAJADORES... EXCEPTO CON LOS QUE CONTRATAS TÚ

Con la renuncia a seguir estudiando había que pensar en el tema laboral, no me apetecía en absoluto depender de mi familia, y me sentía francamente mal cuando tenía que pedirles dinero. ¿Recuerdas que te comenté que durante la interrupción de estudios colaboré en una asociación de ayuda contra la droga? Pues añado que los años siguientes seguí colaborando en los pisos de acogida. Normalmente los martes iba a dormir a los pisos y por la mañana me incorporaba a las clases sin pasar por el convento. Los profesores lo sabían y jamás pusieron problemas si algún día me retrasé.

El tema social me gustaba y me gusta, para mi es uno de los pilares de la fe, hacer el bien especialmente a aquellos que más lo necesitan. Por eso, por la experiencia acumulada, que no era mucha pero era, por los ideales de juventud y por vocación cristiana pedí trabajo en el albergue de transeúntes en el que años antes había ido de voluntario. Me aceptaron.

Era y es una organización de Iglesia, defiende a los débiles de fuera e ignora la debilidad de sus trabajadores. Eran los tiempos del Obispo Bou y aún le quedaban años de vida ¿por qué digo esto que ya había apuntado en algún capítulo anterior? Pues porque aunque suene extraño el sistema financiero me resulto curioso: “cobrarás una parte en negro”. Claro, acepté, a ver que iba a hacer, allí todos estábamos igual porque lo cumbayá, y la peruanización de la iglesia de Mallorca había dibujado un sistema financiero de lo social rayano en la misma injusticia que la iglesia denunciaba. El sueldo era pobre, la forma de cobrar más o menos una tercera parte en negro era literalmente miserable. A mi me daba igual, pero oye, que allí había padres de familia y no era plan... ¡Viva el Sr. Obispo y la madre que lo parió! ¡Viva!

EL PSICOANÁLISIS NUESTRO DE CADA DIA DÁNOSLE HOY

Sea como fuere he comentado que el trabajo me gustaba a pesar del sistema de cobro, o mejor dicho de frude, y de la pseudo psicología que también imperaba en ese grupo. Sí, no te extrañes, en aquellos años no se valoraba ni depreciaba tu labor como trabajador, lo que realmente tenía importancia era el sostenimiento de un sistema paternalista en el que la “honestidad” lo era todo. Claro, ahí funcionaban grupillos de autoayuda que aunque no llegaron de forma exacta al albergue en el que yo estaba sí funcionaban en la organización general. Es siempre lo mismo llevado a los niveles de lo absurdo, allí se reunía el grupo de autoayuda y se trataba de sincerarte mucho más allá de la cuestión laboral... ¿es eso correcto? Sinceramente pienso que no y me reafirmo en mi opinión de que ese tipo de grupos son muy útiles cuando es la persona quien los busca, y una tremenda prostitución ética cuando te vienen impuestos. La cosa es que uno de los principales capitostes de la organización exigía a sus trabajadores esa sinceridad y honestidad que todo lo impregnaba, bien curioso resultó el día que él anunció su secularización porque llevaba años manteniendo una relación con una “capitosta” ¡Ay ay!, da la sensación que la honestidad es buena medicina para exigirla a los demás y sin embargo algo a evitar cuando se trata de uno mismo. Oye, muy mal aquello.

Desconozco si a día de hoy se sigue practicando ese tipo de dinámica, si se hace habría que replantearse muchas cosas, no me gusta, no creo que sea bueno, estoy casi por afirmar que es inmoral. No es que no crea en la trasparencia, creo, pero también afirmo que la intimidad de la persona es inviolable y sagrada ¿quién tiene derecho a exigirte formar parte de un grupo de autoayuda? ¿quién se toma la libertad de bucear en los entresijos de tus sentimientos sin tu permiso? Ay... parece que no nos aclaramos mucho en cuanto a herramientas y obligaciones. Una herramienta está para cuando es necesaria, yo puedo necesitar una carretilla en un momento dado, lo que resultaría ridículo es que por ese momento de necesidad tuviera yo que andar con la carretilla todo el día, imagínate entrar en la panadería:

- ¿qué va a ser?
- Lo de siempre una barra de las medianas
- ¿oye y no te molesta ir por ahí todo el día con la carretilla?
- No, no solo no me molesta sino que disfruto porque yo soy muy honesto y por eso me gusta que la gente se asome a mi vida privada en cualquier momento.
- Vale, te pongo la barra, ¿la quieres en la carretilla de la honestidad o te la envuelvo?
- No, no la envuelvas que entonces dará la sensación de que llevo algo escondido, y repito... ¡Yo soy muy honesto!
- Pues ahí va la barra, cuidado al salir no me atropelles a alguien con la puta honestidad.

No, decididamente las herramientas son y están para cuando uno las necesita, pero ojo, quien decide el "cuando se necesitan" ha de ser uno mismo. Cuando es otro quien lo hace por ti es malo. Recuerdo un capítulo estudiado de Moral de la Persona en la que se hablaba de la heteronomía como contraria a la autonomía. La persona ha de ser autónoma y la prolongación de autoayudas o análisis psicológicos más allá de la necesidad real crea personajillos dependientes que en nada contribuyen al bien, sino al mal, al infantilismo vital y ya de paso al sostenimiento de alguna que otra estructura bastante negativa. Daba la sensación que los grupos de revisión de vida de las parroquias y también del seminario estaban presentes en todo lo que la iglesia tocaba. Lo digo en pasado porque no se si se continua haciendo, pero repito, si se hace está mal, muy mal. Además resulta curioso que quienes preconizan la honestidad como virtud mayúscula te tilden de imprudente en cuanto dices algo que a ellos no les gusta, ¿en que quedamos?...

- Ya ves Xisco, aquí de lo que se trata es de decir, expresar sentimientos sin ningún temor
- Ok, entendido, esto es una mierda y tú un manipulador
- Eso es propio de imprudentes
- Y lo tuyo de gilipollas... ¿seguimos con la puta honestidad o ya tienes bastante?

Cuanto daño hace a la iglesia este jueguecito de psicólogos baratos, de verdad, pienso que deberíamos volver al confesionario, la confesión auricular me parece sana.

Cuando alguien tiene un problema de conciencia, alguna duda sobre su actuar acude al confesionario, y si el sacerdote es medianamente sensato, cosa que suele suceder, le sabrá aconsejar y seguramente liberará al confeso de sus temores o

escrúpulos. Decididamente hemos de volver al confesionario y dejarnos de chorradas que ni sabemos manejar ni nos hacen ningún bien. Lo mejor del confesionario es que es un mueble pesado y no se te pega a la espalda como la carretilla comentada un poco más arriba. Sales del confesionario, sales de la iglesia, sabes que puedes volver cuando lo necesites, pero nadie te pedirá más explicación, tu libertad de actuar, incluso de volver a pecar está asegurada.

Por favor volvamos a recuperar la confesión que libera y liberémonos de dinámicas que esclavizan. A veces me da la sensación de que la iglesia en Mallorca (no conozco otra) se ha movido por impulsos malsanos, y cuando una cosa eclesial no ha funcionado hemos intentado ponerla en práctica cambiándole el nombre y la forma y a veces hasta el fondo, es el caso del sacramento de la Reconciliación. Rebautizada, reconvertida y prostituída en grupos de autoayuda y similares.

Cuando la gente se vuelve muy egoísta ignora el confesionario ¿por qué? Pues porque no concede a nadie autoridad moral sobre su vida, puede hacer desastres pero no aceptará que nadie se lo diga, el confesor está para escuchar, corregir, y perdonar si es el caso, y cuando eso molesta porque el egoísmo se ha convertido en el vicio del siglo los confesionarios se quedan vacíos ¿solución? A la confesión la llamaremos autoayuda o algo similar y probaremos si así funciona, con el rollito psicológico y tal. ¡Mal, muy mal el tema!

Nos pasa que estamos inmersos en un mundo de eufemismos, aborto es aborto y todo quisqui sabe lo que es, pero como suena feo lo llamaremos “interrupción voluntaria del embarazo” o sea cuatro palabras en lugar de una ¿por qué? Pues porque suena mejor. Del mismo modo ya nadie dice “asilo” sino residencia de la tercera edad. ¿tercera edad? ¡Anda ya! Gente madurita y punto. Con la confesión pasa lo mismo, lo llamaremos... ¿psicoanálisis autoinculpativo? ¿Revisión de culpabilidad? ¿discernimiento de situaciones próximas al mal?... la lista de eufemismos podría ser infinita. Por cierto no tiene nada que ver pero ¿os habéis fijado en la cantidad de dinero que se invierte en las asociaciones de la tercera edad? A mi me horroriza y creo que debería estar prohibido. La gente que acude a los clubs acude sobretodo a actividades lúdicas, bailar, cursillos de lo que sea, gimnasia, excursiones... etc. Oye, ¿y eso lo hemos de pagar entre todos? No me gusta el tema, sobretodo cuando sabes de gente que está muy enferma, o muy anciana y las ayudas llegan con cuentagotas y después de agotadores trámites. ¿de verdad hemos de seguir subvencionando el baile y las excursiones? Simplemente no lo entiendo. Pero ahora no hablábamos de eso ¿verdad? Jo si es que se me va la olla.

La olla y la cama estaban aseguradas para los usuarios del albergue de transeúntes ¡Toma otro eufemismo! (el nombre real sería Institución Benéfica), aunque para muchos de ellos con limitación de tiempo. Otros en cambio eran crónicos, personas que necesitaban de la institución porque no podían vivir solos. Eran muchos, muchísimos los enfermos psíquicos que con el cierre de los manicomios, perdón he querido decir Hospitales Psiquiátricos ¡Vivan nuevamente los eufemismos!. Muchos digo habían quedado en la calle, de hecho los psiquiátricos solo acogen a personas potencialmente peligrosas, pero ¿qué sucede con los demás?... pues que están en la calle, sin familia y sin nadie que les salude con amabilidad. De esos teníamos muchos, una penita.

Pero oye, que por otra parte eran majetes, si la medicación estaba bien pautada llegabas a descubrir historias muy tristes y también muy interesantes. En el albergue descubrí a muchas personas que llevaban la vida con una dignidad admirable

considerando que la vida los había tratado muy pero que muy mal. Descubrí mucho dolor, pero del grueso, del que hace daño, del que te invalida para el futuro, del que te entierra en vida. Conocí lágrimas de ancianos abandonados por hijos casi asesinos, alcohólicos de supervivencia porque beber no era una adicción sino la única tabla de salvación para soportar el dolor. Legionarios ya muy mayores a los que emocionaba escuchar su himno... Aquel albergue contenía tantas historias como personas y la mayoría eran muy tristes.

Además de los crónicos estaba la gente de paso, personas con problemas temporales de alojamiento que al cobrar su primer sueldo daban las gracias y partían. Otros eran intermitentes, no se les consideraba crónicos pero la verdad es que su aparición a nadie sorprendía desde hacía años. Eran crónicos intermitentes.

Los dramas, y por tanto las situaciones de tensión se producían en invierno. El albergue era grande pero vaya, tenía la capacidad que tenía y cuando estaba lleno pues oye, que no cabían más. Los meses de verano la gente duerme donde sea, pero cuando empiezan las lluvias y el frío arrecia la cosa ya no es tan simple. Decir "no" en verano resultaba sencillo, en invierno era terrible.

Había usuarios violentos, eran minoría pero bastante peligrosos. El grueso estaba formado por gente muy desgraciada pero que te daban las gracias y pedían las cosas por favor, o sea, gente educada, una educación que no entiende demasiado de clases sociales y que es capaz de adornar a toda persona, sea de alta cuna o de zapatilla. Hoy tenemos un problema con la educación, los críos del instituto "semillas de futuro" están mucho peor educados que aquellos pobres hombres con mala suerte en la vida pero con eso que llamamos "formas" ¡Algo está fallando!

Lo peor del albergue era el horario laboral, yo recuerdo guardias de 16 horas seguidas... ¡era demasiado! Entraba a las seis de la tarde y no salía hasta las diez de la mañana del día siguiente. En aquella época empecé a tener problemas de migraña, claro, pensarás que por el horario y lo que suponía de desajuste, no lo creas, la migraña empezó porque el desajuste no era el horario laboral, el desajuste lo vivía yo acarreando ya demasiados problemas, demasiadas preocupaciones, aguantando demasiada gilipollez y con tremenda incertidumbre sobre mi futuro. De cualquier modo nunca participé de grupos de autoayuda, yo creo que de haberlo hecho no hubiera llegado ni al sacerdocio ni a nada digno de mención, lo digo completamente en serio y fundamento mi opinión en la gravedad y vacuidad de una vida heterónoma vivida según las leyes que otros te marcan o según los escrúpulos que otros te imponen. Estoy convencido que el mejor "grupo de autoayuda" es el de los amigos que te llaman imbécil a la cara después de haber trasegado contigo alguna cerveza. Lo de los grupos formales son sustituciones prostituídas de la amistad. Moraleja: quien tiene amigos no necesita sucedáneos.

ALGO DE TONI FERRER
ALGO DE ROMAN FERRER
EN LA SALSA DEL INMOVILISMO

El primer paso formal hacia el sacerdocio es lo que se denomina "admisión a órdenes" eso no asegura nada pero por lo menos es un paso, supone el primer peldaño hacia la ordenación sacerdotal. Yo en eso estaba relativamente tranquilo, la Congregación a la que pertenezco es de derecho pontificio, o sea, para que nos

entendamos, la admisión a ordenes no dependía del obispo Bou sino del superior Aureolis, o sea reina, que la tranquilidad bien podía confundirse con inconsciencia ¡Yo que se!.

Fue, de eso sí estoy seguro, una celebración a la que no concedí mayor importancia, ¿por qué? Pues porque en realidad era un trámite y yo ya barruntaba, no sin razón, que los problemas estaban por llegar. Tan poca importancia le di que solo avisé a mis padres, fue en una misa normal, de turno, a las seis de la tarde y en día laborable, no lo comenté con nadie más. Mi amigo el Toni Ferrer se enfadó porque no le había avisado, no entendí su enfado y le quité importancia al tema. Abría tiempo de celebrar juntos el diaconado o el sacerdocio o eso creía yo, él no lo tenía tan claro y ahora sé que por eso se enfadó, en aquellos momentos él ya sabía a ciencia cierta que tenía cáncer. Con todo el enfado le duró poco y reiniciamos el ritmo de cenita semanal con comentarios sobre la situación ¡Dios que situación más fea!.

En el Albergue de transeúntes me ofrecieron la plaza de Coordinador de Acogida, la subida salarial era muy pequeña pero acepté. Yo venía herido por la autoridad y desde el primer momento tuve claro que yo no quería ser autoridad, en eso sigo igual que entonces, no quiero serlo y... ¡simplemente no lo soy!. Lo peor de la autoridad es ser un mando intermedio, y eso era lo que me ofrecieron.

Si tienes un cargo intermedio y eres bobo o trepa intentarás posicionarte enseguida de la parte del jefe, eso, piensan los necios, facilitará ascensos posteriores. Si el mando intermedio no pierde la cabeza se pondrá de inmediato de parte de sus compañeros... ¿por qué? Pues por la sencilla razón de que pronto o tarde volverás a tu sitio, te retirarán la responsabilidad que te dieron los que de verdad mandan y tendrás que regresar con tus compañeros al mismo nivel que ellos y... si los has puteado ¿cómo te sentirás?... ¡claro, te sentirás fatal de forma bien merecida!. Créeme, si algún día eres mando intermedio intenta favorecer a tus compañeros, es posible que no sigas subiendo escalafón laboral, pero a buen seguro subirás peldaños de humanidad.

Me tomé tan a broma el ascenso que les comenté a mis compañeros que los de "arriba" se habían equivocado y me habían ofrecido una atalaya de poder, claro que al tiempo les expliqué que a partir de aquel momento mi nombramiento no sería de Coordinador sino de "Atalayo", la cosa dio para risas. Intenté y conseguí cuadrar un sistema de turnos que nos dejara cuatro días seguidos libres cada tres semanas. A cambio yo me liberé de las guardias los fines de semana que los tenía atareados en acompañar al p. Aureolis al pueblo... ya hablaré detenidamente de eso. La cosa es que como en el cambio yo resultaba un poco favorecido me cargué más horas de las que me correspondían, de lunes a viernes mi jornada laboral en aquella época rondaba las 60 hs. semanales. Pero me sentí a gusto con mis compañeros y ellos conmigo, eso decididamente era mejor que sentirse a gusto con el capitoste que a la postre y tirando del hilo también era el Obispo Bou. ¡Olé!

La humanidad del padre Aureolis es comparable al flujo sanguíneo de una margarita, es decir, totalmente inexistente. Yo tenía problemas pero la verdad es que jamás se interesó lo más mínimo por ellos. En Mallorca somos especiales en muchas cosas y nuestro lenguaje es más complejo de lo que parece. Cuando queremos decir "sí" decimos "por ventura" y cuando queremos decir "no" decimos "ya veremos". La gente que viene de fuera tiene verdaderos problemas de comprensión de semejante jerga. El p. Aureolis recibía las propuestas sobre futuro con un ambiguo "ya veremos", y mi preocupación por la ordenación con idéntica expresión. Bien, la cosa era clara, en aquella casa nadie aparecía interesado en el hecho de si yo llegaba o no a la ordenación.

Podrás pensar que bueno, que todos somos como somos, pero coño, es que yo ya había invertido seis años y allí no se movía nadie.

Con el joven Dubi la situación ya me cabreaba más, ¿por qué? Pues digamos que por una especie de ley tácita de reciprocidad. Él en su momento lo había pasado mal y yo creo que en algo le ayudé, no fueron pocas las tardes que le animaba a salir a dar una vuelta y sinceramente me preocupé por su problema de dudas entre el sacerdocio o el matrimonio... ¿se preocupó el por mi? No, claro que no ¡Gracias Dubi!

El único que sí lo hacía era el p. Géstor, ¡Ay padre!, ¿cómo juzgarte? En aquellos momento el juicio era favorable, él era el único que mantenía un poco de sensatez en aquella casa. Después... bufff, ya lo contaré.

En el Albergue de transeúntes había gente interesante, entre muchos usuarios estaba un tal Román. Era un hombre que en aquellos momentos rondaría los setenta años, culto, de agradable conversación, catalán de nacimiento y con años vividos en Estados Unidos. También, hay que decirlo, muy fantasioso y claro... con problemas de alcohol. De cualquier modo era una persona a la que jamás se le notaba si llevaba una copa de más. Era un personaje que no encajaba en el albergue, sus habilidades sociales eran claras y el hombre se retraía en aquel lugar, a ciencia cierta sufría en el albergue. Decía ser casado y con hijos, pero bueno, nunca hice mucho caso porque también contaba que había sido amigo íntimo de Salvador Dalí. Era como era pero... buen hombre.

La Congregación está situada como he comentado anteriormente en el sempiterno barrio chino de Palma, no era extraño que de tanto en tanto se produjera algún robo en la iglesia. En esos días se había producido uno con reventón de algún cepillo. A la hora de cerrar la iglesia y solo en los inmediatos días posteriores solíamos vigilar las capillas rincones y confesionarios por si había alguien escondido. Claro, nunca pillamos a nadie, pero en cuanto bajábamos la guardia la posibilidad estaba otra vez presente.

Román no se adaptaba al Albergue, su forma de vestir, pobre pero pulcra, sus maneras... todo en él apuntaba a una buena educación que en aquellos momentos constituía su tabla de salvación. La trabajadora social veía lo que todos, aquel hombre lo pasaba mal, pero ¿cómo ayudarlo? A mi se me encendió la bombilla, desde luego iba a necesitar suerte pero oye por probar... Al día siguiente al final de la comida expuse el tema:

- Hace poco nos han vuelto a robar... tal vez sería conveniente tener en la casa a un portero que además podría encargarse del teléfono y la puerta.
- Sí, no estaría mal pero no podemos pagarlo
- Conozco a uno que se conformaría con la comida y la cama

Para mi sorpresa el asunto no pintó mal, es cierto que en eso como en todo, lo que se imponía no era el deseo de hacer ningún favor a nadie, de lo que de verdad se trataba era de conseguir no tener que descolgar siquiera el teléfono o abrir la puerta... ¿te extraña?. En aquella casa hacía años que todo funcionaba igual, yo por sistema jamás acudía al teléfono, tenía móvil y como he comentado también el fijo en el cuarto, por tanto yo me desentendí del asunto telefónico ¿por qué? Pues porque además de lo comentado en relación al tema telefónico y al gasto comunitario añado que nadie contestaba, los timbrazos se repetían una y otra vez, nadie, nadie contestaba. Las horas en que estaba el cocinero sí, él era el encargado, pero cuando se iba se acabó.

La puerta merece comentario aparte. El timbre de la calle era del tipo portero automático, sin embargo no existían telefonillos por lo cual a la práctica funcionaba como un timbre convencional ¿y que pasaba cuando sonaba el timbre? Pues que nadie iba ¿y si insistían? Bueno... si insistían se conseguía lo siguiente. Uno de los habitantes de aquel apart-hotel se asomaba disimuladamente a la ventana del primer piso que estaba sobre la puerta sin ser visto. Si conocía al que llamaba le gritaba ¡Voy! Y si no conocía dejaba que se le desollaran los dedos tocando. ¿resultado? Pues mira, si quedabas con alguien te tenías que preocupar de estar pendiente porque sabías que de otro modo allí no entraba nadie. Algo curioso, Aureolis nunca esperó a nadie en los años en que yo estuve, sin embargo era un fiel observador desde el ventanuco de las visitas que llamaban... ¿Cómo se le llama a eso? Ah, sí... ¡chismorreo!. Mira, otra virtud que adorna a Aureolis, como las babosas marinas tropicales nos sorprenden siempre con un nuevo iris sobre sus babas.

Todo eso se podía resolver con un portero, y la oferta de tenerlo gratis les pareció bien a la mayoría, digo a la mayoría porque al p. López todo le parecía mal, y el p. Dubi siempre callaba, de cualquier modo Aureolis y Géstor asintieron a la propuesta.

Feliz y contento comenté el tema a la trabajadora social y a ella también le satisfizo la idea. El pobre Román no se lo creía, lo instalamos en mi antiguo zulo, aún así al hombre le pareció estar en la gloria, tenía una habitación para él solo, y eso, después de haber dormido durante meses o ¿años? en albergues con la eterna nana de los ronquidos ajenos era una delicia. Román se lo tomó en serio, le instalé una especie de despachito en una salita que daba al claustro, una mesa, una máquina de escribir, una radio, un cenicero... allí pasaba las horas y era cumplidor en cuanto a la hora de abrir y cerrar la iglesia, responder al teléfono y abrir la puerta. Él ganó calidad de vida... el resto ganamos poder vivir más gandulamente. De cualquier modo la acogida de Roman creo que será una de las pocas cosas que el p. Aureolis podrá presentar ante Dios el día del juicio final. Por las tardes yo solía ir a tomar alguna cerveza con Román a un bar cercano, poco tiempo después supe que las cervezas solo las tomaba conmigo, por lo demás solía pedir algo con más... grado. Agradezco al p. Géstor su humanidad para con aquel hombre, me consta que le daba dinero para sus gastos personales. Tal vez el p. Géstor también pueda presentar algo ante el Padre. ¿quién sabe?.

UNA CASA CON ALMA

Unas líneas más arriba he comentado algo “del pueblo”... ahora lo explico. La Congregación de Palma regentaba por aquel entonces otro convento, el de Porreres. Aquella casa había tenido tiempos de gloria, con figuras sacerdotales de talla en humanidad y santidad, sin embargo la situación era bien distinta en el momento que comento. Hacía años que había fallecido el último sacerdote. Solo dos Hermanos de edad muy avanzada y enfermos custodiaban aquella... ¿“comunidad”?. Ante la situación de decrepitud los superiores de la Congregación decidieron anexionarla a la casa de Palma, y ahí empezó para el convento del pueblo su larga, larguísima agonía y... ¡expoliación!.

La primera vez que fui al convento de Porreres me quedé a cuadros. La casa marcaba ruina por los cuatro costados y sin embargo... Aquella casa me gustó. Tenía un antiguo huerto completamente invadido de maleza pero enorme, las persianas que no

habían caído estaban cerradas pero con todo en los pasillos descubrí mucha más luz que en el mausoleo de Palma a medio día aunque hubiera estado con las ventanas abiertas.

No había luz eléctrica más que en dos habitaciones de las 15 0 16 que llegué a contar. La estética era de los años 40 o anterior, desde las manivelas de las puertas hasta el cable de algodón de antiguas instalaciones eléctricas absolutamente inservibles. Aquello era una sombra de lo que debió ser en sus tiempos, pero debo reconocer que una sombra extrañamente bella, ¡sombra ilustre!.

La comunidad era inexistente a la práctica, los dos hermanos vivían en la residencia del pueblo ¿puedo decir asilo? Bueno, pues ahí vivían. El más joven (muy anciano) de tanto en tanto se pasaba por el convento, los fines de semana a las horas previstas abría la iglesia y desde Palma por turno los padres iban a oficiar la misa y... nada mas. Oh, bueno, sí, casi se me olvida... ¡también se llevaban las colectas!. Espera, espera, te lo cuento despacio: Aureolis "Alí Baba", el capitán de los ladrones, se embolsaba los billetes a la vista de todo el mundo, el resto de moneda la cargábamos los demás. Era un gusto verlo hozar entre las monedas hasta ver aparecer algún billete, su mirada miope se iluminaba por un instante y con gesto automático el billete un momento antes expuesto públicamente desaparecía como por arte de magia en uno de sus bolsillos... ¡Mientras tanto la casa se caía!. ¡Miserable!... ¡Canalla!... ¡Miserable!

Cuando el oficiante era el p. Aureolis "Alí Baba" yo lo acompañaba. ¿Por gusto?... bueno, ciertamente no me importó nunca acompañarlo como favor, el día que descubrí que aquello se había convertido en obligación ya me sentó peor, sobretodo por la racanería de Aureolis que cobraba la misa y mucho más que eso pero no pagaba nunca la gasolina. Un día se lo dije y descubrí que con inmensa facilidad pareció entenderlo ¿lo entendió? Ya lo creo, en cuanto llegamos se fue al cajón de las colectas y me pagó, a él seguía saliéndole gratis se trataba "solamente" de robar un poquito más. ¡Que ameba Señor! Eso sí, me pagó en moneda, los billetes eran de su propiedad. ¡Vomitivo el personaje! ¿Verdad?

Fuere del modo que fuere la casa empezó a hablarme ¿no lo crees?, te diré que pocas cosas hablan tanto como las casas vacías, sobretodo cuando no han sido reestructuradas ni se ha hecho nada en ellas. El polvo lo cubría todo pero te lo prometo, ¡aquella casa hablaba!... ¿qué me decía?, más o menos lo siguiente:

- No mires mi aspecto actual, mírame como lo que fui, fíjate, estoy abandonada y sin embargo la gente llena la iglesia los domingos ¿por qué? Porque todavía me quieren, todavía recuerdan mi juventud, cuando mis paredes eran blancas y la tierra que ahora ves abandonada era un vergel. Mírame bien, soy anciana, abandonada, pero conservo la dignidad de otros tiempos.

Mientras el p. Aureolis oficiaba yo me dedicaba a recorrer pasillos, entrar en habitaciones, en definitiva me dedicaba a descubrir y dejarme sorprender. La casa hablaba, de verdad, hablaba mucho. Al poco me hice con una llave y muchos días saliendo de guardia en el albergue enfilaba el coche hacia el pueblo, el descubrimiento de aquel convento a plena luz del día era fascinante, el inmenso huerto marcaba un pequeño camino hacia la parte primitiva de la Congregación, era una casa que formaba un bloque aparte y que había estado alquilada un tiempo. La ruina también se reflejaba en ella como en todo, pero era una ruina que hablaba de un pasado vivido con ilusión. En esa parte primitiva descubrí unas seis habitaciones muy pequeñas en el piso, la planta baja tenía un retablo que supongo yo sería la primera capilla. También había

pizarras en las paredes, pizarras de tela negra enceradas. ¿Cuántos niños habrían pasado por aquellas aulas?, yo en aquel momento no lo sabía, poco más tarde fui descubriendo una preciosa historia de amor.

La primitiva congregación no era muy antigua en el tiempo, unos cien años. La historia por tanto era relativamente reciente. ¿Lo habían hecho bien los padres fundadores y sus seguidores? La respuesta estaba a la vista, cuando veníamos de Palma, la iglesia aparecía llena ¿era por los sermones de Aureolis? ¡No, claro que no! Era por el amor que el pueblo conservaba y conserva hacia la Congregación. Efectivamente daba la sensación que los padres de aquella casa lo habían hecho no solo bien sino ¡MUY BIEN!

. ¿cuántas horas podía estar yo en aquel convento? Descubrí que nuevamente la casa me respondía con propia voz: "podrías estar aquí toda la vida" ¿me lo planteé seriamente? ¡SÍ!, sin duda ninguna.

En un antiguo cobertizo descubrí el horno, la bugadería, antiguos gallineros, pocilgas y espacio... mucho espacio, todo abierto. Aquella casa continuaba hablando:

- Por favor, no me mires como a esos conventos clavados en el corazón de las ciudades, con claustros cerrados y zonas de clausura, yo no fui concebida de ese modo. Cuando nací lo hice como hija de la tierra en la que estoy, hija de payeses, de hoces, eras y frutales. Hija de puertas abiertas con la llave eternamente puesta en la cerradura siempre franca, soy hija de zapatillas de esparto, de bailes festivos, de recolecciones y vendimias, soy casa de Dios y del pueblo que me hizo, de un pueblo que me engendró desde el amor y al que yo amo profundamente. Mis capillas no tienen rejas, mis cristales no son opacos. No me construyeron distinta a las Posesiones del pueblo, me parezco mucho a ellas porque me hicieron las mismas manos. En mis muros albergué corazones de carne, almas de Dios, gentes que se preocuparon del pueblo que me levantó, y los amo, me aman y los padres de esta casa los amaron y fueron también amados por ellos. Esta tierra que ahora ves llena de matojos ha sido patio de juegos de casi todos los niños del pueblo, en mis muros han resonado alegres voces infantiles que jadeando por las carreras entraban en la capilla a toque de alegre campana a rezar. Fe, risas, música, alegría y trabajo me han adornado durante cien años. No me mires solo con los ojos, por favor mírame con el corazón y dime... ¿puedes ayudarme? ¿puedes encender nuevamente la llama de la ilusión?

EL ESPLAI DE LA CONGREGACIÓN Y LOS CELOS DE LOS MEDIOCRES

Donde se vivía un tiempo de relativa ilusión era en la casa de Palma, yo por lo menos. He comentado que aquel convento amparaba las actividades musicales del coro. Era un coro masculino, las voces blancas las ponían niños que se reclutaban en el mismo colegio otrora regentado por la congregación. Al cambiar la voz, algunos de los chavales que habían formado parte del coro seguían en las cuerdas de tenor o bajo, sin embargo había también numerosas deserciones coincidentes con la adolescencia. Te he contado, casi al principio que yo venía del mundo de los scout, tal vez por eso, o quizás por las ganas de hacer algo en aquella aburridísima y letárgica casa propuse crear una especie de asociación juvenil, un grupo excursionista y de formación complementaria a la familia y el colegio. La propuesta se aceptó sin demasiados problemas excepto el natural excepticismo del p. López que en absoluto respondía a razones sino a bilis.

Iniciamos el grupo junto con el p. Dubi casi a final del curso y dispusimos que a pesar de ser muy pocos valía la pena ponerlo en marcha. Organizamos pues una acampada al Puig de María, un santuario del norte de la isla. La acampada fue bien, risas, buen rollo... fue una acampada breve, creo recordar que tres días más o menos. Lo suficiente para percibir con claridad que aquella era una buena iniciativa. El verano no supuso la interrupción de las actividades, los jóvenes continuaban viniendo al convento o al colegio, nos encontrábamos y organizábamos alguna que otra salida. De cualquier modo lo que teníamos claro era que el curso debía empezarse bien y continuar.

El mes de septiembre, coincidiendo con el inicio oficial de las clases recuperamos totalmente y muy enriquecidas las actividades del grupo. No eran solo excursiones, era también reflexionar sobre temas que creíamos interesantes. Allí vino gente a hablar de drogas, de ética, o de otras cuestiones. Las excursiones también estaban presentes, partíamos los sábados, pernoctábamos y al día siguiente grandes caminatas. El grupo fue tomando forma, cada vez más. Ese fortalecimiento del grupo estaba poniendo de los nervios a dos partes: el convento y el coro ¿por qué? Buff. A ver si te lo puedo explicar.

La congregación se puso de los nervios porque los sábados a la hora de la siesta acudían jóvenes que ya empezaban a sentir como suyo el espacio conventual, se encontraban a gusto allí y claro se echaban unas risas que contrastaban demasiado con los ronquidos de los padres adormilados en sus habitaciones. Consciente de la molestia que aquello podía suponer los hacía pasar a la cocina. Los sábados era día de menú fijo, cada sábado había paella y de postre coca y flan. Claro la coca era grande y nunca la terminábamos, tampoco los flanes, de manera que aquello seguía en la nevera o encima de la mesa esperando al "prime capientis". La cosa es que los jóvenes se relamían mirando aquello y yo creo que aunque solo fuera por educación les ofrecí. Aceptaron claro, se acabaron la coca y los flanes... ¡Que horror!, al bajar el p. Aureolis a ejercer su principio vital de "el primero lo pilla" se encontró con que otros se le habían adelantado. La cosa es que sí pilló un cabréo de pronóstico y lógicamente me regañó. ¡Si la bobería, el egoísmo o la idiotez puntuaran en la vida Aureolis tendría el "meritísimus cum laude"!. No, como nunca he sido obediente seguí metiéndolos en la cocina y sábado tras sábado repetía la invitación. El p. Aureolis también repetía su bronca. ¡A ver quien se cansa antes!

Agazapado el p. López, deseoso de ver fracasar toda iniciativa que no fuera suya esperaba su oportunidad para deleitarnos a todos con sus profundos conocimientos y sabiduría sin par. La ocasión le llegó claro, en una de las broncas de Aureolis también él me echó en cara el despilfarro que suponía para la comunidad invitar a coca y flan una vez a la semana a aquellos jóvenes. ¡Lopezillo hijo, que imbécil eres! Oh, por cierto que me olvidaba, a la primera regañina el p. Dubi desapareció de escena, ya jamás se dejó ver por aquel grupo. El p. López consideraba despilfarro cualquier invitación hecha por mí, fuera a quien fuera, por ese motivo me dejó claro que la comunidad y sus cosas eran solo de los miembros, por tanto, si yo tenía que invitar a alguien a café yo debía pagarlo ya que el invitado era mío... ¿creías que no me acordaría de eso verdad p. López? No me sorprendiste, ya he repetido muchas veces que los idiotas siempre sorprendéis pero cuando el caso es de imbecilidad tan profunda como la tuya nada me puede asombrar. Entretanto el p. Géstor callaba.

Bien, esa era la parte del convento, pero he dicho que muy pronto también el coro se puso en contra. ¿por qué?. Bueno, mejor te explico la dinámica exacta del grupo en aquella época.

Lo que empezó siendo un grupo de adolescentes derivó en un club de esplai, es decir, los mayores venían a hacer de animadores de los pequeños reuniéndolos los sábados para jugar a fútbol en el patio del colegio u otras actividades propias. Al final, cuando los niños ya se habían marchado me reunía yo con los jóvenes. Quiero contarte que aquel era un colegio peculiar. Anexo a la congregación estaba y está situado en una barriada muy degradada de Palma. Las familias del barrio estaban tremendamente desestructuradas, drogas, prostitución, malos tratos... allí había de todo. El club de Esplai era una posibilidad de incidir positivamente sobre esa situación. Los críos, víctimas inocentes de la sinrazón de sus padres disfrutaban unas horas a la semana de un ambiente lúdico, divertido y bueno. Creo sinceramente que aquello podría haber funcionado y sin ninguna duda era necesario.

¿Y el coro? Ah sí, es que se me va la olla. El coro aglutinaba también un grupo interesante, era además un coro con solera, antiguo en su formación. Los que tenían la suerte de tener una voz más o menos potable eran invitados a unirse. Quiero decir con ello que el coro desarrollaba un cometido social importante, más que el esplai en cuanto a dedicación, ensayos, disciplina horaria etc. Dicho esto añado que no todos los niños que sufrían tenían buena voz, por lo tanto muchos de ellos no podían acceder al coro y sin embargo necesitaban apoyo y comprensión. El Esplai hubiera sido un buen complemento, pero... ¿qué pasó? Te cuento, pasó que el director del coro se puso celoso, ¿que cosa tan humana verdad? Cierto, humana, pero triste. Él ya no era el único que organizaba cosas, el coro ya no era la única realidad que funcionaba en la casa, la música ya no tenía la exclusiva en materia de soporte humano. Pues eso, que se puso celoso... ¿un poquito?. Bueno, vale, reconozco que al principio solo un poquito, pero vaya, eso es como un dique que se rompe, al principio hay hilillos de agua, al poco una masa incontenible arrasa cuanto encuentra a su paso. Pero he comentado anteriormente y lo repito ahora que el director del coro era un hombre extraño en el que no encaja el calificativo "buena persona". Siendo retorcido e inteligente no actuó de forma primaria, simplemente esperó su oportunidad.

Por aquel entonces el p. Aureolis con síndrome de abstinencia de flanes y coca ya soltaba sapos y culebras por su boquita, y aunque tiene la voz desagradable consiguió captar de inmediato la atención del director del coro. Bueno, la atención o la mala leche, que de todo hubo. ¿era yo consciente del disgusto de ambos? No, ciertamente conocía el desconsuelo del "prime capientis" destronado, pero ignoraba el malestar del músico ¡Craso error!

Ajeno a aquello que se cocía en vinagre seguimos el curso, al final una acampada a la orilla del mar en la Colonia de Sant Jordi ¡Una delicia! Una semana que estoy bien seguro que muchos niños y todos los que entonces eran adolescentes recordarán. Yo trabajé de lo lindo, vertebré las colonias en torno al relato de una princesa que necesitaba de piedras mágicas para seguir con vida. Redacté los textos que los jóvenes interpretaron teatralmente a las mil maravillas dando verosimilitud a una historia fantástica. Dormimos en la arena de la playa alguna noche y créeme si te digo que aquello, para la mayoría de niños fue una experiencia verdaderamente mágica. Por

lo demás yo vigilaba y cocinaba para todos ¡Si es que la cocina me encanta! Claro, por eso estoy gordo, porque me encanta cocinar... ¡y comer!.

Conjuntada la mala leche del director del coro con el expolio de flanes y coca de Aureolis y todo ello aliñado por una especie de cabreo perpetuo se inició el principio del fin del grupo de esplai. ¿Cómo se hizo?, pues de forma fea, muy fea.

Creo yo, porque no tengo constancia de ello, que se movieron algunos hilos en la sombra, la cuestión es que justo antes de iniciar el curso siguiente los jóvenes monitores me comunicaron que deseaban continuar el club de esplai sin tutelas del convento, o sea sin mi. La cosa me sentó mal y me enfadé, me dio la sensación de hacer de papaíto y eso nunca me ha gustado, les envié una carta en la que yo me apeaba del tren del grupo. A ellos la carta tampoco les sentó bien.

La cosa no acabó ahí, le pedí al p. Dubi que se hiciera cargo del grupo porque era una penita que aquello se fuera al traste, oye y yo pensando que el único problema que tenía el grupo era una especie de rebelión adolescente... ¡Que inocente fui!. Dubi por supuesto se paso por el forro la petición, a los pocos días la carta enviada a los monitores sirvió al p. López para acusarme de no se cuantas cosas y por su parte el director del coro acabó de dar la puntilla final al grupo. Entonces ya me pareció ver exactamente que era lo que había pasado y hasta mi llegaron misteriosas voces:

- Ay, por fin se ha acabado esta pesadilla
- Y que lo digas, ahora ya podré atiborrarme a flanes y coca
- Y yo podré dirigir el coro como lo que soy, único e insustituible
- Sí, y nosotros podremos hacer la siesta.

Bien, muy bien queridos, no hay nada como la paz y la tranquilidad, por eso durante décadas habéis conseguido convertir vuestra casa en un cementerio. Cuando os veo no se si estáis vivos o sois una especie de fantasmas vueltos del mundo de los muertos para regañarme. ¡Descansad en paz necios! ¡Y que el último apague la luz, sobretodo la del pasillo que gasta mucho!.

ESTABA EL SEÑOR DON GATO.
LA ECOLOGÍA COMO CREDO DE NECIOS

Oye, ¿y de la ordenación que hay?, no se que decirte porque allí del tema casi no se hablaba, recuperado el dulce flan y la riquísima coca los temas debían ir con cuentagotas, no sea que se pusieran nerviosos y se les acabara la paz del camposanto.

Después de pintar pasillo y aledaños decidí poner coto a los mininos y sus olorosas marcas. Simplemente cerré las puertas que conducían a las habitaciones y pasillo del piso que habitábamos. Nadie dijo nada excepto el p. López ¡Que cruz de tío! El benévolo y acogedor padre me dio argumentos para que yo entendiera su enfado por cerrar el paso a sus bienamados gatos. Los argumentos era infinitos pero como casi todo podían resumirse en dos, ya, ya sé que lo vengo diciendo repetidamente pero es que soy de mente simple y cuando me complican las cosas necesito simplificarlas para comprenderlas, venga voy, el argumentario podía resumirse en:

a) Tu hace poco tiempo que estás en esta casa
b) Los gatos estaban antes que tu y no tienes derecho a cerrarles el paso.

Bonito el tema ¿verdad?. ¡Bah! No le hice caso ni dije nada, el abría las puertas incansablemente hasta que descubrió que todos los demás las cerrábamos y tal vez empezó a darse cuenta que por lo menos dos de aquellos padres hacía muchísimos años que estaban y tal vez tampoco les agradaba encontrarse la puerta del apartamento apestando a Micifuz. Sea como fuere el asunto quedó en tablas, yo con regañina, el con la constatación de la preferencia comunitaria de poner fronteras a sus bichos.

El amor a los animales, a la naturaleza en general es profundamente humano y humanizador. A mi me encantan los bichos, y por lo que he comentado de mis años en los scout bien puedes suponer que el amor por la naturaleza está bien arraigado.

Últimamente existe una especie de desenfreno por lo ecológico que sinceramente creo exagerado, espera, no te alteres que intentaré explicártelo. La ecología en sentido estricto es la "lógica sobre la casa" (oikos logos) la lógica sobre el funcionamiento de las cosas para que el mundo, la naturaleza, pueda seguir siendo eso, naturaleza y por tanto podamos subsistir como humanos. De unos años a esta parte abundan muchísimo los productos ecológicos, trabajos ecológicos, ropa de vestir ecológica etc. Vale, ya lo he entendido, lo ecológico es importante, yo también lo creo.

Dicho esto permíteme exponer lo que pienso: Pienso que la ecología, siendo importante, es la hermana imbécil de la religión... ¿por qué? Pues porque el daño a la naturaleza se ha inflingido en la medida en la que la persona se ha alejado de sus creencias por otra parte arraigadas en su ser más profundo, las creencias forman parte del ser humano, nos humanizan. Ya en las religiones primitivas, en las que no había ni iglesias ni nada y faltaban milenios para que las hubiera, el bosque era sagrado, se consideraba que en él moraban las ánimas de los difuntos o personajes fabulosos con los que convenía reconciliarse a base de sacrificios u otros rituales... ¿quién hacía daño al bosque? ¡Nadie! Es evidente. Bien al contrario el bosque era lugar temido y respetado, al mismo tiempo fuente de alimento y materia necesaria para la vida... ¿la vida de quien? ¡La vida del hombre! O sea, y para que nos entendamos, el bosque era sagrado, pero dicho esto añado: si lo que estaba en juego era la subsistencia se entraba en el bosque se mataba un bicho, religiosamente se hacía un rito para apaciguar espíritus y... se lo comían. Punto.

En la cúspide de la ecología debe estar el hombre, no por un sentimiento antropocéntrico, sino por pura subsistencia. Dirás que claro, que eso es sabido por todos... Discrepo. A mi me horroriza pensar que los jabones no testados en animales y por tanto muy ecológicos cuestan mucho más que los normales poco ecológicos, y me da pánico pensar que la gente humilde que compra jabones normales pueda ser tildada de antiecológica frente a una pequeña élite que sí pueden permitirse el producto caro haciendo gala de amantes de la naturaleza ¡Vamos anda! El argumento llevado al extremo es el siguiente: El pudiente está más concienciado, el humilde permite pruebas horribles con animalitos. ¡qué malos son los pobres! ¿no? Decididamente hemos de democratizar la ecología, por favor basta de productos que cuestan un huevo porque no llevan pesticidas, y basta de miradas de perdonavidas por parte de las élites ecologistas cuando el ama de casa compra productos acordes con su economía. Me niego a comprar productos ecológicos... ¿por convicción antiecológica? ¡NO! Simplemente porque aunque mi economía lo permite me quiero sentir solidario con la señora o el señor normalillo que saca cuentas a final de mes y para nada quiero que me identifiquen con ningún grupillo de perfectos, bastante pudientes por cierto.

He afirmado que la religión está en la base de la ecología, añado ahora: la ecología es una pequeña parte de la religión. ¿Qué tiene más importancia, un animal sagrado o un animal protegido? es evidente que tiene más importancia la concepción sacral de la naturaleza que la sustitución de la sacralidad por el concepto de "protección".

Estoy hasta el coco de ver lugares que eran protegidos y con un pelotazo se urbanizan, harto hasta la nausea de ver que los santuarios en nuestros pueblos siguen estando relativamente conservados por respeto al pasado de fe que suponen en la historia de nuestros abuelos, lo cual me alegra, y por el contrario otros bosques, sin contenido religioso, arrasados sin misericordia para seguir edificando y enriqueciendo especuladores. Estoy casi convencido que corre más peligro la Sierra de Tramuntana o la Albufera que el monasterio de Lluc. Aunque claro, como el sentido sacral de las cosas se nos está evaporando respetamos poco o muy poco lo sagrado y nos pasamos por el forro lo "protegido". ¡Viva la economía de libre mercado! O sea la nueva religión... ¡Ya te vale!.

La pérdida del sentido religioso afecta a la naturaleza y también a las personas en cuanto son parte de la ella, o tal vez debiéramos decir que son o somos la parte más importante de la naturaleza. Sí, es conveniente que en eso no nos liemos, repito ¡somos la parte más importante de la naturaleza porque el día que afirmemos lo contrario nos autodestruiremos!.

Las personas sobretodo, pero también la naturaleza aparecemos afectadas por la perdida del sentido religioso, nos consideramos "seres" o "entes" pero hemos perdido la sacralidad antropológica y primigenia que nos convertía en "nosotros". Hemos perdido el sentido de especie y por tanto hemos aniquilado cualquier planteamiento moral o ético que resultaba ser entre otras cosas el garante del cuidado respetuoso del medio. ¡Sin ética, sin moral, sin religión... no hay ecología!.

La persona individual, el "ente" no necesita ética, la ética o la moral existen en cuanto los "entes" se agrupan para formar sociedades y consideran a estas, a las sociedades, más importantes que la individualidad. Las formas primigenias de moral o ética aparecen siempre ligadas al sentimiento religioso, ya que el "ente" y la sociedad de entes se han subordinado voluntariamente a la existencia de lo sagrado. Los dioses, o Dios, siempre han funcionado en las sociedades como referentes supremos . La religión, las religiones han sido las morales y éticas primeras y superiores por antonomasia a cualquier otra norma convivencial. Negar esto supone una traición a la antropología más fundamental... ¡Ojo por tanto a lo que negamos ateítos míos!.

Ya, ya lo se, siempre ha habido guerras, y los neandertales se debían dar de palos entre sus distintas tribus, unos "nosotros religiosos" contra otros "nosotros religiosos", pero de cualquier modo pienso que eso era mejor que la actual pulverización de personas solitarias abocadas al desamparo porque los "otros" los ignoran o porque ignoramos a todo lo que no sea "yo". Añado además que los enterramientos rituales o exposición a los carroñeros de los cadáveres esperando su resurrección o su ¿transformación? me parece profundamente más humano que el amasijo de cuerpos pudriéndose al sol fruto de los actuales "daños colaterales", esos ritos primitivos, religiosos en esencia, eran expresión de colectividad, los montones de muertos actuales, fruto de la avaricia ilimitada y de guerras estúpidamente económicas

son fruto de la desaparición de los ideales y el consiguiente conglomerado en torno a los idealismos.

Miramos los detalles de las guerras, olvidamos la mirada amorosa amplia y solidaria sobre las personas que las sufren. Por lo demás, si no quieres que hablemos de la muerte te diré que todo lo actual está falto de cohesión. Celebramos el día del discapacitado, del niño, de la mujer, del trabajador, de los enfermos, de la paz. Joder, todo son "días de", al final yo no se si nos va a quedar año libre. La pulverización de la cohesión, la falta de ideales ha provocado ese florecimiento del "día de" que al final se queda en eso, en un día, el periodo de tiempo que vive una mosca adulta que por cierto no tiene "día de la mosca", ¿será porque hay muchas o por que de necesitar título el día de la mosca debiera llamarse "toda una vida"? vaya Ud. a saber.

Estoy harto de los "días de", aparte de su inutilidad ponen de relieve la pulverización de los sentimientos de la persona. Me recuerdan, esos "días de", a las excursiones programadas en las que el guía marea al personal indicando peculiaridades del paisaje: "si miran por la derecha verán la ermita... y ahora si miran a la izquierda verán el valle, a la parte de atrás si se giran podrán contemplar una bella panorámica, no se detengan, dense prisa..." ¡Que se calle el guía coño, y que me deje descubrir a mi el paisaje!. Esos guías llaman la atención sobre cosas peculiares que es verdad que conforman el paisaje pero en absoluto son el paisaje. ¿qué quiero decir? Pues mira, digo y afirmo que un paseo puede ser magnífico si te dejas impregnar por lo que te rodea.

Debemos dejar de apropiarnos de imágenes y debemos empezar a dejar que los lugares se apropien de nosotros... no concibo otra forma de disfrutar viajando o paseando. Del mismo modo no concibo los "días de" como algo útil, sino como sucedáneos estériles de lo que debiera ser la contemplación del otro, de los otros, de la sociedad y el mundo dejando que sean ellos los que se instalen en mi corazón. Por favor no fabriquemos más "días de", no sirven para nada y ponen de manifiesto un montón de situaciones que debieran estar integradas en el todo, en la forma de ver y entender la vida y que supone el principio de la misericordia, la base, el humus de la religión. Sin religión, sin nada que cohesione o emulsione la existencia, tenemos "días de", tenemos la pulverización humana hasta límites ridículos, parcelaciones infinitas de lo que debiera ser un "todo vertebrado" y se convierte en microscopio de singularidades... ¡Una porquería vamos!

En cuanto a la ecología, que es de lo que hablábamos, pienso que fuera mejor recuperar el sentido sagrado de la naturaleza como obra creada y por tanto inviolable en su conjunto, que defender a capa y espada la subsistencia de animales sueltos, también ellos individualizados por nosotros como queriendo repetir en ellos nuestro pecado y egoísta perversión. Ellos forman parte del Todo, nosotros somos los que nos hemos aislado. Ellos están "religados" nosotros, olvidando la religión, nos sentimos huérfanos y solos.

Claro, ahora me hablarás de las ventajas de la razón y la ciencia oponiéndolas al sentimiento religioso o la fe. Perdona que me ría, no entiendo la bondad del cambio. Que la inquisición y el oscurantismo que propició la Iglesia durante siglos no fueron buenos está fuera de toda duda. Que la razón y la ciencia nos hayan traído la felicidad es más que dudoso. Por favor defendamos cada cual nuestra postura, pero ya vale de remachar clavos que están bien remachados y de miradas optimistas hasta la bobería sobre realidades funestas por muy ateas que sean. La religión tiene pecado, la ciencia tampoco nos ha traído la felicidad. Tal vez fuera ya hora de religar ambos soportes

humanos, la religión sin ciencia está coja y somete, la ciencia sin religión acaba también sometiendo al hombre. La ciencia y la religión deben entenderse entre ellas, claro, eso supondrá olvidar dogmas por ambas partes porque oye, desengañémonos, actualmente hay tanto dogma en una parte como en la otra, y a mi los dogmas, en su mayoría me parecen discutibles y en cuanto a su forma de verdades absolutas, inaceptables. La inquisición religiosa segó muchas vidas, las guerras actuales a partir de la del 1914 o incluso un poco antes han sembrado el mismo mal. Lo uno era religión prostituída, lo otro prostitución de la ciencia. ¿De verdad crees que debemos seguir pegándonos palos?. El torno inquisitorial o el gas de cloro ateísimo, las hogueras en las que ardían brujas o las bombas de fósforo sobre población civil son la presencia del mal que por lo visto no hila tan fino como nosotros entre ateos y creyentes y nos perjudica a todos por igual. Harto estoy de ateos tontos, tanto como de iglesia mediocre y politizada igualmente tonta. Por favor ¡Ora et labora!. Fe y razón no pueden ignorarse por más tiempo, por favor, si hemos de hacer manifestaciones que sean en este sentido. Lo contrario nos perjudica a todos porque pretende negar la mitad justa de nuestra humanidad.

Oye... y ¿a que ha venido este rollo? Ay, pues no se, la cosa es que ahora no me acuerdo de lo que te contaba, ves, cuando repito que se me va la olla es cierto, la pierdo, y eso que me gusta la cocina, si no me gustara perdería la olla, la cacerola y la sartén, venga voy a ver si retomo el hilo de la historia.

A ver, a ver... cuando me he perdido te hablaba de los mininos del p. López ¿no?, bueno pues a ver que más te cuento.

¿Y SI A PESAR DE TODO RENACIERA LA ILUSIÓN?

En el convento del pueblo no había mininos, oye, y si te parece dejamos ya el tema de los Micifuz, total, un mal recuerdo más y punto. Lo que sí había en el pueblo era la parte antigua de la fundación, formaba una casa aparte del gran bloque del convento, como todo lo demás también esa parte estaba herida de muerte, las goteras por doquier, persianas colgando de un solo gozne... ¡todo marcaba ruina! Que pena.

La cosa es que con pena y todo aquello seguía hablando de un pasado digno. La historia de la Congregación en el pueblo se escribe iniciando su andadura en aquella casa. Era cierto que había que efectuar en ella una obra seria, a aquellas alturas de abandono no eran suficientes los remiendos sino una intervención en toda regla. La casa de Palma no aparecía dispuesta a soltar ni una sola peseta de las robadas durante años en arreglar nada del pueblo, ¡que cosas! ¿verdad?. Digo que esa actitud era un insulto a la razón y una total falta de ética ni vergüenza. Hacía décadas que la casa de Palma se llevaba las colectas del pueblo... ¿a dónde iban esos dineros?... Buena pregunta pero por ahora sin respuesta. Lo que yo veía en aquellos momentos era la casa de Palma también en absoluto estado de abandono, sin ninguna intención de hacer más que apaños, pocos y mal hechos, pero ojo, esa casa, la de Palma tenía alquilado el colegio que antiguamente regentaba, alquilados también locales en media manzana, las colectas de Palma y... ¿las del pueblo?. ¡Buff!

Eso yo no lo sabía por aquel entonces pero vamos lo que resultaba evidente es que si había dinero no estaba en las cuentas de la casa. Allí una vez al año se pasaba revista a la economía y oye ¡allí no había ni una perra! Entonces ¿dónde estaba el dinero?.

La cuestión es que al margen de padres ladrones, perdón, presuntos padres ladrones, en el pueblo todo necesitaba obra y algunas partes con mucha urgencia. De entre las urgentes cabía destacar la necesaria en la primitiva casa de la fundación.

Por aquellas fechas en el pueblo, a imitación de otros lugares, se fundó la Asociación de Personas Mayores ¡mira que bien!. La asociación funcionó durante un tiempo en un mediano local del ayuntamiento que al poco quedó pequeño. Por ese motivo se solicitó a la casa de Palma el uso de la casa de la fundación. El tema se debatió poco y mal y la conclusión fue como en casi todo lo comunitario... ¡cortedad de miras!. Efectivamente la casa fundacional se cedió a cambio de... a cambio de...¡a cambio de nada! Eso sí, a breve plazo... ¡solo treinta años!.

Pues eso, el argumento como bien puedes suponer era el de que la cesión mejoraría el estado del edificio. Verdaderamente esa parte se cumplió y se sigue cumpliendo, pero con un poquito más de visión de futuro se podría haber hecho lo mismo a cambio de alguna compensación o alquiler. De cualquier modo eso no hubiera resultado gravoso para el pueblo o los socios de la Tercera Edad puesto que la práctica totalidad de esas asociaciones tienen anualmente las subvenciones necesarias para el uso y mantenimiento de los edificios que ocupan. ¿por qué no se hizo a sí? Pues como todo hija, ¡por pura desidia!.

Oye, y que hace rato que no te cuento nada de la ordenación... bueno pues no te cuento nada porque apenas había nada que contar, vía muerta, interés nulo, gandulería a montones. Por aquellas fechas llegó en Visita Canónica el Delegado de la Santa Sede.

Llegó el hombre con un secretario y la congregación los instaló en dignísimas habitaciones. La del visitador constaba de cama pegada a la taza del escusado, eso sí, con su cajoncito de madera de formica para que no se viera ¡que asco!. O sea que si aquel señor, importante él, quería orinar durante la noche la cosa era complicada, por necesidad debía desmontar el cajoncillo y hacer sus necesidades menores... si eran mayores la complicación era la misma con el agravante de tener el cuarto apestando para el resto de la noche, ¡oye, que la taza estaba pegadita a la cabecera!. Al otro, al secretario no recuerdo bien donde lo colocaron, pero vamos viendo lo poco afortunado que salía el personaje importante ¡Ni te cuento el secundario!.

Estética cutre aparte el Visitador me citó a entrevista. Acudí a la sacristía y me preguntó si podía hacer algo por mí. Le respondí positivamente, necesitaba dos cosas: La primera poner en marcha el proceso de ordenación, la segunda que me diera permiso para –en cuanto fuera posible- reabrir el convento del pueblo. Aquel era un hombre bueno, respecto a la ordenación me pidió paciencia, o sea lo mismo que todo el mundo, sobre la cuestión del pueblo fue más concreto: te daré permiso en cuanto encuentres a alguien que quiera ir contigo, no es necesario que sea sacerdote, aunque sea un estudiante o aspirante te daré permiso. Oye, yo salí contento en ese tema. Ahora la cuestión estaba en encontrar a alguien... La cosa era complicada ya que de boca del Visitador sabía que ninguno de mis compañeros apetecía esa experiencia. Bueno, oye, un problema menos porque la verdad es que a mi tampoco me apetecía ir con ninguno de ellos. Pero entonces...¿con quien?

Fue poco después de la Visita Canónica cuando tuvo lugar el encuentro anual de las casas de España, por aquel entonces se pretendía una fundación en Murcia de modo que allí que fuimos todos. La intención de fundar chocaba frontalmente con la oposición diocesana de quien o quienes debían permitirlo. Se me encendió la bombilla... ¿y si les pido que vengan conmigo al pueblo?. Haciendo gala de la prudencia y paciencia que

siempre me han distinguido los invité inmediatamente a pasar unos días porque, suponía yo, al ver la casa podrían ilusionarse, y si la fundación no era posible en Murcia... ¿por qué no Mallorca?. En Palma no les cayó ni bien ni mal aquella especie de vacaciones, me fui al aeropuerto, recogí a los posibles fundadores y ala, al pueblo.

Efectivamente la casa les llamó la atención ¿a quien no?, al llegar la noche con vela y palmatoria (no había luz) nos fuimos a descansar. De repente pareció que a uno de ellos le entraba desconfianza y se dedicó a cerrar con llave puertas que desde siempre habían estado abiertas, me dio la risa, la mitad de puertas no se podían cerrar de ningún modo, pero dicho esto añado que el huerto del convento tiene una tapia de unos cuatro metros ¿de que tenían miedo?, no se, aquello no me gustó. Menos me gustó cuando al día siguiente uno de ellos traía una lista elaborada durante una noche insomne en la que se leían proyectos, objetivos, mediaciones... Oye, y aquello nada más llegar. Ahí ya vi claro que no serían los compañeros que yo andaba buscando ¿por qué? Pues mira, siendo sincero, porque opino que las personas deben dejarse atrapar por el sitio antes de hablar de proyectos y sobretodo han de aprender a amar a la gente que conforma la realidad en la que ellos pretenden instalarse. El mejor proyecto hubiera sido no hacer nada durante un tiempo prudencial, y una vez conocido el pueblo, la casa, las ilusiones de la gente etc. Mirar si se podía dar respuesta a lo que la gente demandaba. Pero vaya, eso nos pasa muchas veces, damos respuestas a preguntas que nadie formula y al final nos pegamos de morros con la realidad. Además de todo eso seguían teniendo miedo al “hombre del saco”... oye y ahora que lo pienso ¿por qué no decimos a la mujer del saco?.

LOS MIEMBROS Y LAS MIEMBRAS,
LA GILIPOLLEZ DEL LENGUAJE DUPLICADO

En los últimos años hay una especie de manía en duplicar en femenino cualquier referencia al sexo masculino. Al principio me hacía gracia de la de reír, ahora ya me causa nausea. Parece existir una especie de consigna de lo “políticamente correcto” que incluye en cada definición masculina su equivalente en femenino. Nunca más diremos padres, sino padres y madres, nunca mas alumnos, sino alumnos y alumnas y así hasta el infinito ¿por qué? Ay, no se, yo creo que el lenguaje es herramienta de comunicación, pero me da la sensación que en aras al feminismo lo hemos convertido en herramienta de reivindicación. Pero oye ¿reivindicación de que? Ya, me dirás que es una reivindicación del sometimiento secular de la mujer al hombre... tal vez.

Partamos de los términos, actualmente se usa la palabra “machismo” como peyorativa, en cambio “feminismo” es algo bueno que identifica a quien la pronuncia con la lucha de la mujer en contra del hombre ¡que ya son ganas de llamar a eso lucha!. Los términos, digo, me parecen incorrectos, la palabra “macho” tiene su complemento en “hembra” por tanto si hablamos de machismo deberíamos hacerlo también de “hembrismo” ¿no?. Ya se que la palabra no existe, pero vaya, tratar al hombre de “macho” y a la mujer de “fémina” me parece ya de por si suficientemente ridículo. Bueno, en todo caso podríamos buscar el complemento sexual de “fémina” y en ese caso el que mejor me cuadra es el de “varón”. O sea que como inicio diré que necesitamos una readaptación del lenguaje aunque ello nos impulse a crear nuevos binomios: Machismo-hembrismo o Varonilismo-feminismo, elige el que quieras, pero macho y fémina es un insulto a los hombres por agravio comparativo.

No todos los hombres somos machistas, jamás me he tenido por tal, pero igualmente detesto el hembrismo, es decir la identificación sexual por encima de

cualquier otra cualidad humana. No caramba, el sexo es cosa importante, pero ciertamente no tanto como para catalogar las acciones según él, eso de ninguna manera.

Últimamente hay una especie de triunfo de lo extraño y sobretodo un triunfo del hembrismo. Las noticias recogen que esta o aquella empresa está dirigida por mujeres, que esta o aquella mujer ha escrito un libro, o que aquella otra a conseguido desempeñar tal o cual función... ¿de verdad es importante el sexo hasta en eso?. Creo que el hembrismo es una barbaridad, exactamente igual que el machismo aunque ahora el primero esté bien visto y el segundo satanizado. Una reunión de hombres en la que se discrimine a las mujeres me parece una solemne idiotez, pero exactamente igual en sentido contrario.

Sobre el sometimiento secular de la mujer al hombre no cabe negativa, la pregunta es si cuando la mujer se comporta igual de mal que los hombres maleducados les hemos de reír la gracia. A mi no me hace ninguna y a la hora de entablar amistad jamás he mirado el sexo, eso en todo caso cuando era joven lo miraba por otros motivos. Pero perdona, abundemos un poco más en el sometimiento de la mujer... ¿solo de la mujer? Ay, creo que me he perdido algo. La mujer tradicionalmente se ocupaba de la casa lo cual incluía en la gran mayoría de los casos la administración de la economía. En el cuidado de la casa entraba la educación de los hijos y el cuidado de los mayores, verdaderamente era duro pero... ¿qué hacía el hombre mientras tanto? Vale, algún descerebrado se regodeaba de tener una esclava ... ¿era lo normal?, no ciertamente. Mientras la mujer se pelaba las manos en la casa el hombre se arruinaba el espinazo en la mina, en la fábrica, en el campo o en la oficina, o sea que si hablamos de sometimiento hablamos de sometimiento general, no solo de la mitad de la población.

Cierto es que la legislación durante siglos ha contemplado a la mujer como ciudadana de segunda y que la lucha por los derechos ha sido bien legítima y positiva. Dicho esto pregunto si vamos a tener que aguantar el hembrismo beligerante durante mucho tiempo, porque vamos, no siempre se puede vivir de rentas. La mayoría de nuestras madres no creo que se consideren sometidas, en cuanto a las mujeres de mi generación lo del sometimiento ya suena a chiste rancio. Ni te hablo de las hijas de mis amigos, venga, si ellas están sometidas Estrellita Castro, la del clavillo, era prima de Fidel.

La cosa está en que más allá del machismo o el hembrismo, ambas cosas igual de bobas, existe hoy en día el triunfo de lo peculiar. Lo importante no es que se haga un edificio singular, lo importante es si quien lo diseñó es un hombre o una mujer. Si yo fuera mujer me rebelaría contra esa especie de mirada fija en mi sexo más que en mis obras.

El triunfo de lo peculiar abarca muchas cosas cotidianas, si se escribe un libro mejor que sea en catalán, gallego o euskera que en castellano aunque lo lea menos gente, mejor aún si lo escribe una mujer, y en cualquier caso ambas cosas se verán superadas con creces si el escritor es homosexual confeso. Después dicen que la iglesia tiene fijación con lo del sexo ¡Vamos anda! Por cierto que el libro sea bueno o malo es cuestión completamente banal y secundaria.

A mi esto me parece un desbarajuste mayúsculo con consecuencias. ¿qué consecuencias? La perdida de roles. Los hombres triunfan en la medida que se feminizan, han de ser más sensibles, más delicados, mas... en una palabra, mas femeninos. Las mujeres por contra han de ser más emprendedoras, más valientes, en una palabra... más masculinas. El resultado es una especie de androginia generalizada. ¿es eso bueno? Honestamente pienso que no, aunque ya se que lo que digo es total y absolutamente incorrecto políticamente.

Lo de la corrección política es otro topicazo, en pocas palabras una mierda, lo correcto es que el hombre sea hombre y la mujer mujer, con toda la dignidad de ambos sexos, con todo su valor y... ¡Complementariedad! Que palabreja ¿verdad?.

De cualquier modo he dicho, y lo repito que lo políticamente correcto es una bobería. En los institutos, en los que por cierto no hay forma de enseñar casi nada, las chicas visten provocadoramente femeninas y de forma sexualmente explícita en muchos casos, y ellos exactamente igual en su papel de machitos, y yo creo que se pasan por el forro, unos y otras, toda esta monserga modernísima de andróginos asexuados.

Una de las consecuencias de la pérdida de roles tradicionales ha sido el enriquecimiento del mercado laboral, somos el doble que cuando solo trabajaban fuera de casa los hombres, el mundo de la empresa ha quedado muy pero que muy cubierto. Oye, y si la empresa ha quedado tan cubierta ¿de donde hemos sacado la tela? ¿qué hemos destapado? Pues mira, lo que ha quedado destapado es la familia. Venga, no te sulfures que no te pido que estés de acuerdo en nada de lo que digo. Lo único que afirmo es que mi padre nació en el 1919, diez años antes que mi madre, que ambos arrimaron el hombro de lo lindo para hacer de nosotros gente de provecho, y añado que la merienda nuestra era cosa de mi madre y reponer la estanterías de mi padre... oye ¡qué no pasaba nada!. La cosa es que si ambos se ponen a reponer estanterías ¿quién coño da la merienda?. Y si los dos dan la merienda... ¿qué pasa con las estanterías?

Aunque te enfades te diré que la proliferación de guarderías y de residencias de ancianos ha sido proporcional al abandono de la mujer del hogar. ¿Educan bien las guarderías? Para lo que pueden hacer lo hacen bastante bien exceptuando el calor de la familia y el amor, que esos conceptos no aparecen en el recibo mensual que cobran esos establecimientos. En cuanto a los ancianos... pues que quieres que te diga. Estarán muy bien atendidos pero vaya, no me digas tu que no es una solemne putada que nadie quiera cuidarte de viejo cuando has dado la vida por tus hijos. Venga va, ahora hablarme de modernidad, pero en realidad si no cuidamos ni a los hijos ni a los abuelos no es que seamos más modernos, literalmente es que somos gilipollas.

Pero he comentado que esto del hembrismo está bien visto. Fíjate, si hasta hay una ley de paridad, ay, espera que me da la risa. En el colegio del pueblo en que vivo el claustro de profesores está totalmente integrado por mujeres. ¿Aceptaríamos lo contrario con la misma sonrisa? ¿no los acusaríamos de machistas? No se, no se.

Me da que hemos perdido el norte, y añado que en la base de la emancipación de la mujer sometida, y el sometimiento del macho antaño díscolo, lo único que hay son razones económicas. ¡Que no me habléis más de la libertad de la mujer!, que aquí de lo que se trata es de que haya dos pringados que paguen la hipoteca, que con el sueldo del macho solo no basta joder. Pero oye, que no me lo vendáis como un avance porque lo que antes era un “ama de casa” se ha convertido en “sometida a una empresa”, y eso aunque al mando de la misma haya una jefa.

Bueno venga, no hagáis caso, que aquí de lo que se trata es de seguir creando andróginos por una parte y seguir remachando que esta o aquella cosa la han hecho solo mujeres ¿en que quedamos coño?.

En la Iglesia la cosa está clara, el sacerdocio es masculino. ¿Sabes por qué?... no, no creas que voy a exponer razones teológicas, siempre me han liado, la razón que a mi me parece más sincera es por un doble motivo: por tradición, y por estética. ¿No te parecen razones de peso? Oye, pues la mayoría del folklore se sustenta en eso, en el “siempre se ha hecho” con el añadido “siempre se ha hecho así”. La tradición es

también importante cuando hablamos de arte, ¿a alguien que no enfangue la catedral se le ocurre restaurar un retablo barroco añadiendo pintura abstracta?, ciertamente no, y si alguien lo hiciera lo acusarían de asesinar el arte. Claro, repito, desde que han embarrado la catedral ya no se que decir, a lo mejor esa enfangada es la propiciación del sacerdocio femenino. Repito, por tradición y por estética, pero que nadie se enfade, el mundo del fútbol es en su práctica totalidad masculino y a nadie le parece mal. Añado que a mi ni bien ni mal, no me gusta el fútbol.

Existe, es cierto, una reivindicación femenina del sacerdocio, y a mi eso me da pena y risa a la vez. No entiendo que una mujer pretenda ser sacerdote porque el sacerdote (leiturgo) = actor sagrado, representa el papel de Cristo, y francamente me parece ridículo que lo haga una mujer del mismo modo que no se me ocurre imaginarme a María Santísima con barbas o a Robinsón Crusoe representado en el teatro por una señora. ¿tanto os atrae el rollo masculino queridas hembras beligerantes?

La imposibilidad del sacerdocio femenino ha provocado una especie de teología andrógina como respuesta contestataria a lo que llaman la "inmovilidad de la Iglesia" y que por lo que he expuesto a mi me parece sentido común, por eso, por esas ansias de respuesta contestataria de tanto en cuanto y cada vez más se puede escuchar la afirmación que "Dios es Padre... y madre" ¡Ya te vale!. Pero claro el hembrismo está bien visto y no aparece dispuesto a aceptar la reciprocidad, si lo hiciera deberíamos concluir que la Virgen María es Madre... y padre. La cuestión es la anteriormente expuesta, que los hombres sean más femeninos y las mujeres más masculinas. ¡Yo me borro!

La atracción de lo masculino por parte de la mujer es proporcional y equivalente a lo contrario, es decir, al gusto y búsqueda de lo femenino por parte del hombre, pero esa búsqueda, esa atracción no pretende suplantar, pretende complementar. El hombre y la mujer, bien distintos, absolutamente complementarios.

La androginia no es imperante, ¡quede claro!, es una moda de círculos de pensamiento muy concretos aunque presentes en todo el arco social y político, son una minoría que confunde la modernidad con el progreso, y claro, no es lo mismo. Yo puedo ser muy moderno porque uso conceptos del gusto común, eso no significa que en nada haga progresar la historia, Normalmente la vulgarización es enemiga del pensamiento profundo que hace progresar la historia. No es conveniente confundir términos.

Ya que estamos en el tema, y ya que me he cargado no se cuantas cosas "políticamente correctas" os diré otra a modo de apunte. La desaparición del hogar como lugar de vida en común y fuente de amor está en la base de debates como el del aborto o la eutanasia. Los hijos son un bien, los embarazos de adolescentes irresponsables un mal, pero un mal que arranca de la desaparición de padres educadores y la sustitución de estos por mano de obra empresarial que no tiene tiempo para educar ni para amar. El embarazo no deseado... ¿es culpa de los adolescentes? Mil veces no, la culpa es de quien desertó de su responsabilidad de educar a los hijos. En el instituto donde trabajo, o donde lo intento, hay que llamar muchas veces a los padres para comunicar quejas sobre sus hijos. En secretaría existe una lista de números de teléfono de los progenitores normalmente acompañados del siguiente escrito: Trabajo padre... o Trabajo madre... o sea que en casa no hay nadie, y si quieres presentar una queja o intentar una corresponsabilidad paterna debes marcar el número de una empresa donde padre y madre curran que se las pelan para conseguir un futuro profundamente maleducado. Reducir el tema del aborto a la libertad de la adolescente me parece un insulto a la razón si no hablamos de todo lo demás.

Con los ancianos pasa exactamente lo mismo, la palabra sincera es que cuando no son válidos estorban. Repito, eutanasia y aborto tienen mucho que ver con hogares deshabitados . En un hogar abandonado no nacen niños ni mueren ancianos, y la comida normalmente es congelada. ¡Que monada!

Otra consecuencia de la androginia es la desaparición de los límites entre sexos, no es que haya más homosexuales, pero están mejor vistos. Oye, no te enfades, no estoy para nada de acuerdo en estigmatizar a nadie por su condición sexual. La estigmatización no debe producirse en negativo, pero ¡OJO! Tampoco en positivo. Ser homosexual no es un plus. Y concluyo, la mirada sexuada me parece pura ramplonería, me importa un pimiento si el coche que conduzco lo fabricó un hombre una mujer o un homosexual. Lo único que pido es que funcione, y ya de paso que no se me cruce delante ningún chaval a las tantas de la tarde después de haber comido bollería industrial porque en su casa no hay nadie.

OIGA... Y DE LO MÍO... ¿QUÉ HAY?
SONSONETES DE UN OBISPO SORDO

El hombre del saco no vino, ni esa noche ni las siguientes, pasaron los días y los dos invitados marcharon de nuevo a Murcia, de cualquier modo yo debía seguir intentando abrir el convento del pueblo pero... ¿con quien? Con los murcianos no, eso estaba claro.

Por aquellos tiempos en la casa de Barcelona había algún que otro joven, o medio joven. ¿Lo intenté con ellos? Sí, ciertamente. Por ese motivo emprendí la tarea de invitarlos a pasar en el pueblo las vacaciones, parecían ilusionados pero no lo suficiente como para arriesgarse a una aventura, porque oye, allí de lo que se trataba era de iniciar una aventura, sin ninguna seguridad, sin nada. Admito que para ellos era más difícil que para mí, el hecho de vivir en la isla me garantizaba salidas en caso de fracasar el intento, pero ellos debían hacer maletas y claro, no es lo mismo.

Sus incertidumbres eran claras, las mías con respecto a la ordenación también. Seguía trabajando en el albergue de transeúntes, trabajo social que tanto gustaba al Obispo Bou, en el convento hacía lo que podía que era más bien poco, había terminado los estudios y la comunidad me había admitido a órdenes hacía tiempo... entonces ¿por qué el obispo no me ordenaba? Harto de conjeturas decidí coger al toro por los cuernos y solicité audiencia.

El Obispo Bou todavía gozaba de predicamento en la diócesis, quien lo veía de lejos percibía un hombre cercano y amable, eso como todo tenía excepciones, las principales venían del mismo clero mallorquín. De todos era sabido que el Obispo Bou tenía nulo sentido del humor, poca capacidad para resolver conflictos internos y una facilidad pasmosa para cargarte con problemas añadidos cuando le exponías situaciones delicadas. ¿Sabía yo eso? Pues sí, eso amiga lo sabía todo el mundo excepto sus adláteres que al final fueron pocos, y un poco más al final casi ninguno. La cosa es que el secretario me dio cita y allí que fui. Yo estaba nervioso, lógico. Su exposición fue de lo más clarita: “Si es que te ordeno nunca lo haré sin contar con la aquiescencia del rector Cenizas” ¡Ala, chúpate esa mandarina!. Salí del palacio episcopal peor de lo que entré. Resumiendo la situación era la siguiente: Yo había huido de la potestad del Cenizas hacía ya tres o cuatro años. El Cenizas continuaba del rector del seminario a pesar de que resultaba imposible imaginar a alguien que lo pudiera hacer peor. Yo no

era diocesano y a pesar de las zancadillas conseguí acabar los estudios. Nada sabía el Cenizas ni de mí ni de ninguno de mis proyectos, en el mejor de los casos su información sobre mí debía actualizarse y eso precisamente era lo que pretendía el Obispo. ¡Que mal!

Expuse a la comunidad la situación en espera de alguna solución alternativa ¿qué conseguí? Pues la verdad es que muy poco, Aureolis no se veía capaz de hacer nada al respecto, Dubi callaba como siempre ¡silente secular! Géstor me hizo ver que la demanda del Obispo no se ajustaba a derecho ya que al no ser yo diocesano no podía poner condiciones a lo que dependía únicamente de la Congregación, y López... Buff, López se regodeó en la situación poniendo cara de “ya lo imaginaba yo, no te quisiste someter a mi proyecto y no esperes ayuda por mi parte”. ¡Bravo gilipollas!

La cosa no daba más de sí, de modo que me armé de valor y llamé al Cenizas, ¡Dios, que extraña me sonaba aquella voz y cuantas sensaciones desagradables era capaz de producir con solo escucharla!. Por teléfono le expuse la situación, pareció todo lo halagado que se puede sentir un idiota cuando percibe que tras un paréntesis vuelve a ejercer algún poder. Concertamos una cita en una cafetería para dos días después.

Llegué con un poco de adelanto, él también, resultaba curioso, se le veía cara de preocupación... ¿por qué? No tardé en descubrirlo y su exposición fue clara:

- No puedo hacer lo que me comentaste por teléfono, no eres diocesano, en todo caso tu comunidad ya te ha admitido a órdenes y debe ser ella la que continúe con las trámites.

Ok, entendí perfectamente que en los días que habíamos tardado en vernos desde mi llamada telefónica el Cenizas se había informado. Coincidía en su análisis con el del p. Géstor. En resumen, lo que proponía el Obispo Bou no se ajustaba a derecho, entonces... ¿qué hacer?

Muy a menudo las cosas se complican, algunas veces las complicamos nosotros, pero otras... otras nos las complican, lo cual, evidentemente no es lo mismo. Comuniqué a mi súper comunidad la respuesta del Cenizas, nuevamente se repitió el argumento que yo ya conocía, también el silencio perpétuo de Dubi y la mirada de mala uva de López. ¿Y el superior? Ay, a Aureolis parecía que el mundo se le venía encima, no sabía que hacer ni como actuar. Entonces ¿qué hago?... Durante unos meses insistí al Obispo Bou al que sabía ya informado sobre lo que podía y lo que no podía exigir. ¿Su respuesta? Bueno, su respuesta en un primer momento fue la consabida recomendación de oración y esperar. Es curioso lo fácil que tienen pedir paciencia según que personajes. La cosa tiene su gracia, hay situaciones en las que la paciencia es una especie de tabla de salvación, situaciones que no has elegido como la enfermedad, el dolor, la vejez... en las que la paciencia supone aceptación de la realidad porque nada se puede hacer por cambiar las cosas. Otras situaciones como de la que hablamos en las que la paciencia es simplemente una imbecilidad, el Obispo pedía paciencia pero... paciencia ¿para que?.

Supongo que paciencia para que él se decidiera entre seguir apoyando al Cenizas y negándome el sacerdocio o ponerse de mi parte con el consiguiente descrédito del Cenizas. Reconozco que no era una decisión fácil. ¿Sabía el Obispo Bou de la nefasta gestión del Cenizas? Y bueno, yo creo que a esas alturas ya ponía en duda los criterios de tan singular y nefasto personaje, sin embargo una cosa era que lo viera y otra muy distinta que se atreviera a desdecirse de toda una línea que él mismo había propiciado durante años. Como digo la cosa no era fácil.

A mí el consejo episcopal de prudencia... pues como que no lo entendía, aunque sí comprendía la situación del prelado. Por ese motivo llamé una y otra vez preguntándole siempre sobre el mismo tema, yo creo que el pobre hombre al final también estaba de los nervios. En una de esas llamadas en la que supongo que lo encontré con peor uva de lo habitual, me dio una respuesta sincera con un tono de voz de inequívoco enfado: "Ya te dije que tuvieras paciencia, además te digo que no se si quiero ordenarte y en cualquier caso jamás será antes de que sean sacerdotes los compañeros de tu curso, en cualquier caso serías el último". ¡Viva el prelado y su carretilla de honestidad! ¡Viva!

La respuesta estaba clara, lo que no lo estaba era el tiempo que el Obispo me planteaba. Había compañeros muy jóvenes, y en aquel tiempo en el que la mili todavía era obligatoria la espera podía perfectamente alargarse unos dos o tres años sin ningún problema. ¿Estaba yo dispuesto a esperar ese tiempo? Pues no, francamente no. Había que intentarlo de otro modo pero... ¿cómo?

Fue el p. Géstor quien habló sobre la posibilidad de buscar a algún otro obispo que quisiera ordenarme. Aureolis compartía la idea pero dejando claro con palabras y actitudes que él no pensaba mover un dedo. Daba igual, la idea del p. Géstor me había abierto el ángulo de visión. Siguiendo su consejo redacté una carta que debía enviarse a las casas de la congregación existentes en España. En forma breve se solicitaba favor a los superiores de las casas para que gestionaran una posible ordenación con los obispos de sus diócesis, es decir que me ordenaran al servicio de la congregación de Palma, pero lejos de Palma.

Redacté el escrito en nombre de mi superior, el gandulísimo p. Aureolis, él lo firmo con harto esfuerzo y con mirada de imbécil que quería significar más o menos lo siguiente "yo la firmo, pero ya verás como esto no nos lleva a ninguna parte"...

Pensé que la colegialidad de los obispos dificultaría una decisión rápida. Me engañé, y también, debo decirlo, sentí lástima por primera vez en mi vida por el Obispo Bou. La respuesta afirmativa a mi petición fue casi inmediata. Lo que me dio penita fue ver que el Obispo Bou se sentía entre sus colegas tan aislado como yo en su diócesis. En otros tiempos nuestro pastor diocesano había tenido momentos de gloria... ¿los seguía teniendo? No, claro está. Llevaba casi treinta años al frente de la diócesis, un tiempo excesivo que solo se explicaba por la soledad a la que se le había condenado por parte de sus colegas.

Además de eso me sorprendió que quién respondió afirmativamente aceptando ordenarme en su diócesis fuera sobrino del Obispo Bou, era ya como una abundancia en la episcopal desgracia. De cualquier modo yo empezaba a ver la salida del túnel en lo referido a la ordenación. Claro, es necesario que te explique que la ordenación sacerdotal todavía estaba lejos. La admisión a órdenes había sido el primer paso, el segundo era la ordenación como diácono, y solo después de un tiempo se me ordenaría de sacerdote, pero vaya, algo era algo.

Resulta muy complicado describir la angustia y fue curioso porque en el momento en el que las cosas parecían apuntar hacia la solución a mi me invadió un gran desasosiego, no por el futuro sacerdocio que deseaba con toda mi alma, sino porque pareció que de golpe tomaba conciencia de lo complicado que había resultado todo el proceso. ¿Había intentado otras vías por mi cuenta? Claro, me había informado de los requisitos necesarios para servir en el ejército como castrense, aunque ya en aquellos momentos los castrenses como tales eran en realidad sacerdotes contratados. Esa había

sido una posibilidad porque a ver ¿qué puedes hacer cuando tu obispo no te quiere y tu comunidad te ignora? Pues eso, buscar vías alternativas, pero oye ¡con cuanto dolor!.

Recuerdo incluso haberme encarado a un hermoso cuadro del Crucificado que tenía en mi habitación, fue en los días previos a la respuesta positiva sobre la ordenación. Yo estaba desesperado y pregunté a Cristo si pensaba hacer algo, porque oye: ¡No se si te has dado cuenta, pero Tú me has metido en esto y esto no lleva a ninguna parte!... ¿Me escucho Jesucristo? ... sinceramente creo que toda la vida me ha estado escuchando, a mí, a ti, a todos. Sí, creo con toda mi alma en un Dios personal, no en una energía inconmovible.

La fecha para la ordenación de diácono quedó fijada para el día 23 o 24 de Junio de 1995 en la Diócesis de Alcalá de Henares. Una vez que todos los cabos estuvieron atados lo comuniqué en casa con la consiguiente alegría de la familia. Quedaba una cuestión: ¿Cómo se lo tomaría el Obispo Bou?.

Se lo tomó bien. Quiero decir con esto que a aquellas alturas de juego el Obispo no sabía o no podía resolver la situación sin ser traidor a sus principios, sin descalificar a un rector Cenizas al que mantenía en el cargo delicadísimo de rector del Seminario con la oposición absoluta ya de todos y cada uno de los seminaristas. Ordenarme él era un imposible por lo que supondría de contradictorio. Dicho esto añado que la sensación de alivio que a mi me invadió con la solución del tema creo que fue compartida por el Obispo Bou. A él también se le resolvía la papeleta. El asunto estuvo claro en cuanto el Obispo de Alcalá, sobrino como he dicho del Obispo Bou, le pidió informes míos, y los dio favorables.

Quien también se alegró y mucho fue mi amigo Toni Ferrer. Por aquel entonces ya muy menguada su salud yo creo que en más de un momento pensó no llegar con vida a verme sacerdote. Las encías le seguían sangrando, cada vez con más profusión y su cara muy demacrada contrastaba con una evidente hinchazón del vientre cada vez más pronunciada. Me dijo que no vendría a la ordenación de diácono, lo entendí. Puso una excusa, entendí claramente lo que quería decir sin pronunciarlo “no creo que pueda ir, porque me estoy muriendo”. Lo sentí, aquel hombre había sido el pilar fundamental sin el cual sin duda yo me habría venido abajo.

Las ordenaciones en la Diócesis son y eran siempre anunciadas a bombo y platillo, la escasez de las mismas las convertía en acontecimientos importantes y la hoja dominical editada por el obispado recogía todos y cada uno de esos eventos. Fui la excepción, de mí no se dijo ni una palabra. ¿Me importó? Sinceramente no, la Diócesis y yo teníamos un problema de convivencia que arrancaba sobretodo de la fobia que me inculcó el Cenizas y que a día de hoy conservo por el mero hecho de que tan siniestro personaje sigue ostentando poder, mucho más que en aquel entonces, y es que a veces me da la sensación de vivir un mundo irreal donde los mediocres escalan los puestos de poder alcanzando incomprensiblemente la cima. De cualquier modo esta situación, en parte pasada y sin embargo plenamente actual a fecha de hoy (2009) pasará una cara factura a la Iglesia. ¡que pena!.

LA IGLESIA DEL “YO”
O COMO MUCHO... ¡DEL GRUPILLO!

Otra de las cosas que pueden pasar factura a la Iglesia es la proliferación de grupillos. En sentido estricto habría que hablar de sectas, no quiero hacerlo porque ese

nombre tiene connotaciones demasiado negativas y los grupillos no llegan a tanto. Dicho esto quiero añadir que tampoco son positivos, y en más de un caso suponen la fragmentación de la comunidad Cristiana, ya bastante menguada como para que encima la dividamos y subdividamos.

No resulta para nada extraño encontrar misas para jóvenes, para niños, para ancianos, para los quintos del año que sea. Misas grupales en las que en teoría nos sentimos más a gusto porque todos los que estamos somos de los nuestros, o sea del grupillo. ¡me da nausea!

La Comunidad Cristiana debe agrupar, y ciertamente no parece buena cosa que limite la participación a un perfil determinado. Yo tengo 48 años... ¿puedo asistir a la misa de jóvenes? Claro, nadie me dirá que no, pero yo me sentiré incómodo. Tampoco se me ajusta la de mayores por el simple hecho de estar en camino de la vejez, pero todavía a una cierta distancia. Entonces ¿por qué formamos grupillos?

Me da la sensación que la creación de ellos responde al ansia de ser los mejores. Los que organizan parecen pensar "haremos la misa de jóvenes y así podremos poner las canciones que nos gustan a los jóvenes, y también el folklore necesario para que ellos se encuentren a gusto". Perdona, pero a mi no me gusta eso ni un pelo porque supone en la iglesia la repetición de la fragmentación de la sociedad. Creamos guarderías porque nos molestan los críos, entonces los reunimos a todos en un establecimiento y nos podemos dedicar a lo que nos gusta, o en su defecto a trabajar para colaborar en la hipoteca, sea como fuere llevo a los críos a la guardería para que no estorben mi actividad. A los ancianos igual, los llevamos a residencias y ya he hablado antes de las razones del tema, sobretodo porque nos estorban. Para los jóvenes hacemos casas de juventud, y para los maduretes asociaciones de tercera edad. O sea que la sociedad actual me recuerda a esos tableros de conglomerado en los que el elemento de unión es simplemente cola de carpintero que les da una consistencia bastante postiza y del todo artificial.

La Iglesia debería ser una alternativa a ese conglomerado. Afirmamos que la Iglesia es Una, Santa, Católica... ¿una? ¿de verdad?.

Para ser "una" la Iglesia debe acoger por igual a jóvenes, niños, mayores y ancianos, igual a enfermos que a sanos, pero sobretodo ¡debe acogerlos juntos!. Solo en la unión eucarística conjunta se logra la presencia eclesial real.

Pero no. Nos empecinamos en dividir y subdividir y a mi me da pena. Veo grupillos de gente que se creen más comprometidos que los demás, más activos que el resto, más inteligentes que la masa... ¿lo son? La verdad es que en la mayoría de casos sí. Dicho esto añado que todo ese compromiso, toda esa actividad e inteligencia tiene sentido si la ponemos al servicio de todo el pueblo de Dios. Es que lo contrario yo creo que es casi pecado. Fíjate, nos reunimos los mejores para hacer una eucaristía mejor que el resto. Oh, ¡que pena!. Si no somos levadura que haga fermentar toda la masa... ¿de que servimos?. Si somos sal que no queremos disolvernos para enriquecer el conjunto ¿qué mejoramos? Con razón dice el Evangelio que si la sal se hace sosa no vale para nada y la tiran porque no aprovecha.

La autosatisfacción de los grupillos me parece insultante y un punto pornográfica, si a algo se puede comparar es a la búsqueda de placer solo para uno mismo. Lo hacemos tan bien y pasamos tanto gusto cuando solo estamos nosotros que no queremos a nadie más. Claro, nunca te lo dirán así, pero la cosa está clara, cantarán canciones que nadie sabe con el puto coñazo añadido de sus guitarras, harán moniciones que a nadie que no esté iniciado en la sapiencia profunda del grupo le dirán nada,

cambiarán sin ningún reparo la liturgia para acomodarla a sus gustos... Resultado: Pues que aquello se convierte en un grupillo pestilente. ¿por qué hablo de esto ahora? pues porque creo que nos lo hemos de revisar. Yo me siento a gusto cuando en la iglesia veo a jóvenes y ancianos, cuando contemplo todo el arco social real sin divisiones, sin restricciones ni identificaciones especiales. Me siento a gusto cuando me toca sentarme al lado de un enfermo porque yo también se lo que es la enfermedad, me gusta cuando tengo un anciano al lado porque se que puedo llegar a la ancianidad o porque he vivido ya la ancianidad de mis padres con ternura, y me gusta el llanto de un niño en la nave de la Iglesia porque me recuerda a esos troncos viejos de los que brotan tallos tiernos cada primavera.

Vale ya de grupillos, empecemos a trabajar por y para el pueblo de Dios, porque ojo, la cultura farisaica de la salvación para unos pocos quedó superada en la institución de la Eucaristía "por vosotros y por todos los hombres". ¡Mira que majo!, para nada dijo vosotros sois mis discípulos porque sois los mejores, los demás que sigan acudiendo a la sinagoga a escuchar al coñazo del rabino ¡de eso nada monada! O todos o nadie. Más aún. La Salvación nos viene dada en cuanto el sacrificio, la muerte en cruz de Cristo es para todos y para todo "se reconcilió todo el universo en El". O nos salvamos todos o nada mereció la pena. Parece que nos empeñamos en apoderarnos del sentido de la liturgia en beneficio propio, ¡venga ya!, si no nos hemos de salvar todos no quiero ser de la Iglesia. Si la Salvación de Cristo era de grupillo yo me quedo fuera. Si no es una salvación universal no mereció la pena la muerte en cruz.

Tal vez por eso, por lo que he contado, cada vez me siento más subyugado por el latín en los cantos. No, venga, no te lleves las manos a la cabeza, no me gusta la liturgia preconciliar ni pienso dar un paso en ese sentido, dicho esto aprovecho para remarcar que tampoco la postconciliar es buena en su totalidad... ¡bodrios los hay en todas partes! ¡Oye, y que la consagración es preconciliar y no la ponemos en duda, dicho sea de paso caramba!.

La música merece capítulo aparte. La verdad es que continuamente van saliendo cantos litúrgicos promovidos o creados por este o aquel grupillo. Normalmente son de ritmos machacones que encajan perfectamente bien en la liturgia "para", especialmente para jóvenes, aunque quienes dirigen esos grupos sean eternos añoradizos de los setenta y por tanto rondando la cincuentena o más pasaditos. El ritmo a golpe de guitarra (joer, que fijación tengo con las guitarras), el ritmo digo no es apto para la media de gente que acude a nuestros templos, no es música popular, pero nos da igual, si hay que enseñar una nueva canción se tira mano del grupo de moda, o mejor dicho, del último grupo que estuvo de moda, oye y que de eso a lo mejor hace ya veinte años. Se canta la canción domingo sí, domingo también hasta que la gente la tiene oída y bien oída... ¿la cantan? ¡por supuesto que no! Una cosa es que la hayan escuchado y otra muy distinta que la canten. ¿Cómo coño se puede cantar algo tremendamente ritmado cuando se tienen 60, 70 u ochenta años, venga ya, no se canta y punto.

Y ahí empieza la catequesis de los guitarristas y el calvario del pueblo santo. No perderán ocasión para incluirla una y otra vez en el repertorio aunque la pieza sea más fea que pegar a un padre. Y la gente calla que te calla como Jesús ante Pilatos, y ellos berrea que berrea. Por eso digo que la música preconciliar tiene en los momentos actuales su aquel. Claro, me diréis que hay que reenseñarla de nuevo, da igual, que eso no nos preocupe porque la mitad de la gente la recuerdan bastante bien, y a la otra mitad tanto les da aprender el apestoso "santo del oeste" como el Sanctus de la misa de ángeles, con el resultado que una no pasa de moda y la otra sí. La una aparecerá anticuada en cuanto salga otra más "moderna" y la otra ya ha superado con creces el

paso de los siglos. Por favor, amigos y amigas guitarristas, no nos machaquéis más con vuestra catequesis musical, la bazofia que os empeñáis en enseñarnos no nos gusta, pero no porque estemos mal de gusto sino precisamente porque estamos magníficamente bien. Vuestro empecinamiento raya lo enfermizo y jamás, repito jamás podréis comparar el recorrido secular de los cantos en latín con el rollo pseudomoderno de vuestros horribles acordes guitarro berreantes, ¡Dejadlo ya!. Vuestra especie de reivindicación de lo moderno se pega de morros con el más simple gusto estético, y vuestra paralitúrgia pensada para grupillo es un insulto al pueblo de Dios.

¡Jo, que cabreo he pillado con la musiquilla y los grupillos!

PINTOR QUE PINTAS IGLESIAS...
ADIOS, TONI FERRER... ¡AMIGO!, ¡AMIGO!

La cosa musical en la congregación de Palma estaba salvada en las ceremonias principales por el coro. Allí se incluían piezas musicales de reconocida belleza y no demasiada complicación. No, claro, la gente tampoco las cantaba, pero oye, que hay una diferencia entre callar y pasar gusto de lo que se escucha o callar deseando que callen también los berreantes. La belleza de la música en Palma estaba más o menos salvada por el coro.

Pasado el cabreo por lo del esplai rehice como pude las relaciones con el director del coro quien, falso como es, sabe mostrar en cada momento la máscara más convincente. Pronto me hizo partícipe de una inquietud que me sonó como si fuera mía propia. El director del coro planeaba remozar la iglesia.

La iglesia de la congregación de Palma hacía juego con la casa como creo que ya he comentado más arriba, abundo ahora en el tema. Humedades seculares que hubieran podido arreglarse con un repasillo al tejado cada veinte años impregnaban techos y paredes. La manchas, bien visibles habían borrado gran parte de las pinturas que antaño cubrieran la bóveda del templo. Estalactitas de telarañas colgaban desde alturas infinitas y el retablo aparecía como esos dulces que en cuanto los compras en la pastelería te los cubren con azúcar en polvo matando así su primigenio esplendor. Pues eso, el retablo solo se adivinaba tras el polvo de siglos que lo cubría. ¿Se podía hacer algo?, claro, lo suyo hubiera sido encaminar los esfuerzos hacia una restauración en regla del edificio o cuando menos de la iglesia ¿se hizo? No, claro que no.

El director del coro pensó que con el alquiler de una máquina elevadora sería suficiente no solo para limpiar el retablo, sino también para limpiar y pintar la nave de la iglesia. Habló de ello al superior Aureolis al cual el tema no le pareció del todo mal. De cualquier modo no es posible pensar que aquel hombre ameboide pudiera dar una respuesta más o menos rápida y eficiente. Las gestiones, averiguar el precio de alquiler de la máquina, calcular el gasto de pintura y todas las contingencias posibles lo hizo el director del coro de forma muy eficaz. Una y otra vez insistió en el tema hasta hacer comprender al p. Aureolis que la negrura que veía ante sus ojos nada tenía que ver con su miopía, sino con la absoluta suciedad que todo lo impregnaba. Bueno, pues ala, a empezar el proceso de votar para tomar decisiones. La cosa fue bien y salió afirmativamente aprobada la propuesta. Una sola cuestión quedaba por resolver, una tontería... cuando tuviéramos la máquina ¿quién se subiría a ella?, va, venga no marees ahora con eso que eso no era importante, lo importante era que habíamos acordado alquilar la maquinilla, el resto... ¡ya se verá!.

Por cierto, es que como voy de una cosa a otra me pasan algunas por alto y he de volver atrás. Tal como he mencionado la ordenación de Diácono fue en Alcalá de Henares, eso lo he comentado. Lo que no te he contado es que al final de la ceremonia ya acordamos con el Obispo de allí la fecha de la ordenación presbiteral. Quedó fijada para día 23 de Diciembre del 1995. Ay, por fin parecía que llegaba al final del túnel... ¡que largo fue!.

Durante los seis meses que mediaban entre una y otra ceremonia vi como mi amigo Toni Ferrer se iba lentamente. El sentido del humor ácido lo acompañó casi hasta el final pero los últimos meses se limitaba a sonreír en lo que antes hubiera sido una sonora carcajada. Sus ojos miopes conservaban la viveza en la mirada, y tal vez era eso, el contraste lo que llamaba más la atención. Parecía el de siempre pero metido en un cuerpo que poco a poco se deshacía. ¿llegaría a la ordenación sacerdotal? Yo pensaba que lo merecía, sin él todo hubiera sido distinto, mucho más difícil de lo que ya fue. Siempre me apoyó y cuando el horizonte era más negro me animaba, a veces con algo de regañina, siempre con un amor infinito. De su pequeña parroquia salimos que yo recuerde tres vocaciones, un religioso, una religiosa y yo... ¡Gracias! Creo que tal vez por culpa de su carácter no se le reconoció su valía, sin duda la tenía en grado alto. Mientras tanto los días pasaban y él, lógicamente empeoraba. Pocos días antes de la ordenación de sacerdote me comunicó con pesar que no podía ir a Alcalá, puso una nueva excusa que al igual que la de diácono entendí perfectamente, dijo que en la misa nueva no faltaría. Efectivamente no faltó.

La ordenación en Alcalá fue bien, el obispo no puso ningún problema y eso en parte se debe a que nuestro Obispo Bou decidió no ponerlos, de cualquier modo con algo más de valentía por su parte todo hubiera sido más simple. He de añadir que la simplificación no siempre es positiva. Yo pasé un duro camino hasta la ordenación, y como iré contando hasta bastante tiempo después de ser ya sacerdote, reconozco que la dificultad me hizo más persona, no se si mejor o peor, pero por lo menos más experimentado en el mundillo del clero en el que acababa de ingresar. ¿terminaron los problemas con la ordenación?... buff, mejor te lo cuento despacio si no tienes mucha prisa, ahora permite que volvamos al tema de pintar la iglesia.

La cosa era que convencida la comunidad la máquina se podía alquilar. El director del coro apareció un buen día con dos aspiradores nuevos y un montón de bolsas de recambio, también con bidones de pintura y todo lo necesario para iniciar aquella especie de lavado de cara. Era viernes, el lunes traerían la máquina.

El lunes, a las ocho de la mañana vimos aparecer un camión con el prodigio de maquinilla encima ¡Ole Ole! El encargado la bajo del camión y la hizo entrar en la iglesia. A partir de ahí una retahíla de explicaciones sobre como manejarla. Bueno, la cosa no era complicada, y aunque la teología ni la filosofía contaran en aquello un pimiento me aventuré a manipular los mandos en su presencia con éxito ¡Bravo!. La máquina en cuestión se elevaba unos catorce metros que el encargado me hizo experimentar con el consiguiente hormigueo en las tripas en cuanto aquello empezó a elevarse. Ya de nuevo en el suelo nos advirtió que para salvar los peldaños del presbiterio sería bueno poner unos tablones a modo de protección. El director del coro y yo nos lanzamos una mirada cómplice y afirmamos que los conseguiríamos... ¡si nos lo hubiese hecho jurar lo hubiésemos jurado porque allí de lo que se trataba era de que nos dejara solos de una vez con aquel juguete!. Efectivamente el encargado acabó por marcharse y antes de que el subiera al camión nosotros ya teníamos la máquina sobre el

presbiterio... ¿y los tablones?... ¿qué tablones? Venga, que allí de lo que se trataba era de empezar, y además, ¿dónde coño íbamos a encontrar tablones ¡Venga parriba!.

¡Uy!, de cerca el retablo imponía más que de lejos, gotas de cera amontonadas hasta formar auténticos churritones, polvo a manta, y sobretodo suciedad. Empezamos con los aspiradores y aquello no daba abasto, la cosa fue que uno de los aspiradores se declaró en huelga indefinida alegando que no lo habían fabricado para limpiar aquello, que lo suyo era como mucho sorber del parquet el pelo del gato... ¡Que montón de porquería Señor!. Aureolis con su dificultad de dioptrías se miraba la cosa desde el suelo...

-¿quiere subir padre?
- Ñññño
- Es increíble lo que hay aquí arriba
- (marchándose ya) Ñññññno, ñññññnoooooo

El retablo fue lo primero en limpiarse, no bastaron varios días, aspirado todo ello y bajando bolsas de polvo a tope dimos por concluida la primera fase.

Mi sacerdocio también tuvo una primera fase, triste, triste. A mi amigo el cura Toni Ferrer lo volvieron a ingresar. A partir de ese momento el Obispo Bou me hizo un nombramiento de rector de la pequeña parroquia que aquel hombre había regentado durante más de 25 años. Las misas aquellas fueron dramáticas, todos estábamos preocupados, yo creo que a nadie se le escapaba que Toni Ferrer se nos iba. En las plegarias de los fieles rezamos por él, y aquello era gris, un pedazo de historia que se nos escapaba de las manos, que pena. El lunes fui a verlo, todavía no le habían llevado a planta, en cuanto me vio me regañó por haber rezado por él en las misas de la parroquia:

- Pero, oye, lo normal es que recemos por ti Toni... no estás bien
- Ya lo se, pero si lo dices a todo el mundo en mi casa acabarán sabiéndolo y sufrirán

Me puse a llorar sin que lo notara. Sé que él también lo hizo. ¿Tenía miedo a la muerte? No lo se, lo cierto es que no quería causar dolor innecesario, sobretodo a sus padres. Al final claro se enteraron, tal vez, pienso yo, pasó como tantas veces, vemos las cosas pero no queremos aceptarlas y hacemos como que no las vemos. A aquellos ancianos creo que les pasó algo bien similar. En las visitas coincidí muchas veces con su hermana ¡que mujer tan valiente!. Toni estaba nervioso y de mal humor, su principal desesperación tras un tiempo ingresado y cada vez peor era la comida, al pobre lo tenían a dieta y eso a un hombre acostumbrado a comer lo que le venía en gana le resultaba duro. La cosa fue que para cuando le levantaron la dieta él respiró... todos los demás contuvimos la respiración, aquello solo podía significar una cosa: no había nada que hacer.

xxxxxxxxxxxxxxxxxxxxxxxxxxxxxxxxxxxxxxxxxxxxxxxxxxxxxxxxxxxxxxxxxxxxxx

En el convento la máquina continuaba trabajando, por cierto, los primeros días el director del coro se subió al chisme y ayudaba, en cuanto la cosa se puso complicada: Adiós con el corazón... ¡que pájaro señor! La cosa es que después de quitar el polvo había que pintar. Oh, la cosa era complicada, empecé por la parte del retablo, hasta ahí

no había problema, la máquina llegaba sin dificultad. Acabado el presbiterio la bajé y ¡Oh sorpresa! Faltaban unos cinco metros para llegar al punto más alto de la bóveda. Si es que la vida está llena de sorpresas, por cierto, la longitud del brazo retráctil no fue la única. En uno de los desplazamientos por la nave de la iglesia pasó algo; yo "pilotaba" el chisme, y de repente escuché un crujido, la máquina se ladeó y me veo al p. Dubi con cara de haber visto un fantasma ¡uy! ¿qué habrá pasado?, nada hombre, pasó que la iglesia de la congregación de Palma no solo es un cementerio en el sentido de que quienes la habitan están más muertos que vivos, sino que además literalmente viven sobre un cementerio. La cosa era simple, las sepulturas aguantaban bien el peso de los fieles, por demás escasos, pero lo de la maquina... pues que va a ser que no, y allí con crujido incluido el suelo se hundió. Si yo ahora fuera novelista en lugar de relatar el coñazo de mi historia diría que aquello tenía pasadizos y que un penetrante olor a humedad de siglos nos invadió junto a un aire frío y misterioso... La verdad es que no pasó nada de eso. Eran tumbas claro, eso no lo niego, como tampoco el hecho de que antiguamente el convento lindaba con una calle desaparecida a día de hoy y que ostentaba el ilustrativo nombre de "calle del camposanto" o sea que la cosa estaba clara. Allí no había misterio que resolver, allí lo que había era por parte de Dubi un susto mayúsculo por ver la reacción de Aureolis al descubrir su iglesia con un profundo hoyo en el centro... ¡hay que ver de las chorradas que somos capaces de ocuparnos y preocuparnos!. Tras sus lentes de miope el p. Aureolis tenía los ojos desmesuradamente abiertos, su color pasó del cerúleo habitual a rojo airado ¿me regaño? No, eso le honra, sin embargo se apuró, entendámonos, yo también lo hubiera hecho si de mi hubiera dependido la obra. La cosa sin embargo es que todos podíamos dar gracias a Dios, el suelo había cedido con el brazo totalmente retraído, por eso no pasó nada, si en lugar de eso hubiera estado extendido los catorce metros hubieran trazado un compás tremendo que con toda seguridad me hubiera estampado contra el suelo. Creo que eso lo entendimos todos. La cosa es que a partir de aquel momento empecé a tener miedo de desplegar la longitud de la máquina en su totalidad ¿quién sabía lo que podía haber bajo las ruedas?.

Estando de guardia en el albergue de transeúntes, o sea, trabajando, me llamó un compañero, el mismo que años antes había bautizado el grupo del seminario como el "gato muerto" el tono de voz era pesaroso, su mensaje mas:

- Xisco, Toni Ferrer ha muerto

Dejé la guardia y me dirigí al hospital, allí ya había gente, mucha, recuerdo al Sacerdote que regía y sigue rigiendo la asociación contra la droga, otro más que actualmente está en Burundi, mucha gente, mucha, y todos con dolor.

La muerte de los amigos nos sume a todos en amargura, cada amigo que muere es una pedazo de vida que también muere en nosotros porque nuestras historias las hacemos con ellos, ellos forman parte de nosotros y cuando llega la hora de la muerte nos sentimos morir. A mi la cuestión del morir nunca me ha impresionado demasiado si es en primera persona o cuando la cosa resulta lógica bajo nuestro entender. No me impresionó la muerte de mi padre, con casi noventa años consideré que la vida se había portado bien con él, y el morirse no era más que el colofón, un momento pasajero que para los que tenemos fe supone un amanecer que no entendemos y en el que sin embargo creemos.

Tampoco mi propia muerte me importa, si a medio escribir esta página me dicen que hay que morir moriré con gusto. Nunca he tenido ni el más mínimo atisbo de pensamiento suicida ni negativo en este sentido, es simple y llanamente que no me importa. Considero que con casi cincuenta he hecho de mi vida lo que he querido y eso es mucho, muchísimo más de lo conseguido por la media de la gente... ¡hacer el equipaje es lo de menos!.

La muerte de los amigos, la de Toni sí que me impresionó. Tenía 64 años y suspiraba la jubilación. Además de su trabajo en la parroquia de la Resurrección, vecina a la cárcel, hacía años que colaboraba en la asociación contra la droga y se encargaba de ayudar a presos con problemas de ese tipo a asumir la situación de dependencia y buscar solución. También daba clases y eso, por lo que comentaba él, era lo que menos le gustaba, pero claro, de ahí salía su sueldo. No vivía del exánime sueldo sacerdotal muy mal pagado por cierto, y que yo sepa jamás mostró el más mínimo interés económico. Las sopas se las ganaba dando clases como he dicho y me consta que entre sus alumnos de magisterio había dos grupos bien definidos, los que no lo tragaban, y los que aparecían alucinados ante aquel elemento cargado de ironía y fe. Mira, aquello era como todo, la gente de sus clases era fiel reflejo del total de gente con la que él se relacionaba.

De cualquier modo hay que añadir que su muerte fue sentida por muchos. Algunos pocos le reconocían la valía aunque no tragaran con sus formas ásperas y a veces cáusticas, la gran mayoría lo sentimos porque más allá de la causticidad nos habíamos asomado a su interior, y su interior era de lo más interesante.

Recuerdo a la gitana Carmen llorar desconsoladamente, tenía motivos y yo lo sabía porque muchas noches de invierno venía la pobre mujer desde su chabola a pedirle una bombona de butano, Toni la miraba con cara de fastidio casi siempre porque la verdad es que a las horas que se presentaba era un poco fastidioso, a continuación y ya con expresión afable cogía una de las botellas de la parroquia, la cargaba en su coche y la llevaba a casa de aquella buena mujer. Toni sabía de sus necesidades, de sus esfuerzos por superar los problemas de drogas de su hijo, de sus intentos de tejer cestos y venderlos aunque casi siempre le salían torcidos. Carmen la gitana lloró con el desconsuelo de un niño que ve morir a su padre, ella sabía que con la muerte de Toni la vida le sería un poco más difícil todavía.

En la pequeña parroquia todo cambió al poco tiempo. Lo que antes habían sido solares y campos de almendros se convirtió en una urbanización en la que además se construyó un macrocentro de ocio, aquello Toni Ferrer no lo vio aunque sus feligreses de la asociación de vecinos propusieran con éxito que una de las calles de aquella nueva barriada llevara su nombre.

LA PEOR CRISIS NO ES LA ECONÓMICA

La construcción ha crecido mucho en estos últimos años, la barriada de la cárcel no fue sino una más de las muchísimas urbanizaciones, fincas, construcciones que se han levantado en cualquier lugar. Ahora, al momento de escribir estas líneas se habla de crisis con preocupación. A mi me da un poco la risa floja a pesar de ser consciente que muchas familias lo pasarán mal o ya lo están pasando por este motivo. No, de ellos no me río, me río de la sociedad en la que vivo, una sociedad que ha vivido en crisis desde el estallido turístico de los años 60, eso sí, una crisis que era en positivo, de las que daban dinero y hacían crecer la economía, crisis a fin de cuentas.

La palabra crisis significa cambio, es curioso que solo la utilicemos cuando el cambio deriva en no ganar dinero. Cuando ganamos empleamos otro tipo de palabras más amables o mejor sonantes. Lo de ahora, eso que se llama crisis sin ambages porque

nos hace perder, debería llamarse contra-crisis, es decir la consecuencia lógica de la verdadera crisis en la que llevamos metidos cuarenta años y que además ha sido progresivamente acelerada a un ritmo brutal.

Que cosas ¿verdad?, la sociedad que conocimos de niños no tiene nada que ver con la de ahora. Algunas cosas han cambiado para bien, otras en cambio han supuesto una pérdida de la cual yo culpo no a la contra-crisis actual, sino a la crisis primigenia, a aquella que nos hizo perder nuestras raíces y embarcarnos en modelos sociales que nos eran bien alienos. Eso sí, ya he dicho que hemos ganado mucho pero... ¿cuánto hemos perdido?

La ambición desmesurada de riqueza es satánica, de eso no hay duda, como tampoco hay duda que los sacerdotes adoradores de Satán han sido los más enriquecidos por su cornudo señor. No me estoy refiriendo a curas ni a la iglesia, supongo que ya lo has pillado. Me refiero a todos los que han dejado de lado todo escrúpulo y se han enriquecido hasta la saciedad. Bueno hasta la saciedad no, porque la ambición es por definición insaciable, pero vale, ya se entiende. Los sacerdotes del dinero han sido constructores, especuladores, políticos, economistas... y un largo etcétera que por desgracia nos incluye a casi todos.

La cosa es que vivimos una contra crisis. La crisis verdadera empezó como he dicho en el momento mismo en el que pusimos precio a todo lo que teníamos. Cuantificamos el cuidado a los ancianos y vimos que resultaba rentable mandarlos a la residencia para así poder trabajar todos los miembros y las miembras activos y activas de la casa. Echamos cuentas y descubrimos que había que tener pocos hijos o ninguno porque eso garantizaba vivir divinamente. Pusimos precio a montes, costas, paisajes... Empezamos a bailar por dinero y a vestirnos con los trajes típicos para dar gusto a quien nos proporcionaba ganancias. El baile ya no fue expresión de alegría popular, el baile, como todo, se mercantilizó y lo vendimos como folklore, como reclamo turístico.

Nombres que hasta hacía poco tiempo formaban parte de nuestra intimidad geográfica pasaron a convertirse en lugares conocidos universalmente gracias a los negocios que convirtieron nuestro particular paraíso en una colmena de edificaciones.

Esa, querida, esa ha sido la crisis que hemos vivido durante años... ¿y ahora? Bueno, ahora yo creo que todo se va a parar por un tiempo, y pienso además, por aquello de que solo me creo lo que me da la gana, que esto de la crisis no es ni casual ni coyuntural, bien al contrario, pienso, tal vez en mi ignorancia, que es una crisis provocada y además por supervivencia.

Por si no me entiendes permíteme alguna preguntilla: desde los años 60-70, el cambio... ¿ha sido progresivamente acelerado? La respuesta es obvia, sí, progresivamente acelerado hasta alcanzar niveles de vértigo en los últimos diez años.

Contestada esta vayamos a por otra ¿Durante cuanto tiempo más se podía seguir acelerando? Otra obviedad. La respuesta es solo una, ni un solo día más.

Venga... vamos a por la tercera y definitiva ¿por qué no se podía seguir en esa dirección?... Mira, yo te dejo como respuesta mi reflexión, pero recuerda que si no estas de acuerdo no pasa nada:

La cosa no daba más de sí, los jóvenes no quieren estudiar porque últimamente se ha pagado mucho más caro el músculo que el cerebro. Las carreras están desprestigiadas porque un paleta, o mejor dicho, un peón de albañil ganaba más que un médico que ha estudiado un mínimo de seis años. Así claro... ¿quién va a estudiar?. Una sociedad que no produce más que músculo es una sociedad llamada a la extinción. Para subsistir necesitamos músculo, claro está, pero también inteligencia. La crisis de estudio

es también la misma y exacta crisis que viven las familias, los adolescentes, los ancianos, los niños... es la crisis profunda de una sociedad que todo lo centra en el tener, en el poseer, en el disfrutar... una sociedad de este tipo no valora el esfuerzo ni la disciplina, no premia el estudio ni entiende de gratitud ni fidelidad con mayores ni con jóvenes. Tampoco entre pareja... La fidelidad supone esfuerzo y sufrimiento, siempre se sufre por los que amas, y entonces ¿qué hay que hacer para no sufrir? Pues no amar. Así de simple, así de bestia.

Este es el modelo al que hemos adorado, este es el modelo satánico del que he hablado, esta es la sociedad que hemos construido y que amenaza con devorarnos. Por eso, ante el peligro más que real de provocar nuestra extinción, como un postrero grito de alarma agónica hemos pulsado, o "alguienes" han pulsado, el botón de stop. Y eso no ha sido casual, no me lo creo. No me trago que una crisis empiece a la vez en todo el mundo desarrollado, como tampoco me creo, ya que hablamos de incredulidades, que sea casual que en los últimos tiempos la política esté cada vez peor valorada por el común social, es más, creo que ambas cosas tienen mucho que ver la una con la otra.

Casos y más casos de corrupción nacional e internacional en el juego político no parecen ser frutos de casualidades ni del azar. Aquí da la sensación de cocerse algo que apesta, aquí de lo que parece que se trata es de que aborrezcamos lo que tenemos, que despreciemos los valores de ética o moral antiguos y vayamos hacia... ¿lo sabes tu? yo tampoco, pero intuyo que a cualquier sitio de esos cuya definición acaba en "ismo" y que dan miedo, mucho miedo.

Y es que claro, algo hay que hacer porque como he dicho si no hacemos nada sucumbimos, pero ¿sabremos hacerlo bien?, no lo se amiga, no lo se, pero repito, tengo miedo.

Temo cuando veo al adolescente injertado de erizo, cuando veo a los padres ocupados solo en ganar, cuando veo al anciano abandonado y cuando veo que se quiere dar marcha atrás en plena curva y sin visibilidad. Todo me asusta, yo creo que empiezo a hacerme viejo.

Existe un desprestigio sistemático de todo lo que hasta hace muy poco nos vertebraba como sociedad, como país, como cultura... ¿por qué?, ¡no lo se!, y eso me cabrea porque no lo entiendo. ¿Es casual que en poco tiempo todo sentimiento converja en atacar figuras o símbolos, descalificar al contrario desde la víscera, y considerar enemigo al que no piensa como tú?... No se, a mi ya nada me parece casual, será que como tú, Carmen Naranjo, me estoy curando de la candidez. O tal vez sea que con la edad nos hacemos más zorros. Repito, no me creo que nada pase porque sí, antes al contrario, aparezco convencido que todo tiene un "por qué" , totalmente convencido.

Los símbolos no simbolizan, y esa es otra consecuencia de la crisis. Vivimos un enfrentamiento cuajado de mala leche entre nacionalismos, banderas, banderines, himnos, canciones regionales y equipos de fútbol. La pregunta es ¿por qué?

Seamos sinceros a mi el himno, los himnos, ni me van ni me vienen, pero oye, reconozco que son símbolos, y por tanto, por el hecho de serlo representan conceptos que aglutinan un sentir común, o por lo menos común hasta hace poco tiempo.

Ojo con descalificarlos demasiado porque el Credo, la profesión de fe de la Iglesia es también un símbolo, y si lo descalificamos todo, si todo lo común es puesto en cuarentena solo se salva el "yo" y los "ismos" que antes he apuntado, y que añado ahora que están en el origen de todos los males. Por si no lo entiendes te comento que Nazismo, Comunismo, Fascismo... etc. son solo algunos de los muchos, muchísimos "ismos" posibles.

La descalificación sistemática de lo común origina el nacimiento de nódulos grupales en forma casi de metástasis. Es lo de siempre, o trabajamos por lo común o surgen grupillos ¡Que peligro Dios mío!.

No tengo ni idea de cómo suena el himno de Camerún, sin embargo mi desconocimiento no anula su valor. Evidente que no siento hacia ese himno ningún tipo de apego, sin embargo sería incapaz de abuchearlo o silbarlo, primero porque hacerlo es de gilipollas, abuchear un himno o una bandera es una acto animal contra un concepto, ya me dirás tu que tiene que ver el culo con las témporas. Lo segundo porque me parece más violento un abucheo que unos acordes musicales. Mira, para que lo entiendas, durante años me he dedicado a coleccionar himnos y canciones militares, entre esas están las de la Republica Española junto al "Negras Tormentas" de los anarquistas, e incluso las de la Alemania Nazi. ¿Me gustan?, en su mayoría sí, lo digo sin ningún rubor, me gustan porque representan el sentir de una época, son como fotografías sonoras de la historia reciente o antigua... ¿soy por eso republicano, anarquista o fascista? Claro que no, la respuesta es obvia ¿verdad?... entonces... ¿por qué silbamos al himno, porque quemamos fotos regias o de mandatarios, porque nos encabronamos tanto con los nacionalismos?... Todo, no lo olvides, todo es culpa de la crisis. Todo es culpa de despreciar lo común para mirarnos el ombligo, ganar más, tener más, despreciar lo colectivo, fomentar lo personal, ignorar lo común... y de trasfondo la musiquilla de una iglesia también en crisis "me has mirado a los ojos/ sonriendo has dicho mi nombre/ en la arena he dejado mi barca/ justo a ti buscaré (yo) otro mar. De locos reina... ¡de locos!.

Y BOU ME HIZO RECTOR... ¡BENDITA INOCENCIA!

La pintada de la iglesia del convento de Palma también era de locos, pero como todo, una locura que llega a su fin. Fue difícil, muy difícil y ciertamente arriesgado, no pasó nada, o mejor dicho, no me paso nada, porque en aquellos avatares delicados no importa decir que me dejaron bien solito. Acabé la pintada y creo que en libro de actas se escribió algo más o menos amable hacia... "todos los que habíamos trabajado". Y oye, me sentó mal caramba, porque el "todos" era una mentira, Lo fácil fue compartido porque era fácil, pero en cuanto la cosa se complicó allí no hubo nadie. Bueno es igual, no lo hice para que me lo agradecieran, pero reconozco que un poco de gratitud hubiera sido condición mínima exigible. Lo cierto es que la decrepitud de aquella casa empieza por la mala educación, arraiga en el egoísmo gandul, y desemboca en la desolación y la muerte. En fin, no pierdo la esperanza de ver caer a aquellos que en nombre de Dios ejercen de diablos. ¡Menudo cuajo tienen!

A la muerte de mi amigo Toni Ferrer el Obispo Bou me nombró rector de la parroquia de la Resurrección, todo un detalle. ¿Me hizo ilusión?... No, la verdad es que ninguna. ¿Por qué? Pues porque para entonces como ya he comentado más arriba el divorcio entre la diócesis y yo era muy acusado. Sentía que nada debía a un obispo cabezota que se empeñaba en mantener en su puesto de rector del seminario, a mi amiguito Cenizas, el mismo obispo que no había puesto problemas a que me ordenaran mientras... ¡lo hicieran lejos de casa! En fin que no, que no me sentía ni me siento en deuda con eso que llamamos diócesis. ¿Acepté el cargo? Pues sí, pero solo por amistad con el difunto rector y también, porque no decirlo por amistad con las personas que formaban aquella pequeña, diminuta parroquia.

Fue un sí con la boca pequeña y poco convencido ¿por qué? Pues porque yo trabajaba en el Albergue de transeúntes, ejercía de sacerdote en la Congregación de Palma y ayudaba también en la del pueblo, pintaba la iglesia con la maquinilla retráctil y además, a que negarlo, estaba cabreadillo.

Acepté sí, no recuerdo el cuando del nombramiento, pero sí el como, recuerdo que la conversación con el Obispo Bou fue breve, pero lo suficientemente clara para que su Eminencia Reverendísima me recordase que mi ordenación se debía... ¡a que él no había puesto problemas!, ¡Dios mío, es que los imbéciles no tienen compostura! Que quería el Obispo Bou ¿gratitud?... "gracias Sr. Obispo por haberme puteado mucho durante años, y porque gracias a su puteo me siento mejor..." ¡Es que de verdad la cosa era para mear y no echar gota! ¡Oye y que hay quienes lo añoran! ¡Ya les vale!.

Bien, la cuestión es que acepté el nombramiento, me mordí la lengua para no soltarle cuatro inconveniencias y dejé claro que ejercería de rector hasta el mes de junio ya que debía compaginar varias cosas y no me era sencillo. El hombre pues... que quieres que te diga, que me debió escuchar con la oreja del sonotone después de desenchufarlo. ¿Por qué lo digo? Pues porque para septiembre yo todavía andaba como putilla por rastrojo harto de decir misas por un tubo y encima esperando el feliz advenimiento de un verdadero rector. Siempre me supe de paso y por emergencia, pero oye... ¡que el rector no llegaba!.

Y claro, pasó lo que pasó, o sea que me harté de ir y venir a una parroquia que exigía más de lo que yo podía dar combinando misas de congregación, misas de parroquia, y guardias de albergue con noches incluidas. Un rollo tía. Total, que en una de estas, con la prudencia que siempre me ha caracterizado me voy a la parroquia a decir la misa del sábado, y al final, en los avisos hago un ruego: "Por favor, si es posible id en comisión a hablar con el obispo para que manden ya al nuevo rector, yo por mi parte llevo muchas llamadas telefónicas con él y con su vicario general, y siempre me dicen que sí, pero la verdad es que no mandan a nadie. Por favor, id vosotros a ver si os hace más caso".

Bueno, eso fue todo. Lo dije y me quede descansado. ¿Consecuencias? Joder, claro que las hubo, el obispo me llamó y me soltó una solemne regañina aduciendo que yo había lanzado soflamas contra él. Si hija, ¡soflamas!... claro y tu te preguntas ¿qué soflamas? Ah, yo tampoco lo se, pero el obispo lo ha dicho o sea que eso es lo que hay.

¡Ay Señor!, es que en esta diócesis, y supongo que en casi todas, a la que te ponen una etiqueta no te la sacudes de por vida, que razón tenía mi amigo Toni Ferrer. Bueno, es igual, no me preocupaba en aquel momento, sigue sin preocuparme a día de hoy. De cualquier modo lo del Obispo Bou fue de juzgado de guardia... pero tranquila que aún hubo más. Total que soflamas no hubo, pero sí reprimenda porque según él sí las hubo ¡Que cruz!

MÁS ALLÁ DEL MAR HABRÁ UN LUGAR...

Entretanto el trabajo en el albergue era de esos que no permiten a los demás un excesivo control sobre tu persona, los horarios eran cambiantes y para colmo de dichas me nombraron coordinador de acogida como ya he comentado. ¿Qué era eso? Pues nada, lo que parece. La fase de acogida se llevaba el grueso de los internos, eran gentes que llegaban a trabajar a Mallorca, o también crónicos a los que no se les podía ofrecer otro servicio. Venga, ahora no me voy a enrollar contándote como funcionaba el

albergue, creo que sería cansino y además supongo que funcionaba como casi todos los albergues de ese tipo. Ya he comentado algo más arriba y no me quiero repetir en exceso.

La cosa digo es que ese tipo de trabajo es de difícil control. Alguna noche me llamaban a las tantas porque algún compañero enfermo no podía continuar y era necesario sustituirlo, y allá que iba yo o cualquier otro a hacer la suplencia. Otras veces a la hora de salida la cosa se complicaba y en lugar de acabar a las diez de la mañana se hacían las doce o más. Como digo la cosa era de difícil control. Y he dicho que eso a mi me beneficiaba... ¿recuerdas que te he hablado de la casa del pueblo? Sí, la casa que me hablaba... Bueno pues oye, que entre que se enteraban de mis horarios y entre que no, la cosa es que yo iba al pueblo casi a diario. Me paseaba por la casa y lo cierto es que cada vez tenía más clara la convicción que merecía la pena intentar reabrirla, era una convicción inversa a la que tenía en Palma, la congregación de la cual estaba y estoy totalmente convencido que lo único que merece la pena es cerrarla.

Tan fuerte era la ilusión que ya imaginaba yo una verdadera comunidad residiendo allí, en aquel pueblo, entre aquella gente. Debía ser una comunidad verdadera, es decir, que no funcionara por decretos o normas, sino por amor, por ideales, por Dios... qué difícil parece ¿verdad?. Y es que cuando necesitamos poner normas es porque ni la lógica ni el amor funcionan. Aquella Comunidad debía ser un lugar de alegría real, no de lema pronunciado con cara de apagavelas... Y así iba yo soñando despierto, entraba en esta o aquella habitación vacía y soñaba, iba a la capilla y seguía soñando, me sentaba en un banco del huerto abandonado e imaginaba risas y oraciones, con toda normalidad.

Hacía ya un tiempo de la Visita Canónica. He comentado que el p. Ríos, Delegado de la Santa Sede, me había autorizado a reabrir el convento del pueblo si lo hacía con alguien, aunque fuera un estudiante. Pero... ¡pero no había nadie!, ni estudiante ni no estudiante. El horizonte aparecía despejado, estéril, vacuo.

Tras varios intentos de traer a alguien, y con algún fracaso más, parecido o peor que el de los murcianos, me enteré que en la casa de Barcelona había un padre recién ordenado con una problemática que yo erróneamente interpreté como parecida a la mía: Mala relación con el cardenal, y en su caso agravado el tema con una depresión de caballo y la prohibición de decir misa en la diócesis de Barcelona. Y yo... ¿qué quieres que te diga? Pues que por aquello de la asimilación de ideas me vi reflejado en él, o sea que no tardé mucho tiempo en contactar y decidimos hacer una experiencia de unos días a ver que resultaba de todo aquello.

Vino, estaba muy deprimido, le acompañaba un hombre de unos setenta años al que él llamaba hermano aunque en sentido estricto no era hermano más que de los suyos de sangre, cara de buena persona, enjuto, con un halo místico y palabra amable. El padre era el complemento contrario, muy grueso, de humor ácido que parecía brotar con la fuerza de lo reprimido, también amable y... por supuesto, enfermo.

Fuimos al convento del pueblo, ¿les gusto? Sí, sin duda desde el primer momento, y es que aquella casa tenía... no se, era toda ella un diálogo antiguo que aún resuena en los ecos, en los rincones. Claro, el convento estaba hecho una penita en cuanto a cuidados, pero eso lo sabían antes de venir. El padre, al que llamaremos Gordo por ser real su gordura y porque también existe ese adjetivo como apellido, tenía entre muchos otros un problema de claustrofobia, por eso no dudé en dejarle el mejor cuarto

de la casa, el único con luz eléctrica que tenía además dos ventanas, y vaya, para evitar ahogos nocturnos pensé que sería lo mejor. El hombre lo agradeció casi como una deferencia a la edad, porque a todas estas hay que añadir que el p. Gordo me ganaba de unos 14 o 15 años, por aquel entonces yo tendría 37 y él unos 52.

Los día posteriores los dedicamos a recorrer la isla recalando siempre en el convento del pueblo donde dormíamos, hicimos alguna excursión a pié lo cual para el "hermano" al que llamaremos De Soria, suponía un verdadero milagro ¿por qué?
No tardé en enterarme que la vida del p. Gordo y del Hermano De Soria en Barcelona era penosa. El padre se pasaba semanas y meses sin salir de su habitación a causa de una depresión galopante que lo encerraba en sí mismo sin dejar un resquicio a nada que no fuera contemplarse y compadecerse. De Soria lo atendía en algo que iba más allá de la amistad y que yo entendí como un afecto sincero por alguien que padece.

Contaron poco de su historia en aquellos primeros días, sin embargo aunque escasos fueron suficientes para vislumbrar un par de cosillas:

La primera que de ningún modo el p. Gordo podía continuar en su estado de enclaustramiento enfermizo.

La segunda que la congregación del pueblo le liberaba de la prohibición de celebrar la eucaristía en Barcelona, en Mallorca tal prohibición no regía a menos que el obispo Bou decidiera también él suspenderlo de ministerio en su diócesis.

Que al hermano De Soria parecía hacerle ilusión la aventura del pueblo, sobretodo en cuanto ello pudiera suponer alguna mejoría en el p. Gordo.

Y es que claro, por lo que contaban en aquellos momentos, y que repito, fue poco, la experiencia de Barcelona no había sido demasiado buena. De hecho De Soria decía no poder hacer nada allí, no tenía ni voz ni voto y de hecho su única función era el cuidado del p. Gordo, nada más. Algunas tardes estaba en la portería escuchando las discusiones de los alcohólicos que se agrupaban en aquella bella pero apartada plaza, pobres variopintos, de paso o endémicos, tan antiguos como la misma ciudad, tan novedosos como cada amanecer.

El hombre dedicaba mucho tiempo a la oración, era escrupuloso hasta la exageración obsesiva en ese tema y daba la sensación de querer emular a los grandes místicos con horas y más horas de ostracismo hacia un mundo que le interesaba más bien poco y del que no entendía absolutamente nada. Los ojos de aquel hombre eran especiales, uno a estas alturas ya no sabe si por su eterna expresión de sorpresa, o por su hartazgo vital que se traslucía en una mirada triste que contrastaba poderosamente sobre unos labios en forzada sonrisa. De cualquier modo De Soria tenia una mirada especial.

También el p. Gordo tenía en eso algo peculiar, la suya era una visión ácida del mundo, no se le podía considerar cínico ya que la acidez que usaba para con lo que le rodeaba acababa por consumirlo a él. El p. Gordo era víctima de su propia acidez, de su propia ironía, y por supuesto de su historia ¡Y que historia!

Apetece, claro, contar algo de la historia del p. Gordo. Tal vez en ella se encontraban o se encuentran las claves para entender a tan peculiar personaje. Pero ojo amiga, te advierto que si hasta ahora no he querido entrar en narraciones morbosas tampoco lo haré ahora. ¿Quiere eso decir que había morbo en la historia del p. Gordo? Claro, siempre lo hay ¿no? En todas las historias, y si nos despistamos hasta en la tuya o la mía. ¿Sabía yo algo truculento del p. Gordo?... La verdad es que al principio no, poco después de iniciar en serio la experiencia del pueblo sí que supe su historia, pero a esas alturas ya no había marcha atrás para mí ni creo que tampoco para él. De cualquier modo en eso siempre fui muy prudente mostrándome en todo momento como ignorante de cosas que efectivamente más valía ignorar.

Venga, volvamos al tema que si vamos saltando de atrás adelante y de adelante atrás al final no te vas a enterar de nada. La cosa es que como he contado vinieron al pueblo el p. Gordo y el Sr. (que no hermano) De Soria. La experiencia fue positiva y me resultaron curiosas en el aeropuerto, a la hora de la despedida de aquellos pocos días, las lágrimas de De Soria. El hombre aparecía como un niño al que obligan a regresar al colegio tras un periodo vacacional. El p. Gordo pues... ¡que quieres que te diga!, yo lo veía normal, y claro no le di importancia al tema, pero... ay, que cosas ¿verdad?... en la aparente normalidad estaba la novedad auténtica. Si el p. Gordo se había encontrado normal durante aquellos días... ¡era algo extraordinario!. Yo, claro no lo percibí así, pero De Soria no perdió detalle y pudo ver como se había trasformado en pocos días su protegido. Vio claramente como el depresivo p. Gordo había sido capaz de caminar por la montaña. Se había podido escuchar su risa, muda durante años, su mirada tenía algo de vida recobrada más allá de la acidez y parecía captar el sentido de bromas y chanzas a los que gustosamente se entregaba espoleado por mi ironía natural. Yo no advertí nada extraño. De Soria fue bien consciente, de forma total y absoluta, que la salud del p. Gordo dependía de que la experiencia de aquellos pocos días se convirtiera en un estilo de vida habitual.

A su hora el avión los devolvió a Barcelona, a partir de ahí quedaba el último recodo del camino, no demasiado sencillo, tampoco en exceso complicado. La cuestión era conseguir de nuestros superiores los permisos necesarios para iniciar, o mejor dicho restaurar la vida en común en la congregación del pueblo. El p. Gordo necesitaba autorización para ausentarse de su Congregación. También yo lo necesitaba de la mía. Y a todas estas necesitábamos también un segundo permiso para residir aunque fuera de forma experimental en la Congregación del pueblo. O sea, la cosa estaba clara, ¡manos a la obra!.

El primero en resolver la situación fue el p. Gordo, el superior de su comunidad conocía bien su situación y las pocas o nulas posibilidades de éxito que tenía si continuaba en Barcelona. Buen hombre, con capacidad de misericordia aceptó la propuesta del p. Gordo y... quien sabe, tal vez se sintió aliviado a ver un final a una situación absurda que él mismo había contribuido a crear. ¿Que quiero decir? Pues nada, lo que digo. Digo que el superior de la Congregación de Barcelona era en parte responsable de que el p. Gordo no pudiera ejercer el sacerdocio en aquella diócesis ¿porque?, nada, te lo cuento en un pispas. La cosa está en que el cardenal de Barcelona conocía bien la historia del p. Gordo y por descontado no aparecía dispuesto a su ordenación como no lo habría estado nadie con esa información.

El superior de Barcelona se saltó las indicaciones de la prudencia y consiguió su ordenación lejos de Barcelona y por supuesto con el desconocimiento del cardenal. Al regreso de la ordenación presbiteral ya estaba bajo la puerta del convento la suspensión cautelar. O sea, sacerdote sí, pero sin poder decir ni una sola misa en público. Oye, que de un cardenal no se ríe nadie y menos en esas cuestiones. Bueno, y a todas estas... ¿tenia el cardenal razones de peso para oponerse a la ordenación? Mira, si me lo hubieras preguntado entonces, tal vez por la empatía de situaciones parecidas te hubiera dicho que “seguramente no”, pero claro, ahora que han pasado años y a mi la inocencia ya se me ha caído hace rato te respondo en conciencia ¡seguramente sí!. Pero claro, yo eso, en aquel entonces todavía no lo sabía.

Como el p. Gordo había hecho los deberes consideré que era la hora de mi turno. Yo también hablé con mi superior, o sea con el ínclito y bobísimo Aureolis... ¡ay Dios!, la idea no le gustó ¿por qué? Pues por algo que yo desconocía en aquel momento pero que tenía un peso brutal, muy muy bestia. La idea no le gustó por la simple cuestión de que si la congregación del pueblo se llegaba a reabrir, el control de los dineros dejaba de ser prerrogativa de la casa de Palma, o para ser más exactos, prerrogativa de Aureolis y Géstor, porque los otros dos... cabritos lo fueron un rato, pero en esa cuestión estaban limpios, en cambio Aureolis y Géstor Uy uy uy!.

Venga te explico lo económico para ponerte un poco al corriente. Más o menos en el año 1974 la dirección del colegio de la congregación del pueblo pasó a depender de la gestión de Palma. Claro, eso a la práctica supuso que la parte económica del colegio también. Por aquellos años aquello no era cuestión baladí ya que los niños matriculados eran muchos y el colegio era de pago.

La congregación del pueblo por aquellos años, es decir, sobre los años setenta agonizaba, el último padre medio joven tuvo que abandonarla de mala manera por escándalos que todos recuerdan y por una especie de pacto tácito callamos. Al regreso de un viaje de estudios el mencionado padre, al que podemos llamar Oliva, se encontró con que su escandaloso y escabroso pastel era de dominio público, volvió al pueblo solo para recoger sus cosas y largarse hacia Sevilla, un destierro que pasado el tiempo él ha querido vender como una especie de premio o promoción ¡Menudo pájaro! Oliva hijo, que podemos ser un poco tontos pero no tanto, un poquito más de vergüenza no te estaría mal, y un poco más de humildad yo creo que te es muy necesaria.

En la casa del pueblo quedaron dos hermanos José y Benito y un padre viejito, el p. Antonio Fiol algo ido de la cabeza, a todos la gente los recuerdan con cariño. En aquella coyuntura la economía del pueblo, gracias entre otras cosas a la imbecilidad e inmoralidad suprema del p. Oliva, ya dependía totalmente de Palma, y cuando en el año 1998 reiniciamos la vida de Comunidad hacía unos veintiocho años que las colectas se recogían en el pueblo pero se "custodiaban" en Palma.

Bueno... si lo prefieres nos dejamos de eufemismos y te lo cuanto claro, es más incorrecto pero también más real y además lo entenderás mejor. Venga va, cuando llegamos al pueblo en 1998 hacia casi treinta años que la casa de Palma robaba los dineros que la gente, con toda su buena fe, donaba en las colectas ordinarias... y también en las extraordinarias, que para más burla y afrenta llevaban el título siguiente: "Colecta especial para el mantenimiento de la casa e iglesia". De lo que no se hablaba era de la ubicación de la casa e iglesia a mantener.

Bueno, está más o menos claro, el mantenimiento no era para la casa del pueblo... pero... ¿era para la de Palma? jo, pues no se que decirte porque aquello marcaba ruina por todos los lados. A ver a ver... ¿no será... que en realidad iban a parar a dos piadosísimos bolsillos? ay, no se, pero a mi me da... ¡que Aureolis y Géstor me sabrían contestar muy requetebién a esa cuestión!. Y por supuesto, si me pides mi opinión te he de confesar que... efectivamente mi creencia es que ambos padres robaron durante décadas de la forma más descarada.

Por eso, por el latrocinio continuado, irreverente y sacrílego de Aureolis y Géstor la cosa a la hora de reabrir la congregación del pueblo se complicó mucho mucho. Claro el superior de Barcelona no puso ningún problema, él veía que el p. Gordo solucionaba su situación simplemente viniendo, pero en Palma... en Palma yo les

complicaba mucho la situación porque les arrancaba de la boca un pezón del que habían estado mamando durante casi treinta años... ¡Un problemón!.

Cuando la desvergüenza anida en la persona ya no hay límite. Da la sensación que con el paso de los años somos capaces de asesinar lo que de noble y bueno hay en nuestro interior sacrificándolo a un beneficio maléfico pero apetitoso, suculento.

Eso, lo creas o no amiga mía es la presencia del Diablo. Que un sacerdote se embarque en la aventura de robar sistemáticamente durante treinta años es satánico, que ese mismo energúmeno porcino tenga además la desfachatez de presentarse como superior de una congregación o vigía de la rectitud de sus miembros, papeles ambos asignados a Aureolis y Géstor es de una desfachatez insultante no solo a la moral, sino también a la razón.

Pues nada, que sea como fuere aquello funcionaba de aquel modo. ¿Cuando lo descubrí? pues muy pronto, más o menos al año de estar la congregación del pueblo abierta de nuevo y sacar las cuentas del dinero recaudado en las colectas: vamos a ver, en un año más o menos cuatro millones de pesetas... jo, ¡es mucho!, a ver, ahora esto lo multiplico yo por veintiocho y resulta un total de... ¡ciento doce millones de pesetas!, ¡Coño, ahora lo entiendo! Por eso Aureolis chilló como rata enjaulada cuando supo que yo estaba decidido a reabrir aquella casa, por eso el p. Géstor, más inteligente que Aureolis aunque igualmente despreciable fue a ver al Obispo Bou acompañado de Dubi, a contarle que yo estaba loco y que lo mejor que podía hacer era cerrar nuevamente la casa del pueblo. Ay Géstor, que vana fue tu esperanza de chupar de nuevo la tetilla del robo, ¡que cara más dura tuviste!, ¡que poca vergüenza!, ¡que ansia de mal!. Como persona no vales ni el polvo que pisas, como cristiano ya no hablamos porque ni crees en Dios ni has creído en tu puñetera vida. Solo espero que cuando vuestras lorzas, Aureolis y Géstor, se achicharren en el infierno os venga a la conciencia el mal que hicisteis y seáis capaces de entender incluso el daño que pretendisteis. Infames, blasfemos, abortos de humanidad, gusanos de podredumbre que hozáis en el estiércol de la miseria humana, y mientras vuestras manos ejercen de pantomimas sobre un altar al que jamás deberíais acercaros en vuestros corazones anidan las pasiones más perversas que imaginar se puede. Vuestro nacimiento supuso luto al mundo, del igual modo que vuestra muerte supondrá una indudable buena noticia. Que se alegren los justos el día en que perezcáis porque ese día la tierra, privada de dos idiotas será sin duda un lugar mejor.

LOS LOCOS ME ENVÍAN AL PSIQUIATRA
¡UN TEMA DE LOCOS!

Oye que lo de la visita a Bou por parte de Géstor y Dubi tuvo su aquél, la cosa fue simple, se presentaron en el palacio episcopal y Géstor fué desgranando ante el prelado toda su mala baba. Una y otra vez me acusó de estar loco y de promover el mal en todo momento y situación. Las acusaciones se remontaron en el tiempo hasta el día mismo de mi ingreso en la congregación de Palma, y allí se me atribuyó toda desgracia de modo tal que solo me faltaba ser el culpable de la destrucción de Egipto por parte de los hicsos. Ya en un momento dado el Obispo Bou, nada torpe, y ciertamente ya a aquellas alturas sin ganas de brega conmigo le preguntó al p. Géstor: Oye... y si es tan malo como dices... ¿porque luchasteis tanto por su ordenación?. El silencio se hizo incómodo. No hubo respuesta y el castillo de naipes construido con cuchillas de afeitar cayó por su propio peso. Mientras tanto Dubi callaba, no dijo nada en todo el tiempo, fue como esas sombras de las películas de terror que jamás llegan a definirse pero

asustan. Dubi, Dubi... ¡que mal!, que poco te enseñaron en casa sobre la caballerosidad de la que pretendes hacer gala, que poco caballero fuiste, que necio, que vendido, que Judas traidor, y encima en tu caso sin ver ni un duro del latrocinio, o sea, además de malo... ¡tonto del culo!. ¡Imbécil! ¡Imbecil!. Pero claro eso os pasa mucho a los mediocres, como jamás podréis destacar en nada por mérito propio necesitáis anular a quienes os rodean. Dubi, rey, ¡púdrete en el infierno de los necios!

Es posible que te preguntes como sabía yo de esa entrevista entre un Dubi cañalla, un Gestor ladrón y el prelado, claro, es una pregunta procedente. Bueno, lo supe porque me lo dijo el Obispo Bou, bien clarito el tío, sin ocultar nada. Aquella entrevista tuvo su miga. Dos de mis amigos sacerdotes, condiscípulos, intuían como yo mismo que algo no andaba bien. Nos enteramos que el Obispo Bou preguntaba sobre mi a personajes variopintos. Yo no di demasiada importancia al tema, pero mis compañeros sí. Escribieron una carta al Obispo y esperaron respuesta. La respuesta no se hizo esperar y en ella se invitaba a mis compañeros y a mí a ir al palacio a hablar sobre el tema. Bueno aquello tuvo su gracia porque yo no sabía que ellos habían escrito nada, me comunicaron el tema y ala, allá que vamos los tres a ver que nos contaba su eminencia reverendísima.

Su Eminencia nos esperaba muy relajado y en verdad hay que decir que la conversación fue muy cordial, nos invitó a tomar naranjada de una fresquísima jarra de la que también él se sirvió, a continuación me pregunto si me pasaba algo con la Congregación de Palma. Dije que no mintiendo solo a medias, el puso cara de un cierto cansancio y nos contó la visita que pocos días antes le había hecho el padre Géstor acompañado de Dubi. Con paciencia fué desgranando la conversación sin ocultar nada y haciendo hincapié en el absurdo papel del p. Dubi, silente, con cara de pasmo, y en opinión del obispo: "haciendo el tonto, viniendo sin tener que venir y estando callado todo el tiempo". Respecto a Géstor nada nuevo exceptuando la carga de mala baba.

Expliqué al obispo el tema económico, creo que más o menos lo entendió. Me hecho en cara lo de siempre, a saber: a) que me había ordenado porque él no había puesto problemas, b) que lancé soflamas contra él, y c) que yo era un díscolo... nada nuevo, lo de siempre. Añadió, y eso sí era nuevo que sería necesario que yo fuera a ver a un psicólogo o psiquiatra para que dictaminara sobre mi salud mental. Bueno, una novedad no viene mal ¿no?, siempre nos alegra. Aunque no se que decirte porque en ese caso la visita al psiquiatra era condición sine qua non para continuar con la aventura de la congregación del pueblo. Repito para que quede claro, si yo no iba al psiquiatra el obispo me denegaba el permiso para abrir la congregación del pueblo ¿lo has entendido? Bien. Yo también lo entendí, perfectamente, ¡que hermoso es hacer las cosas con libertad!.

Salimos de la entrevista... pues mira, de aquella manera. Yo llamé a mis superiores y me aconsejaron acudir a la consulta de un afamado psiquiatra de Madrid... ¡joer, que fastidio!. La cosa es que fui y aunque ahora me adelanto a los acontecimiento creo que vale la pena terminar este capitulillo del psiquiatra.

Los psiquiatras nunca me han caído ni bien ni mal, sin embargo reconozco que me ponen un pelín de los nervios. Me da la sensación que con permiso o sin él pueden asomarse a las ventanas del alma. Se que esa es una visión pueril y sin embargo no la puedo evitar. He conocido psicólogos variopintos, Toni Ferrer era uno de ellos, algunos como él parece que no se lo acaben de creer. Otros sin embargo parecen dirigirte siempre miradas escrutadoras. Conste, y lo digo ya para que queda claro, que los que ejercen sin permiso me parecen unos soplagaitas. Es el típico que te pregunta: ¿cómo va?, y al responder tú con el monosílabo “Bien” se te quedan mirando durante largo

rato que talmente parece que les tienen que pasar por un traductor simultaneo el significado de la palabra “bien” ... Bueno, que le vamos a hacer ha de haber gente para todo. “Guerrita dixit”

Tuve suerte en lo del psiquiatra... ¡ah sí!, es que no se si ha quedado claro, no fui a un psicólogo sino a un psiquiatra, o sea que si me encontraba de la bola siempre me podía recetar medicación ¡Ya te vale!.

Digo que tuve suerte porque el hombre me pareció de lo más normal. Venga te lo cuento despacio. Pocos días después de la entrevista con el obispo Bou pedí hora al psiquiatra madrileño, quedamos en encontrarnos poco tiempo después. Hasta ahí muy bien, a continuación sacar los billetes de avión y todo el fandango. Total que me planto en Madrid, alquilo una habitación en una céntrica pensión y por la tarde voy a ver a D. Rafael, el psiquiatra.

Me recibió una enfermera y al poco me recibió él. Me pidió el motivo de la visita y yo, tomándome mi tiempo le conté lo que había, o sea que estaba allí porque el obispo Bou me mandaba, y el hombre... pues coño que estaba acostumbrado a tratar con enfermos y se me quedó mirando con esa cara que ponemos todos cuando lo que nos cuentan no nos convence. Bien, y yo ¿qué quieres que le haga?

- O sea que... ¿Ud. viene porque su obispo le manda venir?
- Pues sí
- Ya, pero... ¿Ud. se encuentra bien?
- Hombre, me encuentro mejor en casa, ahora mismo ante Ud. no estoy nada bien.
- Ya, pero su obispo considera que Ud. necesita ayuda psiquiátrica ¿no?
- Pues mire, no lo se, Ud. dígame lo que hemos de hacer porque yo estoy bien perdido.
- Vale, eso está bien, lo mejor será que mañana por la mañana a primera hora vuelva Ud. Venga preparado porque trabajará toda la mañana en unos tests. ¿De acuerdo?
- Pues sí, de acuerdo, entonces quedamos...
- A las ocho en punto
- Hasta mañana, gracias.

Oye, y yo obedientísimo, a las ocho en punto como un clavo. Y la enfermera que me trae un montonazo de papeles, me explica la dinámica de ir respondiendo a las preguntas que se me plantean en los cuestionarios y me recomienda que me tome el tiempo necesario para responder, que tenemos toda la mañana. Vale.

Yo no tengo ni idea del tiempo que emplea la gente en rellenar cuestionarios, pero a mi la cosa me pareció sencilla, con una barbaridad de preguntas que a mi se me antojaron repetidas muchas de ellas... ¡Ay la vida! Bueno, mira, las contesté tal como iban viniendo, y con la desgana que tenía añado que tal vez con un puntito de cabreo que nada tenía que ver con el psiquiatra y sí en cambio y mucho con el obispo Bou y sobretodo con el p. Géstor y su mala leche y el imbécil de Dubi y su poca testosterona. En más de una ocasión se me fue la olla pensando que haría el p. Géstor o el infantiloide, eunucoide y celosísimo Dubi sentados en la silla que yo ocupaba en ese momento. Venga, no te sulfures y sigue, ¡joder, que monton de papeles!

Pues mira, a lo tonto a lo tonto los rellené todos, y la cosa es que serían más o menos las once de la mañana a mucho estirar. Total que salgo del despachito y llamo a la puerta del psiquiatra:

- Oiga, que ya he terminado

- Imposible, hay trabajo por lo menos hasta las dos
- Mire... (entonación entre cansancio y cabreo), yo si quiere lo repito, pero he terminado... ¿vale?
- Bueno... bien, pues nada, ¿podemos quedar la semana que viene?.
- No, perdone, ¿puedo hablar un momento con Ud.?
- Oh, sí, perdone, pase.

Pareció relajarse, me ofreció asiento de forma amable

- Ud. dirá.
- Bien, no se si ayer quedó claro, pero no vengo aquí por voluntad propia sino enviado por mi obispo.
- Sí, quedó claro
- Ok, lo que no creo que esté tan claro es lo que le voy a contar ahora: trabajo en un albergue de transeúntes, gano poco mas de cien mil pesetas al mes de las cuales la mitad me las pagan en negro aunque la empresa sea de la iglesia. No tengo otra fuente de ingreso y para venir a verle a Ud. he pagado pasaje de ida y vuelta, habitación, restaurante y... por supuesto su visita que no creo que sea barata.
- Lo entiendo
- Entonces ningún problema, solo volveré si el obispo, que es quien me manda, asume los gastos, porque simplemente yo no puedo.
- Bien, queda claro, de todos modos los cuestionarios que Ud. ha rellenado me ayudarán a hacer un diagnóstico aproximado. Solo una cosa más, ahora le daré unas cartulinas con dibujos extraños, por favor escriba en el folio anexo lo que le sugieren y acabamos por hoy ¿le parece?
- Claro, gracias.

Lo de las cartulinas, pues oye, que a mi no me dijeron nada, apunté algo de cada dibujo porque así me lo había indicado, solo recuerdo uno que se parecía a una garrapata psicodélica y poco más. Aquello no daba más de sí, estaba claro.

Salí de la consulta, me fui de tapas y ala, de vuelta a casa. ¡Volando, volando a Mallorca voy a Mallorca voy!

Pasaron pocos días y el psiquiatra me llamó por teléfono:

- ¿Francisco Novella?
- Yo mismo
- Oh, buenos días soy el psiquiatra, llamaba para comentarle...

No es necesario transcribir toda la conversación ¿verdad?, la cosa era clara, yo no necesitaba un psiquiatra. El hombre me explicó claramente lo que yo ya sabía y ya de paso manifestó su extrañeza por la actitud del obispo que así tan a la ligera mandaba sacerdotes a visitas psiquiátricas. No entré en discutir la oportunidad o no de las decisiones de Bou. Quedamos eso sí en vernos nuevamente en Madrid una segunda y última vez, yo tenía un viaje programado para poco tiempo después y decidimos hacer coincidir la visita en esas mismas fechas, me advirtió que se trataba simplemente de cotejar algunos datos, comentarme el resultado de los cuestionarios y poco más. Añadió que la visita sería gratis. ¡Que bien!

Eran fechas cercanas a la Navidad, acudí a la consulta de D. Rafael, me recibió con afabilidad, y con una de esas sonrisas tristes que me recuerdan siempre a Humphrey Bogard. Me hizo pasar a su consulta, la misma en la que meses atrás yo había intentado justificarme aduciendo mi cordura como único argumento ante su mirada en aquellos momentos interrogante. No, ahora D. Rafael no interrogaba:

- Siéntate anda... a ver si lo entiendo... mira para decirlo rapidito, lo del obispo contigo... es chantaje ¿verdad?
- Pues no se que decir D. Rafael.
- No, no digas nada... es igual. Mira, vamos a hacer una cosa, con tu permiso enviaré una copia de tu informe psiquiátrico a tu obispo y otra a tus superiores de la Congregación, eso, claro está, además de la que te mandaré a ti. ¿te parece bien?
- Sí, por mi no hay problema
- Ya... oye, no se lo que te pasa con Bou, pero vaya, que sepas que no es normal. Quiero que sepas también que por lo que he visto en los cuestionarios y en lo que voy hablando contigo... ¿como decirlo? Bueno mira, que tal vez tu obispo haría muy bien en enviarme a alguno de los personajes que pululan por su diócesis y te han amargado la vida. Por lo demás repito que lo de mandarte a mi es un chantaje.
- Bueno, lo del chantaje no se si es así, pero...
- Nada, déjalo, no digas nada. En fin, supongo que cuando tu obispo reciba el informe dejará de molestarte con este tema. Venga, ¡suerte Francisco!
- ¡Gracias doctor!.

Efectivamente al cabo de poco recibí el informe psiquiátrico, ¿qué decir? Pues yo que se, la cosa estaba clarita y por pudor y un punto de modestia prefiero no reproducirlo. De cualquier modo aquel informe supuso un antes y un después, lo cierto es que a partir de ahí el obispo Bou ya nunca más me puso trabas ni problemas. ¡Laus Deo!

LECCIONES DE PRUDENCIA...
NO, ¡GRACIAS!

Me doy cuenta que hablando de trabas y problemas me voy acercando a la última parte de este relato. Relato triste pensaran algunos, realista opinaran otros. Imprudente coincidirán todos. Que cosas ¿verdad?

Comento esto porque desde hace tiempo lo que empezó siendo una puesta por escrito de experiencias vividas se va convirtiendo en un relato entre irónico y divertido que pienso es publicable. Claro ante la posibilidad de publicarlo he consultado con algunos amigos, puntos de vista diversos sobre si debo hacerlo... o no. En realidad las opiniones son variadas pero fácilmente pueden resumirse en dos: Unos, minoría, opinan que sí con la boca medio encogida. Otros, mayoría aplastante opinan que NO, y eso con la boca bien grande. Estos segundos fundamentan su negativa en dos argumentos, el amor a la Iglesia, y la imprudencia.

Vamos por partes. Es cierto que soy relativamente joven y que esto de escribir memorias parece más propio de edades avanzadas, eso ya lo he comentado, y en parte justificado al principio del libro. Si me dejo guiar por esa lógica la mayoría de personajes: Mielecillas, Cenizas, Aureolis, Dubi y demas faunos es posible que hayan

muerto cuando me decida a publicar. Bueno... Dubi no, que es más joven que yo, le queda mucha vida todavía para ejercer de tonto del haba. Pero vaya, el tema es que la mayoría no se verían afectados por un libro incómodo. Desde ese punto de vista es posible pensar que peco de imprudencia o precipitación.

A renglón seguido habrá que preguntarse sobre dos conceptos que normalmente se usan de forma muy liosa, me refiero a la ya referida "prudencia" frente a la "misericordia", el binomio si lo prefieres puede pronunciarse también en negativo: imprudencia – inmisericordia. ¿A que me refiero?, pues básicamente a que hay gente que se pasa la vida haciendo daño de forma inmisericorde. Alguna de esa gente llegan a puestos de poder dentro de instituciones y entre ellas la Iglesia que no tiene porque ser una excepción. Cuanto más poder conquistan mayor es la capacidad de obrar el mal. El Cenizas jamás hubiera podido destrozar vocaciones si no hubiera trepado hasta el cargo de rector del Seminario, y Aureolis nunca hubiera podido robar durante decenios de las limosnas del templo si no hubiera sido superior de la congregación de Palma. Sirva esto a modo de ejemplo.

La cuestión es que cada uno a su manera ejercieron y siguen ejerciendo el mal. Cierto que en grado distinto y me gustaría que quedara claro. No tiene el mismo grado de maldad el Mielecillas (malo inteligente) que el Cenizas (malo mediocre) que Dubi (malo y envidioso) que Aureolis (malo, envidioso, tonto, y ladrón). A cada uno de ellos les reservo un espacio en mi corazón, pero reconozco que siento algo muy cercano a la simpatía por el Mielecillas y en la misma medida algo muy cercano al más absoluto desprecio por Aureolis. Como todo hay grados en la vida. Y ahí está la cosa, ellos siguen ejerciendo poder, lo cual equivale en todos los casos al ejercicio del mal en mayor o menor grado directamente proporcional al poder que tengan en este momento.

Si siguen ejerciendo poder, aunque sea sobre pocos, habrá que concluir que siguen haciendo daño. Y ahora viene la pregunta ¿por qué no se les puede echar en cara? ¿por qué ellos pueden hacer daño de forma inmisericorde y nosotros en cambio hemos de ser prudentes con ellos? .

Da la sensación que ahí es donde encaja bien el término "misericordia". Pero vaya, no me digas que no resulta paradójico que el pago al mal sea la misericordia silente. Claro, será que soy un poco cortito pero vaya, no lo entiendo. Si esa es la norma de conducta cristiana el mundo nunca mejorará. No, esa no es una forma cristiana de funcionar, es una forma cobardemente estúpida. Si nadie planta cara al mal el mal se crece. Para ser Cristianos no hay que hacer el bien y nada más, sino hacer el bien y atacar el mal en todas sus formas, dar la limosna pero denunciando la injusticia.

Volvamos a lo del binomio. Lo correcto, supongo, será que ante la inmisericordia actuemos de forma un punto imprudente para denunciar, para hacer público el mal, para ejercer aunque sea en sus rudimentos algo parecido a la justicia. El binomio por tanto será inmisericordia/imprudencia. Y repito es un binomio justo. Lo contrario no lo es inmisericordia/prudencia es una sandez propia de memos.

Repito y añado, lo que no me cabe en la cabeza es que mezclemos inmisericordia/prudencia, porque entonces el inmisericorde, el malo, seguirá siéndolo y a mi con el rollo de la prudencia me vais a tapar la boca. Va a ser que ese no es un buen juego. No hay que tapar la boca del que denuncia el mal, lo que hay que hacer es dejar de ejercer el mal para que no sea necesaria la denuncia.

Otra más. Da la sensación que con la edad, caso de Aureolis o de Gestor, la persona se hace merecedora de un cierto respeto que más o menos anida en sus canas...

¡Niego la mayor!, las canas solo hacen sabio al que de joven ya lo era en algún grado, solo dignifican al digno, solo ennoblecen al noble. Un imbécil con canas es solo eso, un imbécil que peina cabellos blancos, pero no por eso merece más respeto, tal vez todo lo contrario puesto que en toda su vida no ha aprendido a enmendar la miasma que supone su existencia.

Aprovechando que toco el tema quiero decir que creo con toda mi alma en los conceptos cielo infierno, más aún lo creo en la fórmula antigua del catecismo que aprendimos en el colegio, un lugar de premio para los bueno y de castigo para los malos. Me explico.

La vida eterna es una creencia fundamental de nuestra fe con la que comulgo al cien por cien y que se aplica, según la doctrina de la Iglesia sobre buenos y malos. Lo que no tengo tan claro es lo que defiende algún teólogo actual, que el malo vaya al cielo... ¿por qué va a ir? Ha tenido 50, 70, 90 años para aprender a dejar de ser imbécil, egoísta, mediocre, malo... y no ha aprendido ¿hay que premiar eso?.

Pues precisamente basándome en esa premisa afirmo que un malo con canas es un malo peor. ¿por qué? Pues por lo dicho, porque ha tenido toda una vida para enmendarse y no lo ha hecho, toda una vida para corregirse, arrepentirse, cambiar en definitiva y no solo no lo ha hecho sino que llegado al colmo de su imbecilidad ha justificado su indolencia, su maldad, su egoísmo o su imbecilidad. Por eso un imbécil con canas es más imbécil, y un malo con canas peor que un malo joven que aún puede al menos intentar cambiar su pecado por una vida algo más virtuosa, ¡A ver si te quedas con la copla Dubi!.

Imbéciles viejos: ¿qué esperáis para cambiar? Habéis desaprovechado ya décadas enteras de vuestra vida, una vida que debería haber sido una escuela para aprender a amar, habéis suspendido curso tras curso en la engañosa autojustificación de intentar vendernos como “cosas del carácter” el más puro ejercicio del mal, vuestra más intrínseca imbecilidad.

Ante vosotros, malos canosos ¿por qué debería yo ejercer la prudencia? Vuestra inmisericordia clama al cielo y no admite para con vosotros ni siquiera el ejercicio del olvido puesto que vuestra podredumbre acrecentada con el tiempo llega desde vuestro nacimiento hasta el día de hoy. Babosas de humanidad, inmundicia vertebrada, canallas, canallas, canallas.

De cualquier modo, lo sabes muy bien Carmen, resulta complicado que yo haga caso de los prudentes que me aconsejan prudencia, nunca he sido prudente... ¿por qué serlo ahora? ¿qué beneficio reportaría mi prudencia? A sí, se me olvidaba, el otro argumento que me dan mis amigos es “por amor a la iglesia”, ay... no se... va a ser que no me lo creo. La Iglesia es santa por lo divina, pecadora por lo humana, ¿quién puede juzgar la santidad divina? Nadie. Y por no hablar de lo divino... ¿debemos dejar de hablar de lo humano? Sinceramente creo que no, son dos cosas distintas y no creo que sea bueno hacer un revuelto de todo con todo. La Iglesia Santa siempre ha contenido en su interior humanísimos pecados, y esos no solo se pueden denunciar sino que creo humildemente que se deben denunciar. Purificar las cosas supone en ocasiones procesos dolorosos, lo importante sin embargo es que el dolor purifique, cure, sane, y hablando de la iglesia... ¡santifique!. Últimamente, lo sabemos todos, han saltado a la palestra escándalos en el interior eclesial, oye y que se han denunciado y hasta el Santo Padre ha pedido perdón por pecados que él no ha cometido pero sí la iglesia a la que él como cabeza visible representa. El ha pedido perdón, lo interesante sería saber si los imbéciles que hicieron el daño o promovieron escándalos y pecados han sido capaces también de

pedirlo con arrepentimiento. Ante eso, por los imbéciles que me ha tocado conocer tengo mis dudas. Sinceramente el silencio hace que los malos se crezcan, parece que con el tiempo su dignidad se va solidificando fundamentada en el silencio de sus víctimas. No, no hay que dejar que la vejez les otorgue ni un ápice de respetabilidad porque nunca la tuvieron, porque mientras tuvieron fuerzas para hacer algo optaron siempre por el mal y solo abandonaron su ejercicio porque les fallaron las fuerzas. Nunca se han arrepentido, si no hacen daño es simplemente porque no pueden, porque ya no hay fuerza.

Desecho pues el argumentario de los prudentes... ¿por qué no publicarlo?. Sabes... lo único que me para un poco es una palabra antigua, arcaica, la palabra es: Miedo.

Estoy seguro que en el mismo momento en que este escrito vea la luz se rejuzgará en primer lugar mi historia, mi expulsión del seminario, mi carácter, mi imprudencia. ¿Curioso verdad? Lo más probable es que la mayoría de prudentes sientan simpatía por el Cenizas y paternalmente añadan algo parecido a. “Ya ves que razón tenía aquel hombre, este tío es un imprudente, que bien hizo el Cenizas en expulsarlo”.

Eso digo es lo más probable, aunque claro, como todo es posible también puede suceder todo lo contrario y alguien sienta un ápice de simpatía por mí, te aseguro que eso me da igual. De lo que te hablaba era del miedo, solo algún apunte más sobre el tema. Hace años era más impulsivo, el tiempo me ralentiza en cuanto a las reacciones, no soy tan rápido como en mi juventud, pero claro, como todo eso tiene bueno y malo, lo malo es la lentitud, lo bueno que tienes más tiempo para pensarte la respuesta. En mis años mozos no tenía demasiados miedos porque actuaba con rapidez. Ahora me puedo permitir algunos temores porque tengo tiempo de calibrar las consecuencias de lo que hago. Por eso publicar este escrito me provoca algo de temor. ¿Bastará ese temor para detenerme? ... no se, ciertamente si estás leyendo estas líneas es evidente que el temor no ha bastado. Ya veremos que hago, ahora, al momento de escribirlas estoy indeciso.

PENÚLTIMA ESTACIÓN:
BAILANDO CON... ¡LOCOS!

También me creó indecisión la evidencia de la enfermedad del p. Gordo. O tal vez haya que expresarlo mejor: me creó indecisión la violencia que desde la enfermedad podía desarrollar el p. Gordo.

Los primeros tiempos con sus sorpresas pasaron y la dinámica del convento del pueblo entró en la rutina. Por aquel entonces yo todavía trabajaba en el albergue de transeúntes de Palma por lo que a diario me desplazaba a mis guardias vespertinas o nocturnas. Mientras tanto ¿qué se hacía en la casa? De Soria era aplicado en la limpieza a veces hasta un punto obsesivo, en aquellos momentos su labor fue magnífica, el trabajo abundantísimo no lo desanimó, antes al contrario, parecía que aquel hombrecillo cobraba vida en cuanto su trabajo era necesario y ciertamente provechoso. Sus ojos mostraban el brillo de la satisfacción cuando este o aquel rincón quedaban limpios... ¿y el p. Gordo? Buf, la situación con él era distinta. La depresión siguió y siguió, los días era una sucesión interminable de cama, comida, misa, cama, cena cama, cama, desayuno, cama... un día, otro, y otro más, una mes, otro, un año, otro y otro más.

Los cuatro primeros años la situación admitió pocos cambios, yo trabajaba en el albergue y posteriormente en la enseñanza, De Soria seguía trabajando en la casa y el p. Gordo... buff

Te diré que el p. Gordo fue cambiando. Pasó de enfermo paciente a... ¡impaciente! y a ojos vista quedaba claro un aumento constante de la ansiedad. Fue en esas fechas cuando al convento empezaron a llegar facturas de teléfono desorbitadas a las que había que añadir también las de su teléfono móvil, claro que las segundas las pagaba él y las primeras la casa, sumadas unas y otras aquello era un dineral. Creo, y lo diré alto y claro porque hay mucho mal pensado que el uso del teléfono no era cosa de número eróticos ni nada por el estilo, el desajuste era tal vez más profundo. La realidad era clara, el p. Gordo se encerraba cada vez más horas en su cuarto y en su interior, y a mi siempre me dio la sensación que lo del teléfono era el nexo de unión con el exterior. Claro, es que cuando la gente funciona con normalidad se relaciona, sale, charla, fracasa aquí y triunfa allí etc. Pero cuando uno se aísla del mundo porque la enfermedad lo ata, y en ese caso lo ataba muy corto, uno necesita una tabla de salvación, una forma de comunicarse, una ventana abierta al mundo. Su ventana, su única ventana era el teléfono.

Si la paciencia fue tornándose impaciencia, lo que hasta aquel momento había sido un carácter laxo también cambió. Fue un proceso lento en el que las cosas se sucedían de forma intermitente, como casual la primera vez, no tanto la segunda, para convertirse en norma a la tercera sin que supieras jamás si había habido dos anteriores.

La primera alarma se me encendió cuando como de costumbre yo preparaba la comida, quiero aclarar que De Soria no tenia buen entendimiento con los fogones y el p. Gordo alternaba una pequeña actividad con horas de clausura durmiendo en su cuarto o hablando por teléfono por lo que a la práctica tampoco cocinaba. Estaba yo en tal menester cuando el p. Gordo irritado me reprochó que yo guisara para todos. Supongo que puse cara de haba pero él continuó con la regañina. Claro, huelga decir que no le hice demasiado caso, sabía de su estado de salud y era bien consciente del empeoramiento progresivo de los últimos tiempos, de cualquier modo aquello era "una primera vez" y ya he comentado que con el p. Gordo las "primeras veces" siempre eran el preludio de la norma.

Efectivamente a las pocas semanas los reproches por la comida eran constantes, no se trataba de abroncarme porque yo lo hiciera, era algo más sutil: "Al hermano la comida que preparas no le cae bien" "El hermano dice que usas demasiado de las frituras", "El hermano tiene el estómago muy desarreglado últimamente" ... Ay Señor! La cosa es que el hermano, o sea De Soria escuchaba los reproches y callaba, y claro, quien calla... pues eso, que otorga. La cosa duró lo que dio de sí mi paciencia, yo era el único que trabajaba fuera de casa, el p. Gordo el único que no trabajaba ni dentro ni fuera, o sea que gustosamente le cedí mi puesto de cocinero, y así entre llamada y llamada del móvil o del fijo se inició en los arcanos de la cocina con una variedad de menú más bien pobre a la que pronto renuncié a participar. No lo he comentado más que de pasada pero el p. Gordo hacía honor a su apellido, le calculo yo en aquellos momentos unos 160 Kg. Efectivamente estaba (y supongo que sigue estando) muy gordo. Su dieta era por supuesto muy desordenada pero eso, como cualquier otra cuestión que supusiera un mínimo reproche jamás fue aceptada por él. Los días se sucedían entre carne frita, salchichas de carne fritas, pollo casi crudo o pescado totalmente crudo... un caos. Lo que de verdad me jorobó fue que De Soria mejoró del estómago al instante, o sea que la grasa de las salchichas fritas le hacían bien a la salud. Oye por cierto, lo de los kilos del p. Gordo no creas que es una exageración, ni lo del desorden tampoco, después de freír algo más de un kilo de salchichas que prácticamente

se comía él solo solía vaciar el aceite de la sartén en un vaso y se lo tragaba saboreándolo. Pero eso sí era bueno para la salud. Pues ala ¡Laus Deo!.Nunca más cociné para ellos.

Si he contado la anécdota de la comida es para ilustrar un poco la situación de los últimos dos años de comunidad con el p. Gordo y con De Soria. Fueron un auténtico infierno. Puedo ilustrar la situación con otro ejemplo.

Desde nuestra llegada a la casa del pueblo resultaba del todo evidente que eran necesarias un montón de obras, como la financiación era un tema complicado pusimos en marcha algo que todavía funciona y que bautizamos con el nombre de “plan-10” la cosa era sencilla, una suscripción familiar de 10 euros al mes para obras. Claro está que el p. Gordo, De Soria y yo mismo éramos los primeros suscriptores. Poco tiempo después rascamos alguna subvención que junto a préstamos bancarios sirvieron para arreglar sobretodo tejados. Por aquellas fechas yo tenía un piso en Palma, en pleno barrio chino muy cercano a la congregación, era un piso que compré ante la imposibilidad de tener invitados en el convento. Compré digo el piso muy barato, calle estrecha, poca luz, pero sinceramente era un piso antiguo y bonito. Al trasladarme al pueblo el piso perdió todo mi interés y lo vendí. Con la ganancia compré un piso en el pueblo y con el sobrante doné unos diez mil euros al convento, y unos cuatro mil a una pareja de amigos de esos que después desaparecen de la vida dando portazos y rebuznando. Bien, oye, que me quedé a gusto porque con ello contribuía yo a que las obras continuaran pero...

Pero De Soria, espoleado como siempre por el eterno enfermo me acusó de haberme lucrado con la venta de no se que tejas antiguas, y que de hecho el dinero que había donado al convento era el sobrante del latrocinio puesto que de las tejas “¡quien sabe lo que te han dado!”.

Ay, me da pereza hasta justificarme en eso, pero vaya, te cuento que a nuestra llegada había en el convento un pequeño porche que vendría a medir unos veinte metros cuadrados a mucho estirar, se desmontó para abrir nuevos accesos y esos veinte metros de tejas se fueron aprovechando en los tejados que se reparaban también en aquellas fechas... Nada, no valieron argumentos, yo había vendido veinte metros de tejas y me había embolsado Dios sabe cuantos millones con la venta. ¡Ay Dios! No tengo ni idea de cuantos metros de tejado hay en el convento pero creo no equivocarme mucho si digo que más o menos tres mil metros. No importa contarte que fue necesario comprar muchas, muchísimas tejas nuevas... nada, aquello no significaba nada, el enmascarado ladrón de tejas se había enriquecido y para acallar su mala conciencia había donado al convento los diez mil euros. ¡Que majo de Soria!... ¿verdad?

El capítulo de las comidas fue de antología, yo ya no cocinaba, mi horario era hasta las dos de la tarde y desde que abrimos el convento comíamos juntos, cosa lógica por demás. Eso también cambió porque “Al Hermano le va mejor comer antes” total que comieron a la una y media, unas semanas más tarde a las 12 y media, y uno o dos meses después a las once de la mañana. No era una cuestión de desajuste alimentario, era un desbarajuste vital. El p. Gordo seguía alternando cama, comida, cama, freír salchichas, cama, misa, cama etc. A la práctica muchos días se acostaba después de comer y no se levantaba más que para cenar y seguir durmiendo. A las cinco de la mañana se levantaba haciendo alarde de vida de piedad a rezar laudes, pero sin tener en cuenta que hacía 13 horas de tira que estaba en cama. En fin, un desastre que a mi me supuso comer solo cada día los dos últimos años antes de su marcha. Los fines de semana me negué sistemáticamente a comer a las once de la mañana.

En algún momento he de detener este relato y lo haré ahora... ¿por qué? Pues porque el tema del p. Gordo y del hermano De Soria nos llevaría por sendas muy escabrosas que prefiero no pisar, las mismas sendas en las que podríamos encontrar a Aureolis o al p. Oliva . Habrás notado que el relato, aparte de mis exabruptos, no tiene contenido sexual, que los pecados que denuncio son poco "periodísticos" verás que he hablado de miserias humanas pero no de sexo. Quiero respetar eso, y por eso he de cortar el relato, de otro modo me traicionaría a mi mismo.

Añadiré para terminar este capítulo que el p. Gordo y De Soria hacía muchos meses que se habían borrado del plan-10, el pueblo pagaba, ellos no. Empezaron sirviendo, acabaron sirviéndose... ¡que pecado más antiguo!. Se fueron como vinieron, nuevamente pesó y pesa sobre el p. Gordo la prohibición de celebrar misa pública. Se encerraron en un piso a modo de nicho dando la espalda a la vida. De Soria añorando y tal vez llorando, el p. Gordo fantaseando en su locura como quien navega en sueños irreales. No les guardo rencor aunque en justicia debo reconocer que les deseo un atisbo de lucidez para reconocer que tal vez el único tiempo en el que pudieron ser felices fue el tiempo vivido en Mallorca. No supieron vivir y casi me obligaron a morir con ellos. Una penita.

Y EN LA DESPEDIDA...
UN SÍ A LA ESPERANZA

Actualmente en el convento convivo con un hermano, el hermano Juan Noguera, es hijo del pueblo, diecinueve años mayor que yo. Vivió conmigo el drama de los últimos años de convivencia con el p. Gordo y De Soria, sobradamente conocía también la realidad de la casa del pueblo y el empobrecimiento al que la sometió la casa de Palma. Cuando finalmente De Soria y Gordo decidieron marcharse a vivir a un piso alquilado en Cataluña le pedí a Juan si le apetecía ser hermano. Sabía que desde hacía más de treinta años el hombre venía ayudando a los últimos padres y sobretodo a los dos últimos hermanos, sabía también de su fe sencilla. Su respuesta fue generosa, un sí incondicional...

Perdona, he de cortar, ¡hay un joven llamando a la puerta!...